TRAGEDIAS

ESQUILO



Clásicos de Grecia y Roma

Alianza Editorial

TRAGEDIAS

LOS PERSAS / LOS SIETE CONTRA TEBAS /
LAS SUPLICANTES / ORESTÍA
(AGAMENÓN / COÉFOROS / EUMÉNIDES) /
PROMETEO ENCADENADO

Biblioteca temática

ESQUILO

TRAGEDIAS

LOS PERSAS / LOS SIETE CONTRA TEBAS / LAS SUPLICANTES / ORESTÍA (AGAMENÓN / COÉFOROS / EUMÉNIDES) / PROMETEO ENCADENADO



INTRODUCCIÓN,
TRADUCCIÓN Y NOTAS
DE ENRIQUE ÁNGEL RAMOS JURADO





El libro de bolsillo
Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

Diseño de cubierta: Alianza Editorial
Proyecto de colección: Rafael Sañudo
Ilustración: Rafael Sañudo

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88
ISBN: 84-206-3931-1
Depósito legal: M. 12.871-2001
Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

1. Datos biográficos

Como suele suceder con los autores antiguos, las fuentes primordiales sobre su persona proceden de fuentes externas al autor. En el caso de Esquilo las fuentes principales son fundamentalmente tres:

1) Su biografía anónima transmitida por el códice Mediceo (M), el más antiguo, de la Biblioteca Laurenciana de Florencia.
2) El *Marmor Parium*, estela de mármol descubierta en la isla de Paros en el siglo XVI, que contiene una serie de informaciones diversas que abarcan temporalmente desde el legendario rey de Atenas, Cécrope, hasta bien entrado el siglo III a.C. (arcontado de Diogneto, 264-263 a.C.).
3) El artículo correspondiente en el léxico biográfico *Suda*, del siglo X.

A ello habría que añadir las informaciones que nos proporcionan las *Didascalias* atenienses, las *hypótheseis* o *argumenta* añadidas a algunas obras y las citas y comentarios de autores antiguos[1].

De este cúmulo de información es muy poco en realidad lo que con ciertos aires de verosimilitud podemos extraer. Nuestro autor habría nacido en Eleusis, un demo ateniense, cercano a la capital, famoso por sus misterios, allá por el 525-524 a.C. y vendría a morir en Gela, en la costa sur de Sicilia, en el 456 a.C., esto es, cuando contaba 69 años. Conocemos el nombre de su padre, un terrateniente al parecer, Euforión, mas desconocemos el nombre de su madre. Las fuentes nos hablan de tres hermanos, Aminias, Euforión y Cinegiro, de los cuales el último destacaría junto con nuestro autor por su valor en la batalla de Maratón. También se nos habla de una hermana, cuyo nombre desconocemos, pero que casó con Filopites y daría lugar a toda una rama de autores trágicos, de la cual procedería allá en el siglo IV a.C., por ejemplo, un buen trágico, desgraciadamente casi perdido, Astidamante.

Por otra parte, las fuentes nos hablan de que tuvo dos hijos, Euforión y Eveón, también tragediógrafos, de los cuales, el primero, Euforión, llegó a presentar obras póstumas de su padre e incluso en el 431 a.C. se dice que derrotó a Sófocles y Eurípides, mientras que el segundo, Eveón, parece haber destacado más por su belleza física que por sus dotes de dramaturgo.

Sabemos que participó activamente en las Guerras Médicas y concretamente que intervino valerosamente en la batalla de Maratón (490 a.C.) junto con su hermano Cinegiro. También las fuentes antiguas nos hablan de su participación en la batalla de Salamina (470 a.C.), aunque ésta es una noticia que no está sólidamente fundamentada, como tampoco su intervención directa en Platea, Artemisión o Mícale. Sea como fuere, lo que resulta indudable es que la experiencia de las Guerras Médicas le marcó profundamente.

Sabemos que realizó diversos viajes a Sicilia, siguiendo la estela de no pocos intelectuales griegos de la época que se sentían atraídos por los nuevos centros culturales, como Siracusa, y la hospitalidad que brindaban los tiranos. Así sabemos que en torno al 476 a.C. estaban en Siracusa tres grandes maestros de la lírica coral, Píndaro, Simónides y Baquílides. Pues bien, en ese mismo año Hierón de Siracusa funda Etna, cerca de Catania, e insta al dramaturgo a que le ayude a conmemorar la fundación. Por fin, tras la victoria obtenida en el concurso trágico en el 472 a.C. con *Los Persas,* en el 471 Esquilo efectúa el largo viaje y escribe *Las Etneas,* obra perdida, siendo representada en la propia Etna. Al año siguiente, 470 a.C., Hierón, el tirano, triunfa con el carro en Delfos, siendo saludada la victoria por el mismo Píndaro, que le envía la magnífica *Pítica* I y gestiona y consigue de nuestro autor que le presente en escena por segunda vez *Los Persas,* aunque con modificaciones, al parecer, con respecto a la representada dos años antes en Atenas. Esquilo regresa a Atenas, donde en el 468 a.C. sería derrotado por Sófocles con *Triptólemo,* aunque entre el 467 a.C. y el 458 a.C. obtiene una serie de victorias, coincidiendo esta etapa con la muerte de Hierón en el 466 a.C. y la instauración de la democracia en Siracusa. Tras el triunfo del 458 con la trilogía *La Orestía,* Esquilo se traslada de nuevo a Sicilia, donde le sorprendería la muerte en el 456 a.C., concretamente en Gela, época esta que algunos han supuesto como la fecha en que compondría total o parcialmente la trilogía a la que pertenece su discutido *Prometeo*. Relata la *Vida* que a su muerte los habitantes de Gela le honraron con magnificencia y le erigieron un sepulcro al que solían acudir gentes del mundo teatral y que en su tumba se leía el siguiente epitafio[2]:

A Esquilo, el hijo de Euforión, ateniense, contiene
este sepulcro de Gela, la rica en cereales.
Y de su bien reputado valor podría hablar el recinto sagrado de Ma-
y el medo de espesa cabellera que le conoce bien. [ratón

Sobre los motivos que impulsaron al eleusino a trasladarse a Sicilia mucho se ha escrito. Las fuentes antiguas aducen motivos diversos. Desde enfrentamientos con el joven Sófocles a quien el público comenzaba a preferir hasta que se fue dolido por haber sido derrotado por Simónides en un certamen de elegías por los caídos en Maratón, pasando por el hecho de que en una representación suya se vinieron abajo los bancos de los es-

pectadores o, en general, porque estaba decepcionado por la respuesta del público. Quizás combinando la tradición ya existente de la atracción que ejercía la Magna Grecia en esta época sobre los intelectuales con el hecho de que nuestro autor cada vez se mostraba más molesto con los aires sociales y políticos que comenzaban a soplar en la Atenas del final de sus días, tengamos una explicación verosímil. La democracia religiosa asumida por Esquilo, esa democracia querida y apoyada, desde su punto de vista, por los dioses, refrendada por la victoria sobre el persa y basada en la noción de conciliación y equilibrio, comenzaba a verse resquebrajada por los nuevos aires de una democracia laica que nos conducirán a Efialtes y Pericles.

Y es que Esquilo pertenece a la generación literaria del 470. En efecto, sabido es que la aplicación de la teoría de las generaciones a la literatura griega apenas ha dado resultado, mas a efectos eminentemente didácticos solemos distinguir en el siglo v a.C. tres generaciones literariamente hablando. La generación del 470, la generación de Pericles y la generación de la Guerra del Peloponeso, que corresponden a las tres etapas históricas más importantes que constituyen la armazón de este siglo:

1) Las Guerras Médicas (499-479), cuya consecuencia inmediata es la consolidación del sistema democrático.
2) El imperio marítimo ateniense (478-425), con la hegemonía ateniense en todos los aspectos sobre la Hélade.
3) Las Guerras del Peloponeso (431-404), que, por un lado, ponen fin al imperialismo marítimo ateniense y a su supremacía militar, y, por otro, provocan la crisis de las ideas democráticas, dando comienzo al resquebrajamiento de la ciudad-estado.

Y es que, cuando Esquilo nace, hacía dos años (527 a.C.) que Pisístrato, el tirano, había fallecido, haciéndose cargo del poder sus hijos Hiparco e Hipias hasta el 510 a.C. Cuando contaba nuestro autor unos dieciocho años, en el 507 a.C., asiste a las reformas constitucionales de Clístenes que serán el fundamento de la democracia. Posteriormente asistiría a la rebelión jonia contra Persia (499 a.C.) y al estallido de las Guerras Médicas, en las que tan activamente participó, como hemos comentado, y vería la consolidación democrática en Atenas y la hegemonía de ésta en el campo político, económico y cultural, y conocería a los grandes dirigentes de esta etapa democrática: Temístocles, Cimón, Efialtes y Pericles, quien a partir del 461, tras el asesinato de Efialtes, se hace cargo del poder y marcaría a Atenas y a todo su siglo. Pues bien, nuestro autor, como decíamos, pertenece, literariamente hablando, a la generación del 470. Es la que vive y participa en las Guerras Médicas, que asiste también a los primeros síntomas de una clara oposición entre Esparta y Atenas y que analizó años atrás en profundidad el profesor Rodríguez Adrados[3], quien reconstruyó el clima cultural y político del momento, al que califica de «concordia», armonía entre los dos grandes bloques áticos, y cuyo representante máximo es precisamente Esquilo, el teórico de la democracia religiosa, de la democracia querida y sustentada por los dioses, como lo prueba la propia victoria de la minúscula Atenas frente a la enorme Persia. Conciliación y armonía serán precisamente términos clave en el pensamiento de Esquilo y en la resolución de sus dilemas trágicos. Esta armonía tiende a romperse hacia el 462, al reducir Efialtes el bastión aristocrático del Areópago y dejarlo reducido a la jurisdicción de lo criminal y de lo religioso, hecho que le costaría al dirigente demócrata la vida. Las reformas de este jefe radical no serían bien acogidas por nuestro autor, como lo demuestran diversos pasajes de sus obras, fundamentalmente los pertenecientes a *Euménides*. Esquilo, tras estas muestras de repulsa, decide trasladarse a Sicilia y allí muere.

2. Obra

La obra de Esquilo realmente se nos ha conservado en pequeña proporción. Conservamos siete tragedias, aunque las fuentes del mundo antiguo nos hablan de una producción mucho más abundante.

Así la *Vida* nos habla de setenta dramas y unas cinco obras satíricas, *Suda* de noventa tragedias junto con elegías, mientras que el códice Mediceo (M), el más antiguo, nos aporta una lista de 73 títulos, dispuestos alfabéticamente en cuatro columnas de 18, 19, 18 y 18 obras, respectivamente, aunque sospechamos que nos falta una quinta columna con 18 títulos. El resultado final serían 91 títulos, pero como quiera que en la primera columna existe un título duplicado *(Phrýgioi-Phrýges)*, nos quedaríamos con un total de 90 obras que vendría a coincidir con la cifra que nos proporciona *Suda*. Los títulos del catálogo son los siguientes:

A) Columna 1: *Agamenón, Etneas «falsas», Atalanta, Danaides, Epígonos, Heraclidas, Ixión, Cretenses, Cares* o *Europa, Licurgo, Muchachos, Xantrias, Penteo, Penélope, Prometeo liberado, Sísifo fugitivo, Nodrizas, Frigios.*

B) Columna 2: *Atamante, Amimone, Bacantes, Dictiulcos, Eleusinios, Tracias, Suplicantes, Cerción, Layo, Memnón, Nemea, Edipo, Perrébides, Propómpos, Polidectes, Esfinge, Hipsípila, Friges* o *Rescate de Héctor, Psicagogos.*

C) Columna 3: *Egipcios, Argivos, Basárides, Siete, Helíadas, Teoros* o *Istmiatas, Cabiros, Circe, León, Misios, Nereidas, Juicio de las armas, Proteo, Prometeo encadenado, Salaminios, Arqueras, Filoctetes, Coéforos.*

D) Columna 4: *Etneas «auténticas», Argo* o *Remeros, Glauco marino, Euménides, Edonos, Ifigenia, Calisto, Heraldos, Lemnios, Mirmidones, Níobe, Ostólogos, Persas, Prometeo portador del fuego, Sémele* o *Hidróforas, Télefo, Fórcides, Psicostasía.*

A estas cuatro columnas habría que añadir una quinta columna, perdida, que podría contener los siguientes títulos: *Glauco Potnieo, Sacerdotisas, Palamedes, Prometeo prendedor del fuego, Sísifo arrastrador de la piedra, Fineo, Oritía.* Con menos seguridad se agregan los títulos de *Alcmena, Los constructores de alcobas (Talamopeos), Cicno, Tereo* y *Tenes.* También H. J. Mette[4] aboga por la existencia de una tragedia, *Eurition*, que, según él, formaría secuencia en la trilogía correspondiente con *Alcmena* y *Los Heraclidas.* Mientras que F. Görschen lo hace por un drama satírico, *Alejandro.*

Mas la inmensa mayoría de estas piezas no son sino meros títulos para nosotros. H. J. Mette[5] da ochenta títulos y uno dudoso *(Tenes)*, mientras que S. Radt, ya citado, también habla de ochenta y amplía los discutibles a tres *(Frigios, Cicno* y *Tenes).* En cuanto a las dos *Etneas* contenidas en el catálogo, la auténtica y la falsa o apócrifa, se ha pensado que la auténtica sería la representada por encargo en Siracusa, mientras que la segunda sería una falsificación que correría por Atenas. Ahora bien, según estos dos autores citados, en el mencionado catálogo no sólo hay títulos de tragedias, sino también de dramas satíricos, concretamente trece: *Licurgo*, tal vez *Nodrizas, Amimone, Dictiulcos, Cerción, Esfinge, Teoros* o *Istmiatas, Circe, León, Proteo, Heraldos, Prometeo prendedor del fuego, Oritía.* Por tanto, si a la cifra de 80 le substraemos los 13 dramas satíricos y contabilizamos como sólo una las *Etneas*, nos quedaríamos con 66 tragedias, que corresponderían al menos a 22 tetralogías. Pero, como es sabido, cada tetralogía comprende tres tragedias y un drama satírico, por lo cual la producción de Esquilo se nos eleva al menos ya a 88 piezas. Si a estas 88 piezas le sumamos las *Etneas* apócrifas y *Frigios*, tenemos la cifra de 90 obras atribuidas por *Suda*. Nos quedarían sólo por conocer los títulos de nueve dramas satíricos de Esquilo[6].

Otro problema es la posible agrupación tetralógica de estas piezas, teniendo en cuenta que hay autores, por ejemplo Schmid[7], que creen que no toda la producción de Esquilo tiene que estructurarse en series uniformes en lo argumental. Schmid cree que el número de tetralogías temáticas no iría más allá de la mitad de la producción de Esquilo. Sin embargo, Manuel Fernández Galiano[8], apoyándose en el esquema de Radt, dice que «podría lle-

garse a pensar muy tentativamente en 19 posibles tetralogías completas o incompletas»[9]:

1) *Fineo, Persas, Glauco Potnieo, Prometeo prendedor del fuego.*
2) La tetralogía que los modernos denominan en ocasiones *Edipodea* y que comprendería: *Layo, Edipo, Siete, Esfinge.*
3) La tetralogía de la *Orestía,* la única conservada a falta del drama satírico: *Agamenón, Coéforos, Euménides, Proteo.*
4) La tetralogía denominada *Licurgea,* que comprendería *Edonos, Basárides, Los Muchachos, Licurgo.*
5) La discutidísima tetralogía de las hijas de Dánao, compuesta por *Las Suplicantes, Los Egipcios, Las Danaides, Amimone.*
6) La tetralogía centrada en la figura de Prometeo, *Prometeida: Prometeo encadenado, Prometeo liberado, Prometeo portador del fuego (...).*
7) Una serie sobre Aquiles, paralela en curso a la *Ilíada,* formada por *Los Mirmidones, Las Nereidas, Friges* (esto es, troyanos) o *Rescate de Héctor (...).*
8) Otra serie acerca de la *Odisea* que comprendería *Los Psicagogos, Penélope, Los Ostólogos, Circe.*
9) Otra serie sobre Ayante: *Ayante* o *El juicio de las armas, Las Tresas (Tracias), Las Salaminias* o *Los Salaminios (...).*
10) Nuevos temas iliádicos o postiliádicos: *Los Cares* o *Europa, Memnón, La Psicostasia (...).*
11) Más argumentos troyanos de conexiones dudosas: *Las Sacerdotisas, Los Talamopeos, Ifigenia (...).*
12) Otra serie muy problemática cuyo primer miembro no identificamos: *(...), Los Misios, Télefo (...).*
13) *Lemnios, Filoctetes (...), (...).*
14) *Argivos, Los Eleusinios, Los Epígonos, Los Heraldos.*
15) La tetralogía báquica: *Penteo, Las Xantrias, Las Bacas (Bacantes), Las Nodrizas.*
16) La tetralogía centrada en el mito de Jasón: *Las Lemnias, Hipsípile, Nemea, Los Cabiros.*

17) La saga de Perseo, cuya primera pieza no conocemos: *(...), Fórcides, Polidectes, Los Dictiulcos.*
18) Ciclo de Heracles: *Alcmena, Los Heraclidas (...), El León.*
19) Ciclo de Ixión: *Las Perrébides, Ixión (...), (...).*

Como reconoce M. Fernández Galiano[10], quedan sin clasificar *Las Helíades, Argo* o *Los Remeros, Glauco marino, Calisto, Níobe, Atalanta, Las Cresas (Cretenses), Sísifo fugitivo, Sísifo arrastrador de la piedra, Los Propompos, Palamedes, Cerción* y *Oritía.* Esta agrupación tetralógica es un intento más, en ocasiones discutible, pero que nos sirve como referencia sobre todo de los temas y fondos míticos a los que acudió nuestro autor.

De toda esta relación de obras, desgraciadamente, y no sin problemas textuales, nos han llegado sólo siete: *Los Persas, Los Siete contra Tebas, Las Suplicantes,* la trilogía de *La Orestía (Agamenón, Coéforos, Euménides)* y *Prometeo encadenado.* En total, si nos atenemos a la última edición de su obra completa, la de M. L. West[11], a cuyo texto nos atenemos al realizar la presente traducción de la obra de Esquilo, nos han llegado del dramaturgo de Eleusis 8.116 versos, repartidos en siete tragedias que van desde los 1.047 versos de *Las Euménides* a los 1.673 de *Agamenón,* aunque la tendencia, por el texto conservado, está en tragedias que no llegan a los 1.100 versos. Su promedio realmente es de 1.159, frente al promedio de Sófocles que es de 1.477 y al de Eurípides que es de 1.370. Pero nos parece que el caso del *Agamenón,* en cuanto a extensión, se sale de la tendencia general de Esquilo. Comparando estos datos con el total de versos de las 32 tragedias y el drama satírico llegados a nosotros, que está en torno a los 44.495 versos, Esquilo representa el 18,24 por 100 del total, frente a Sófocles que representa el 23,24 por 100 y Eurípides, el mejor conservado, que asciende al 58,51 por 100. Junto a ello, a las siete tragedias conservadas, tenemos los fragmentos recopilados por Mette en 1959 y S. Radt en 1985, escasos en comparación con la enorme cantidad de producción perdida. Los hallazgos papiráceos respecto

a Esquilo tampoco podemos decir que hayan resultado sensacionales, pues no han aliviado mucho la desoladora sensación de la magnitud de obra perdida. En este caso estamos en línea con la enorme producción perdida de la tragedia griega en general[12]. Nos conformamos prácticamente con los tres tragediógrafos del siglo v a.C., pero hemos de ser conscientes de que hemos perdido centenares de autores y millares de obras. Sólo recordemos que Snell recoge unos 256 trágicos, y que éstos van desde la época arcaica hasta fines de la Antigüedad. Sin embargo, parece que sólo existieron Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Las fuentes fluctúan en cuanto a los triunfos que obtuvo con sus obras. Por ejemplo, la *Vida* habla de trece victorias en vida y otras tantas después de muerto, mientras que *Suda* habla de veintiocho victorias, aunque reconoce que otras fuentes hablan de trece. También sabemos por las fuentes antiguas que después de su muerte se siguieron representando sus obras y que siguió cosechando victorias. Así *Suda* nos informa de que su hijo Euforión consiguió el triunfo en cuatro ocasiones al reponer las obras de su padre. La primera victoria de Esquilo, según el *Marmor Parium,* se produciría en el 484 a.C., a la nada temprana edad de 41 años.

Toda esta producción habría que clasificarla cronológicamente, pues, entre la vigesimoséptima Olimpiada, fecha de su primer concurso trágico, según *Suda*, esto es, entre los años 499-496 a.C., y el fin de sus días en Gela en el 456 a.C. Pero la cronología de las obras de Esquilo, como la de tantos otros autores antiguos, no es un tema cerrado por completo. La tendencia general es admitir que *Los Persas* es del 472 a.C., con la que obtuvo un primer premio, *Los Siete contra Tebas* del 467 a.C., con la que obtuvo también el primer premio, *Las Suplicantes*[13] entre el 467 y el 458 a.C., *La Orestía* del 458, con la que obtuvo el primer premio, y por último, como más problemática, el *Prometeo* conservado.

En efecto, mucha tinta se ha vertido en torno al *Prometeo encadenado* no sólo respecto a su cronología sino, lo que es más importante, sobre su autenticidad[14]. Los que niegan la paternidad de Esquilo alegan motivos lingüísticos, estilísticos, de caracteres de personajes, de mecánica teatral, métricos e ideológicos, y, por ejemplo, sitúan la obra entre el 440 y el 430 a.C., atribuyéndola a un autor influido por Esquilo, pero también por las ideas sofísticas y las nuevas corrientes del teatro. Otros, en cambio, abogan por la paternidad esquílea de la obra basándose, por ejemplo, en que ningún autor antiguo duda de su paternidad y en rasgos lingüísticos, formales e ideológicos. El caso es que las espadas están en alto y quizás habría que llamar la atención sobre el hecho que es escaso el número de tragedias de Esquilo llegadas como para extraer conclusiones categóricas y sobre todo negativas. Los que abogan por la paternidad esquílea hablan incluso de que el texto llegado a nosotros, aun teniendo su origen en Esquilo, que lo habría concluido en Sicilia, ha sufrido alteraciones. Por ejemplo, se habla del hijo de Esquilo, Euforión, quien podría haber retocado el texto de su padre, la primitiva versión, para algunos quizás inacabada a la muerte del trágico, y podría haberla presentado en Atenas años después.

3. Los temas de las tragedias conservadas

Los Persas, que es la única tragedia griega que no recibe su temática del fondo mítico sino de la actualidad, del presente, fue representada, como dijimos, en el 472 a.C., en el arcontado de Menón, obteniendo Esquilo la victoria en el concurso trágico. Como hemos visto, hay filólogos que ponen esta pieza en relación con *Fineo, Glauco Potnieo* y *Prometeo prendedor del fuego,* formando una tetralogía, aunque hay no pocas voces discrepantes en este sentido[15]. El tema es la derrota persa en Salamina y sus consecuencias. La escena se desarrolla en Susa. La primera parte está constituida por la entrada del coro y su diálogo con Atosa, viuda de Darío y madre de Jerjes. Consternada, cuenta los tristes presagios que la atormentan constantemente desde la partida de Jerjes y que han culminado en un reciente sueño funesto, que se ve confirmado con la llegada de un men-

sajero, quien en breves palabras anuncia el desastre, la derrota persa. Se inicia así la segunda parte, constituida por la narración de la batalla. Tras tranquilizar el mensajero a Atosa en el sentido de que, al menos, Jerjes está vivo, el mensajero emprende con detalle la narración de la batalla de Salamina y la difícil retirada del ejército en fuga en dirección a la patria. Terminada la narración, el coro entona un lamento fúnebre y una invocación a la sombra de Darío, que, finalmente, aparece en escena y profetiza nuevas derrotas, al tiempo que aclara las causas de las mismas, que son de orden religioso, el tema de la *hýbris* de Jerjes. La tercera parte de la obra está constituida por la llegada de Jerjes, con sus vestiduras desgarradas, abatido y humillado. Un lamento fúnebre por la derrota domina toda esta parte. La reina, entretanto, ha entrado en palacio para preparar nuevas vestiduras con las que acoger dignamente a Jerjes, que entra en él acompañado por el coro.

Los Siete contra Tebas (467 a.C.) es la única pieza conservada de la tetralogía, denominada *Edipodea,* constituida por *Layo, Edipo, Los Siete contra Tebas* y *Esfinge*. Esto es, pertenece al ciclo tebano. En *Layo* y *Edipo* se narraría la historia de la familia de los labdácidas, en la que se habían acumulado delitos y maldiciones horribles. Narraban las historias de estos reyes de Tebas, abuelo y padre, respectivamente, de Eteocles y Polinices, quienes en la obra conservada se disputan sangrientamente el trono de Tebas. En efecto, Polinices ha sido privado del trono de Tebas por su hermano y, en consecuencia, reúne un ejército con el que ataca Tebas con el fin de recuperar el trono. En el prólogo aparece Eteocles como el gobernante ideal que dedica todos sus esfuerzos a la comunidad, manifestando la firme decisión de defender la patria. Entonces llega un mensajero enviado por él para observar los movimientos de los enemigos, quien le anuncia que el ataque es inminente y que los siete jefes enemigos más valerosos se hallan dispuestos, respectivamente, frente a las siete puertas de la ciudad. Mientras Eteocles trata de contrarrestar la presencia enemiga ante cada una de las puertas, interviene el coro, que invoca desesperadamente la protección de los dioses

y la salvación de la ciudad. El mensajero describe, uno por uno con sus armaduras, a los siete jefes enemigos, que respiran orgullo y furor guerrero, excepto Anfiarao. A cada uno opondrá Eteocles el guerrero tebano elegido por él, reservándose para sí a su hermano Polinices. Así, pues, se cumplirá la imprecación paterna: estarán los dos hermanos uno contra otro. En vano le exhorta el coro a que desista, a que evite este horror. Regresa el mensajero, que informa, por una parte, que la ciudad ha sido salvada, pero, por otra, que han perecido los dos hermanos, uno a mano del otro. Un heraldo anuncia el decreto de la ciudad: Eteocles será sepultado dignamente, mientras que Polinices quedará insepulto y sin honra y como pasto para las aves, medida esta que contará con la oposición de Antígona.

Las Suplicantes es la primera pieza de una tetralogía cuya secuencia era *Las Suplicantes, Egipcios, Danaides* y *Amimone*. Ya hemos hecho referencia a su cronología, que se tiende a situar entre el 467 y el 458 a.C., concretamente en torno al 463 a.C. La tragedia narra la huida de las 50 hijas de Dánao de sus primos por parte paterna, los hijos de Egipto, que quieren unirse a ellas por la violencia. Las cincuenta hijas de Dánao, guiadas por su padre, llegan a las cercanías de Argos, cuna originaria del linaje, solicitando la protección de la ciudad y sus dirigentes. Tras diversos titubeos, es el pueblo quien decide acoger favorablemente a las Danaides. Llegados en sus naves los egipcios, se ven defendidas las Danaides por Pelasgo, el rey del lugar. Las suplicantes expresan su gratitud y hacen votos por sus defensores, mientras que el coro las exhorta a prudentes pensamientos.

La Orestía, la única trilogía conservada *(Agamenón, Coéforos* y *Euménides)*, que se completaba con el drama satírico perdido *Proteo*, corresponde al 458 a.C. y con ella Esquilo obtuvo el primer premio. Como es sabido, narra el triste destino de los Atridas, reyes de Micenas, concretamente el asesinato de Agamenón por parte de su esposa Clitemestra y la muerte de ésta a manos de su hijo Orestes, quien en la última pieza conservada se ve libre de la mancha del crimen. Es un tema bien conocido que, pensamos, no precisa detallada narración.

En el *Agamenón* se narra el asesinato del Atrida a cargo de su esposa, cuando éste regresa de Troya. La obra se abre con la noticia de la toma de Troya a cargo del guardián que está apostado en el exterior de palacio y continúa con una rememoración de la guerra de Troya y el sacrificio de Ifigenia a cargo del coro, la llegada de Agamenón junto con Casandra a palacio, la acogida supuestamente favorable por parte de Clitemestra y el asesinato de ambos por parte de ésta.

En la segunda pieza, *Coéforos,* se narra la venganza de Orestes, el hijo. Pasados los años, regresa Orestes con su amigo Pílades. Mientras Orestes ora ante la tumba de su padre, llega un grupo de jóvenes, a cuyo frente está Electra, que portan libaciones enviadas por Clitemestra, agobiada por tristes presagios. Tras la escena de reconocimiento entre ambos hermanos, éstos ultiman el plan para acabar con Clitemestra y Egisto. Orestes y Pílades se fingen extranjeros, se presentan ante Clitemestra y le comunican que Orestes ha muerto. Clitemestra manda llamar a Egisto y ambos son ejecutados por Orestes. Orestes se justifica una y otra vez y al final se ve ya amenazado por las sombras de las Erinias.

Estas Erinias o furias vengadoras de los muertos forman el coro de la tercera tragedia conservada, *Las Euménides.* La acción comienza en Delfos, en su santuario, donde ha acudido Orestes como suplicante perseguido por las Erinias. Tras ser defendido de ellas por el propio Apolo, éste lo encamina a Atenas, donde un tribunal de ciudadanos lo absolverá del matricidio cometido. La votación de este tribunal, el futuro Areópago, acaba en empate, que Atenea rompe al otorgar su voto a Orestes. Atenea aplaca a las Erinias asegurándoles que tendrán culto y honras en Atenas, y el pueblo acompaña en religioso cortejo a las diosas, de ahora en adelante benignas (Euménides), a su nueva morada.

En cuanto a *Prometeo encadenado,* es la primera pieza y única conservada de una tetralogía cuyos otros elementos conocidos son *Prometeo liberado* y *Prometeo portador del fuego.* En cuanto a la fecha y a los problemas de autenticidad, ya hemos hecho referencia a ellos. La obra narra el enfrentamiento entre Zeus y el titán Prometeo, quien para favorecer a los hombres robó el fuego, lo que le ha valido ser encadenado a una roca del Cáucaso. Ésta es la escena que abre la tragedia, el encadenamiento del titán por parte de Hefesto, Fuerza y Violencia, en medio de los lamentos de Prometeo. Acuden las Oceánides y luego el propio Océano, quienes, aun compadeciendo a Prometeo, le exhortan a que ceda ante Zeus y se someta a él. Pero Prometeo no cede, sino que tacha a Zeus de tirano y está decidido a no revelarle el secreto del cual depende su permanencia en el poder: si se casa con Tetis engendrará un hijo más fuerte que él y se prolongará el mito de la sucesión en el reino celeste. Fracasados Océano y sus hijas, Prometeo se jacta de sus beneficios a los hombres, acudiendo al lugar Io, otra víctima de Zeus y de la cólera de Hera, con quien el titán dialoga y a la que augura su liberación. Finalmente se presenta Hermes con el propósito de disuadir a Prometeo y de que éste le comunique su secreto, mas el titán lo trata un tanto despectivamente y prefiere ser arrojado al Tártaro en medio de un grandioso cataclismo.

4. Aspectos formales de la tragedia esquílea

Para nosotros, realmente, Esquilo es el primer trágico, ya que sus predecesores, Tespis, Quérilo y Frínico, nos son apenas conocidos. Diez años antes del nacimiento de Esquilo tuvo lugar, según las *Didascalias,* el primer concurso trágico en Atenas, en el 535 a.C., que ganó Tespis, hijo de Temón, del demo de Icaria, quien, según las fuentes, introdujo, frente al canto coral original, un actor, y quien actuaba personalmente al principio albayaldándose la cara y después recurriendo a máscaras. Escasísimos datos verosímiles tenemos sobre él, aunque sí los títulos de cuatro tragedias suyas: *Los juegos de Pelias* o *Forbante, Los sacerdotes, Los muchachos* y *Penteo.* No es gran cosa tampoco cuanto sabemos del ateniense Quérilo, a quien las fuentes atribuyen el exorbitante número de 160 obras y trece victorias y del que conocemos el título de una tragedia suya, *Álope,* pero los esca-

sos fragmentos llegados tampoco nos permiten saber con certeza demasiado. Muchos más datos tenemos sobre el otro ateniense, Frínico, hijo de Polifrasmón, quien obtuvo su primera victoria en 511-508 a.C. y que, según las fuentes, murió como Esquilo en Sicilia. Conservamos no pocos títulos de tragedias suyas: *Egipcios, Acteón, Las mujeres de Pleurón, Alcestis, Anteo* o *Los lidios, Danaides, Persas, Toma de Mileto, Fenicias, Tántalo.* Como se puede observar por los mismos títulos, los sucesivos dramaturgos, entre ellos Esquilo, continuaron su línea temática. Siempre se ha supuesto que Esquilo no dejó de inspirarse en su antecesor, pero no sabemos en qué medida. La misma *hypóthesis* de los *Persas* de Esquilo nos informa de que éste, según un tal Glauco, había construido su tragedia sobre las *Fenicias* de Frínico, de forma que incluso en nuestro siglo ha habido intentos de reconstrucción de la obra del predecesor de Esquilo a partir del propio Esquilo, como pretendió F. Stoessl. También se ha buscado la huella de Frínico en las *Danaides* de Esquilo. Un aspecto que resulta innegable es que Esquilo no fue el primero en escribir una pieza como *Los Persas* no basada en el fondo mítico sino histórico. Ello ya lo llevó a cabo Frínico antes con obras como la *Toma de Mileto* (492 a.C.) y *Las Fenicias* (476 a.C.).

Es muy difícil, pues, calibrar hasta dónde llega el débito de Esquilo respecto a sus predecesores trágicos. La propia biografía imaginaria del poeta, la *Vida,* decía que Sófocles lo tenía más fácil que Esquilo al irrumpir en escena, ya que mientras el de Eleusis tenía que competir con figuras notables como Tespis, Quérilo y Frínico, Sófocles podía seguir la estela del maestro Esquilo, aprendiendo de él y mejorándolo en caso necesario. De todas formas, el famoso libro, con su título tan atractivo, de Gilbert Murray, *Aeschylus, The Creator of Tragedy*[16], aun sin poderle negar aspectos originales a Esquilo, es hoy día muy matizado.

Abordemos a continuación algunos aspectos formales de la tragedia esquílea de una forma somera. Por lo pronto, la curiosa organización de determinadas piezas esquíleas en forma de trilogía, o tetralogía si contamos el drama satírico, es decir, monotemáticas, con una línea argumental de fondo que une todas las piezas, por ejemplo, la *Orestía,* sistema que luego es abandonado por Sófocles y Eurípides. Su origen es discutido y no existe *communis opinio.* Hay filólogos que ponen su origen en Quérilo (Blumenthal), en Frínico (Cantarella) o incluso en el propio Esquilo[17]. Sostenía el filólogo austriaco F. Stoessl[18] que una trilogía esquílea estaba organizada a manera de los cantos corales triádicos, en los que la estrofa y la antistrofa se corresponden, métricamente, en tanto que el epodo presenta una métrica propia. De la misma manera, la primera y segunda piezas de la trilogía presentarían en nuestro poeta una auténtica simetría, una rigurosa correspondencia en escena, en tanto que la tercera pieza se montaba de un modo independiente. Es más, añadía el filólogo austriaco, era la segunda pieza la pieza central y la primera se adaptaba a ella. Esta hipótesis, de entrada atractiva, es muy discutible y ha encontrado poco eco, cuando no oposición entre los filólogos.

Se ha insistido[19], y creo que con razón, en que la tragedia esquílea es una representación en la que los elementos puramente dramáticos están envueltos en lirismo y espectáculo visual, en que la acción misma de sus dramas se caracteriza por ser una situación comentada líricamente. Lo normal es que haya un personaje central, el protagonista, que está en escena la mayor parte del tiempo y que se va enfrentando a sucesivos interlocutores, siendo comentada la acción líricamente por el coro. Y es que con los dos actores de los que el poeta disponía usualmente, salvo en la *Orestía,* en que en muy determinados momentos hay tres, era difícil desarrollar en escena acciones complicadas. En efecto, tema discutido es el número de actores de los que dispuso Esquilo. Aristóteles en su *Poética*[20] nos dice que «en cuanto al número de actores Esquilo fue el primero que lo elevó de uno a dos, y disminuyó la intervención del coro y dio el papel principal al diálogo. El tercer actor y la escenografía es cosa de Sófocles», pero, a su vez, existe otra tradición en el mundo antiguo en el sentido de que el tercer actor se dio ya con

Esquilo. Ante este panorama la opinión tradicional es decir que Esquilo trabaja fundamentalmente con un máximo de dos actores y que el tercero lo utilizó en la *Orestía* adaptando la innovación de Sófocles. Lo que sí es cierto es que quien lea las tragedias conservadas esquíleas verá que en aquellos casos de la *Orestía* en que se dan tres actores, el tercer actor, como decía P. D. Arnott[21], Esquilo nunca lo integró plenamente en su esquema dramático. Por ello el teatro de Esquilo más que de acción es de situación, aclarada en primer término por los sucesivos diálogos entre el protagonista y los distintos interlocutores, y comentada y aclarada en sus hondas raíces por el coro.

Y es que el coro es elemento básico y raíz de la tragedia griega y fundamental en los dramas de Esquilo en mayor proporción que en los otros dos grandes trágicos posteriores. Ello se muestra en la simple estadística[22]. Si en el conjunto de la producción dramática las partes corales ocupan en torno al 25 por 100, en el caso de Esquilo las partes corales representan el 35,1 por 100, muy superior a Sófocles (21,9 por 100) o Eurípides (23,5 por 100). Y lo que es más importante, el coro está íntimamente unido a la acción. La gradación de sus tragedias de mayor a menor en cuanto a extensión de partes corales sería *Las Suplicantes, Los Siete contra Tebas, Los Persas, Agamenón, Coéforos, Euménides* y *Prometeo,* este último muy lejos del promedio de las restantes seis piezas. Parece que el número de coreutas en Esquilo era de doce, incluso en el caso de *Las Suplicantes,* donde no estarían en escena físicamente las cincuenta hijas de Dánao, sino tan sólo doce coreutas de forma simbólica. Sin los comentarios líricos del coro la acción o situación se convertiría en trivial e incluso en ocasiones no totalmente comprensible. Nos desvela el significado profundo de la obra que estamos presenciando.

Al ser la temática mítica, esto es, extraída del fondo mítico, como es norma en la tragedia griega, salvo en el caso de *Los Persas* ya comentado, único drama histórico conservado, los personajes principales de la tragedia de Esquilo pertenecen a ese fondo mítico, desde dioses a hombres, estos últimos usualmente ligados a estirpes reales, lo cual indudablemente engrandece la acción en dos sentidos. En primer lugar su presencia da majestuosidad al escenario, a lo que contribuyen la indumentaria y las máscaras, y, en segundo lugar, porque todo lo que sucede a esos personajes incide de lleno en toda la comunidad. Por ejemplo, las desgracias de los Atridas o de los Labdácidas están jalonadas por acontecimientos colectivos como son, respectivamente, la guerra de Troya o la guerra fratricida en Tebas. Además, al ser personajes ligados al mundo mítico, salvo, repetimos, el caso de *Los Persas,* les está conferido el engrandecimiento que supone la distancia y el aliento del mito. Por otra parte hemos de destacar que a Esquilo la pintura de caracteres[23] propiamente dichos no le interesa. Presenta a la mayoría de sus figuras con un mínimo de caracterización. El análisis psicológico no le mueve, sino que la propia acción los va dibujando. El personaje de Esquilo se construye y define en la acción, sin que haya introspección.

Su estilo[24] es grandioso. Lleno de figuras de dicción, de anfibologías, de metáforas, de juegos etimológicos, de formaciones nuevas léxicas, composición en anillo, etc. Su lengua dista de la de Sófocles y más aún de la de Eurípides en cuanto a niveles de complejidad. El lenguaje de Esquilo era ya calificado de «enfático» por sus epítetos ornamentales, sus términos compuestos, sus constantes metáforas y símiles tomados de los campos más variados de la naturaleza y la vida, el mar, la pesca, los animales, los árboles, la agricultura, los oficios, la cinegética, la medicina, los juegos. Fue un audaz innovador en la formación de esos epítetos compuestos que son tan característicos de su dicción, muchos de los cuales sólo los tenemos atestiguados en él. Y como los grandes poetas, era audaz con el lenguaje. No sólo en pequeñas cuestiones semánticas y sintácticas forzó el uso normal, sino que en la metáfora, donde no tiene más paralelo que Píndaro, su combinación de imágenes parece a veces forzar el lenguaje figurativo casi hasta la ruptura. Es característico en él, junto con el uso de palabras clave a lo largo de sus piezas que dan unidad a sus trilogías, mantener una imagen o imágenes a

través de toda una obra: en *Los Siete contra Tebas* el barco del estado, en *Las Suplicantes* las aves de presa, en la *Orestía* las redes y las trampas.

5. Aspectos ideológicos de la tragedia esquílea

El pensamiento[25] de Esquilo es de una gran riqueza. Los aires de la época arcaica todavía dejan sentir su brisa sobre él, pero la nueva época, la clásica, abanderada por una Atenas en la que soplan nuevos aires sociales, culturales y políticos, se deja sentir sobre su persona, y nuestro autor se siente orgulloso de su ciudad y de las nuevas brisas que soplan sobre ella. El nuevo orden instaurado por Clístenes es considerado justo y Esquilo lo asume y lo defiende. Se identifica con esa primera parte de la democracia que, desde su punto de vista, se ve respaldada por la victoria sobre el persa, victoria querida y apoyada por los dioses, que premian así al justo sobre el injusto, que recompensan a la *areté*, la virtud por excelencia. Tiene un firme sentimiento democrático en consonancia con su época, muestra odio a la tiranía, al poder absoluto y a la guerra civil, que tanto había minado a las ciudades griegas, manifiesta unas altas dosis de patriotismo respecto a Atenas, repudia la *hýbris*, la desmesura, y elogia la moderación y la justicia. Era consciente de los defectos de la religiosidad tradicional y sobre todo en la famosa parte coral del comienzo del *Agamenón* se muestra henoteísta.

Estos ideales y defensa de su ciudad no le llevarán, al contrario que Sófocles, a implicarse en la política activa. Él tenía sus ideas y no las oculta, pero no era un teórico sistemático, aunque sí le preocupa el tema del poder. Es innegable que Esquilo ha reflejado en su obra, en determinados momentos, aspectos de los sucesos políticos de su tiempo. *Los Persas*, por ejemplo, son una exaltación de la gran victoria de la minúscula nación griega, y sobre todo de Atenas, sobre el enorme poderío persa. En la *Orestía*, representada tras las reformas del Areópago por Efialtes, nos expresa cuál es su valoración de dichas reformas. Incluso se ha defendido que en la trilogía a la que pertenece *Las Suplicantes* subyacen aspectos concretos de la política exterior de Atenas. Pero él no es un teórico sistemático, aunque ello no es óbice para que exprese su pensamiento abiertamente en determinados pasajes. Esquilo cree en una democracia no arrastrada por demagogos, sino dirigida por hombres fuertes y seguros. Una democracia basada en el equilibrio, en la conciliación entre clases e intereses. Es sintomático que la solución del dilema trágico en Esquilo sea a través de la conciliación, del equilibrio de fuerzas. Es lo que ocurre en la *Orestía*, donde tras el empate de votación producido en el Areópago y el voto de calidad de Atenea, Orestes es absuelto y las Erinias se transforman en Euménides. Es lo que ocurría en la tetralogía a la que pertenece *Las Suplicantes*, que ofrecía desmesura en ambos bandos y que culminaba en Hipermestra, única de las cincuenta Danaides que, contra la voluntad de su padre, no mata a su esposo Linceo, mostrando la necesaria conciliación y coexistencia de sexos. Prometeo, por su parte, terminaría en su serie monotemática por ceder, ser liberado y recibir su debido culto.

Decía Aristóteles[26] que el héroe trágico debía ser virtuoso, pues en caso contrario nadie se interesaría por su desgracia, pero también imperfecto, porque si no su desgracia sería un escándalo. Y en ello Aristóteles tenía razón, porque casi siempre la desgracia que aflige al héroe tiene su origen en una falta. A veces, sobre todo en Esquilo como rasgo de arcaísmo, la falta de un antepasado, el concepto de culpa hereditaria que se transmite de generación en generación, aunque ello no es óbice para que el héroe concreto de la pieza sea reo, a su vez, de su propia falta. En la trilogía de la que forma parte *Los Siete contra Tebas*, así como en la *Orestía*, asistimos a la grandiosa historia de una culpa heredada a través de los diversos eslabones de una familia entera, pero ello no impide que cada héroe concreto sea reo de su propia culpa. El héroe puede actuar movido por un impulso noble, pero eso no impide que haya en él un germen de *hýbris*, de desmesura. Agamenón mata a su hija Ifigenia movido sobremanera por ambición y asola una ciudad, Troya, en la

que perecen inocentes. Clitemestra une su carácter de madre vengativa al de adúltera llena de rencor. Orestes y Electra vengan la muerte de su padre, pero han cometido un matricidio. En *Los Siete contra Tebas* ambos hermanos, Eteocles y Polinices, tienen su parte de razón. El primero defendiendo la ciudad y el segundo reclamando sus derechos. Pero a su vez Eteocles comete su falta al no ceder a los derechos legítimos de su hermano, mientras que Polinices ataca su propia ciudad e injusto es lo uno y lo otro. En *Las Suplicantes* las mujeres llevan razón al no querer someterse por la violencia a los varones, pero no tienen razón al negarse a la ley universal y divina del amor, a la unión con el varón. Prometeo, por una parte, es el bienhechor de los hombres, pero, por otra, es el titán rebelde que se enfrenta a Zeus.

En cuanto a la famosa «responsabilidad» humana en la obra de Esquilo, teniendo en cuenta que Esquilo mantiene la existencia de las dos esferas, la divina y la humana, incidiendo la primera en la segunda, los estudiosos no se muestran de acuerdo. Frente a la corriente que niega toda responsabilidad humana en su «pecar», casos de Rivier o Page, otros, como Lesky, creen en la firme decisión del hombre, aunque con ciertos matices. En el fondo podríamos decir que la decisión divina pasa por la elección humana y que el hombre no abdica de su elección y, por tanto, de su responsabilidad.

El rasgo dominante de la justicia en Esquilo es que está ligada inextricablemente a la piedad debida a los dioses, pues éstos protegen la justicia. Toda injusticia es impiedad, *asébeia*, en tanto que está defendida por los dioses, y ello acarrea el castigo y el sufrimiento para los seres humanos. La justicia de Zeus se aprende por la vía del dolor. Todo aquel que comete un acto de injusticia lo paga. El hombre aprende con el sufrimiento, del que va a surgir el conocimiento y la reconciliación. Digamos que en Esquilo existen dos niveles de moralidad, uno muy arcaico basado en la idea de que «quien la hace la paga», que sirve de base a la idea de venganza, mas también tenemos a Zeus como garante de la justicia, de un nuevo orden

justo, que lleva a que en la *Orestía*, por ejemplo, el caso de Orestes se decida ante un tribunal competente. Pensadores anteriores y la democracia de su tiempo han influido en Esquilo para afirmar la esperanza en el triunfo de una conducta más racional, apoyada también en el carácter racional de la divinidad, al frente de la cual está Zeus.

Para Esquilo el universo en su orden, belleza y armonía es producto de tensiones, oposiciones, luchas y actitudes contrapuestas. Y es que tanto el universo como la vida humana, desde su punto de vista, están llenos de oposiciones y alternancias que hay que asumir. Como también hay que asumir, aunque se trate de superar, el tema de la guerra. La guerra, en efecto, ocupa un lugar muy importante en la tragedia de Esquilo. No digamos en *Los Persas* o en *Los Siete*, donde la guerra es eje central, sino que subyace en tragedias como el *Agamenón*, cuya parte coral contiene un duro alegato contra la guerra, a partir de la rememoración de la guerra de Troya: las familias recibirán urnas funerarias en vez de los hombres que enviaron allá y, por ejemplo, el coro no desea ser un destructor de ciudades, cuando precisamente en Homero éste era un glorioso título de los que se ufanaban sus guerreros.

6. La transmisión del texto. Ediciones y traducciones. Nuestra traducción

Entre los textos originales que Esquilo escribió en la primera mitad del siglo V a.C. y el texto que hoy día manejamos en las ediciones al uso media una larga distancia[27]. Cerca de dos milenios y medio que han dejado su impronta en lo que a Esquilo respecta. En primer lugar en el número de sus obras conservadas, que han sido sólo siete, aparte de los fragmentos. En segundo lugar en el estado del texto de estas siete obras que nos han llegado. Por supuesto de los originales esquíleos que vieran la luz entre el 472 a.C. y el 456 a.C. y sobre los cuales se montaban las representaciones teatrales no tenemos rastros. Podemos

imaginarnos con toda razón una *scriptio continua* en el alfabeto epicórico ático de veintiuna letras, sin distinción gráfica de /e/ u /o/ abiertas o cerradas, largas o breves, sin signos propios para las consonantes dobles, sin acentos ni espíritus, ni puntuación, etc. Un ejemplar se entregaría al arconte con el fin de poder participar en el concurso y copias para los actores y el coro para que pudieran ensayar. Es a partir del siglo IV a.C. cuando un ejemplar se guarda en los archivos de Atenas, lo cual permite, por ejemplo, que se pudiesen hacer las reposiciones del autor sin que se modificase el texto. En efecto, merced al estadista ateniense Licurgo una ley prescribió que se erigieran en bronce las estatuas de los tres grandes trágicos y que se guardara una copia de sus tragedias en los archivos de la ciudad. Por supuesto tampoco de lo que conocemos como edición de Licurgo tenemos el menor vestigio. De la época clásica nos tenemos que contentar con la tradición indirecta, esto es, con la cita de autores como Platón o Aristóteles, por ejemplo, que nos transmiten títulos o versos de las piezas esquíleas. En época helenística el hecho clave es la edición del texto en Alejandría a cargo de Aristófanes de Bizancio, al que remontarían, en definitiva, todas las ediciones posteriores, y los comentarios de Aristarco, del que dependerían, en última instancia, los escolios y comentarios contenidos en los manuscritos medievales. También en esta época, concretamente en el siglo I a.C., vería la luz el comentario de Dídimo. Todo ello, insistimos, se ha perdido. Pero ya de esta época conservamos los primeros papiros de Esquilo. En efecto, de la treintena de papiros de nuestro autor hay dos del siglo III a.C., uno del siglo II a.C., otro del siglo I d.C. y veintiséis del siglo II d.C.

En época romana hay dos momentos clave. Uno es en el siglo II d.C., cuando el filohelenismo y amor por los «clásicos» y a su docencia lleva a confeccionar determinadas selecciones de autores consagrados. De Esquilo se elaboró una selección que comprendía siete tragedias, que son precisamente las que han llegado hasta nosotros. Indudablemente ello contribuyó a la pérdida de las restantes tragedias. Después vendrían el paso del

rollo al códice a partir del siglo IV d.C. y el renacimiento bizantino, con la transliteración de uncial a minúscula de los textos. Pues bien, de todo lo expuesto hasta ahora no conservamos en el caso de Esquilo, salvo los papiros, nada de primera mano.

Hemos de esperar a los manuscritos medievales para poder palpar el texto de Esquilo siglos atrás. De entre todos los códices medievales el más antiguo e importante para Esquilo es el *Mediceo* o *Laurenciano* XXXII 9, copiado en el siglo X d.C. o comienzos del XI. Pero este códice, en el que se notan cuatro manos, está mutilado, y si no fuera por el auxilio que nos prestan otros códices la *Orestía* no habría llegado completa hasta nosotros. Falta también el comienzo de *Coéforos*. Pero, a pesar de todo, es el manuscrito base, más importante, para las ediciones modernas. Existen otros muchos manuscritos de Esquilo, ciento cincuenta, por ejemplo, el *Farnesiano* de Nápoles o el *Florentino* o *Laurenciano* XXXI 8 o el *Venetus* o *Marcianus* 616, entre otros muchos, pero el *Mediceo* es el esencial.

Dejando a un lado las principales ediciones del siglo XIX, esto es, las de G. Hermann[28], H. Weil[29] y F. H. M. Blaydes[30], en el siglo XX, y siempre refiriéndonos a la edición de obras completas, las más importantes han sido las de U. von Wilamowitz[31], P. Mazon[32], H. W. Smyth[33], G. Murray[34], M. Untersteiner[35], D. Page[36] y la más reciente, la de M. L. West[37], que es sobre la que hemos efectuado nuestra traducción. Pero hemos de advertir que hoy día en el campo de la filología griega no hay sensación de que hayamos conseguido una edición que podamos dar como casi definitiva. Y es que el problema de Esquilo es que ha sido un autor abonado para ejercer la conjetura textual como por arte de prestidigitador. Nada más hay que recorrer la cantidad de artículos y contribuciones, aparte de las ediciones, cuyo presunto fin era «mejorar» el texto del trágico[38], y de esas «contribuciones» qué pocas han quedado como verosímiles con el paso del tiempo. Nos atenemos, como dijimos, a la última edición en Teubner de West, aun reconociendo que, como otros editores anteriores, peca por exceso del arte de la conjetura.

En cuanto a traducciones, y repetimos que sólo nos referimos a la obra completa, las ediciones de Mazon, Smyth y Untersteiner, ya citadas, contienen asimismo la correspondiente traducción. En el caso de nuestra península la única obra que contiene todas las piezas de Esquilo, me refiero a texto griego y traducción, es la llevada a cabo por el poeta y filólogo Carles Riba, con texto de la edición de P. Mazon y traducción al catalán[39]. Pero desde 1997 han aparecido ya dos volúmenes en la colección Alma Mater con texto griego y traducción a nuestra lengua a cargo de M. Vílchez, que comprende en su volumen I *Los Persas*[40] y en el II *Los Siete contra Tebas* y *Las Suplicantes*[41].

Todo Esquilo traducido al español sin texto griego lo encontramos en la tradicional y sucesivamente reeditada traducción de don Fernando Segundo Brieva y Salvatierra que comenzó a aparecer en Madrid en 1880, en la de Enrique Díaz Canedo, preparada a partir de la traducción francesa de Charles Marie Leconte de Lisle, que apareció en Valencia en 1915, en la de Julio Pallí[42], en la de Bernardo Perea Morales con introducción de M. Fernández Galiano[43] y, sobre todo, en las de F. Rodríguez Adrados[44] y J. Alsina[45]. Sería injusto poner todas al mismo nivel, ya que, desde mi punto de vista, las más destacables serían las de Rodríguez Adrados y Alsina, con una diferencia esencial entre ellas, pues la primera se pega excesivamente al texto, motivo por el que padece el español, y la segunda peca de lo contrario. Existen también traducciones sueltas de piezas de Esquilo, de las cuales nos parece inútil dar una relación completa, pero sí debo, creo, mencionar algunas, que desde nuestro punto de vista merecen ser destacadas en nuestra lengua. Me refiero a las traducciones de la *Orestía* de J. L. Calvo Martínez[46], M. García Valdés[47] y de J. L. de Miguel Jover[48], esta última siguiendo ya la edición de West. Junto a ellas habría que citar la edición bilingüe de la *Orestía*, con texto griego de la edición de Murray[49], de Alsina de 1979.

Nuestra traducción, repetimos, la hacemos sobre la edición en Teubner de West de 1990, siendo conscientes de que no existe una edición de Esquilo considerada por los helenistas como

definitiva, fundamentalmente por el apego que han tenido no pocos editores al arte de la conjetura. Advirtamos, por último, que el texto de las partes no recitativas, fundamentalmente las corales, aparece en cursiva en nuestra traducción y que en la traducción aparecen lógicamente los signos diacríticos utilizados por West en su edición y cuyos significados son los siguientes:

< > Texto no conservado, sobre el que el editor ejerce en ocasiones el arte de la conjetura.
{ } Texto conservado, pero que el editor considera que debe ser suprimido.
† † Pasaje corrupto.
[ ] Parte perdida de texto por accidente material.

ENRIQUE ÁNGEL RAMOS JURADO

Notas

1. Para las fuentes y noticias biográficas, cf. S. Radt, *Tragicorum Graecorum Fragmenta. Aeschylus*, Göttingen, 1985, III, pp. 31-119.
2. P. 332. 24-27 Page.
3. *Ilustración y Política en la Grecia Clásica*, Madrid, 1966.
4. *Der verlorene Aischylos*, Berlín, 1963, pp. 151-152.
5. *Die Fragmente der Tragödien des Aischylos*, Berlín, 1959.
6. Para toda esta cuestión remitimos a la buena introducción de Manuel Fernández Galiano a la traducción de Bernardo Perea Morales (*Esquilo. Tragedias*, Madrid, Gredos, 1986, pp. 47-48).
7. *Aischylos und Pindar. Studien zur Werk und Nachwirkung*, Berlín, 1981.
8. Fernández Galiano, ob. cit., pp. 48-53.
9. *Ibidem*, p. 48.
10. *Ibidem*, p. 53.
11. *Aeschyli Tragoediae*, Stuttgart, 1990.
12. Cf. J. M.ª Lucas, «La tragedia griega perdida, una valoración de conjunto», *Epos* VI, 1990, pp. 37-49.
13. Pieza muy discutida cronológicamente ya que años atrás se consideraba por parte de no pocos filólogos perteneciente al comienzo de la producción de Esquilo, de los años noventa, mientras que a partir

del descubrimiento y publicación en 1952 de un fragmento de *Didascalia (Oxyrhynchus Papyri* XX, 2.256, fr. 3, saec. II-III) los filólogos abogan por la cronología de los años sesenta, concretamente hacia 463 a.C. El texto de la *Didascalia* dice así: «En tiempos del arconte <...> de la Olimpiada <...> venció Esquilo con *Las Suplicantes, Los Egipcios, Las Danaides,* el drama satírico *Amimone.* El segundo fue Sófocles. El tercero fue Mesato [...] [con *Las Bacantes, Los Sátiros sordos*], *Los pastores, El Cíc(lope)* drama satírico».

14. Cf. M. Fernández Galiano, ob. cit., pp. 188-193; C. J. Herington, *The author of the Prometheus Bound,* Austin, 1971; H. Lloyd-Jones, *The Justice of Zeus,* Berkeley, 1971; M. Griffith, *The Authenticity of Prometheus Bound,* Cambridge, 1977; D. J. Conacher, *Aeschylus' Prometheus Bound. A Literary Commentary,* Toronto, 1980; S. Saïd, *Sophiste et tyran ou le problème de Prométhee enchaîné,* París, 1985.
15. Cf. M. Vílchez Díaz en su reciente edición de la obra *(Tragedias, I, Los Persas,* Madrid, 1997, p. XLVI), quien sigue a Broadhead *(The Persae of Aeschylus,* Cambridge, 1960, p. 4).
16. Oxford, 1940 (traducción española, Buenos Aires, 1943).
17. F. Rodríguez Adrados vuelve a insistir en esta perspectiva, que ya había mantenido en los años en que llevó a cabo la traducción de Esquilo *(Esquilo. Tragedias,* Madrid, 1966, p. 51), en su *Democracia y literatura en la Atenas clásica* (Madrid, Alianza Edit., 1997, p. 114).
18. *Die Trilogie des Aischylos,* Baden bei Wien, 1937; cf. *et.* G. Méautis, *Eschyle et la trilogie,* París, 1936.
19. Cf. F. Rodríguez Adrados, *Esquilo, Tragedias,* pp. 45-50.
20. 1449a 15-19.
21. *Public and Perfomance in the Greek Theatre,* Londres-Nueva York, 1989, p. 47.
22. Cf. M. Fernández Galiano, ob. cit., p. 74.
23. Cf. P. Easterling, «Presentation of Character in Aeschylus», *Greece and Rome* 20, 1973, pp. 3-19; Ch. Gill, «The Question of Character and Personality in Greek Tragedy», *Poetics Today* 7, 1986, pp. 251-273.
24. Cf. W. Aly, *De Aeschyli copia verborum,* Berlín, 1906; F. R. Earp, *The Style of Aschylus,* Cambridge, 1948; J. Dumortier, *Les images dans la poésie d'Eschyle,* París, 1935; A. Sideras, *Aeschylus Homericus,* Múnich, 1971; M. Vílchez Díaz, ob. cit., pp. XC-XCVII.
25. V. Di Benedetto, *L'ideologia del potere e la tragedia greca. Ricerche su Eschilo,* Turín, 1978; J. Coman, *L'idée de la Némèse chez Eschyle,* París, 1931; B. Deforge, *Eschyle, poète cosmique,* París, 1986; H. D. F. Kitto, «Political thought in Aeschylus», *Dioniso* 43, 1969, pp. 159-167; H. D. F. Kitto, «The Idea of God in Aeschylus and Sophocles», *La notion du divin depuis Homère jusqu'à Platon* (Entret. Hardt I), Vandoeuvres-Génève, 1954, pp. 169-189; A. Lesky, «Decision and Responsability in the Tragedy of Aeschylus», *JHS* 86, 1966, pp. 78-85; H. Lloyd-Jones, «Zeus in Aeschylus», *JHS,* 76, 1956, pp. 55-67; J. Romilly, *La crainte et l'angoisse dans le théâtre d'Eschyle,* París, 1958; A. Rivier, «Eschyle et le tragique», *Études des Lettres, Bull. Fac. Lettres Lausanne* 6, 1963, pp. 73-112; A. Wartelle, «La pensée théologique d'Eschyle», *Bull. De l'Association G. Budé,* 1971, pp. 535-580.

26. *Poética* 1452b 30-1453a 12.
27. Cf. A. Wartelle, *Histoire du texte d'Eschyle dans l'Antiquité,* París, 1971; A. Turyn, *The Manuscripts Tradition of the Tragedies of Aeschylus,* Nueva York, 1943; R. D. Dawe, *The Collation and Investigation of the Manuscripts of Aeschylus,* Cambridge, 1964.
28. Berlín, 1852.
29. Giessen, 1859.
30. Halle, 1898-1900.
31. *Aeschyli Tragoediae,* Berlín, 1914.
32. *Eschyle. Tragédies,* París, 1920 ss.
33. *Aeschylus,* Harvard, 1926.
34. *Aechyli septem quae supersunt tragoediae,* Oxford, 1937. Reeditada con correcciones en 1957.
35. *Eschilo. Le Tragedie,* Milán, 1946.
36. *Aeschyli septem quae supersunt tragoediae,* Oxford, 1972.
37. *Aeschyli tragoediae,* Stuttgart, 1990.
38. Cf. R. D. Dawe, *Repertory of Conjetures on Aeschylus,* Leiden, 1965.
39. *Tragèdies. Esquil,* Barcelona, 1932-1934.
40. *Esquilo. Tragedias, I, Los Persas,* Madrid, 1997.
41. *Esquilo. Tragedias, II, Los Siete contra Tebas, Las Suplicantes,* Madrid, 1999.
42. Barcelona, 1976.
43. Madrid, 1986.
44. Madrid, 1966.
45. Madrid, 1982.
46. Madrid, 1984.
47. Barcelona, 1988.
48. Madrid, 1998.
49. 1955^{2}.

BIBLIOGRAFÍA

Nos limitamos a ofrecer una bibliografía general y selectiva, simplemente orientativa, dejando al margen ediciones, traducciones y aspectos concretos que ya hemos tratado en nuestra introducción con su correspondiente referencia en notas, ya que la bibliografía sobre nuestro autor es muy extensa.

ALSINA, J., *Tragedia, religión y mito entre los griegos*, Barcelona, 1971.

— *De Homero a Elitis*, Barcelona, 1989.

ALY, W., *De Aeschyli copia verborum*, Berlín, 1906.

BERGSON, L., *L'épithète ornamental dans Eschyle, Sophocle et Euripide*, Upsala, 1956.

CROISET, M., *Eschyle. Études sur l'invention dramatique dans son théâtre*, París, 1965.

DAVISON, J. A., «Aeschylus and the Athenian Politics, 472-456 B. C.», *Fetschrift V. Ehremberg*, Oxford, 1966, pp. 93-107.

DAWE, R. D., *The Collation and Investigation of the Manuscripts of Aeschylus*, Cambridge, 1964.

— *Repertory of Conjectures on Aeschylus*, Leiden, 1965.

DEFORGE, B., *Eschyle, poète cosmique*, París, 1986.

DI BENEDETTO, V., *L'Ideologia del potere e la tragedia greca. Ricerche su Eschilo*, Turín, 1978.

DUMORTIER, J., *Les images dans la poésie d'Eschyle*, París, 1935.

EARP, F. R., *The Style of Aeschylus*, Cambridge, 1948.

EASTERLING, P. E., «Presentation of Character in Aeschylus», *Greece and Rome* 20, 1973, pp. 3-19.

FERNÁNDEZ GALIANO, M., *Les papyrus d'Eschyle*, Oslo, 1961.

— «Observaciones sobre las traducciones españolas de Esquilo», *Dioniso* 50, 1979, pp. 21-43.

GAGARIN, M., *Aeschylean Drama*, Berkeley, 1976.

GRIFFITH, M., *The Authenticity of Prometheus Bound*, Cambridge, 1977.

GUILLÉN, L., «Arquitectura de la imagen en Esquilo», *CFC* 22, 1989, pp. 313-332.

HOMMEL, H. (ed.), *Wege zu Aischylos*, Darmstardt, 1974.

HOZ, J. de, *On Aeschylean Composition, I*, Salamanca, 1979.

KITTO, H. D., «The Idea of God in Aeschylus and Sophocles», *La notion du divin depuis Homère jusqu'à Platon*, Vandoeuvres-Génève, 1954, pp. 169-189.

— «Political Thought in Aeschylus», *Dioniso* 43, 1969, pp. 159-167.

LESKY, A., «Decision and Responsability in the Tragedy of Aeschylus», *JHS* 86, 1966, pp. 78-85.

MCCALL, M. H. (ed.), *Aeschylus. A Collection of Critical Essays*, Englewood Cliffs N. J., 1972.

MIRALLES, C., *Tragedia y política en Esquilo*, Barcelona, 1968.

MOREAU, A. N., *Eschyle: le violence et le chaos*, París, 1985.

MURRAY, G., *Esquilo, el creador de la tragedia*, Buenos Aires, 1943 (Oxford, 1940).

OWEN, E. T., *The Harmony of Aeschylus*, Londres, 1972.

PODLECKI, A. J., *The Political Background of Aeschylean Tragedy*, Ann Arbor, 1966.

— «The Aeschylean Chorus as Dramatic Persona», *Studi Q. Cataudella*, Catania, 1972, I, pp. 187-204.

REINHARDT, K., *Aischylos als Regisseur und Theologe*, Bern, 1949.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F., *Democracia y literatura en la Atenas clásica*, Madrid, Alianza Edit., 1997.

ROMILLY, J., *L'évolution du pathétique d'Eschyle à Euripide*, París, 1961.

— *La crainte et l'angoisse dans le théâtre d'Eschyle*, París, 1958.

ROSENMEYER, T. G., *The Art of Aeschylus*, Berkeley, 1982.

SCHMIDT, E. G. (ed.), *Aischylos und Pindar*, Berlín, 1981.

SCOTT, W. C., *Musical Design in Aeschylean Theater*, Londres, 1984.

SEECK, G. A., *Dramatische Struktur der griechischen Tragödie. Untersuchungen zu Aischylos,* Múnich, 1984.
SIDERAS, A., *Aeschylus Homericus,* Múnich, 1971.
SNELL, B., *Eschilo e l'azione dramatica,* traducción de D. Del Corno, Milán, 1969.
STANFORD, W. B., *Aeschylus in his Style,* Dublin University Press, 1942.
TAPLIN, O., *The Stagecraft of Aechylus. The Dramatic Use of Exits and Entrances in Greek Tragedy,* Oxford, 1977.
THOMSON, G., *Aeschylus and Athens. A study in the social origins of drama,* Londres, 1967.
— *La filosofía de Esquilo,* Madrid, 1970.
TURYN, A., *The Manuscript Tradition of the Tragedies of Aeschylus,* Nueva York, 1943.
WARTELLE, A., *Histoire du texte d'Eschyle dans l'Antiquité,* París, 1971.
WEST, M. L., *Studies in Aeschylus,* Stuttgart, 1990.
WILAMOWITZ, U. von, *Aeschylos Interpretationen,* Berlín, 1914.
WINNIGTON-INGRAM, R. P., *Studies in Aeschylus,* Cambridge University Press, 1983.

LOS PERSAS

Personajes del drama

CORO DE ANCIANOS
ATOSA, reina, viuda de Darío
MENSAJERO
SOMBRA DE DARÍO
JERJES

La escena en Susa ante el palacio real, junto a la tumba de Darío.

CORO. *Éstos son de los persas que marcharon a tierra griega los denominados fieles y guardianes de las moradas opulentas y ricas en oro, a quienes el mismo soberano Jerjes, de la estirpe de Darío, escogió en razón de su dignidad para velar por el país.*

En cuanto al viaje de retorno del rey y del ejército rico en hombres[1] *ya mi corazón, adivino de males, se agita en demasía en mi interior. Pues toda la fuerza, en Asia nacida, se ha ido y llama a gritos a su joven caudillo y ningún mensajero ni caballero llega a la capital de los persas. Ellos marcharon dejando tras sí Susa*[2]*, Ecbatana*[3] *y el antiguo*

1. West sigue aquí una conjetura de Wecklein, que nos parece innecesaria. La tradición nos ha transmitido el adjetivo «rico en oro».
2. Una de las tres grandes ciudades persas, residencia de verano de los reyes persas a orillas del Euleo.
3. Capital de la Media.

recinto de Cisia[4]*, unos a caballo, otros sobre naves, otros como infantes a ritmo de marcha, formando la tropa de combate.*

Así Amistres, Artafernes, Megabates y Astaspes[5]*, mandos militares de los persas, reyes vasallos del Gran Rey, se aguijonean como custodios de la enorme hueste, también quienes domeñan con el arco y caballeros, temibles de ver y terribles en el combate por la fama valerosa de su alma.*

También Artembares, que combate a caballo, Masistres y el que domeña con su arco, el valiente Imeo, así como Farandaces y Sóstanes, conductor de caballos.

Y a otros el gran y muy fértil Nilo los envió: Susiscanes, Pegastagón, hijo de Egipto, y el gobernante de la sagrada Menfis, el gran Arsames, y el que señorea la vetusta Tebas, Ariomardo, y los bateleros que reman en las marismas hábiles y en número enorme.

Viene a continuación la tropa de los lidios de vida regalada, señores de toda la raza nacida en el continente, a ellos Mitragazes y el valiente Arcteo, reyes comandantes, y Sardes, rica en oro, sobre numerosos carros los ponen en movimiento, escuadrones de dos y tres timones de carro, espectáculo terrible de ver.

Aseguran los vecinos del sacro Tmolo[6] *que echarán sobre Grecia un yugo de esclavitud: Mardón, Tarubis, yunques de la lanza, y sus lanceros misios. Y Babilonia, la rica en oro, envía abigarrada muchedumbre en tropel, a bordo de naves y confiados en su audacia en el manejo del arco. Y la raza portadora de espada, desde toda Asia, le sigue bajo las órdenes temibles del Rey.*

4. Hay autores que interpretan que Cisia es un distrito de Susa, mientras que otros creen que se trata de dos ciudades diferentes.
5. La comparación entre los catálogos de persas de Esquilo y Heródoto muestran que el historiador transmite con mayor fidelidad la onomástica persa.
6. Monte de Lidia.

Tal flor de varones de la tierra persa ha partido, por los que toda la tierra asiática que los criara gime con intensa añoranza, padres y esposas, contando los días, tiemblan por el tiempo que se prolonga.

Estrofa 1

Ha atravesado ya el ejército real, destructor de ciudades, al país vecino situado en la orilla opuesta, tras haber cruzado con un puente de barcas encadenadas con cuerdas de lino el estrecho de Hele[7]*, hija de Atamante, arrojando como yugo en torno al cuello del mar un paso sujeto con muchos clavos.*

Antistrofa 1

Del Asia populosa el impetuoso caudillo lanza contra la tierra entera un rebaño de hombres prodigioso por dos caminos, por el de los infantes y por el del mar, fiado en sus fuertes e implacables capitanes, él, un mortal igual a los dioses, descendiente de una raza de áureo linaje[8]*.*

Estrofa 2

Con la sombría mirada de una serpiente sanguinaria en sus ojos, rico en manos y también en marinos, guiando su carro sirio, conduce contra varones insignes por su lanza[9] *un Ares que domeña con el arco.*

7. El Helesponto, llamado así porque Hele, hija de Atamante, rey de Tebas, se ahogó ahí, al huir de su madrastra Ino.
8. Se hace alusión a los orígenes de Persia, epónimo de Perseo, quien nació mediante la fecundación de Dánae por Zeus en forma de lluvia de oro.
9. Los griegos.

Antistrofa 2

No es creíble que nadie, oponiéndose a esa gran corrien-
90 *te de hombres, la detenga con sólidos diques. El oleaje del*
mar es invencible. En efecto, irresistible es el ejército de
los persas y de valeroso ánimo su tropa.

Estrofa 3[10]

102 *Pues, por voluntad de los dioses, Moira*[11] *ha impuesto*
su imperio desde antiguo, y ha encomendado a los
105 *persas la tarea de guerras destructoras de torres, tu-*
multos de combates de carros y ruinas de ciudades.

Antistrofa 3

Y aprendieron †a contemplar† del mar de anchos cami-
110 *nos, encanecido por el viento impetuoso, el prado sagra-*
do marino, fiados en frágiles jarcias y en ingenios que
transportan tropas.

Epodo

93 *Mas del artero engaño divino ¿qué ser mortal puede es-*
95 *capar? ¿Quién es el que con su pie ligero es dueño de un*
salto afortunado? Pues amigable, zalamera, en primer
100 *lugar Ate*[12] *desvía al mortal a sus redes, de donde no es*
posible que un mortal huya escapando.

10. A partir del verso 92, West introduce los versos 102-113, para posteriormente volver a los versos 93 ss.
11. Personificación del destino.
12. Fuerza implacable, diosa del castigo y de la venganza, promotora de grandes males.

Estrofa 4

Por eso mi corazón enlutado se desgarra de temor, «¡ay, 114-115
armada persa!», no sea que de este grito se entere su capi-
tal, la gran ciudad de Susa vacía de hombres.

Antistrofa 4

No sea que la ciudad de los cisios devuelva el eco, «¡ay!», 120
profiriendo este grito una multitud femenina, y terminen 125
hechos jirones los peplos de finísimo lino.

Estrofa 5

Pues toda la tropa de caballería e infantería, como un
enjambre de abejas, ha abandonado el país con el caudi-
llo del ejército, tras cruzar el marino cabo por los dos la- 130
dos uncido, común a ambas tierras[13].

Antistrofa 5

Los lechos, por nostalgia de los esposos, se llenan de lágri-
mas, y las mujeres persas, abandonadas a un dolor muelle, 135
cada una con amoroso deseo de su marido, tras despedir al
lancero impetuoso que comparte su lecho, se queda sola.
Mas, ea, persas, reuniéndonos en este antiguo cobijo[14], 140
apliquemos nuestra reflexión atenta y de profundos pen-
samientos, pues la necesidad lo requiere: ¿Cuál es la si-
tuación de Jerjes, nuestro rey, y de nuestra raza que toma 145
su nombre de la estirpe de Dánae? ¿Acaso es el tiro de
arco el que vence o se ha impuesto la fuerza de la lanza

13. Se refiere al puente de barcas con que unieron los persas ambas costas para trasladar su ejército desde Asia hasta Europa.
14. Se hace referencia a la tumba de Darío.

en hierro rematada? Mas he aquí que, cual luz igual a los ojos de los dioses, se aproxima la madre del Rey, mi Reina. Me prosterno. Necesario es que todos nos dirijamos a ella con palabras de saludo.

CORIFEO. ¡Oh soberana, la más excelsa de todas las persas de profundas cinturas, madre anciana de Jerjes, bienvenida, esposa de Darío! Naciste para ser compañera de lecho de un dios de los persas así como para ser madre de otro dios, a no ser que el antiguo demon haya abandonado ahora a nuestro ejército.

REINA. Por ello aquí he venido tras abandonar mi palacio revestido de oro y el tálamo común a mí y a Darío, pues incluso a mí me desgarra el corazón una preocupación. Y os voy a comunicar unas palabras en modo alguno de mí misma, pues no estoy libre de temor, amigos, no sea que esa gran Riqueza, tras cubrir de polvo el suelo, derribe con el pie la dicha que erigió Darío no sin ayuda de alguno de los dioses. Esta doble angustia, indecible, anida en mis entrañas, que la gente no venere con la honra debida unas riquezas carentes de hombres y que para los carentes de riquezas no brille una luz condigna con su fuerza. Pues nuestra riqueza no tiene reproche, mas mi temor atañe al ojo, pues el ojo de una casa considero que es la presencia de su dueño. Ante esto, estando así la situación, convertíos en consejeros de esta cuestión, persas, venerables fieles, pues en vosotros baso todas mis buenas decisiones.

CORIFEO. Sábelo bien, señora de esta tierra, no has de decir dos veces ni palabra ni hecho de los que, en tanto pueda, yo no quiera servirte de guía, pues nos invitas como consejeros en estos asuntos a nosotros que estamos bien dispuestos.

REINA. Siempre con muchos sueños nocturnos convivo, desde que mi hijo, tras equipar su ejército, ha partido

con la intención de devastar la tierra de los jonios, mas nunca tuve una visión tan clara como la de anoche, y te la voy a contar. Me pareció que dos mujeres bien vestidas[15], una ataviada con peplos persas, la otra, por el contrario, con dorios, a mi vista acudían, muy superiores en estatura a las de hoy día y de belleza sin tacha, y hermanas de la misma estirpe. Una habitaba como patria la tierra griega que había obtenido en suerte y la otra la bárbara. Las dos estaban en mutua discordia, según me parecía ver. Y mi hijo, al percatarse, intentaba contenerlas y apaciguarlas. A su carro las unce y les coloca en sus cuellos colleras. Una se erguía como una torre con este atalaje y mantenía entre las riendas una boca dócil, la otra, en cambio, se encabritaba y con sus manos rompe los arneses del carro y los arranca con violencia, sin bridas, y rompe el yugo por la mitad, y mi hijo cae. Y su padre Darío acude compasivo, y en cuanto lo ve Jerjes, rasga el peplo en torno a su cuerpo.

Estos sueños digo haber visto esta noche. Mas después que me levanté y mis manos entraron en contacto con un manantial de hermosa corriente, me aproximé al altar con mano presta al sacrificio, queriendo realizar una ofrenda sacrificial a las divinidades que apartan los males, a los que corresponden estos ritos. Y veo a un águila huir en dirección al altar de Febo[16] y, de terror me quedé, amigos, sin voz. Y, más tarde, diviso a un halcón que se lanza a la carrera con sus alas y que le despluma la cabeza con sus garras. Mas ella no hacía otra cosa sino, acurrucándose, ofrecer su cuerpo. Tremendo espectáculo para mí de ver y para vosotros de escuchar. Pues bien sabéis que, si mi hijo triunfa, admirable va-

15. Se trata de Europa y Asia personificadas.
16. Apolo.

rón será, mas si fracasa, no rendirá cuentas al reino, sino que, si se salva, seguirá reinando igualmente sobre esta tierra.

Corifeo. No queremos, madre, ni asustarte en exceso con nuestras palabras ni darte ánimo. Acercándote a los dioses con súplicas, si has visto algo malo, pídeles que conjuren estos males, y que lo bueno, en cambio, se cumpla en ti, en tus hijos, en tu estado y en todos los seres queridos. En segundo lugar hay que verter libaciones a la Tierra y a los muertos. Y benévolamente pide esto, que tu esposo Darío, a quien precisamente aseguras haber visto esta noche, envíe venturas para ti y para tu hijo desde el fondo de la tierra hasta la luz y que lo opuesto a ello, retenido bajo tierra, se marchite en la sombra. Éstos son los consejos que, por ser profeta de alma inspirada, benévolamente te ofrezco, y en relación a tus sueños interpretamos que han de resultar bien para ti en todos los aspectos.

Reina. Mas en verdad tú, el primer intérprete de estos mis sueños, con benevolencia para mi hijo y para mi casa has formulado esta respuesta. ¡Que se cumpla lo favorable! Como me recomiendas, dispondremos todos estos ritos en honor de los dioses y de los seres queridos que están bajo tierra tan pronto como lleguemos a palacio. Mas quiero saber, amigos, lo siguiente: ¿En qué parte de la tierra dicen que está asentada Atenas?

Corifeo. Lejos, hacia poniente, por donde acaba su carrera el soberano Helio[17].

Reina. ¿En verdad mi hijo abrigaba el deseo de apoderarse como una presa de esta ciudad?

Corifeo. Sí, pues entonces toda la Hélade se convertiría en vasalla del Rey.

17. El sol.

Reina. ¿Tan numerosos son los hombres de su ejército?

Corifeo. Un ejército tal como para causar muchos males a los medos.

Reina. ¿Y con qué otra cosa, además, cuentan? ¿Hay riquezas suficientes en sus casas?

Corifeo. Tienen una fuente de plata, tesoro de la tierra[18].

Reina. ¿Brilla en sus manos el dardo que el arco tensa?

Corifeo. En modo alguno. Tienen lanzas para el combate a pie firme y armadura que incluye escudo.

Reina. ¿Qué pastor de hombres está a su frente y manda el ejército?

Corifeo. No se llaman esclavos ni vasallos de ningún hombre.

Reina. ¿Cómo, pues, podrían resistir a enemigos que les ataquen?

Corifeo. Hasta el punto de haber destruido al numeroso y magnífico ejército de Darío.

Reina. Terribles cosas dices, motivo de preocupación para los padres de quienes han partido.

Corifeo. Mas, en mi opinión, pronto sabrás toda la verdad. En efecto, la carrera de este hombre evidencia que se trata de un persa y trae una noticia cierta, buena o mala de oír.

Mensajero. ¡Ciudades de Asia entera, tierra persa y puerto inmenso de riqueza, cómo de un solo golpe se ha arruinado tu gran dicha, y la flor de los persas ha caído abatida! ¡Ay de mí! Cosa mala es anunciar en primer lugar desgracias. No obstante necesario es desvelar todo lo acaecido, persas. En efecto, ha perecido todo el ejército de los bárbaros.

18. Las minas de plata de Laurión.

Estrofa 1

CORO. *¡Aflicción, aflicción, nueva y terrible! ¡Ay, ay! ¡Bañaos en lágrimas, persas, al oír esta pesadumbre!*

MENSAJERO. Sí, pues todo aquello está perdido y personalmente, contra toda esperanza, veo la luz del retorno.

Antistrofa 1

CORO. *¡Ciertamente esta vida se nos ha revelado a nosotros, ancianos, demasiado larga, de forma que tenemos que oír esta desgracia inesperada!*

MENSAJERO. Por haber estado presente y no por haber escuchado palabras de otros, persas, os podría contar qué males se han cumplido.

Estrofa 2

CORO. *¡Ay, ay! En vano numerosos dardos de todas clases desde la tierra de Asia alcanzaron tierra emparentada con Zeus, territorio griego.*

MENSAJERO. Llenas están de cadáveres, muertos desdichadamente, las costas de Salamina y todo el territorio vecino.

Antistrofa 2

CORO. *¡Ay, ay! †Los cuerpos arrojados por el mar, múltiples veces sumergidos†, sin vida, dices que son arrastrados entre sus sayas errantes.*

MENSAJERO. De nada valían los arcos, y el ejército entero perecía, domeñado por los espolones navales.

Estrofa 3

CORO. *Lanza un grito de infortunio, luctuoso, †por los desdichados persas†, pues por entero de forma totalmente desastrosa los dioses lo dispusieron. ¡Ay, ay, por el ejército perdido!*

MENSAJERO. ¡Oh, nombre de Salamina, el más odioso de oír! ¡Ay! ¡Cuánto gimo al acordarme de Atenas!

Antistrofa 3

CORO. *Odiosa es para los enemigos. Ciertamente tenemos motivos para recordarla, pues ha privado a muchos de descendencia y de hombres.*

REINA. Permanezco en silencio hace tiempo, desdichada, abatida por las desdichas. En efecto, este desastre nos desborda tanto que no puedo hablar ni inquirir sobre nuestras desdichas. No obstante, preciso es soportar las penalidades, si las otorgan los dioses. Desvela y cuenta todo el infortunio, una vez que te calmes, aunque te lamentes por las desgracias. ¿Quién no está muerto, por qué caudillo estaremos de duelo, que, designado para portar cetro, al morir dejó su puesto vacío?

MENSAJERO. Jerjes, él, vive y ve la luz.

REINA. Has comunicado a mi casa una gran luz y un día espléndido tras negra noche.

MENSAJERO. Artembares, comandante de diez mil caballeros, choca contra las ásperas riberas silenias[19], y el jefe de mil hombres, Dadaces, por un golpe de lanza, saltó de la nave con un salto ligero. Tenagón, el noble mejor de los bactrios, deambula por la isla de Ayante[20] batida por el mar. Lileo, Arsames y Argestes, el

19. Promontorio a la entrada del estrecho de Salamina.
20. Salamina.

tercero, ellos, en torno a la isla criadora de palomas, vencidos, fueron chocando contra la dura tierra; y también entre los vecinos de los manantiales del Nilo egipcio, Farnuco y los que cayeron de una sola nave, Arcteo, Adeues y, el tercero, Fereseo. El crisio[21] Mátalo, comandante de diez mil hombres, caudillo de treinta mil negros jinetes[22], al morir, empapó su rojiza barba densa, poblada, cambiando su color por tinte de púrpura. Y Mago el árabe y Artabes el bactrio, habitante de una dura tierra, allí pereció. También Amistris y Amfistreo, que blandía su muy esforzada lanza; y el valiente Ariomardo, que a Sardes duelo ha causado; y Sisamis el misio[23]; y Tarubis, almirante de cinco veces cincuenta naves, lirneo[24] de estirpe, varón de hermosa apariencia, yace muerto, infeliz, no con muy buena fortuna; y Siénesis, el primero en valor, caudillo de los cilicios, habiendo infligido él solo inmenso sufrimiento a sus enemigos, muerte gloriosa tuvo. Tanto es lo que recuerdo de los caudillos, mas, entre tantas desgracias, sólo os anuncio unas pocas.

REINA. ¡Ay, ay! Estas cosas que escucho son el colmo de las desgracias, motivos de infamia y de agudos lamentos para los persas. Mas dime lo siguiente, retomando el discurso, ¿cuán grande era realmente el número de naves griegas como para osar trabar batalla contra la armada persa con ataques navales?

MENSAJERO. Por el número, sábelo bien, las naves de los bárbaros hubieran podido vencer, pues el número total para los griegos era de unas diez veces treinta, y además

21. En la región de la Tróade.
22. Verso problemático, que cambia de posición según los editores.
23. Noroeste del Asia Menor.
24. De Lirna, ciudad de la Tróade.

de éstas había diez escogidas. Mas Jerjes, pues lo sé bien, tenía un millar sobre las que ejercía su mando, y las que destacaban por su velocidad eran doscientas siete. Éste es el cómputo. ¿Te parece que teníamos desventaja en este aspecto en la batalla? No, sino que un demon arruinó hasta tal punto el ejército, haciendo inclinarse la balanza con fortuna no equilibrada. Los dioses mantienen a salvo la ciudad de la diosa Palas.

REINA. ¿Entonces todavía está sin devastar la ciudad de Atenas?

MENSAJERO. En tanto tenga hombres su muro es firme.

REINA. Cuéntame cómo comenzó a trabarse el combate de naves. ¿Quiénes dieron inicio a la batalla? ¿Fueron los griegos o mi hijo, ufano por el número de sus naves?

MENSAJERO. Dio comienzo, señora, a toda la desgracia un demon vengador o un demon funesto, no sé de dónde aparecido. En efecto, un griego, viniendo del ejército ateniense, le dijo a tu hijo Jerjes lo siguiente, que en cuanto llegaran las tinieblas de la negra noche, los griegos no permanecerían en sus puestos, sino que, saltando a los bancos de las naves cada cual por su lado, intentarían salvar sus vidas con una secreta fuga.

Y él, nada más oírlo, sin percatarse del engaño del griego ni de la envidia de los dioses, da la siguiente orden a todos los comandantes de las naves: cuando el sol haya dejado de iluminar la tierra con sus rayos y las tinieblas se apoderen del sagrado recinto de la bóveda celeste, dispongan en orden de combate el grueso de las naves de tres en fondo para custodiar las salidas marinas y los senderos resonantes del mar, y las demás en círculo en torno a la isla de Ayante, pensando que, si los griegos conseguían escapar a su funesto destino, porque hubieran descubierto una escapatoria en secreto para sus naves, para todos estuviera establecido perder la cabeza.

Tantas cosas dijo, en un exceso de confianza en su ánimo, pues ignoraba el futuro reservado por los dioses. Los griegos, en cambio, no en desorden sino con talante obediente disponían la cena, mientras el marinero amarraba el guión al escalmo apto para el remo.

Y una vez que la luz del sol se extinguió y la noche iba avanzando, cada señor de su remo embarca en la nave y cada jefe de armas, una hilera exhortaba a otra hilera en la larga nave, y bogan según la posición que cada cual tenía asignada. Durante toda la noche los señores de las naves mantuvieron navegando todo el ejército naval.

Y la noche iba avanzando, y la armada de los helenos por parte alguna se dispuso a una huida oculta. Mas cuando el día de blancos corceles cubrió toda la tierra, espléndido de ver, en primer lugar por parte de los helenos se alzó un griterío, con clamor, en forma de canto, y a la vez respondió sonoramente el eco de la isleña roca. Y el terror se hizo presente en todos los bárbaros por su error de cálculo. Pues los helenos entonaban el solemne peán entonces no como quien está huyendo, sino prestos al combate con resuelto valor. Y la trompeta con su clamor todo aquello inflamó. Y al punto con batir simultáneo de remos resonantes batieron el mar profundo siguiendo rítmica orden, y rápidamente todos fueron visibles a la vista. El ala derecha, en primer lugar, en perfecto orden acaudillaba con disciplina, y a continuación el grueso de la flota le seguía. Y se podía oír al tiempo este gran clamor: «Hijos de los helenos, id, liberad a vuestra patria, liberad a vuestros hijos, esposas, a las sedes de los dioses patrios y a las tumbas de vuestros antepasados. Ahora por todo esto vais a luchar». Ciertamente por nuestra parte intentaba salirle al paso un clamor en lengua persa, y ya no era momento de demora.

Al punto una nave en otra nave clavó su broncíneo espolón. Dio comienzo a la embestida una nave griega, y rompe todo el codaste de una nave fenicia, y cada una enderezaba su asta contra otra nave. Al principio el torrente de la escuadra resistía, mas como el grueso de las naves se apelotonó en un espacio estrecho, no había posibilidad de ayudarse entre sí, sino que se embestían mutuamente con sus broncíneos espolones, y destrozaban el aparejo de remos completo. Las naves griegas, calculadamente, en círculo alrededor nos atacaban, y se iban volcando los cascos de las naves, y el mar ya no era posible ver, repleto de restos de naufragios y de muertos. Y las riberas y los escollos se iban llenando de cadáveres.

En fuga, sin orden, cada nave se daba al remo, cuantas formaban precisamente la armada bárbara. Los griegos, por su parte, como a atunes o a un copo de peces, con trozos de remos y fragmentos de naufragio los golpeaban, les quebraban el espinazo. Lamentos mezclados con gemidos se iban extendiendo por el piélago salado, hasta que la sombría mirada de la noche se los arrebató. La cantidad de desgracias, ni aunque te las contara por orden durante diez días, no podría agotártelas. Pues sábelo bien, nunca, en un solo día, pereció un número tan grande de hombres.

REINA. ¡Ay, ay! ¡Un gran piélago de desdichas se ha abatido sobre los persas y sobre la raza bárbara entera!

MENSAJERO. Sábelo bien, ni siquiera es la mitad del desastre. Tal concurrencia de desgracia sobre ellos se abatió que equilibra con su peso hasta dos veces las desdichas narradas.

REINA. ¿Y qué calamidad podría ser aún más hostil que ésta? Dime qué otra desgracia es la que aseguras que se ha abatido sobre el ejército, hundiendo el platillo de la balanza hasta males aún mayores.

MENSAJERO. De los persas cuantos precisamente estaban en la plenitud de su vida, eran por su valor los mejores, por su nobleza de cuna distinguidos y siempre entre los primeros por lealtad hacia su soberano, están muertos de forma ignominiosa con la más infamante muerte.

REINA. ¡Ay de mí, desdichada, amigos, por esta funesta suerte! ¿Con qué clase de muerte aseguras que ellos han perecido?

MENSAJERO. Hay una isla[25] delante de los parajes de Salamina, pequeña, de difícil anclaje para las naves, que el amante de la danza, Pan[26], recorre por el promontorio marino. Allí Jerjes envía a los que te digo, con el fin de que, cuando náufragos de sus naves los enemigos intentaran ponerse a salvo en la isla, dieran muerte, fácil presa, a las tropas de los griegos, mientras que a los suyos los trataran de poner a salvo de los senderos marinos. ¡Mal indagador del porvenir! Pues cuando la divinidad otorgó a los griegos la gloria del combate naval, en el mismo día, ciñendo su cuerpo con buenas armaduras de bronce, iban desembarcando de las naves, y ponían cerco a toda la isla, de forma que los nuestros no tenían donde volverse. Pues con frecuencia resultaban heridos por piedras lanzadas a mano y las flechas que volaban desde las cuerdas de los arcos los hacían perecer. Finalmente, lanzándose todos a un solo grito sobre ellos, los machacan, mutilan los miembros de los desdichados, hasta que a todos les quitan la vida.

Jerjes, al ver la hondura de sus males, prorrumpió en gemidos, pues ocupaba una posición que ofrecía una buena vista de toda la armada, un elevado collado cerca

25. Psitalia, hoy día se duda entre Lisokutali y San Jorge.
26. Dios de los pastores y de los ganados, con culto en Psitalia.

del salobre mar[27]. Tras rasgar sus vestiduras y prorrumpir en agudos alaridos, dando al punto órdenes al ejército de tierra, se precipita en una indecorosa huida. Tal es la desventura que añadida a la precedente puedes lamentar.

REINA. ¡Oh demon odioso, cómo engañaste en su juicio a los persas! Amarga ha encontrado mi hijo la venganza de la ilustre Atenas, y no ha tenido bastante con los bárbaros que ha hecho perecer antes Maratón. Mi hijo, creyendo que iba a lograr venganza de ello, se ha atraído tan gran número de males. Mas tú dime, las naves que han escapado al infortunio, ¿dónde las has dejado? ¿Sabes indicármelo con claridad?

MENSAJERO. Los comandantes de las naves que consiguieron salvarse, en tumulto, siguiendo el viento favorable, se entregan a una huida indecorosa. El resto del ejército pereció en tierra beocia, unos sufriendo sed en torno a una lúcida fontana, otros <...>, otros, perdido el aliento, pasamos a la tierra de los foceos, al país de la Dóride y al golfo melio, cuya llanura riega el Esperqueo con su benéfica agua. De allí, cuando ya nos faltaban víveres, nos acogieron el llano de la tierra aquea[28] y las ciudades tesalias, donde los más sucumbieron de sed y hambre, pues a ambas penurias estábamos expuestos allí. Llegamos a la tierra de Magnesia y a la región de Macedonia, al curso del Axio[29], y al pantanoso cañaveral de Bolba, y al monte Pangeo[30], territorio edónida. Mas esa misma noche un dios suscitó un tiempo frío fuera de estación y heló toda la corriente del sacro Estri-

27. Esquilo no precisa la posición geográfica desde la que Jerjes podía contemplar toda la batalla, pero debe de tratarse de las estribaciones del Egaleo, en la zona actual de Dafní.
28. Hace referencia a la zona de Ftía en Tesalia.
29. Río de Tracia.
30. Macedonia.

món. Y algunos, que antes ni creían en los dioses, en estas circunstancias les rogaban con súplicas, postrándose ante la Tierra y el Cielo. Y una vez que el ejército cesó de invocar insistentemente a los dioses, atraviesa el cauce helado, y de nosotros, quien se lanzó antes de que se esparcieran los rayos del dios, está a salvo. Pues el brillante círculo del sol, quemando con sus rayos, atravesó el centro del cauce, derritiéndolo con su llama. Y fueron cayendo unos sobre otros y afortunado es el que más rápidamente exhala el soplo de vida. Mas cuantos, supervivientes, obtuvieron en suerte la salvación, tras cruzar a duras penas Tracia, huyendo con gran fatiga, no numerosos, han llegado a la tierra que es su hogar. Así que la ciudad de los persas puede gemir, echando de menos a la muy querida juventud de su tierra. Ésta es la verdad, mas dejo de relatar muchos males que la divinidad ha arrojado sobre los persas.

CORIFEO. ¡Oh funesto demon! ¡Cuán en exceso gravoso con ambos pies has saltado sobre toda la raza persa!

REINA. ¡Ay de mí, desdichada, aniquilado está el ejército! ¡Oh diáfana visión de sueños nocturnos, con qué gran claridad me has mostrado las desdichas! Vosotros, en cambio, demasiado a la ligera emitisteis un juicio. No obstante, ya que en tal sentido habéis proferido vuestro consejo, en primer lugar quiero suplicar a los dioses. Luego, como ofrendas a la Tierra y a los muertos, volveré trayendo desde mi palacio el pastel sacrificial. Sé que estoy ante hechos consumados, mas es para el futuro, a ver si nos va algo mejor. Preciso es que vosotros ante estos hechos propongáis fieles consejos a quienes os son fieles. Y en cuanto a mi hijo, si es que llegara aquí antes que yo, consoladle y acompañadle a palacio, no sea que a estos infortunios añada otro infortunio[31].

31. Atosa teme que Jerjes se suicide.

CORO. *¡Oh Zeus rey, ahora <...>*[32] *tras haber destruido el ejército de los persas jactanciosos y numerosos, has cubierto las ciudades de Susa y de Ecbatana de sombrío dolor.*

Muchas mujeres, con sus delicadas manos desgarrando sus velos, empapan sus senos anegados de lágrimas, en tanto partícipes del dolor.

Las esposas persas, con tierno llanto, añorantes de ver la unión reciente de sus maridos, diciendo adiós a los lechos maritales de muelles cobertores, deleite de tierna juventud, su luto expresan con llantos sumamente insaciables.

También yo ensalzo el destino, en verdad doloroso, de quienes se han ido.

Estrofa 1

Ahora, en efecto, la tierra de Asia entera gime despoblada. ¡Jerjes fue su guía, ay, ay! ¡Jerjes los ha hecho morir, ay, ay! Jerjes, insensatamente, ha llevado a cabo todo con sus naves marinas.

¿Por qué Darío, amado caudillo de Susa, señor del arco, fue antaño jefe tan inocuo para sus conciudadanos?

Antistrofa 1

†Pues† a infantes y a marinos naves †aladas†, de aspecto sombrío, se los llevaron, ay, ay, y naves los hicieron perecer, ay, ay, naves con espolones destructores y por manos de los jonios.

Y el propio soberano, según hemos oído, por poco escapó a través de las planicies e invernales senderos de Tracia.

32. Laguna que admite diversas posibilidades de ser completada: artículo, partícula afirmativa, pronombre personal, etc.

Estrofa 2

Y los otros, apresados, ay, por un destino precoz fatal, ay, han perecido en torno a las costas cicrias[33]*, ay. Gime y angústiate, profundamente lanza gritos de dolor que lleguen al cielo, ay, y tensa tu voz infortunada que proclame lamentos.*

Antistrofa 2

Terriblemente cardados por el mar, ay, son destrozados por los hijos sin voz[34] *de la Incorruptible*[35]*. ¡Ay! Luto lleva por el varón la casa de él privada, y los padres, privados de sus hijos, lamentando las aflicciones enviadas por los démones, ay, ya ancianos, conocen el dolor todo.*

Estrofa 3

Y los pueblos de la tierra de Asia largo tiempo ya no son regidos por la ley de los persas, y ya no pagan tributos por imposición de sus dueños, ni prosternados en tierra recibirán órdenes, pues la fuerza regia está aniquilada.

Antistrofa 3

Ni tampoco ya los hombres van a tener la lengua amordazada, pues el pueblo ha quedado libre para hablar libremente, ya que se ha liberado del yugo de la fuerza. La isla de Ayante, ceñida por las olas, bañada en sangre su tierra, guarda en su seno el poder de los persas.

33. Denominación para Salamina por el héroe Cicreo, hijo de Posidón.
34. Los peces.
35. El mar.

REINA. Amigos, quien tiene experiencia en males sabe que, cuando a los mortales les sobreviene una tempestad de males, todo suele asustarlos. Mas cuando el demon favorablemente fluye, está convencido de que el mismo viento de fortuna le soplará siempre a favor. Para mí, pues, todo está lleno de terror, en mis ojos son visibles los signos adversos de los dioses, y resuena en mis oídos un grito que no cura. Tal espanto de males mantiene aterrado mi espíritu. Por ello, sin mi carroza y sin el fasto de antes, he hecho este camino desde palacio, portando para el padre de mi hijo libaciones propiciatorias, aptas para apaciguar a los difuntos: de una vaca nunca uncida blanca leche buena para beber; de la obrera de las flores su licor, miel muy reluciente, junto con gotas de agua de fuente virginal; y la bebida sin mezcla procedente de madre salvaje, esta alegría[36] de añosa vid. También está aquí el fruto oloroso del blondo olivo, de vida perenne en sus hojas; y flores entrelazadas, retoños de la Tierra fecunda. Mas, ea, amigos, sobre estas libaciones a los difuntos elevad himnos y al demon de Darío llamad aquí arriba. Yo, por mi parte, enviaré estas ofrendas que la tierra ha de beber a los dioses subterráneos.

CORO. *Reina, venerada por los persas, tú envía libaciones a las estancias subterráneas, mientras que nosotros con himnos pediremos a los guías de los muertos que nos sean propicios bajo tierra.*
Ea, démones ctónicos santos, Tierra, Hermes y tú, rey de los muertos, enviad de bajo tierra el alma a la luz, pues si conoce un remedio superior a nuestros males, él solo entre los mortales podría decirnos su final.

36. Perífrasis por *vino*.

Estrofa 1

¿Me escucha el bienaventurado rey, igual a los dioses, cuando profiero estas palabras bárbaras, aunque claras, en todos los tonos, lúgubres, lastimeras? Pregonaré aciagos duelos. ¿Desde allá abajo me escucha?

Antistrofa 1

Y tú, Tierra y demás señores ctónicos, permitid que el demon gloriosísimo salga de vuestra morada, el dios de los persas nacido en Susa, enviadlo arriba, a quien otro igual nunca la tierra persa ha cubierto.

Estrofa 2

Querido nos es el varón, querida su tumba, pues encierra un alma querida. ¡Aidoneo[37] *que haces retornar arriba, haz volver, Aidoneo, al divino soberano Darío! ¡Eh, eh!*

Antistrofa 2

Pues nunca llevó a sus hombres a la muerte con obnubilaciones de guerras destructoras, "Inspirado por los dioses" los persas lo llamaban e "inspirado por los dioses" era, pues †bien sabía conducir† su ejército. ¡Eh, eh!

Estrofa 3

Rey, antiguo rey, ven, acude, ven hasta el borde superior de la tumba, elevando la sandalia de tu pie, de azafrán teñida, haciendo brillar la punta de la tiara regia.
Ven, padre que nunca hiciste daño, Darío. ¡Ay!

37. Hades.

Antistrofa 3

Para escuchar duelos inauditos y recientes, señor, oh señor, aparécete. Una niebla estigia revolotea sobre nosotros. Nuestra juventud toda ya está aniquilada.
Ven, padre que nunca hiciste daño, Darío. ¡Ay!

Epodo

¡Ay, ay, ay, ay!
¡Oh tú que moriste muy llorado por quienes te querían, ¿Por qué esto, <por qué esto>, señor, señor, †dobles errores lamentables para esta tierra tuya?† Para esta tierra se han perdido todas sus naves de tres bancos de remos, que ya no son naves, que ya no son naves.

SOMBRA DE DARÍO. ¡Oh Fieles entre los Fieles y compañeros de mi juventud, ancianos persas! ¿Qué pesadumbre apesadumbra a la ciudad? Gime, se ha golpeado el pecho y el suelo se abre. Cuando veo a mi compañera de lecho junto a mi tumba siento espanto, mas propicio acojo las libaciones. Y vosotros entonáis trenos de pie cerca de la tumba, y a voz en grito con gemidos que evocan las almas me estáis llamando de forma que mueve a compasión. No es fácil la salida, fundamentalmente porque los dioses ctónicos son más hábiles en apresar que en soltar. No obstante, yo, haciendo uso de mi autoridad, aquí estoy. Mas date prisa, para que no sea objeto de reproche por mi tardanza. ¿Qué mal nuevo oprime a los persas?

Estrofa

CORO. *Siento sacro respeto de mirarte, siento sacro respeto de dirigirte la palabra frente a frente, debido al antiguo respeto a tu persona.*

DARÍO. Mas, puesto que he venido de bajo tierra cediendo a tus lamentos, evita un prolijo discurso, sino que de forma concisa di y expón todo, dejando a un lado el respeto que te inspiro.

Antistrofa

CORO. *Temo complacerte, temo hablarte frente a frente, tras haber dicho a mis seres queridos cosas difíciles de decir.*

DARÍO. Mas ya que ese viejo temor supone un obstáculo en tu espíritu, venerable compañera de mi lecho, esposa de noble cuna, poniendo fin a estos gemidos y lamentos, dime algo claro. Humanas penalidades les pueden acaecer a los mortales, pues muchos males asaltan a los mortales procedentes del mar, y muchos procedentes de tierra firme, si su vida se alarga.

REINA. ¡Oh tú que has superado a todos los mortales en dicha gracias a tu afortunado hado, pues, mientras contemplabas los rayos del sol, envidiado, como un dios para los persas, pasaste una vida feliz! Ahora te envidio por haber muerto antes de ver este abismo de males. Pues vas a escuchar, Darío, todo el relato en breve tiempo: el poderío de los persas está aniquilado, en pocas palabras.

DARÍO. ¿De qué modo? ¿Vino para la ciudad un azote de peste o una guerra civil?

REINA. De ninguna manera, sino que en las proximidades de Atenas el ejército entero ha quedado destruido.

DARÍO. ¿Cuál de mis hijos era allí caudillo del ejército? Dímelo.

REINA. El impetuoso Jerjes, tras haber dejado vacía toda la superficie del continente.

DARÍO. ¿Por tierra o por mar acometió el infeliz esa loca empresa?

REINA. Por ambos. Doble frente tenían los dos ejércitos.

DARÍO. Mas ¿cómo tamaño ejército de infantería consiguió atravesar hasta la otra orilla?

REINA. Mediante ingenios consiguió uncir el estrecho de Hele, como para hacerse con un camino.

DARÍO. ¿Y lo llevó a cabo hasta el punto de poner llaves al gran Bósforo?

REINA. Así es. Mas quizás un demon tomó parte en su plan.

DARÍO. ¡Ay! Un gran demon vino como para que no pensara con cordura.

REINA. Sí, se puede ver el desenlace, ¡qué tremendo desastre llevó a cabo!

DARÍO. ¿Y qué suerte han corrido como para que así les lloréis?

REINA. El desastre de la armada acarreó la destrucción del ejército de infantería.

DARÍO. ¿Así el pueblo entero ha sido completamente destruido por la lanza?

REINA. Hasta el punto de que toda la ciudad de Susa plañe el vacío de hombres.

DARÍO. ¡Ay! ¡Nuestro ejército, fiel sostén y ayuda!

REINA. El pueblo de los bactrios ha sufrido completa destrucción, †y no habrá ancianos.†

DARÍO. Infeliz, ¡qué juventud de aliados ha llevado a la destrucción!

REINA. Aseguran que Jerjes, solo y abandonado, no con muchos hombres...

DARÍO. ¿Cómo y dónde aseguran que ha ido a parar? ¿Hay alguna posibilidad de salvación?

REINA. Gozoso aseguran que ha llegado al puente que unce ambas tierras.

DARÍO. Y que está a salvo en este continente, ¿es esto cierto?

REINA. Sí, al menos esta noticia se impone con claridad, no hay discrepancias.

DARÍO. ¡Ay! Rápido llegó el cumplimiento de los vaticinios, y sobre mi hijo Zeus ha hecho recaer el cumplimiento de sus oráculos. ¡Y yo que tenía la ilusión de que quizás en dilatado tiempo iban los dioses a cumplirlos! Mas cuando uno mismo se empeña, también la divinidad colabora. Ahora parece que una fuente de males se ha hallado para todos los seres queridos. Mi hijo, en su ignorancia, con juvenil audacia los ha llevado a cabo, él que el fluir del sacro Helesponto, como un esclavo, con cadenas abrigó la esperanza de contener, al Bósforo, corriente de un dios, y ha transformado el estrecho, y, tras ceñirlo con grillos trabajados a martillo, abrió una inmensa ruta para un inmenso ejército. Siendo mortal creía a todos los dioses, no con cordura, y a Posidón poder vencer. ¿Cómo no iba a ser víctima en esto mi hijo de alguna enfermedad de la mente? Temo que mi gran empeño de riqueza se convierta en botín del primer hombre que llegue.

REINA. Esto ha aprendido el impetuoso Jerjes por tratar con hombres malvados. Decían que tú gran riqueza para tus hijos adquiriste con tu lanza, mientras que él, por falta de hombría, en casa blandía la lanza y no acrecentaba en absoluto la fortuna paterna. Por oír tales ultrajes una y otra vez de malvados hombres, decidió esta expedición y campaña contra Grecia.

DARÍO. Pues en verdad que ellos son los autores de este inmenso desastre, inolvidable, cual jamás, al acaecer, despobló esta nuestra ciudad de Susa, desde que Zeus soberano otorgó el siguiente honor, que un solo hombre gobernara el Asia entera, criadora de ovejas, con su cetro de gobierno. Pues Medo fue el primer caudillo del pueblo en armas, y otro, su hijo, completó su obra, pues la razón gobernaba el timón de su corazón. Tercero, a partir de él, fue Ciro, hombre afortunado, quien, durante su reinado, estableció la paz entre todos los suyos, y conquistó el pueblo de los lidios y el de los frigios, y a la fuerza sometió a la Jonia entera, pues la divinidad no le fue hostil, pues nació sensato. El hijo[38] de Ciro fue el cuarto en regir el pueblo en armas. Y el quinto en ejercer el poder fue Mardis[39], baldón de su patria y de su antiguo trono. Mas a él con engaño le dio muerte el valiente Artafernes en palacio con ayuda de hombres amigos, para quienes este cometido era un deber. El sexto fue Marafis y el séptimo Artafrenes y mi persona[40]. Y obtuve la suerte que quería. E hice numerosas expediciones militares con numeroso ejército, mas nunca causé tamaño mal a la ciudad. Pero Jerjes, mi hijo, como joven que es, cosas de jóvenes piensa, y no guarda en su memoria mis recomendaciones. Sabed, pues, bien con claridad lo siguiente, vosotros que compartís mi edad, que todos nosotros, los que hemos poseído este poder, evidentemente no hemos sido causantes de tantas desgracias.

CORIFEO. ¿Pues qué, rey Darío, hacia dónde encaminas el fin de tus palabras? ¿Cómo, después de esto, podríamos nosotros, el pueblo persa, gozar en el futuro de una suerte mejor?

DARÍO. Si no emprendéis campañas militares contra territorio heleno, aunque sea superior el ejército medo, pues su propia tierra es para ellos su aliada.

CORIFEO. ¿En qué sentido dijiste esto? ¿De qué modo es su aliada?

DARÍO. Matando de hambre a la tropa en exceso numerosa.

38. Cambises.
39. Quien se hizo pasar por hermano de Cambises.
40. Seguimos puntuación de West, aunque preferiríamos puntuar con punto y seguido después de Artafrenes y comenzar con «Y yo...».

Corifeo. Entonces levaremos una tropa bien equipada y escogida.

Darío. Mas ni siquiera el ejército que ahora se ha quedado en territorio de Grecia obtendrá la salvación del retorno.

Corifeo. ¿Cómo has dicho? ¿Es que todo el ejército de los bárbaros no ha atravesado el estrecho de Hele desde Europa?

Darío. Pocos, a fe, de entre muchos, si hay que creer a los vaticinios de los dioses, a la vista de los que ahora han tenido cumplimiento. Pues no acaece que se cumplan unos sí y otros no. Si esto es así, multitud escogida de su ejército deja detrás, persuadida por vanas esperanzas, y permanecen[41] allí donde riega la llanura con sus corrientes el Asopo, fecundador querido para la tierra de los beocios, donde les espera sufrir los más extremos de los males, en castigo a su soberbia y a sus sacrílegos pensamientos, pues ellos, llegados a tierra de la Hélade, no sentían pudor en robar las estatuas de los dioses ni en incendiar los templos, han destruido los altares, y las imágenes de las divinidades de raíz y en confusión han sido derribadas de sus basas. Pues bien, por haber causado males, los sufren no menores, y otros están a punto, e incluso no está echado el basamento de los males, sino que se encuentran aún en la infancia. Pues tan grande será la ofrenda de sangre degollada en la tierra de Platea por obra de la lanza doria. Y montones de cadáveres, incluso en la tercera generación, harán ver sin palabras a los ojos de los mortales que quien es mortal no debe tener pensamientos en exceso orgullosos. Pues la desmesura, en su florecer, da como fruto la espiga de la obnubilación, de donde recolecta una cosecha de muchas lágrimas. Al ver el castigo de sus actos, acordaos de Atenas y de la Hélade, y que nadie, por menosprecio de su fortuna presente, enamorado de lo ajeno, desperdicie su gran bienestar. Zeus está ahí para castigar los pensamientos en exceso soberbios, y es un juez severo. Ante esto a él, sirviéndoos de la prudencia, aconsejadle con razonables amonestaciones que deje de ofender a los dioses con su arrogante audacia.

Y tú, querida anciana, madre de Jerjes, tras ir a palacio y coger un hermoso atavío, sal al encuentro de tu hijo. Por todas partes, por el dolor de sus males, jirones de sus variopintos vestidos penden en torno a su cuerpo. Mas tú, benévolamente, intenta calmarlo con tus palabras, pues a ti sola, lo sé, soportará oír.

Yo desciendo abajo, a las tinieblas de la tierra. Y vosotros, ancianos, salud. Pese a todo, aun en medio de males, conceded a vuestra alma el placer de cada día, pues a los muertos la riqueza ya nada les aprovecha.

41. Darío predice la batalla de Platea, golpe definitivo contra el ejército dejado en Grecia por Jerjes.

Corifeo. Sentí dolor al oír las muchas penalidades de los bárbaros tanto presentes como futuras.

Reina. ¡Oh demon, cuántos dolores me penetran por los males! Mas fundamentalmente me desgarra esta desgracia, escuchar la ignominia de las vestiduras que envuelven el cuerpo de mi hijo. Mas me voy, y tomando del palacio una vestimenta, probaré ir al encuentro †de mi hijo†. Pues no voy a traicionar en la desdicha a lo que me es más querido.

Coro.

Estrofa 1

¡Ay! En verdad obtuvimos en suerte una forma de vida grandiosa y buena conforme a las leyes de la ciudad, cuando el anciano, en todo suficiente, sin tacha, inven-

cible rey, semejante a los dioses, Darío, regía nuestro país.

Antistrofa 1

En primer lugar mostrábamos ejércitos gloriosos y †normas† como torres para toda empresa. De la guerra el retorno devolvía a felices hogares a hombres sin fatiga, sin sufrimiento.

Estrofa 2

¡Cuántas ciudades conquistó sin traspasar el cauce del río Halis[42]*, sin dejar el hogar! Cuales son las Aquelóidas del estrimonio mar, vecinas moradas de los tracios.*

Antistrofa 2

Y más allá del lago, las que en tierra firme estaban ceñidas de murallas a este soberano obedecían, y las altivas ciudades cabe las anchas corrientes de Hele y la profunda Propóntide[43] *y la boca del Ponto*[44].

Estrofa 3

Y las islas bañadas por las olas que en la zona del marino promontorio están cercanas a esta tierra, como Lesbos y la olivarera Samos, Quíos y Paros, Naxos, Miconos y la contigua a Tenos, Andros, vecina cercana.

42. Frontera natural entre Lidia y el imperio persa.
43. Mar de Mármara.
44. Bósforo.

Antistrofa 3

Dominaba también a las ceñidas por el mar entre ambas costas, Lemnos y la sede de Ícaro[45]*, Rodas y Cnido y las ciudades ciprias, Pafos, Solos y Salamina, de la cual la ciudad madre*[46] *es la actual responsable de estos lamentos.*

Epodo

Y las ricas y populosas †ciudades de los griegos en la región jonia dominaba con su mente†. A su lado la fuerza infatigable de sus hombres en armas y de sus abigarrados aliados. Mas ahora, este avatar debido a los dioses sin duda soportamos en la guerra, domeñados en gran manera por embates marinos.

(Entra por la izquierda JERJES.)

JERJES. *¡Ay! ¡Infeliz de mí, que este destino aciago he obtenido, el más imprevisible! ¡Cuán cruelmente un demon ha puesto su pie sobre la raza de los persas! ¿Qué me espera, desdichado? Pues el vigor de mis miembros se ha desvanecido, al contemplar a estos ancianos ciudadanos. ¡Ojalá, Zeus, a mí, con mis hombres que han perecido, un destino de muerte me hubiera sepultado!*

CORIFEO. *¡Ay, ay, rey! Lloro por nuestro valiente ejército y la gran gloria del imperio persa y la flor de los guerreros que ahora un demon ha segado.*
Mi tierra gime por la juventud de nuestra tierra que ha perecido merced a Jerjes, el que llena de persas el Hades. En efecto, muchos nobles varones, flor del país, que do-

45. Icaria.
46. De acuerdo con el mito, el fundador de la Salamina chipriota fue Teucro, quien le dio el nombre en recuerdo de su patria, la Salamina griega.

meñan con el arco, una muy densa innumerable tropa, han perecido. ¡Ay, ay, por nuestra insigne hueste! La tierra de Asia, rey de nuestra patria, terriblemente, terriblemente de hinojos postrada está.

Estrofa 1

JERJES. Heme aquí, ay, deplorable, infortunado mal para mi estirpe y la tierra patria he sido.

CORO. Como saludo, en tu regreso, un grito de mal agüero, voz que es mal anuncio de mariandino[47] plañidero te enviaré, te enviaré, un canto de muchas lágrimas.

Antistrofa 1

JERJES. Emitid vuestro canto triste y lastimero, gemebundo, pues hete aquí que un demon se ha vuelto contra mi persona.

CORO. Te lo entonaré en verdad, en honor de los sufrimientos del pueblo y de los reveses recibidos en el mar por nuestra ciudad, por nuestra estirpe. Por el que plañe entonaré una lamentación de copiosas lágrimas.

Estrofa 2

<JERJES>. El Ares[48] de los jonios los arrebató, el Ares de los jonios, pertrechado de naves, que decide la suerte en la batalla, segando la nocturna llanura y la infausta ribera.

CORO. ¡Ay, ay! Grita e intenta enterarte de todo. ¿Dónde está el resto de la tropa de los amigos? ¿Y dónde están tus compañeros, tal como eran Farandeces, Susas, Pelagón y

47. Tribu del norte de Bitinia, famosa por sus cultos funerarios.
48. El valor marcial.

Datamas y también {Agabatas}, Psamis y Susiscanes, que Ecbatana dejó?

Antistrofa 2

JERJES. Muertos los he dejado, yendo a su perdición desde una nave de Tiro[49] en las costas de Salamina, estrellándose contra la dura costa.

CORO. ¡Ay! ¿Dónde están tu Farnuco y el valiente Ariomardo? ¿Y dónde está Sevalces, el soberano, o Lileo de noble nacimiento, Memfis, Tarubis y Masistras y Artembares y también Istecmas? He aquí lo que te pregunto además.

Estrofa 3

JERJES. ¡Ay, ay de mí! Tras haber visto la muy antigua y odiosa Atenas todos, de golpe, ¡ay, ay!, infelices, su aliento exhalan en tierra.

CORO. ¿También a la flor de los persas, a tu siempre fiel Ojo[50], que contaba las miríadas, las miríadas <...>, al muy dulce[51] hijo de Batanoco, hijo de Sesamas, hijo de Megabates, a Parto y al gran Ebares allí los has dejado, los has dejado? ¡Oh, oh, infelices! Narras males terribles para los ilustres persas.

Antistrofa 3

JERJES. Suscitas en mí un lamento por mis valientes compañeros, cuando narras sus <inolvidables>, inolvidables

49. La flota fenicia formaba parte del núcleo de la escuadra persa.
50. Se denominaba así a los delegados del rey que inspeccionaban las provincias de su imperio.
51. West entiende que lo que se venía editando como nombre propio, Alpisto, debe considerarse una forma adjetiva en superlativo, de ahí nuestra traducción.

y odiosas desdichas. Grita, grita mi corazón dentro de mi pecho.

Coro. *También en verdad a otros añoramos, al caudillo de innumerables tropas de mardos, a Jantes, y al ario Ancares, y a Diexis y a Arsaces, señores de la caballería, †y también a Agdadatas† y a Litimnas y a Tolmo, de lanza insaciable. Atónito estoy, atónito estoy de que no sigan detrás cerca de las tiendas con ruedas*[52].

Estrofa 4

Jerjes. *Han perecido los jefes del ejército.*

Coro. *Han perecido, ¡ay!, sin gloria.*

Jerjes. *¡Oh, oh! ¡Ay, ay!*

Coro. *¡Ay, ay, démones, pues nos causaron inesperado mal, que entre todos reluce, como la mirada de Ate!*

Antistrofa 4

Jerjes. *¡Heridos somos, ay, por el hado de continuo!*

Coro. *¡Heridos somos, es bien claro!*

<Jerjes>. *Por nueva calamidad, por nueva calamidad.*

Coro. *Por haber chocado con marinos jonios no con buena fortuna. Desafortunado en la guerra es el pueblo persa.*

Estrofa 5

Jerjes. *¿Cómo no? Con un ejército tan grande, yo, infeliz, he sido herido.*

Coro. *¿Y qué no se ha perdido, infortunado entre los persas?*

52. Carros con toldos, los famosos *hermamaxa* (cf. Heródoto VII, 41).

Jerjes. *¿Estás viendo lo que queda de mi vestimenta?*

Coro. *Lo estoy viendo, lo estoy viendo.*

Jerjes. *¿Y esta aljaba...?*

Coro. *¿Qué es esto que dices que has salvado?*

Jerjes. *¿... un carcaj para los dardos?*

Coro. *¡Poco es respecto a lo mucho que tenías!*

Jerjes. *Carencia tuvimos de aliados.*

Coro. *El pueblo jonio no rehúye la lanza.*

Antistrofa 5

Jerjes. *¡Valiente, por demás! He contemplado un mal que no esperaba.*

Coro. *¿Te estás refiriendo a que se dio a la fuga una hueste pertrechada de naves?*

Jerjes. *Mi ropa desgarré ante la coyuntura del infortunio.*

Coro. *¡Ay, ay!*

Jerjes. *¡Y aún más que ay!*

Coro. *Sí, dobles son y triples.*

Jerjes. *Pesares son, mas alegría para nuestros enemigos.*

Coro. *Y abatida fue nuestra fuerza.*

Jerjes. *Privado estoy de séquito.*

Coro. *De los amigos por el desastre marino.*

Estrofa 6

Jerjes. *Llora, llora nuestra desgracia y dirígete a palacio.*

Coro. *¡Ay, ay, calamidad, calamidad!*

Jerjes. *Grita un lamento en respuesta al mío.*

Coro. *Mísero tributo de males para males.*

Jerjes. *Gime, uniendo tu canto al mío.*

Coro. *¡Ay, ay! Gravoso es este infortunio. ¡Ay! También por esto sufro mucho.*

Antistrofa 6

JERJES. *¡Rema, rema*[53] *y gime por mí!*
CORO. *Bañado en lágrimas estoy por mis gemidos.*
JERJES. *Grita un lamento en respuesta al mío.*
CORO. *Puedo ocuparme de ello, señor.*
JERJES. *Eleva tu voz entre lamentos.*
CORO. *¡Ay, ay! Con ellos se mezclarán, ay, golpes lúgubres, gemebundos.*

Estrofa 7

JERJES. *El pecho golpea y eleva el grito misio.*
CORO. *¡Dolor, dolor!*
JERJES. *Y arranca por mí los pelos canos de tu barba.*
CORO. *Tenazmente, tenazmente, con muchos lamentos.*
JERJES. *Y lanza agudo grito.*
CORO. *También lo haré.*

Antistrofa 7

JERJES. *Y desgarra el vestido que cae en pliegues con tus uñas.*
CORO. *¡Dolor, dolor!*
JERJES. *Y arranca tu cabellera y compadece a mi ejército.*
CORO. *Tenazmente, tenazmente, con muchos lamentos.*
JERJES. *Baña de lágrimas tus ojos.*
CORO. *Los tengo húmedos.*

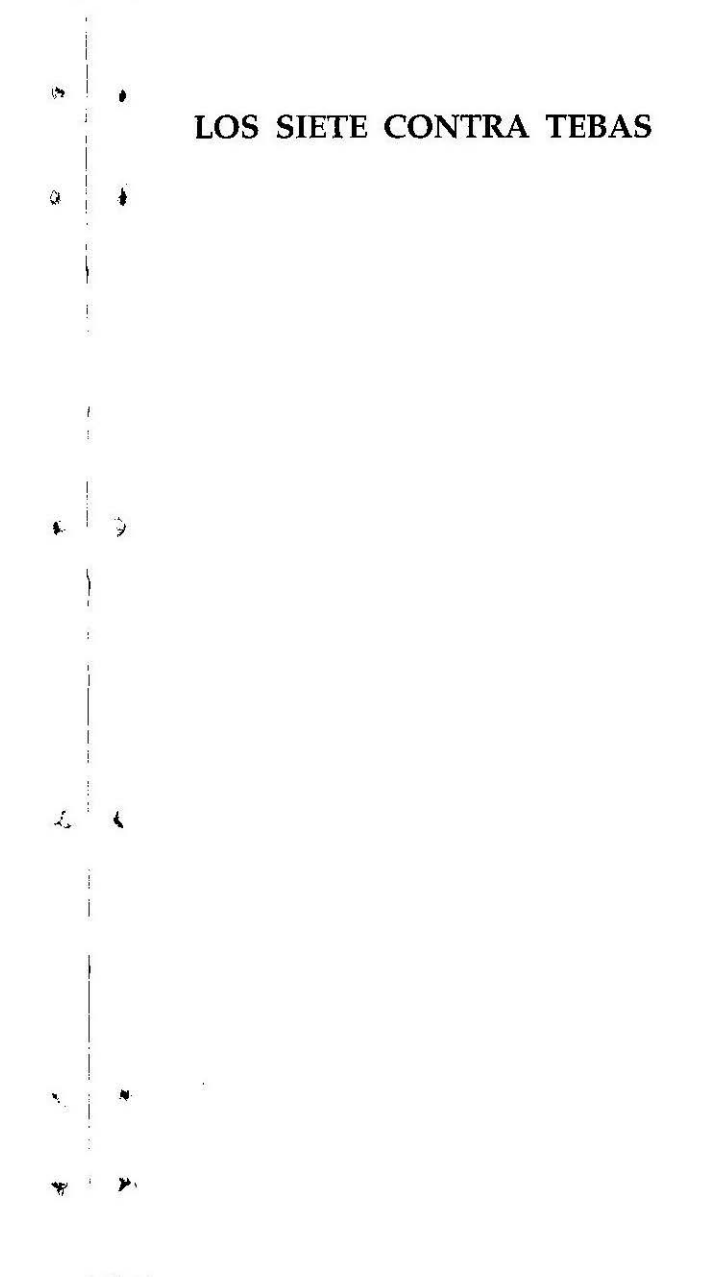
Epodo

JERJES. *Grita un lamento en respuesta al mío.*
CORO. *¡Ay, ay!*

53. El coro se golpea el pecho y esta acción es comparada con el batir de los remos.

JERJES. *Entre lamentos entra en palacio.*
CORO. *¡Ay, ay! {Tierra persa de penoso andar}*
JERJES. *†¡Ay! Pasando por la ciudad.†*
CORO. *†¡Ay! Sí, sí.†*
JERJES. *Acompañad con gemidos vuestro lánguido andar.*
CORO. *¡Ay, ay! Tierra persa de penoso andar.*
<JERJES. ...>
<CORO. ...>
JERJES. *¡Ay, ay! En las trirremes.*
<CORO>. *¡Ay, ay! En las naves muertos.*
<JERJES. *Acompáñame a palacio.*>
CORO. *Te escoltaré con lúgubres gemidos.*

LOS SIETE CONTRA TEBAS



Personajes del drama

ETEOCLES
MENSAJERO
CORO DE DONCELLAS
ANTÍGONA
ISMENE
HERALDO

La escena en Tebas, en el ágora. Al fondo, estatuas de dioses.

ETEOCLES. Ciudadanos de Cadmo[1], palabras oportunas ha de decir quien en la popa de la ciudad vela por los asuntos del estado gobernando el timón, sin dejar que el sueño cierre sus párpados. Pues si el éxito logramos, mérito será de la divinidad, mas si, por el contrario, lo que ojalá no suceda, el fracaso nos tocara, Eteocles solo sería celebrado en himnos por doquier a lo largo de la ciudad por parte de los ciudadanos con preludios repetidos sin cesar y lamentaciones, de los que Zeus Protector ojalá sea fiel a su nombre para la ciudad de los cadmeos. Mas preciso es que vosotros ahora –tanto el que aún carece de la plena madurez como el que la ha sobrepasado por el paso del tiempo, acrecentando el gran vigor de su cuerpo, cada uno en su sazón, según convenga– prestéis auxilio a la ciudad y a los altares de los dio-

1. Cadmo, hijo de Agenor, rey de Fenicia, pasaba por ser el fundador de Tebas.

ses de esta tierra, porque nunca sean sus honores borrados, y a los hijos y a la Tierra madre, queridísima nodriza. Pues ella, de niños, cuando gateabais sobre su benévolo suelo, asumiendo toda la tarea de vuestra crianza, os crió como ciudadanos armados de escudos, para que le fuerais fieles ante esta urgencia.

Y ahora, hasta este día, la divinidad benévolamente inclina su balanza. Pues para nosotros, durante este tiempo que llevamos asediados, la guerra, las más de las veces, merced a los dioses, nos ha ido bien. Y ahora, según afirma el adivino, pastor de aves, que interpreta con sus oídos y su mente, sin ayuda de fuego, las aves proféticas, con su arte que no engaña, éste, dueño de tales artes adivinatorias, dice que el mayor ataque aqueo en un consejo nocturno se está planeando y va a intentarse contra la ciudad. Ea, marchad todos a las almenas y a las puertas de las murallas guarnecidas con torres, acudid con todo vuestro armamento, llenad los parapetos, y en las cubiertas de las torres colocaos, y resistiendo en las salidas de las puertas tened valor, sin temer en demasía la turba extranjera. La divinidad lo llevará a feliz término. Por mi parte he enviado espías y observadores del ejército, los cuales confío no fracasen en su cometido. Escuchándoles voy a alejar los temores de ser cogido con engaño.

MENSAJERO. Eteocles, excelso señor de los cadmeos, vengo portando noticias fidedignas de allí, del ejército. Yo mismo he contemplado lo que sucede. Siete varones, belicosos caudillos, tras degollar sacrificialmente un toro en un escudo negro y tocar con sus manos la sangre del toro, han jurado por Ares, Enió y Terror, que la sangre ama, que o bien, destruyendo la ciudad, saquean por la fuerza la villa de los cadmeos, o bien, muriendo, empapan esta tierra con su sangre. Con recuerdos suyos que enviar a sus casas para sus padres han engalanado con sus manos el carro de Adrasto, vertiendo lágrimas, pero sin que saliera de su boca lamento alguno[2]. Pues su ánimo de talante férreo, inflamado de valor, respiraba cual el de los leones cuya mirada refleja Ares.

La prueba de ello no se retrasa por indecisión, sino que los dejé echando a suertes para que cada uno, de acuerdo con lo que obtuviera en el sorteo, condujera sus huestes a las respectivas puertas. En consecuencia, aposta con rapidez a los mejores guerreros, la flor y nata de la ciudad, en las salidas de las puertas. Pues cerca ya, totalmente armado, el ejército argivo avanza, va levantando el polvo y mancilla la llanura una blanca espuma con las babas procedentes del pulmón de los corceles. Y tú, como buen piloto de la nave[3], fortifica la ciudad antes de que irrumpan tempestuosamente los embates de Ares. Pues ruge la ola terrestre del ejército. Adopta la medida oportuna lo más rápido posible. Yo, en adelante, mantendré mi ojo fiel, centinela de día, y así, sabiendo con relato preciso lo de puertas afuera, te mantendrás indemne.

ETEOCLES. ¡Oh Zeus y Tierra y dioses protectores de la ciudad, y Maldición, Erinis poderosa de mi padre[4]! No arranquéis de raíz la ciudad, toda ella destruida, conquistada por el enemigo, {una ciudad que vierte el habla de Grecia, ni sus mansiones con hogares}. No sometáis nunca al yugo esclavo la tierra libre y la ciudad de Cadmo. Sed nuestro baluarte. Confío en estar diciendo cosas de interés común, pues una ciudad, si es próspera, honra a sus dioses.

2. Al haberse previsto que, de los siete jefes, sólo Adrasto, rey de Argos, se salvaría de la muerte, los restantes utilizaban su carro para depositar en él objetos de recuerdo destinados a sus familias.
3. Imagen de la nave del Estado.
4. Al partir para el exilio, Edipo habría maldecido a sus hijos, que no habrían hecho, desde su punto de vista, nada para retenerlo o socorrerlo en su abandono.

CORO. <...> *Canto en son de duelo terribles, inmensos dolores. El ejército avanza, abandonando el campamento. He aquí que fluye numeroso un pueblo en armas, vanguardia de jinetes. Me convence de ello la evidencia de la existencia de una nube de polvo que sube al éter, mudo, claro, seguro mensajero. †Con sus cuerpos† la llanura resonante en armas acerca a mi oído el grito de guerra. Viene volando, ruge como invencible agua que cae golpeando el monte. ¡Ay, ay! ¡Dioses y diosas, alejad el mal que nos asalta! Grita* <...> *por encima de las murallas. La hueste de blanco escudo, de hermosa apariencia, se lanza presta contra nuestra ciudad* <...>. *¿Quién será el que nos salve? ¿Cuál de los dioses o diosas nos socorrerá? ¿Debo yo postrarme quizás ante las estatuas <patrias> de los dioses? ¡Ay, dioses bienaventurados, que residís en hermosos templos! Ha llegado la hora de abrazar las estatuas. ¿Por qué lo demoramos con tantos gemidos? ¿Oís o no oís el fragor de los escudos? ¿Cuándo, si no es ahora, podremos <hacer ofrendas suplicantes> de peplos y coronas? Percibo ya el fragor. No es estrépito de una sola lanza. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a traicionar a tu tierra, Ares, antiguo habitante de esta tierra? ¡Oh dios del áureo yelmo, pon los ojos, pon los ojos en esta ciudad que en un tiempo tan querida te fuera!*

Estrofa 1

¡Oh dioses protectores de nuestro país, †venid, venid, todos†, contemplad esta tropa de doncellas que os pide que la libréis de la esclavitud! Pues un oleaje, en torno a la ciudad, de guerreros de penachos ondeantes hierve encrespado, suscitado por los soplos de Ares. Mas, oh Zeus padre, que llevas a su fin todo, evita como sea que de mí se apodere el enemigo. Pues los argivos están cercando la ciudad de Cadmo. Hay terror a sus armas de guerra y entre las quijadas de los caballos cantan canción de muerte los frenos. Siete capitanes, que descuellan en el ejército, con sus armaduras que lanzas blanden contra las siete puertas se van apostando, según cada uno obtuvo en suerte.

Antistrofa 1

Y tú, poder de Zeus nacido, fuerza amante de la guerra, sé protectora de nuestra ciudad, Palas, y también tú, el ecuestre soberano que el ponto rige con ese ingenio tuyo que captura peces[5], *{Posidón}. Liberación de los terrores, liberación otórganos. Y tú, Ares, †¡ay, ay!, a esta ciudad a la que Cadmo diera nombre† custodia y sé solícita con ella manifiestamente. Y Cipris*[6], *pues eres la madre primera de nuestra raza, protégenos, pues de tu sangre nacimos, y a ti, con preces que a los dioses invocan, llamándote a voces, nos acercamos. Y tú, soberano Lobuno*[7], *sé auténtico Lobo contra nuestro enemigo, {acudiendo al grito de mis gemidos}. Y tú, doncella hija de Leto*[8], *dispón bien el arco. {Querida Ártemis}.*

Estrofa 2

¡Ay, ay! Estrépito de carros en torno a la ciudad estoy oyendo. ¡Oh soberana Hera! Los cubos de las ruedas rechinaron por el peso de los ejes. ¡Ártemis querida! {¡Ay, ay!} Herido por las lanzas el éter se enfurece. ¿Qué va a ocurrirle a mi ciudad? ¿Qué será de ella? ¿A qué final la encamina la divinidad?

5. El tridente.
6. Afrodita.
7. Se juega con el epíteto de Apolo Liceo. El lobo era uno de los animales consagrados a Apolo.
8. Ártemis, hermana de Apolo.

Antistrofa 2

¡Ay, ay! Una lluvia de piedras viene a herir las almenas. ¡Oh querido Apolo! Hay en las puertas fragor de escudos guarnecidos de bronce. †Y tú, del linaje de Zeus†[9]*, que en la guerra impones santo fin, y tú, soberana Onca*[10]*, ante la ciudad preserva la sede de siete puertas.*

Estrofa 3

¡Ay, dioses que todo lo podéis! ¡Ay, dioses y diosas que guardáis íntegramente las torres de esta ciudad, la ciudad que en la lanza pone su empeño no entreguéis a un ejército de acento distinto! ¡Escuchad a estas doncellas, escuchad, como es justo, estas preces hechas con las manos tendidas!

Antistrofa 3

¡Ay, divinidades queridas, que, salvadoras, protegéis esta ciudad! Mostrad todo vuestro amor a la ciudad y cuidad de los templos de este pueblo, y, con celo, prestad ayuda. Guardad para mí memoria de las sacrificiales ceremonias de esta ciudad.

(Sale ETEOCLES *de palacio.)*

ETEOCLES. A vosotras pregunto, criaturas insoportables: ¿Es éste el mejor modo de salvar la ciudad e infundir ánimo a este ejército aquí asediado, postradas ante las imágenes de los dioses protectores de la ciudad, andar gritando, vociferando, objeto de abominación por parte de

9. Quizás se refiera a la victoria.
10. Sobrenombre de Atenea en Tebas.

personas sensatas? ¡Ojalá ni en la desgracia ni en la amada bonanza conviva yo con la estirpe femenina! Pues cuando coge el mando es de una audacia intratable, y, en cambio, cuando es víctima del miedo, es para su casa y para su ciudad un mal aún mayor. Así, ahora, con vuestras huidas a la carrera habéis infundido la ignava cobardía en los ciudadanos, y prestáis la mejor ayuda a la situación de los de afuera, mientras que nosotros por nuestra propia mano dentro nos labramos la ruina. ¡Tales cosas puedes obtener si convives con mujeres! Mas si alguien no obedece a mi mando, sea hombre, mujer o lo que está en medio de ambos, voto de muerte contra ellos se decidirá en Consejo y no hay cuidado de que escape a una muerte por lapidación a manos del pueblo. Pues es cosa de hombre –no dé consejos la mujer– lo de fuera. Tú, en casa, no causes daño. ¿Oíste o no me oíste? ¿O estoy hablando a una sorda?

Estrofa 1

CORO[11]. *¡Oh querido hijo de Edipo! Sentí miedo al oír el estrépito, el estrépito de los sonoros carros, cuando los ejes que hacen girar las ruedas comenzaron a chirriar, y resonaban los ecuestres gobernalles en sus bocas, frenos a fuego forjados.*

ETEOCLES. ¿Por qué? ¿El marinero acaso, cuando huye de popa hacia la proa, encuentra un medio de salvación, si la nave se debate contra el oleaje marino?

Antistrofa 1

CORO. *Rauda me he acercado a las antiguas estatuas de las divinidades, con la fe puesta en los dioses, cuando en*

11. Toda esta parte de la obra está formada por un diálogo epirremático, esto es, el actor recita trimetros yámbicos y el coro contesta cantando versos líricos.

las puertas se produjo el ruido de la funesta nevada[12]. *Entonces, llevada por el terror, me vi impelida a rogar a los Felices, con el fin de que mantuvieran su protección sobre la ciudad. ¿Estáis rogando que la fortaleza nos ponga a cubierto de la lanza enemiga?*[13]

ETEOCLES. Sin duda es competencia de los dioses. Mas es fama que los dioses de la ciudad conquistada la abandonan.

Estrofa 2

CORO. *Jamás, en mi vida, la abandone esta asamblea de dioses, ni contemple a esta ciudad saqueada ni †a su hueste alcanzada por el fuego devastador†.*

ETEOCLES. No por estar invocando a los dioses me vayas a tomar una mala decisión, pues Obediencia, madre del Éxito, es esposa de Salvación. Así es fama.

Antistrofa 2

CORO. *Lo es. Mas la fuerza de la divinidad es superior. Con frecuencia al que impotente se debate entre males incluso en medio del duro infortunio, aun con nubes suspendidas sobre sus ojos, lo endereza.*

ETEOCLES. Eso es cosa de hombres, ofrecer en honor de los dioses sacrificios y consultar sus oráculos cuando van a enfrentarse a los enemigos. Lo tuyo es callar y permanecer dentro de casa.

12. Se refiere al ruido producido por el choque de piedras y armas arrojadizas contra la ciudad.

13. Otros editores atribuyen este último verso, sin marca de interrogación, a Eteocles. Recordamos por este y otros pasajes problemáticos que nos estamos ateniendo al texto editado por West.

Estrofa 3

CORO. *Merced a los dioses habitamos una ciudad no domeñada, y de la turba de los enemigos nos protege la muralla. ¿Qué rencor divino aborrece estas cosas?*

ETEOCLES. No veo con malos ojos que por tu parte honres el linaje de los dioses, mas, con el fin de no hacer a los ciudadanos cobardes, sé templada y procura no temer en demasía.

Antistrofa 3

CORO. *Al oír este volátil estruendo con espantoso terror he acudido a esta acrópolis, venerada sede.*

ETEOCLES. Aunque os hablen de muertos o heridos, no os lancéis a gemir, pues Ares de ello se apacienta, del terror de los mortales.

CORO. *Incluso estoy oyendo relinchos de caballos.*

ETEOCLES. ¡Escuchas tú con mucha claridad! ¡No escuches en demasía!

CORO. *La ciudad gime desde sus cimientos, pues estamos cercados.*

ETEOCLES. ¡Suficiente es que yo tome decisiones al respecto!

CORO. *Tengo miedo, crece el estrépito en las puertas.*

ETEOCLES. ¿No te vas a callar y no vas a ir diciendo esto por la ciudad?

CORO. *¡Oh congregación de dioses, no entreguéis estas torres!*

ETEOCLES. ¿No lo vas a soportar en silencio, yéndote al diablo?

CORO. *¡Oh dioses ciudadanos! ¡No obtenga yo en suerte la esclavitud!*

ETEOCLES. Eres tú quien nos esclaviza a mí y a toda la ciudad.

CORO. *¡Oh Zeus todopoderoso, vuelve tu dardo contra los enemigos!*

ETEOCLES. ¡Oh Zeus, qué presente nos diste con la estirpe de las mujeres!

CORO. *Desdichada, al igual que la de los hombres cuando su ciudad es tomada.*

ETEOCLES. ¿Ya vuelves a gemir abrazando las estatuas?

CORO. *Es que por falta de ánimo el terror se apodera de mi lengua.*

ETEOCLES. ¡Si, ante mis súplicas, me concedieras una ligera tregua!

CORO. *Puedes decirlo cuanto antes y antes lo sabré.*

ETEOCLES. Cállate, desdichada, no aterrorices a los nuestros.

CORO. *Me callo. Con los demás soportaré el destino.*

ETEOCLES. Prefiero esto que has dicho a aquello otro. Y, además, lejos de las imágenes, ruega lo mejor, que los dioses sean nuestros aliados. Y, tras oír mis plegarias, entona después, a modo de peán, el favorable grito ritual sagrado, hábito griego de clamor unido al sacrificio, aliento para los amigos, al eliminar el terror a los enemigos. Yo a los dioses tutelares del país, tanto a los del campo como a los que protegen el ágora, también a las fuentes de Dirce[14], sin excluir al agua del Ismeno[15], si todo resulta bien y la ciudad se salva, {ensangrentados con ovejas los altares de los dioses y ofreciendo sacrificios de toros, hago votos de} que erigiré trofeos †con las vestiduras de los enemigos†, botines de los enemigos conquistados por la lanza en las santas moradas. {Cubriré el acceso a los templos con las vestiduras de los enemigos}. Tales votos haz a los dioses sin deleitarte en gemidos, ni tampoco en tus vanos y salvajes sollozos, pues no por ello vas a escapar más a tu destino. Yo seis guerreros, conmigo el séptimo, que remen contra los enemigos iré a apostar con gran empeño a las siete salidas, antes de que lleguen mensajeros presurosos y rumores precipitados y que nos inflamen con su urgencia.

14. Al sudoeste de Tebas, que daba lugar a una corriente del mismo nombre.

15. Corría lateralmente, fuera de las murallas, de Tebas.

(ETEOCLES *entra en palacio.)*

CORO.

Estrofa 1

Me preocupa esto, mas por el terror no dormita mi corazón, sino que vecinas de mi corazón, mis angustias, reavivan mi espanto ante esta hueste que envuelve la muralla, al igual que la trémula paloma teme enormemente ante las serpientes, funestas compañeras de lecho de las crías que aún están en el nido. Unos, en efecto, hacia las murallas en masa, todos a una, avanzan –¿qué será de mí?–, mientras que otros disparan contra nuestros ciudadanos, cercados por doquier, piedras puntiagudas. Por todos los medios, ¡oh dioses, hijos de Zeus!, salvad nuestra ciudad y su ejército descendiente de Cadmo.

Antistrofa 1

¿Qué suelo mejor que el de esta tierra tomaréis a cambio, si dejáis a los enemigos esta fértil tierra y el agua de Dirce, la más nutricia de cuantas bebidas hace brotar Posidón, que ciñe la tierra, y los hijos de Tetis[16]*? Ante esto, ¡oh dioses protectores de la ciudad!, infundiendo en los que están fuera de las torres la cobardía, exterminadora de*

16. Hija de Urano y Gea, son suyos más de tres mil hijos, los ríos.

hombres, ofuscación que hace arrojar las armas, conceded la gloria a nuestros conciudadanos, y <sed> salvadores de la ciudad, permaneced asentados en nuestros templos propicios a nuestras súplicas con agudos gemidos.

Estrofa 2

Lamentable, en efecto, sería arrojar al Hades a una ciudad tan antigua, convertida en botín esclavo de la lanza, a manos del guerrero aqueo por designio divino, reducida a frágil ceniza ignominiosamente, y que ellas, sometidas, sean llevadas, ¡ah, ah!, tanto jóvenes como viejas, cual yeguas de sus cabellos, con sus mantos desgarrados. Y la ciudad se vacía en medio de gritos, mientras va a su perdición el botín en medio de confuso vocerío. Veo venir con terror gravosa fortuna.

Antistrofa 2

Es deplorable que apenas muchachas, aún no maduras, antes de los ritos[17]*, recorran la odiosa ruta de unas moradas. En verdad pronostico que el que ya está muerto tiene mejor suerte que éstas. Pues numerosas, cuando una ciudad es tomada, ¡ay, ay!, son sus desgracias. Uno a otro se lleva, asesina, incendia sus propiedades. Con el humo se mancha la ciudad entera. Y enloquecido sopla encima el domeñador de pueblos, hollando la piedad, Ares.*

Estrofa 3

Ruidos por la ciudad, red de torres en torno, un guerrero a otro guerrero <...> con la lanza mata. Vagidos sangrientos de infantes aún de pecho resuenan. Pillajes, hermanos de persecuciones. El que va cargado con botín se encuentra con el que va cargado de botín y el que va de vacío llama al que va de vacío, apeteciendo ni menos ni igual. Lo que resulte de esto se puede calcular.

17. Nupciales.

Antistrofa 3

Toda clase de frutos caída en tierra aflige encontrárselo al ojo de las amargas despenseras, y abundante, mezclado, el don de la tierra en inútiles corrientes es arrastrado. Y cautivas, novicias en nuevos dolores, †desdichadas, al lecho por lanza conquistado de guerrero afortunado†, como enemigo superior, esperanza hay de que llegue como tributo nocturno, refuerzo de lacrimosos dolores.

–En mi opinión, el espía del ejército, amigas, nos trae una nueva información, moviendo con afán los cubos[18] que le portan de sus pies.

–También, viene aquí el rey en persona, el hijo de Edipo, oportunamente, para conocer el relato del mensajero. Su prisa le hace no acompasar su pie.

MENSAJERO. Puedo contar, pues lo conozco bien, la disposición de los enemigos, cómo cada uno en las puertas ha obtenido su suerte.

Tideo[19] ya ante las puertas de Preto[20] ruge, mas no le deja atravesar el cauce del Ismeno el adivino, pues no le son favorables las víctimas sacrificiales. Pero Tideo, fuera de sí y ansioso de batalla, grita cual serpiente con

18. Los pies son comparados con las ruedas de un carro.
19. Cuñado de Polinices, yerno también de Adrasto y padre de Diomedes.
20. Preto, rey de Tirinto, hijo de Abante y hermano gemelo de Acrisio. Unido al mito de Belerofonte.

silbidos en pleno mediodía, e insulta al sabio adivino hijo de Ecleo en el sentido de que anda haciendo zalamerías al destino y a la batalla por cobardía. Mientras clama tales cosas, sus tres umbrosos penachos agita, cabellera de su casco, y, bajo su escudo, badajos trabajados en bronce hacen resonar terror. Y tiene este emblema altivo en el escudo, un cielo cincelado fulgurante de astros; y una luna llena, brillante, en el centro del escudo, prez de los astros, ojo de la noche, resplandece. Enajenado así con sus arrogantes armas grita junto a las riberas del río, deseoso de batalla, como un caballo que aguarda dando resoplidos contra el freno, esperando impacientemente el sonido de la trompeta. ¿A quién pondrás enfrente de éste? ¿Quién será el garante de defender las puertas de Preto, cuando los cerrojos salten?

ETEOCLES. Yo no tengo miedo ante ornato alguno de guerrero y tampoco los emblemas causan heridas. Los penachos y los badajos no muerden sin la lanza. Y esa noche esplendente de astros que dices que hay en el escudo, para alguien su insensatez podría pronto resultar profética. Pues si para quien muere la noche cae sobre sus ojos, para quien lo porta ese arrogante emblema tendrá una significación recta y justa, y él mismo contra sí mismo de su insolencia está resultando adivino. Yo a Tideo enfrentaré al valiente hijo de Astaco cual defensor de esa puerta, guerrero de muy noble linaje y que honra el trono de Pundonor y aborrece las palabras jactanciosas. Parco en vilezas, no le gusta ser cobarde. De los hombres sembrados[21] que Ares perdonó su raíz ha brotado, un auténtico hombre de la tierra, Melanipo. La empresa la decidirá Ares con sus

21. Los cadmeos, según el mito, nacieron de la tierra, de los dientes sembrados del dragón que custodiaba la fuente de Ares, siendo muerto por Cadmo.

dados. Mas la Justicia, su hermana de sangre, le envía sin duda para que aleje de su madre[22] que le dio el ser la lanza hostil.

CORO.

Estrofa 1

Que los dioses concedan que mi campeón tenga buena fortuna, pues con justicia se erige en defensor de nuestra ciudad. Mas tiemblo de ver los sangrientos destinos de quienes van a perecer en defensa de sus seres queridos.

MENSAJERO. Que a él los dioses le concedan así tener buena fortuna. Capaneo, por su parte, ha obtenido en suerte la puerta Electra, un gigante mayor que el que antes te he dicho y su jactancia hace que no tenga pensamientos a medida de un hombre, {y a las torres dirige terribles amenazas, que ojalá no cumpla la fortuna}. Pues, tanto si la divinidad quiere como si no, afirma que va a asolar nuestra ciudad, y ni siquiera el desafío de Zeus, abatiéndose sobre la llanura, podría obstaculizarle. Relámpagos y lanzamientos del rayo los compara a los calores del mediodía. Y tiene como emblema a un guerrero sin armas que porta fuego, y arde la antorcha en sus manos a modo de arma, y en letras de oro la divisa: «Voy a prender fuego a la ciudad». Contra tal hombre envía... ¿Quién luchará contra él, quién a ese guerrero jactancioso aguardará a pie firme sin temblar?

ETEOCLES. De esta ganancia nace otra ganancia. Pues es la lengua acusador verídico para los hombres de sus fatuas ideas. Presto a la acción Capaneo va profiriendo amenazas, menospreciando a los dioses y dando rienda suelta a su lengua con vana alegría, él, que es mortal, al

22. La tierra cadmea.

cielo envía contra Zeus palabras sonoras, tempestuosas. Mas tengo confianza en que le llegará, con justicia, el rayo portador del fuego, en absoluto semejante {a los calores de mediodía del sol.} Un guerrero contra él, a pesar de ser lenguaraz en demasía, pero de ardiente coraje, ya ha sido designado, el fuerte Polifonte, guardia de total garantía por la benevolencia de Ártemis protectora y con el concurso de los demás dioses. Dime otro que en otra puerta haya sido designado por la suerte.

CORO.

Antistrofa 1

¡Perezca el que impreca jactanciosamente contra mi ciudad y que a él le detenga el dardo del rayo antes de que mi morada asalte y de mis estancias de doncella me arranque con arrogante lanza!

MENSAJERO. {Quién tras éste fue asignado a las puertas por sorteo,} te diré: para Eteoclo, el tercero, una tercera suerte le saltó del casco de bello bronce invertido, lanzar contra la puerta Neista su hueste. Y a sus yeguas, que en sus frontaleras ya relinchan, hace dar vueltas, ansiosas de haber caído ya sobre las puertas. Y las muserolas silban una extraña melodía, al llenarse de los resoplidos de sus narices que bufan. Y su escudo está adornado de forma no humilde: un hoplita sube los peldaños de una escala arrimada a una torre de enemigos, con la intención de destruirla. Y también grita éste entre sílabas de letras inscritas que ni siquiera Ares podría arrojarlo de las torres. También contra este guerrero envía al que ofrezca garantía de alejar de esta ciudad el yugo de la esclavitud.

ETEOCLES. {Podría enviar a éste, y, con fortuna, contra él}. En verdad ya ha sido enviado, uno que tiene la jactancia en los brazos, Megareo, semilla de Creonte, del linaje de los hombres sembrados, el cual no se va a retirar de las puertas lleno de terror por el bramido de los relinchos enloquecidos de los corceles, sino que o bien muriendo pagará la deuda a su tierra por su crianza o bien, apoderándose de los dos guerreros[23] y de la ciudad representada en el escudo, con los despojos adornará la morada de su padre. Habla con jactancia de otro y no seas parco en palabras.

CORO.

Estrofa 2

Hago votos porque tú tengas buena suerte, ¡oh, adalid de mis moradas!, y que los demás la tengan mala. Al igual que jactanciosas palabras pronuncian contra esta ciudad con mente enloquecida, así Zeus vengador les mire enfurecido.

MENSAJERO. Un cuarto, ocupante de la vecina puerta de Atenea Onca, vociferando, ocupa ya su puesto, la figura y gran corpulencia de Hipomedonte. Y ante su amplio disco, me refiero al círculo de su escudo, sentí escalofríos cuando lo blandió, no te diré otra cosa. El que grabó el emblema en el escudo no era por cierto un artista vulgar, el que esta obra cinceló en el escudo: un Tifón que por su boca exhala un inflamado humo negro, ágil hermano del fuego; y el reborde del escudo de cóncavo vientre está sólidamente afianzado con espiras de serpientes. Él comenzó a lanzar gritos de guerra, y de Ares poseso, se agita báquicamente con vistas al combate cual una bacante, infundiendo terror con su mirada. Hay que guardarse bien de la acometida de un guerrero tal. Pues ante la puerta Terror alardea ya.

ETEOCLES. Ante todo Palas Onca, que próxima a la ciudad es vecina de esa puerta, odiando la insolencia de

23. Eteoclo y el hoplita representado en el escudo.

ese guerrero lo mantendrá alejado, como a una fría serpiente de los polluelos. E Hiperbio, el valeroso hijo de Enopo, ha sido designado como guerrero contra ese guerrero, pues quiere indagar en ese trance de fortuna al hado, y ni su aspecto ni su ánimo ni su aparejo de armas merecen reproche, y Hermes con razón los ha juntado, pues nuestro hombre es enemigo del hombre con el que va a enfrentarse, y en sus escudos opondrán dioses enemigos, ya que el uno tiene a Tifón que exhala fuego, mientras que para Hiperbio Zeus padre, firme, en su escudo está en pie, en su mano haciendo fulgurar su dardo. {Y nunca nadie ha visto a Zeus vencido.} Tal es la actitud amistosa de ambas deidades. Mas estamos del lado de los vencedores, mientras que ellos lo están de los vencidos, si es cierto que en el combate Zeus es más fuerte que Tifón. Y es lógico que el mismo resultado obtengan esos guerreros que se enfrentan. De acuerdo con lo que indica su emblema para Hiperbio podrá ser su salvador Zeus, pues casualmente se halla en su escudo.

CORO.

Antistrofa 2

Confío en que el que tiene en su escudo el adversario no querido de Zeus, la figura de la subterránea deidad, imagen odiosa tanto para los mortales como para los dioses de larga vida, dejará su cabeza ante las puertas.

MENSAJERO. ¡Así sea! Y te hablo ahora del quinto, del que ha sido apostado en la quinta puerta, la de Bóreas, junto a la misma tumba de Anfión[24], hijo de Zeus. Jura por

24. Hijo de Zeus y Antíope, y hermano gemelo de Zeto. Ambos dieron muerte a su tío abuelo Lico y a su esposa Dirce por la actitud de ambos respecto a la madre de los gemelos. Los dos hermanos reinaron en Tebas y rodearon la ciudad con murallas. Más tarde Anfión casaría con Níobe.

la lanza que tiene, en la que fía hasta honrarla más que a un dios y por encima de sus ojos, que saqueará la ciudad de los cadmeos por la fuerza. De Ares esto grita el vástago de hermosa proa[25] nacido de una madre[26] montañesa, un niño-hombre. Le avanza ha poco un bozo por sus mejillas, producto de su juventud, barba espesa en ciernes. Mas él con su fiero talante, que en nada le cuadra a su nombre, propio de vírgenes[27], con mirada que espanta, se acerca. No sin jactancia yérguese en la puerta, pues la afrenta de la ciudad en su escudo trabajado en bronce, circular defensa de su cuerpo, una Esfinge[28] carnicera, con clavos fijada artificiosamente, le he visto blandir, espléndida figura en relieve, y bajo sí lleva[29] un guerrero cadmeo, de manera que muchísimos dardos sean lanzados contra este guerrero. Y parece haber venido con la intención de no mercadear la batalla ni manchar con deshonor su largo viaje, Partenopeo el arcadio. Este guerrero es un extranjero que vive aquí y que, pagando así a Argos su espléndida crianza, contra estas nuestras torres profiere amenazas que ojalá no cumpla la divinidad.

ETEOCLES. ¡Ojalá consigan de los dioses aquello que con sus impías jactancias proyectan! Sin duda perecerían de una manera total y absolutamente miserable. También existe para este arcadio del que hablas un varón sin jactancia, pero cuya mano ve lo que hay que hacer, Actor, hermano del antes citado, el cual no permitirá que una lengua, carente de obras, fluyendo dentro de las puertas, nos multiplique los males, ni que penetre, de fuera

25. Rostro.
26. Atalanta.
27. El nombre del héroe es Partenopeo, cuyo primer elemento, Parteno-, significa 'virgen', 'doncella'.
28. La famosa Esfinge de la que Edipo libró a Tebas.
29. Esto es, con sus garras.

adentro, {llevando en su enemigo escudo como enseña} el monstruo de esa odiosísima fiera. Al que la porta va a reprochárselo, cuando al pie de la ciudad reciba golpes repetidos. Si lo quieren los dioses, podrá ser verdad lo que yo digo.

CORO.

Estrofa 3

Tus palabras traspasan mi pecho, y de mi pelo erizado los bucles se ponen de punta, al escuchar grandes palabras de labios de hombres jactanciosos. ¡Si los dioses son dioses, a éstos hagan perecer en mi tierra!

MENSAJERO. Del sexto podría hablarte, el más prudente varón, en valor el más excelente, un adivino, la fuerza de Anfiarao[30]. Ante la puerta Homoloide apostado, lanza insultos sin cesar, a la fuerza de Tideo: «Homicida, subversor de la ciudad, para Argos supremo maestro de infortunios, de Erinis pregonero, servidor de Muerte, consejero de estos infortunios para Adrasto». Y dirigiendo la mirada, levantando los ojos, †a tu hermano,† la fuerza de Polinices, partiendo su nombre en dos mitades[31], lo llama, y profiere estas palabras por su boca: «¿Acaso tal gesta es incluso grata a los dioses, hermosa de escuchar y de contársela a las generaciones posteriores, devastar a tu patria y a los dioses de tu país, lanzando contra ellos un ejército extranjero? ¿Qué justicia podrá extinguir el hontanar de una madre? ¿Cómo la tierra patria, por tu afán conquistada por la lanza, se convertirá en tu aliada? Yo, por mi parte, esta tierra abonaré[32], adivino enterrado bajo esta tierra enemiga.

30. Adivino protegido por Zeus y Apolo, hijo de Ecleo e Hipermestra. También era, a la vez, un jefe guerrero renombrado por su honradez y bravura, que no era partidario de esta expedición contra Tebas.
31. Poli-nices, 'mucha-querella'.
32. Con mi cadáver.

¡Luchemos! No espero un destino deshonroso». Tales palabras profirió el adivino, mientras blandía con serenidad su escudo completamente broncíneo. Y no había emblema en su rodela. Pues no quiere parecer el mejor, sino serlo, cosechando en su mente hondo surco, del que brotan las nobles decisiones. Contra él te aconsejo enviar sabios y valientes adversarios. Temible es quien honra a los dioses.

ETEOCLES. ¡Ay del agüero que asocia un hombre justo a mortales impíos! En toda empresa no hay nada peor que una mala compañía, su fruto no se debe recolectar. {El campo de la obnubilación da como fruto la muerte.} Pues o bien embarcando en una nave un varón piadoso con marineros fogosos para toda clase de maldades termina por perecer en compañía de esa ralea que la divinidad abomina, o bien, en compañía de sus conciudadanos, aunque él sea justo, si ellos son enemigos de los huéspedes y olvidadizos de los dioses, cayendo en la misma red de forma ajena a la justicia, herido por el látigo común a todos de la divinidad resulta domeñado. Y así el adivino, me refiero al hijo de Ecleo, varón prudente, justo, valiente, piadoso, gran profeta, por andar mezclado, a su pesar, con varones impíos jactanciosos que están lanzados a una campaña de dilatado fin, si Zeus lo quiere, será con ellos arrastrado. Creo, pues, que ni siquiera él se lanzará contra la puerta, no por falta de valor ni de resolución viril, sino porque sabe que él debe morir en el combate, si los augurios de Loxias[33] fructifican. Mas gusta de guardar silencio o decir lo oportuno. Sin embargo contra él un guerrero, la fuerza de Lástenes, guardián de puerta que odia al extranjero, apostaremos, anciano en inteligencia, mas de cuerpo joven, de ágil mirada. Y en cuanto a su mano no es tar-

33. Apolo.

da en apoderarse con su lanza del flanco indefenso de escudo. Mas de la divinidad es don el que los mortales tengan buena fortuna.

CORO.

Antistrofa 3

Dioses, escuchando nuestras justas súplicas, llevadlas a término, para que la ciudad salga con bien, desviando contra los invasores de nuestra tierra los males causados por la lanza. Y, fuera de las torres arrojándolos, Zeus los fulmine con su rayo.

MENSAJERO. Del séptimo ante la séptima puerta, tu propio hermano, te voy a referir contra la ciudad qué suertes impreca y suplica, {tras escalar las torres y gritar contra su tierra,} después de entonar frenético el peán de la conquista: pretende trabar combate contigo y, tras matarte, morir a tu lado, o bien, si queda con vida quien le privó de sus derechos, quien le exilió, con el destierro vengarse de la misma manera. Tales cosas grita, y a los dioses gentilicios de su tierra patria invoca la fuerza de Polinices para que dirijan completamente sus miradas a sus preces. Y tiene un recién forjado escudo bien redondo, que tiene grabado un doble emblema: puede verse a un guerrero armado, en oro cincelado, al que conduce una mujer que le guía con prudencia. Justicia afirma ser, según dicen las letras: «Haré volver a este hombre, y volverá a tomar posesión de su ciudad patria y de su morada en palacio». Tal es la invención de sus figuras. Tú mismo decide a quién te parece bien enviar, para que nunca hagas reproches a este varón por sus proclamas. Tú mismo decide cómo vas a pilotar esta ciudad.

(Sale de escena el MENSAJERO.*)*

ETEOCLES. ¡Oh raza de Edipo la mía, que debe ser sumamente llorada, enloquecida por la divinidad y objeto de abominación por parte de los dioses! ¡Ay de mí! Ahora se cumplen las maldiciones de mi padre. Mas no conviene ni llorar ni lamentarse, no sea que se engendren llantos aún más difíciles de soportar. Para el que tiene un nombre tan apropiado, a Polinices me refiero, pronto sabremos su emblema dónde va a acabar: si lo van a traer a su patria esas letras en oro labradas que parlotean en el escudo con extravío de su mente. Si la hija de Zeus, la doncella Justicia, hubiera estado presente en sus acciones y en su mente, quizás hubiera sido posible. Pero ni cuando huyó de las sombras del seno materno ni en su crianza ni de joven ni cuando la barba se acumuló en su mentón la Justicia le dirigió la mirada ni le tuvo por digno, ni creo que ahora, en el momento en que está maltratando a su tierra patria, vaya a estar a su lado. De cierto entonces con toda justicia sería falso el nombre de Justicia, por estar con un varón cuyo talante lo osa todo. Fiado en ello iré y me enfrentaré yo mismo con él. ¿Qué otro con más derecho? Contra caudillo caudillo y contra hermano hermano, enemigo contra enemigo enfrentaré. Trae cuanto antes las grebas, defensa contra las lanzas y las flechas.

CORO. Hijo de Edipo, el más querido de los hombres, no seas semejante en cólera al que anda gritando con suma saña. Suficiente es que los guerreros cadmeos lleguen a las manos con los argivos, pues esta sangre puede purificarse. Mas para dos hombres de la misma sangre una muerte así, dada por sí mismos, no existe vejez para esta mancha.

ETEOCLES. Si se sufre una desgracia, que sea sin deshonor, pues es la única ganancia entre los muertos. Mas de lo malo y deshonroso ninguna gloria celebrarás.

Estrofa 1

Coro. *¿Qué deseas, hijo? ¡Que esa obnubilación que tu alma llena, hambrienta de lanza, no te arrastre! Mas bien arranca la raíz de ese funesto deseo.*

Eteocles. Puesto que la divinidad precipita con vigor los acontecimientos, que marchen siguiendo al viento, tras obtener en suerte el oleaje del Cocito[34], toda la estirpe de Layo, que odia Febo.

Antistrofa 1

Coro. *Esta ansia en demasía que te muerde cruelmente te aguijonea a cumplir la matanza humana que tiene fruto amargo de una sangre no lícita.*

Eteocles. La odiosa maldición de mi padre †se cumple†, se asienta en mis secos ojos sin lágrimas, diciéndome que es ventaja morir antes que tarde.

Estrofa 2

Coro. *Mas tú no te apresures. No serás llamado cobarde si apuestas por tu vida. La Erinis, de negra égida, saldrá de tu casa, cuando los dioses acepten de tus manos el sacrificio.*

Eteocles. En cierto modo para los dioses ya no somos objeto de cuidado, y se aprecia el favor que nace de nuestra muerte. ¿A qué hacer zalamerías, pues, todavía a un sino funesto?

Antistrofa 2

Coro. *Resiste ahora que está a tu lado, pues el demon con cambio tardío, al mudar de designio, quizás pueda*

34. Río del infierno.

venir con soplo más plácido, mientras que ahora todavía hierve.

Eteocles. En efecto, las maldiciones de Edipo están en ebullición. Verdaderas en demasía eran las visiones de mis sueños que repartían los bienes paternos.

Coro. Haz caso a las mujeres, mal que te pese.

Eteocles. Podéis decirme cosas que se puedan llevar a cabo, mas brevemente.

Coro. No hagas el camino a la puerta séptima.

Eteocles. A mí que estoy en verdad afilado no me vas a hacer romo con tus palabras.

Coro. A una victoria, aun sin gloria, la divinidad le concede valor.

Eteocles. Un hoplita no ha de apreciar estas palabras.

Coro. ¿Pero es que quieres segar la sangre de tu propio hermano?

Eteocles. Si los dioses nos los conceden, no puedes evitar los infortunios.

Coro.

Estrofa 1

Temo con espanto que la divinidad que trae ruina a las casas, tan poco similar a los dioses, veraz profetisa de males, la Erinis invocada por tu padre, dé cumplimiento a las maldiciones muy airadas de Edipo de mente perturbada. Esta discordia, destructora de hijos, incita.

Antistrofa 1

Un extranjero les distribuye los lotes, Cálibo[35], un emigrado de Escitia, amargo distribuidor de herencias, el

35. Los cálibos, descendientes de Ares, que habitaban al sur del mar Negro, pasaban por ser buenos herreros e inventores del acero. En el pasaje el acero de las armas está personificado.

Hierro de crueles entrañas, tras sacar en sorteo que habiten cuanta tierra puedan abarcar muertos, sin tener parte en las grandes llanuras.

Estrofa 2

Una vez que hayan muerto infligiéndose muerte mutua con sus propias manos y el polvo de la tierra haya bebido la negra y cuajada sangre homicida, ¿quién podría procurarles purificaciones? ¿Quién los podría liberar? ¡Oh recientes infortunios de esta casa mezclados con los viejos males!

Antistrofa 2

Me refiero, en efecto, a la antigua transgresión, rápidamente castigada, pero que en la tercera generación aún permanece firme, cuando Layo contra la voluntad de Apolo, que por tres veces le había augurado en el ombligo oracular pítico que, muriendo sin descendencia, salvaría a la ciudad,

Estrofa 3

vencido por grata irreflexión engendró su propio sino, al parricida Edipo, el cual en su atrevimiento sembró el sacro terruño de su madre, en el que fue nutrido, una raíz llena de sangre. Un delirio demente unió a los desposados[36].

Antistrofa 3

Y como el mar un oleaje de males aquí trae: una ola cae, mas otra, de triple cresta, se levanta, que también en la

36. Layo y Yocasta, reos de incesto.

proa de nuestra ciudad rompe rugiendo. Y en medio, como defensa, esta fortaleza se extiende en una anchura pequeña. Temo que con mis reyes nuestra ciudad sucumba.

Estrofa 4

Pues se cumplen los gravosos desenlaces de antiguas maldiciones, los funestos {cumplimientos} no pasan de largo. A arrojar por la borda la carga obliga la ventura en exceso engordada de hombres opulentos.

Antistrofa 4

Pues ¿a qué hombre admiraron tanto los dioses del hogar {de la ciudad} y la asamblea muy frecuentada de mortales, cuanto entonces honraron a Edipo por haber extirpado de nuestra tierra a la Muerte[37] *que a los hombres arrebataba?*

Estrofa 5

Mas luego que el desdichado se hizo consciente de su infausta boda, sin poder soportar su dolor, con corazón enloquecido, dio cumplimiento a dobles males con parricida mano, se desvió de las mejores decisiones,

Antistrofa 5

contra sus hijos lanzó maldiciones †funestas† de lengua amarga indignado por su sustento[38], *¡ay, ay!, en el senti-*

37. Usado en metonimia por la Esfinge, que proponía un enigma a todo viajero que se dirigía a Tebas y que si no era resuelto les acarreaba la muerte. Fue vencida por Edipo, quien descifró el enigma y liberó a Tebas.
38. Se dice que en un banquete los hijos de Edipo, con la intención de ultrajarlo, le sirvieron no lo mejor de la víctima sacrificada como correspondía a un rey.

do de que ellos con mano, armada con el hierro, la herencia partirían. Y ahora tiemblo no sea que les dé cumplimiento la Erinis de raudos pies.

(Entra en escena un MENSAJERO.)

MENSAJERO. Tened confianza, hijas †por madres† criadas. La ciudad ha escapado al yugo esclavo. Han caído las jactancias de esos fieros guerreros. La ciudad está en calma y no ha hecho aguas a pesar de los numerosos embates del oleaje. La defienden sus fortificaciones y las puertas las guarnecimos con caudillos que de combate singular son garantes. En suma, todo marcha bien en seis puertas, mas la séptima el augusto señor del siete[39], el soberano Apolo, se la ha reservado, cumpliendo contra la estirpe de Edipo los desatinos de Layo.

CORO. Mas ¿qué nuevo suceso hay en la ciudad?

MENSAJERO. {La ciudad está salvada. Mas los reyes hermanos} han muerto con recíprocas manos.

CORO. ¿Quiénes? ¿Qué has dicho? Mi razón se extravía ante el horror de tus palabras.

MENSAJERO. Serénate y escucha: los hijos de Edipo...

CORO. ¡Ay de mí, desdichada! Soy adivina de males.

MENSAJERO. ... Sin que quepa la menor duda, yacen en el polvo.

CORO. ¿Allí yacen? Gravoso es, mas cuéntamelo.

MENSAJERO. Se mataron así, con sus hermanas manos. Un demon común tuvieron ambos a la vez y él ha arruinado en verdad este desdichado linaje. De tales sucesos podemos tener alegría y llanto: por una parte la ciudad triunfante, mas, por otra, los jefes, los dos caudillos, con el hierro escita, forjado a martillo, se repartieron la

39. El siete es el número de Apolo, que era festejado el séptimo día de cada mes.

posesión completa de su herencia. Y de tierra tendrán la que ocupen en la tumba, arrastrados desdichadamente de acuerdo con las maldiciones de su padre. {La ciudad está salvada. Mas de los dos reyes hermanos su sangre, por mutua muerte, la ha bebido la tierra.}

CORO. *¡Oh gran Zeus y divinidades protectoras de la ciudad, que estas torres de Cadmo salvar <...>!, ¿acaso he de alegrarme y de saludar a gritos †al salvador† que ha preservado a la ciudad de todo mal o bien lloraré a los desdichados y de infausto demon, sin hijos, jefes de guerra, quienes haciendo honor a sus nombres de <realmente famosos>*[40] *y de muchas querellas*[41] *murieron por su impía demencia?*

Estrofa 1

¡Oh negra y ya cumplida maldición del linaje de Edipo! Un frío aciago envuelve mi corazón. He compuesto para la tumba mi melodía, como una bacante, cuando escuché que han muerto, de forma desdichada, esos cadáveres que gotean sangre. De mal augurio fue este concierto de lanza.

Antistrofa 1

Se ha cumplido y no desistió la voz de maldición del padre. Y las refractarias decisiones de Layo han perdurado. Mas ansiedad siento por la ciudad: los oráculos no pierden fuerza. ¡Ay de vosotros, dignos de muchos lamentos, esta obra increíble habéis realizado! Y han llegado desgracias lamentables no de palabra[42].

40. Se juega con el nombre de Eteocles.
41. Se juega con el nombre de Polinices.
42. Esto es, de hecho.

(Entran Antígona *e* Ismene *con el cortejo fúnebre.)*

Epodo

Esto habla claro por sí mismo, digno de consideración es el relato del mensajero. Dobles †virilidades† funestas de dobles angustias: estos sufrimientos, estas dos muertes fratricidas, se han cumplido. ¿Qué decir? ¿Qué otra cosa sino penalidades, compañeras de hogar de penalidades {de la casa}? Siguiendo, amigas mías, el viento de nuestros llantos, remad a uno y otro lado de la cabeza con ambas manos con golpes de remo que acompañen[43]*, que siempre hacen cruzar el Aqueronte*[44]*, conduciendo a la nave peregrina sin retorno, de negra vela, la no hollada por Apolo, hasta la tierra*[45] *sin sol que a todos acoge e invisible.*

{Mas ya han llegado Antígona e Ismene para tarea amarga. Creo sin dudarlo que ellas van a entonar un treno por sus dos hermanos desde sus amorosos pechos de profundos pliegues. Un dolor merecido. Mas justo es que nosotras, antes que su canto, gritemos el himno de infausto sonido de las Erinias y entonemos el odioso peán de Hades.}

¡Ay, en hermanos las más infelices de todas cuantas ciñen cinturón en torno a sus vestidos! Lloro, gimo y ningún engaño hay que evite que desde el fondo de mi alma clame como es de justicia.

(El coro *se subdivide en dos semicoros.)*

43. Esto es, se refiere a los golpes rituales de duelo en la cabeza.
44. Río del infierno.
45. El reino de Hades.

Estrofa 2

Semicoro 1. *¡Ay, ay insensatos, sin fe en los seres queridos y no desgastados por los males, que habéis tomado posesión de los hogares paternos con ayuda de la fuerza, desdichados!*

Semicoro 2. *¡Desdichados, sí, quienes desdichadas muertes hallaron para ruina de su casa!*

Antistrofa 2

–¡Ay, ay, vosotros que derribasteis los muros de vuestras propias casas y, tras ver una amarga tiranía, entonces ya hicisteis las paces con el hierro!

–La augusta Erinis de su padre Edipo muy certeramente lo ha llevado a cabo.

Estrofa 3

–En sus flancos izquierdos heridos, heridos sí, costados consanguíneos <...> ¡Ay, ay, infelices! ¡Ay, ay, maldiciones de recíprocas muertes!

–Hablas de {una herida} de parte a parte para la casa y para los cuerpos, de hombres heridos {hablo} por ira indecible y maldita nacida del padre, <no> por discorde destino.

Antistrofa 3

–Y atraviesa incluso la ciudad este gemido, gimen las torres, gime la llanura que amaba a esos hombres. Aguarda la herencia a las venideras generaciones, herencia por la que se han acarreado un funesto destino, por la que la querella vino y, como fin, la muerte.

<->Y se repartieron con corazón impávido la herencia como para recibir lotes iguales. Y para el mediador no faltan reproches por parte de los seres queridos, Ares es duro.

Estrofa 4

–Por el hierro heridos así están, y por el hierro heridos los esperan (quizás se podría decir) unos lotes de tumba paterna.
–De su casa les escolta resonante desgarrador gemido que por sí gime, por sí pena, doloroso, del gozo enemigo, que en verdad lágrimas vierte desde el corazón, el cual, mientras yo lloro, va consumiéndose por estos dos soberanos.

Antistrofa 4

–De estos desdichados puede decirse que ambos mucho hicieron por los ciudadanos y que de los extranjeros venidos de fuera las filas diezmaron en el combate.
–Malhadada la que les parió entre todas las mujeres que son llamadas paridoras de hijos. A su hijo como propio esposo tomando, engendró a éstos, y ellos así han acabado su vida por manos que se han dado mutua muerte, de la misma semilla.

Estrofa 5

–De una misma semilla, sí, y del todo aniquilados por tajos no amigos en su reyerta enloquecida al final de su querella.
<->Cesó el odio, y en la tierra inundada por su sangre ya sus vidas se confunden. Ahora sí que en verdad son consanguíneos. Amargo árbitro de querellas es el extranjero marino surgido del fuego, el agudo hierro; y amargo

el malvado repartidor de bienes, Ares, que hizo verdad la maldición paterna.

Antistrofa 5

–Tienen su parte ya, oh desdichados, <por medio de> de las penas otorgadas por Zeus. Bajo su cuerpo habrá una insondable riqueza de tierra.
–¡Ay, los que hicisteis florecer con muchos dolores la raza! {Con dolores a las casas} al fin entre alaridos han lanzado estas Maldiciones un agudo canto, al haber sido puesta en fuga total esta estirpe. Se yergue de Ate un trofeo en la puerta en que se batieron, y, vencedor de ambos, el demon ha descansado.

Epodo

–Siendo herido heriste.
–Y tú has muerto matando.
–Con la lanza mataste.
–Con la lanza moriste.
–Dolor causaste.
–Dolor sufriste.
–(Fluya mi llanto.)
–(Fluyan mis lágrimas.)
–Ante mí yaces.
–Tras haber matado.

Estrofa 6

–¡Ay!
–¡Ay!
–Se enajena de gemidos mi alma.
–En mi interior mi corazón gime.
–¡Ay, ay, tú, digno de todo mi lamento!

–¡También tú, por tu parte, completamente desdichado!
–Por un ser querido has perecido.
–Y a un ser querido has matado.
–Doble es de decir.
–Y doble de ver.
–†De tales† estos dolores están cerca.
–Cadáveres hermanos de hermanos.
–¡Ay, Moira penosa, dispensadora de males, y soberana sombra de Edipo! ¡Negra Erinis, en verdad eres muy poderosa!

Antistrofa 6

–¡Ay!
–¡Ay!
–Desgracias horribles de contemplar.
–Trajisteis del destierro para mí.
–Apenas llegó cuando mató.
–Mas una vez salvado, la vida perdió.
–La perdió en verdad, sí.
–<Mas> despojó de su vida a éste.
–Funesto de decir.
–Funesto de ver.
–†Duelos muy lamentables del mismo nombre.†
–Pesares terribles que golpean con triple fuerza.
{Funesto de decir.}
{Funesto de ver.}
–¡Ay, Moira penosa, dispensadora de males, y soberana sombra de Edipo! ¡Negra Erinis, en verdad eres muy poderosa!

Epodo

–Tú la conoces, pues pasaste por ella.
–Y tú, pues la aprendiste no más tarde.

–Una vez que regresaste a la ciudad.
–Remero de la lanza contra él.
–¡Estirpe desdichada!
–¡De infortunado padecer!
–¡Ay, penas!
–¡Ay, males!
–Para la casa.
–Y para el país.
{–Y más para mí.
–Y en adelante para mí.}
–¡Ay, ay, soberano de desgracias muy lamentables, {rey Eteocles!}
<–¡Ay, ay...!>
–¡Ay, ay, en todo los más desdichados!
–¡Ay, ay, posesos de obnubilaciones!
–¡Ay, ay! ¿Dónde los enterraremos?
–¡Ay, ay! Donde más honroso sea.
–¡Ay, ay, pesar que yace al lado del padre!
<–¡Ay, ay!...>

{HERALDO. Debo anunciar lo que decretan y han decretado los magistrados del pueblo de la ciudad cadmea: a éste, a Eteocles, por su amor al país, se ha decidido que se le entierre en una fosa en nuestra tierra cavada con afecto, pues por odio a los enemigos eligió morir en la ciudad, y siendo puro respecto a los ritos ancestrales sin tacha ha muerto, donde precisamente para los jóvenes es hermoso morir. Así en torno a él se me ha ordenado expresarme. Mas, en cuanto al hermano de éste, el cadáver este de Polinices, se ha decidido que se le arroje fuera, insepulto, presa para los perros, en la idea de que hubiera sido devastador de la tierra cadmea a no ser que un dios no hubiera sido obstáculo para su lanza. Y aun muerto, conservará la mancha de su crimen contra los dioses ancestrales, a los que ofendió al inva-

dir con un ejército extranjero con la intención de conquistar la ciudad. Así se ha decidido, que éste, sepultado por alados pájaros ignominiosamente, reciba el castigo condigno, y que no le acompañen manos que le erijan una tumba, ni que le tributen reverencia con lamentos agudos, sino que carezca del honor de unas exequias tributadas por sus seres queridos. Tales cosas han resuelto los magistrados cadmeos.

ANTÍGONA. Mas yo a los gobernantes cadmeos me dirijo: si no hay ningún otro que quiera ayudarme a dar sepultura a éste, yo lo enterraré y arrostraré el peligro de enterrar a mi hermano. Y no siento vergüenza de mi desobediente insurrección contra la ciudad. Terrible es la entraña común de la que nacimos, la de mi madre desdichada y de mi desdichado padre. Por ello, de grado, alma mía, participa de los males con el que ya no tiene voluntad, tú viva con el muerto, con corazón fraterno. Sus carnes <no...> ni los lobos hambrientos la degustarán. ¡Que no lo piense nadie! Pues una tumba para él y una fosa, aun siendo mujer, le procuraré, llevándole entre los pliegues de mi vestido de finísimo lino, y personalmente le cubriré. ¡Que nadie piense lo contrario! Con audacia es posible una trama factible.

HERALDO. Te advierto que tú no hagas violencia a la ciudad en esto.

ANTÍGONA. Te advierto que no me lances estas vanas proclamas.

HERALDO. Duro es un pueblo que ha escapado a infortunios.

ANTÍGONA. Sé duro, mas éste no quedará insepulto.

HERALDO. ¿Mas a quien la ciudad aborrece tú lo vas a honrar con una tumba?

ANTÍGONA. Sí, en el caso de que ello no haya sido decidido por los dioses.

HERALDO. No, al menos antes de que pusiera a esta tierra en peligro.

ANTÍGONA. Por haber sufrido males respondió, a su vez, con males.

HERALDO. Mas contra todos, en vez de contra uno solo, fue esta campaña.

ANTÍGONA. Entre los dioses es Discordia quien dice la última palabra. Mas yo le voy a enterrar, no malgastes más palabras.

HERALDO. Haz como quieras, mas yo te lo prohíbo.

SEMICORO 1. *¡Ay, ay! ¡Oh jactanciosas y destructoras de estirpes Keres*[46] *Erinias, que la estirpe de Edipo de raíz así aniquilasteis! ¿Qué me va a pasar? ¿Qué haré? ¿Qué voy a maquinar? ¿Cómo tendré el valor de no llorarte ni de darte cortejo hasta la tumba?*

SEMICORO 2. *Mas siento pavor y apartarme quiero del temor que me inspiran mis conciudadanos. Tú muchos que te hagan duelos tendrás, en cambio aquél, el desdichado, sin lamentos con el único canto luctuoso de su hermana se va. ¿Quién podría obedecer tal orden?*

–Castigue o no castigue la ciudad a los que lloran a Polinices, nosotras, en efecto, iremos y ayudaremos a enterrarlo cual cortejo que aquí veis. En verdad que para nuestra estirpe común es este dolor, mientras que la ciudad unas veces de una manera y otras de otra lo justo alaba.

–Y nosotras con éste nos iremos, como la ciudad y lo justo coinciden en aprobar, pues, tras los bienaventurados y el poder de Zeus, éste es quien ha impedido que la ciudad de los cadmeos fuera aniquilada y que por oleaje de guerreros foráneos fuera sumergida del todo.}

46. Genios de la muerte o personificación de la muerte.



LAS SUPLICANTES

Personajes del drama

CORO DE LAS DANAIDES
DÁNAO
PELASGO, REY DE ARGOS
HERALDO

La escena en Argos, al pie de una colina con altares y estatuas de dioses.

CORO. *Zeus Suplicante dirija su mirada benévolamente a nuestro naval grupo que zarpó de las embocaduras de finas arenas del Nilo. Tras haber dejado la tierra de Zeus, vecina de Siria, huimos aquí, sin que el voto de la ciudad nos hubiera impuesto pena alguna de destierro por delito de sangre, sino en fuga del varón de la misma sangre, por rechazar la boda con los hijos de Egipto y su impía <idea>. Y Dánao, mi padre y responsable del consejo y cabecilla de mi sedición, disponiendo las piezas de este juego*[1]*, ha dado cumplimiento a la más gloriosa de las desdichas, huir libremente a través del oleaje marino y arribar a la tierra de Argos, de donde procede nuestra estirpe, que se jacta de haber nacido de la vaca*[2] *por tábano atormentada al tiento y al hálito de Zeus.*

1. Alusión metafórica al juego de damas.
2. Referencia al mito de Io, transformada en vaca, atormentada por el tábano, por los celos de Hera. Zeus se unió a ella en forma de toro.

¿A qué tierra más benévola que ésta podríamos llegar, portando en las manos ramos de suplicantes, ramas ceñidas de lana? <¡Oh divinidades patrias de Argos>, de quienes son la ciudad, de quienes son la tierra y el agua clara, dioses de lo alto y subterráneos que ejercéis gravosas venganzas, que ocupáis las tumbas, y Zeus salvador el tercero, guardián de los hogares de hombres puros, acoged como suplicante a este grupo femenino con respetuoso hálito del país! Mas al masculino enjambre insolente, oriundo de Egipto, antes de que ponga su pie en esta tierra fangosa, con su carro de rápidos remos[3] *mandadlo mar adentro. ¡Ojalá allí en medio del torbellino que azota furiosamente, del trueno y del relámpago, y de los vientos que portan lluvias, enfrentados a un piélago embravecido, perezcan, antes de que un día asalten lechos que ley divina les prohíbe, apropiándose de los de sus primas paternas, contra su voluntad!*

Estrofa 1

Ahora invocando al novillo de Zeus allende el mar, mi defensor, a la cría de mi antecesora, la vaca de flores nutrida, "al toque" nacido del soplo de Zeus: y el tiempo fatal le dio cumplimiento con sobrenombre[4] *certero y a Épafo dio a luz.*

Antistrofa 1

A éste llamando ahora en parajes abundantes en pastos de nuestra antigua madre, tras traer a la memoria las anteriores penas, las de ahora voy a mostrar, fidedignos testimonios, y para los habitantes de esta tierra, aunque

3. Esto es, su barco.
4. Se alude a la etimología de Épafo, hijo de Io, como «toque».

inesperadas, a la luz saltarán. Se conocerá por extenso mi historia.

Estrofa 2

Y si hay cerca algún augur del país que escuche mi lamento, le parecerá oír la voz de la prudente esposa de Tereo[5]*, digna de compasión, el ruiseñor perseguido por el gavilán,*

Antistrofa 2

que expulsado a ríos sin apenas color llora la nueva suerte de su manera de ser, y narra el destino de su hijo, cómo murió a manos de los suyos, por mano de ella, víctima del rencor de una madre desnaturalizada.

Estrofa 3

Así también yo misma amante del llanto, con sones jonios, lacero mi delicada mejilla tostada por el sol y mi corazón inexperto en lágrimas. Y de lamentos recojo un ramillete, llena de miedos, por si hay quien se ocupe de esta huida sin amigos lejos de mi brumosa tierra[6].

Antistrofa 3

Mas, dioses que presidís los nacimientos, escuchadme, pues bien veis lo justo. Si me concedéis que mi juventud no tenga cumplimiento contra el destino, y si odiáis ver-

5. Procne, quien mató a su hijo Itis por celos hacia su esposo Tereo y después se convirtió en ruiseñor. Tereo la perseguía convertido en gavilán.
6. Egipto.

daderamente la insolencia, seréis justos con mis bodas.
Hay incluso para los exiliados desgastados por la guerra
85 *un altar, refugio de la desgracia, temor religioso que ins-*
piran los dioses.

Estrofa 4

¡Ojalá se imponga el deseo de Zeus, si es de Zeus en ver-
93 *dad! No es fácil de cazar. Pues espesos y muy sombríos se*
extienden los caminos de su mente, imperceptibles a la
mirada.

Antistrofa 4

91 *Cae seguro y no de espalda*[7]*, si por la cabeza de Zeus es*
88 *totalmente decidido el cumplimiento de un hecho. En to-*
das partes brilla, incluso en las tinieblas, junto con una
90 *negra fortuna, para los hombres mortales.*

Estrofa 5

96 *De sus esperanzas, altas como torres, arroja a los morta-*
les del todo perdidos, sin tener que armarse de violencia
100 *alguna. Todo lo divino no precisa esfuerzo. Sentado, des-*
de sus sedes sagradas, desde allí mismo, no obstante,
hace cumplir sus pensamientos.

Antistrofa 5

105 *Dirija su mirada a la insolencia, vea cómo retoña su*
tronco, que echa brotes por mi boda, con obstinada men-
110 *te, y teniendo enloquecida idea como aguijón inesquiva-*
ble, ha mudado su mente †por una Ate engañosa.†

7. Metáfora tomada de la lucha.

Estrofa 6

Tales sufrimientos desdichados entre lamentos refiero,
agudos, gravosos, que hacen verter lágrimas. ¡Ay, ay!
Distinguible por mis lamentos en vida me honro con ge- 115
midos.

Epodo 1

Intento propiciarme a la montuosa Apia[8] *–mi bárbaro*
lenguaje, tierra, conoces bien–, una y otra vez me preci- 120
pito sobre mi velo de Sidón desgarrándole el lino.

Antistrofa 6

Ritos consagrados a los dioses corren, si todo resulta bien,
cuando la muerte está lejos. ¡Ay, ay, ay, penas difíciles de 125
discernir! ¿Adónde este oleaje me llevará?

Epodo 1

Intento propiciarme a la montuosa Apia –mi bárbaro 130
lenguaje, tierra, conoces bien–, una y otra vez me preci-
pito sobre mi velo de Sidón desgarrándole el lino.

Estrofa 7

El remo, ciertamente, y el receptáculo de la nave de lino
encordada que detiene el asalto del mar, sin tempestades, 135
hasta aquí me envió con los vientos, y de ello no hago re-
proche. Mas el padre omnividente en el curso del tiempo
ojalá quiera fundar un final feliz. 140

8. El Peloponeso.

Epodo 2

¡Que la semilla de mi muy augusta madre de los lechos de los varones, oh, pueda escapar sin bodas, virgen!

Antistrofa 7

Queriendo ella, la casta, en mí que lo quiero fije su mirada, la doncella de Zeus, que habita augustos muros seguros, y con todas sus fuerzas, irritada por la persecución, ella, virgen, se convierta en salvadora de mí, también virgen.

Epodo 2

¡Que la semilla de mi muy augusta madre de los lechos de los varones, oh, pueda escapar sin bodas, virgen!

Estrofa 8

Y si no, esta estirpe ennegrecida, herida por los rayos del sol, al subterráneo[9]*, al muy hospitalario Zeus de los muertos, nos presentaremos con nuestros ramos, tras morir con lazos*[10]*, si no encontramos favor entre los dioses olímpicos.*

Epodo 3

¡Oh Zeus, ira de Io que azota por obra de los dioses! Conozco los celos de la esposa de Zeus vencedor celestial. De un viento impetuoso nace una tempestad.

9. Hades. Las Danaides amenazan con el suicidio.
10. Esto es, amenazan con ahorcarse.

Antistrofa 8

Entonces Zeus se verá sometido a no justos reproches, por haber deshonrado al hijo de la vaca, al que él mismo antaño engendró. Ahora teniendo su mirada de nuevo puesta en nuestros ruegos, desde las alturas preste buen oído al ser invocado.

Epodo 3

<*¡Oh Zeus, ira de Io que azota por obra de los dioses! Conozco los celos de la esposa de Zeus vencedor celestial. De un viento impetuoso nace una tempestad.*>

DÁNAO. Hijas, preciso es ser prudentes. Habéis llegado con ayuda de una persona prudente, de este leal anciano como piloto, vuestro padre. Y ahora, ya en tierra firme, tomando precauciones, os recomiendo que guardéis mis palabras grabándolas en vuestra mente. Estoy viendo una polvareda, mudo heraldo de una hueste. Los cubos que giran sobre sus ejes no guardan silencio. Un gentío, de escudos protegido y que blande la lanza, diviso con caballos y curvos carros. Tal vez los reyes de esta tierra, enterados mediante mensajeros, vengan a vernos. Mas tanto si viene en son de paz como si azuzado por cruel ira ha puesto en armas a esta tropa, es mejor en todos los conceptos, hijas, tomar asiento en la colina de estas divinidades de la ciudad. Más fuerte que una torre es un altar, indestructible escudo. Mas marchad cuanto antes, y sosteniendo piadosamente ramos de suplicantes ceñidos de blanca lana, ornato del venerable Zeus, en vuestra mano izquierda, contestad a nuestros huéspedes con palabras respetuosas, lastimeras y suplicantes, como conviene a forasteros, al exponerles con toda claridad esta vuestra huida no debida a

delito de sangre. Y que acompañe ante todo la ausencia de audacia a vuestra voz, y que vanidad alguna emane de vuestros rostros plenos de prudencia, de vuestros calmos ojos. Y no seas ni precipitada en el hablar ni prolija en el relato, pues la gente de aquí es muy crítica con ello[11]. Y acuérdate de que has de ceder: eres necesitada, forastera, exiliada. Tener una boca audaz, en efecto, no conviene a los inferiores.

Corifeo. Padre, hablas sensatamente a quienes son sensatas. Velaré por guardar en la memoria estos buenos consejos. ¡Zeus, dios de nuestra raza, nos dirija su mirada!

210 <Dánao>. ¡Ojalá dirija su mirada con benevolentes ojos!

208 <Corifeo>. Quisiera junto a ti tener mi asiento.

207 <Dánao>. ¡No te retrases y que triunfe nuestro plan!

209 <Corifeo>. ¡Oh Zeus, ten compasión de nuestras penas en tanto no estamos muertas!

(El CORO *toma asiento en los altares.)*

211 <Dánao>. Si él quiere, todo acabará bien. Invocad a esta ave[12] de Zeus que aquí veis.

<Corifeo>. Invocamos a los rayos salvadores de Helios[13].

<Dánao>. Y al santo Apolo, dios desterrado del cielo[14].

11. Esquilo le atribuye a los pelasgos la aversión de las poblaciones dorias a los largos discursos.
12. El águila.
13. En tanto las Danaides proceden de Egipto identifican Helios, el sol, con Amon Ra, representado como un halcón que porta el disco solar. Por ello identifican, a su vez, el sol (Helios) con el águila, ave de Zeus.
14. Hace referencia a cuando Apolo fue condenado por la muerte de los Cíclopes a vivir como servidor en casa de Admeto durante un año.

<Corifeo>. Por conocer tal destino, puede comprender a los mortales.

<Dánao>. Ciertamente puede comprenderlos y, benévolo, puede ponerse a nuestro lado.

<Corifeo>. ¿A cuál de estos dioses puedo además invocar?

<Dánao>. Estoy viendo este tridente, símbolo de un dios[15].

<Corifeo>. Con bien nos trajo y con bien nos reciba en este país.

<Dánao>. He aquí otro heraldo[16] a la usanza griega.

<Corifeo>. A hombres libres traiga mensajes favorables.

<Dánao>. El ara común de todos estos soberanos honrad y asentaos en un lugar santo cual bandada de palomas por miedo a los gavilanes de alas semejantes, enemigos de la misma sangre y que pretenden mancillar su estirpe. ¿Un ave, si devora a otra ave, cómo podría ser pura? ¿Y cómo podría ser puro el que a mujer desposa en contra de su voluntad recibiéndola de quien tampoco quiere? Ni siquiera en el Hades, una vez muerto, se hurtará a la inculpación de impiedad, si lleva a cabo esta acción. También allá juzga los delitos, según es tradición, otro Zeus, entre los muertos, con sentencias inapelables. Observad y responded de este modo, para que nos resulte vencedora esta empresa.

(Entra el rey PELASGO.*)*

<Pelasgo>. ¿De dónde procede esta comitiva de atuendo no griego, fastuosa con sus peplos y diademas bárbaros, a la que le dirigimos la palabra? Pues esta ves-

15. Posidón.
16. Es la conjetura aceptada por West, cuya edición estamos siguiendo, a propuesta de Kueck. La tradición manuscrita da Hermes.

timenta de mujer no es argolia ni tampoco de lugar alguno de la Hélade. Mas el que hayáis osado venir sin miedo a este país sin la compañía de heraldos, sin próxenos[17] y sin guías, eso es lo que me asombra. Bien es verdad que unos ramos a modo de suplicantes están depositados por vuestra parte junto a los dioses de la ciudad. Sólo en este aspecto se puede conjeturar que está en consonancia con la tierra griega. En cuanto a lo demás, numerosas suposiciones sería justo hacer, de no estar tú presente y dotada de voz que diera una explicación.

Corifeo. Sobre mi indumentaria has pronunciado discurso no falso. ¿Mas me dirijo a ti como a un simple particular, o como a un custodio con sacra vara o como a un dirigente de la ciudad?

Pelasgo. Por lo que a esto hace contéstame y háblame con toda confianza. Yo soy Pelasgo, retoño de Palecton, nacido de la tierra. De mí, su rey, toma su nombre el pueblo de los pelasgos que cosecha los frutos de esta tierra. Y toda la tierra que recorre el Estrimón sagrado en dirección al sol poniente domino. Tengo como lindes la tierra de los perrebos[18] y las de más allá del Pindo[19], cerca de los peones, y las montañas de Dodona[20]; el húmedo mar me sirve de frontera. Sobre las tierras de este lado ejerzo mi poder. Y de esta tierra este suelo, tiempo ha, ha recibido el nombre de Apia, merced a un médico, pues Apis, viniendo de los confines de Naupacto[21], médico adivino, hijo de Apolo, limpió completamente esta tierra de monstruos destructores de mortales, †que, mancillada con las impurezas de antiguas sangres, en su furor hizo brotar la tierra como azote[22]†, hostil compaña, nido de serpientes. Obteniendo de éstos remedios que extirpan y liberan de un modo irreprochable para esta tierra argiva, Apis a cambio, cual recompensa, logró entonces un recuerdo en nuestras preces.

Puesto que ya tienes testimonios concernientes a mi persona, puedes ufanarte de tu estirpe y proseguir hablando. Mas la ciudad no gusta de largos discursos.

<Corifeo>. Conciso y claro será mi relato: nos ufanamos de ser argivas de estirpe y simiente de la vaca que fue madre de noble hijo. Y que esto es verdad, lo confirmaré con pruebas.

Pelasgo. Decís cosas increíbles, forasteras, de escuchar para mí, que vosotras pertenecéis a esta nuestra raza argiva. A mujeres de Libia sois más bien parecidas y en modo alguno a mujeres de esta tierra. También el Nilo puede nutrir tal criatura. También el estilo chipriota es imagen plasmada en femeninos moldes por artesanos masculinos[23]. Y tengo oído que hay indias nómadas, vecinas de ciudades próximas a los etíopes, que montadas en camellos cual en caballos, en su silla, recorren su tierra. Y si fuerais armadas de arcos, con seguridad os habría tenido por aquellas Amazonas sin esposos que comen carne cruda. <Mas> si me lo explicas, podré saber mejor cómo es que tu linaje y tu simiente son argivas.

<Corifeo>. Custodia de las llaves del templo de Hera se dice que fue antaño Io en esta tierra argiva.

<Pelasgo>. Lo fue en verdad, y es la tradición dominante.

17. Se refiere a los ciudadanos encargados de representar y defender en su ciudad los intereses de los extranjeros.
18. Norte de Tesalia.
19. Monte que separa el Epiro de Tesalia.
20. Ciudad del Epiro, célebre por su oráculo.
21. Golfo de Corinto.

22. Discrepamos de West y leemos *áche* en lugar de *áke*.
23. Se las compara con las estatuas femeninas chipriotas en bronce.

295 <Corifeo>. ¿Y no se cuenta que Zeus se unió con la mortal?

<Pelasgo>. Y no eran ocultos a Hera estos abrazos.

<Corifeo. ...>.

<Pelasgo>. ¿Y cómo acabó, pues, esta porfía entre ambos soberanos?

<Corifeo>. La diosa argiva convirtió a la mujer en vaca.

300 <Pelasgo>. ¿Zeus, por tanto, se acercó a esta vaca de bella cornamenta?

<Corifeo>. Dicen que sí, semejante en su cuerpo a un toro que a las vacas cubre.

<Pelasgo>. ¿Qué hizo ante ello la poderosa esposa de Zeus?

<Corifeo>. Al que ve todo apostó como guardián de la vaca.

<Pelasgo>. ¿A qué pastor omnividente de una sola vaca te refieres?

305 <Corifeo>. A Argos, hijo de la Tierra, al que Hermes mató.

<Pelasgo>. ¿Y qué otra cosa ideó contra la vaca de infausto destino?

306 a <Corifeo>. Un tábano <alado envió.>

<Pelasgo>. A una mosca que azuza <a las vacas te estás refiriendo>.

308 <Corifeo>. Tábano le llaman los vecinos del Nilo.

310 <Pelasgo>. También en todo lo que has dicho coincidimos.

311 <Corifeo>. Y ciertamente llegó a Cánobo y Menfis.

309 <Pelasgo>. ¿Y así la expulsó de su tierra en larga carrera?

313 <Corifeo>. Y Zeus le hace engendrar un hijo con el simple contacto de su mano.

<Pelasgo>. ¿Quién es ese ternero, hijo de Zeus, que se vanagloria de haber nacido de la vaca?

315 <Corifeo>. Épafo, epónimo en verdad de la prenda.

<Pelasgo. ...>

<Corifeo>. Libia, que cosecha la <...>[24] más grande de la tierra.

<Pelasgo>. ¿Qué otra cría dices que nació de ella?

<Corifeo>. Belo, que tuvo dos hijos, padre de mi padre.

<Pelasgo>. Dime ahora el nombre sapientísimo de 320
éste.

<Corifeo>. Dánao, y hay un hermano suyo con cincuenta hijos.

<Pelasgo>. Desvélame también el nombre de éste sin escatimar palabras.

<Corifeo>. Egipto. Y sabedor ya de mi antiguo linaje puedes actuar en la idea de que tienes ante ti gente argiva.

<Pelasgo>. Me parece que desde antiguo tenéis comu- 325
nidad con esta tierra. Mas, ¿cómo osasteis dejar vuestra morada paterna?, ¿qué azar os indujo?

<Corifeo>. Soberano de los pelasgos, vario es el infortunio de los hombres, y de la desdicha en modo alguno
puedes ver el mismo plumaje. Pues ¿quién podía imagi- 330
nar que esta inesperada huida nos haría arribar a Argos, pariente innata de antaño, huyendo impelidas por odio a esponsales de bodas?

<Pelasgo>. ¿Qué aseguras que has venido a suplicar a estos dioses de la ciudad con ramos recién cortados ceñidos con blanca lana?

<Corifeo>. Que no llegue a ser esclava del linaje de 335
Egipto.

<Pelasgo>. ¿Por odio o te refieres a algo no lícito?

<Corifeo>. ¿Quién, si ama, pondría en duda a sus dueños?

24. Laguna textual que los editores completan con los sustantivos <parte>, <porción>, <región>, <verano>, etc.

<Pelasgo>. Es para los mortales la manera de acrecentar su fuerza.

<Corifeo>. Resulta cómodo librarse de los infortunados.

<Pelasgo>. ¿Cómo podré yo ser piadoso respecto a vosotras?

<Corifeo>. No entregándome a los hijos de Egipto cuando me reclamen.

<Pelasgo>. Grave es lo que has dicho: provocar una nueva guerra.

<Corifeo>. Mas la Justicia protege a los aliados.

<Pelasgo>. Sí, si desde un principio participa en los sucesos.

<Corifeo>. Respeta tú la popa de ciudad así engalanada con coronas.

<Pelasgo>. Me estremezco al ver estas sedes ensombrecidas[25]. Gravosa es la ira de Zeus Suplicante.

Estrofa 1

Coro. *Hijo de Palecton, escúchame con corazón benigno, soberano de los pelasgos. Dirige tu mirada hacia mí, suplicante, fugitiva que anda errante, cual ternera perseguida por lobo entre peñascos escarpados, donde confiada en su defensa muge avisando al boyero de sus fatigas.*

Pelasgo. Veo a la sombra de ramos recién cortados †un joven† grupo ante estos dioses de la ciudad. ¡Ojalá no traiga daño el comportamiento de estas ciudadanas extranjeras! Ni tenga lugar inesperada e imprevistamente querella en la ciudad, pues de ello no precisa la ciudad.

25. Con los ramos de suplicantes.

Antistrofa 1

Coro. *¡Ojalá dirija su mirada a nuestra huida sin daño Temis Suplicante, hija de Zeus, árbitro de la suerte! Y tú, por venerable y sabio que seas, aprende de la nacida más tarde. Al suplicante respetando no falto de recursos <...> †acepta sacrificios† procedentes de hombre puro la voluntad divina.*

Pelasgo. No es el hogar de mi palacio donde estáis sentadas. Mas si la ciudad, en común, se contamina, en común preocúpese el pueblo en buscar remedio. Yo no puedo hacer promesas de antemano sin hacer partícipes a todos los ciudadanos de estos sucesos.

Estrofa 2

Coro. *Tú eres en verdad la ciudad, y tú eres el pueblo. Como máxima autoridad no sometida a juez alguno eres señor del altar, hogar de esta tierra, con el único sufragio de tu frente, y en tu trono de cetro único toda cosa decides. Guárdate de la mancha.*

Pelasgo. Que la mancha caiga sobre mis enemigos. Mas a vosotras ayudaros no puedo sin daño. Pero tampoco lo contrario está bien pensado, despreciar vuestras súplicas. Estoy lleno de dudas y el temor domina mis entrañas sobre si actuar o no actuar y asumir la fortuna.

Antistrofa 2

Coro. *Al que desde arriba nos contempla contempla, al guardián de los mortales que mucho sufren, los cuales,*

sentados cerca de sus próximos, no obtienen la justicia conforme a ley. Aguarda la ira en verdad de Zeus Suplicante, difícil de aplacar ante los llantos del que sufre.

PELASGO. Si los hijos de Egipto tienen poder sobre ti en virtud de la ley de tu ciudad, asegurando que son tus parientes más próximos, ¿quién podría querer hacerles frente? Debes presentar tu defensa conforme a las leyes de tu patria, en el sentido de que no tienen derecho alguno sobre ti.

Estrofa 3

CORO. *Que no llegue jamás a estar sometida al poder de los varones. Bajo los astros me decido por un remedio, la huida de esa insensata boda. Tomando por aliada a la Justicia, escoge el respeto a los dioses.*

PELASGO. No es fácil de juzgar este juicio. No me elijas por juez. E incluso te dije anteriormente que sin el pueblo no podría hacer nada, ni aunque pudiese, no sea que incluso un día diga el pueblo, si acaece algo no favorable: «Por honrar a forasteras has acarreado la perdición a la ciudad».

Antistrofa 3

CORO. *Zeus, consanguíneo de ambos, está observando esto, equitativamente, atribuyendo de forma conveniente cosas injustas a los malvados y pías a los que están dentro de la ley. ¿Por qué, si esto está decidido con equidad, †sientes pesar† de hacer lo justo?*

PELASGO. Preciso es un profundo pensamiento salvador, que, cual un buceador, hasta el abismo descienda un ojo penetrante y no en exceso embriagado, a fin de que estos sucesos no causen daño ante todo a la ciudad, y

que para nosotros mismos tengan un buen final, y que tampoco Discordia tome represalias ni, si os entregamos a vosotras que estáis así sentadas en las sedes de los dioses, vayamos a instalar al dios que todo lo destruye, al gravoso compañero de morada, a un Alastor[26], que ni en el Hades libera al muerto. ¿Acaso no es preciso un pensamiento salvador?

Estrofa 4

CORO. *Reflexiona y sé, justamente, un piadoso anfitrión. No traiciones a la fugitiva, a la que ha llegado de lejos impulsada por impíos embates.*

Antistrofa 4

No quieras vernos arrancadas de estas sedes de muchos dioses, oh tú que tienes todo el poder de esta tierra. Reconoce la insolencia de los varones y guárdate de la cólera[27].

Estrofa 5

No oses ver a esta suplicante lejos de las imágenes, violentando la justicia, cual yegua, arrastrada de mi diadema y agarrándome de mis peplos bordados.

Antistrofa 5

Pues lo has de saber: A tus hijos y a tu morada, según la decisión que hayas adoptado, aguarda pagar †una deu-

26. Genio maléfico, vengador.
27. De los dioses.

da†, una pena semejante. En ello medita. Justo es el poder de Zeus.

Pelasgo. Ya lo tengo meditado. Y aquí encalla mi nave: con unos o con otros me es del todo necesario promover una gran guerra. Y sujeta por clavos está la quilla, como si hubiera sido arrastrada por cabrestantes marinos. Mas sin dolor no hay desenlace en modo alguno. Incluso si han sido saqueados los bienes de la casa puede haber otros merced a Zeus protector del hogar mayores que lo perdido, incluso hasta completar una carga. Y si la lengua dispara palabras como dardos inoportunas, dolorosas, aguijones turbulentos del alma, puede haber un mensaje que mitigue el otro mensaje. Mas para evitar que sangre de la misma sangre se vierta, fuerza es que ofrezcamos en abundancia sacrificios y que caigan en honor de dioses numerosos víctimas numerosas, remedio de la desgracia. En verdad me estoy desviando mucho de esta querella. Pero quiero ser ignorante más que adivino de males. Mas que sea para bien aun contra mi pensamiento.

<Corifeo>. Escucha la conclusión de mis muchos argumentos dignos de respeto.

Pelasgo. Los oí, y puedes seguir hablando. Nada va a escapárseme.

<Corifeo>. Poseo ceñidores y cinturones, sujeción de mis peplos.

<Pelasgo>. Probablemente sean estos objetos propios de mujeres.

<Corifeo>. De ellos en verdad, sábelo, puedo obtener un hermoso recurso.

Pelasgo. Dilo. ¿Qué palabra es esa que estás a punto de pronunciar?

Corifeo. Si no haces una promesa fiable a esta flota...

<Pelasgo>. ¿Qué logrará para ti ese recurso de los cíngulos?

Corifeo. Con novedosas tablas[28] ornar estas imágenes.

Pelasgo. Enigmática expresión. Mas con sencillez exprésalo.

Corifeo. Ahorcarme de estos dioses cuanto antes.

Pelasgo. He oído una frase que fustiga mi corazón.

Corifeo. Has comprendido, pues tus ojos he aclarado.

<Pelasgo>. Y ciertamente <... y> por doquier dificultades invencibles. Y multitud de males, como un río, se me viene encima. He penetrado en un mar sin fondo de infortunios, no muy fácil de cruzar, y en parte alguna hay puerto de mis males. Pues si yo no saldo esta deuda con vosotras, hablaste de una mancha insuperable. Mas si, por el contrario, contra los hijos de Egipto, consanguíneos tuyos, apostado ante las murallas entablo combate, ¿cómo no va a ser un dispendio amargo que varones por causa de mujeres manchen de sangre el suelo? No obstante forzoso es respetar la ira de Zeus Suplicante, pues es el más excelso temor entre los mortales. Tú, anciano padre de estas vírgenes, <...>, tras tomar presto en tus brazos estos ramos, deposítalos ante otros altares de dioses del país, con el fin de que todos los ciudadanos vean el testimonio de esta súplica, y mi petición no sea rechazada. Este pueblo gusta de criticar a sus jefes. Pues probablemente alguien al ver vuestra situación, movido por la compasión, la violencia aborrezca de aquella flota varonil, y el pueblo sea más benévolo con vosotras, pues todo el mundo alberga buenos sentimientos con los más débiles.

<Dánao>. En mucho estimamos haber encontrado un huésped que nos respete. Mas envía con nosotros acompañantes y guías de este país, con el fin de hallar

28. Votivas, con pinturas.

los altares que están ante los templos de los dioses de la ciudad y las sedes †de esos mismos dioses†, y haya seguridad para nosotros cuando marchemos a través de la ciudad. El natural del porte mío no es semejante al vuestro[29], pues el Nilo no nutre una raza semejante a la de Ínaco[30]. Guardaos de que la audacia engendre temor. Hay incluso quien por ignorancia ha matado a un amigo.

PELASGO. Podéis marchar, varones, pues bien habla el forastero. Guiadle a los altares de la ciudad <y> a las sedes de los dioses, y no es cosa de que habléis en extenso con quienes os vayáis encontrando mientras conducís a este navegante suplicante de los dioses.

(Salen DÁNAO *y su cortejo.)*

CORIFEO. A él ya le has hablado, que se ponga en camino siguiendo tus instrucciones. Mas yo, ¿qué haré? ¿Cómo vas a contribuir a mi seguridad?

PELASGO. Deja las ramas ahí, signo de tu aflicción.

<CORIFEO>. Las dejo, al amparo de tus palabras.

<PELASGO>. Dirígete ahora a la parte llana de este bosque sagrado.

<CORIFEO>. ¿Y cómo un bosque sagrado accesible a todos podría servirme de defensa?

<PELASGO>. No <te> vamos a entregar al rapto de seres alados.

<CORIFEO>. ¿Y si a seres más odiosos que hostiles serpientes?

<PELASGO>. Sea tu palabra reverente ya que reverentes palabras oyes.

29. Esto es, nuestro aspecto es diferente al de los griegos.

30. Dios-río de la Argólide. Pasaba por ser uno de los posibles padres de Io.

<CORIFEO>. No es en absoluto extraño que sea impaciente por el temor de mi espíritu.

<PELASGO>. El temor †de los soberanos† siempre resulta insólito.

<CORIFEO>. Tú alegra mi espíritu con tus palabras y con tus obras.

<PELASGO>. No largo tiempo va a dejarte sola tu padre. Yo, por mi parte, me marcho a convocar a la gente de mi país, para hacerte propicia la Asamblea. Y a tu padre le voy a enseñar qué es lo que hay que decir. Por ello aguarda y pide con tus oraciones a los dioses del país lograr aquello cuyo deseo te domina. Mas yo para llevar a cabo esto me voy. ¡Y ojalá me acompañen persuasión y fortuna que lo lleve a término!

CORO.

Estrofa 1

Rey de reyes, el más bienaventurado de los bienaventurados, poder el más supremo entre los supremos, dichoso Zeus, déjate persuadir y aleja de tu estirpe la insolencia de estos varones, bien digna de tu odio, y en el lago purpúreo sumerge la ruina provista de negros bancos de remeros[31].

Antistrofa 1

<Y> dirigiendo tu mirada a esta estirpe de mujeres, famosa desde antaño, descendiente de mujer antepasada nuestra amada por ti, renueva tu benévola leyenda. Ten buena memoria, tú que tocaste a Io. Nos gloriamos de ser

31. Esto es, haz zozobrar a las naves donde vienen los hijos de Egipto, que las persiguen.

del linaje de Zeus, procedente de esta tierra que le sirvió de morada.

Estrofa 2

He vuelto a una antigua huella, a las floridas atalayas de mi madre, al prado que apacienta a las vacas, de donde Io, por tábano azuzada, huyera con mente extraviada, a través de numerosos pueblos de mortales. Y †conforme a destino† pasa la frontera de la tierra de enfrente †en dos partes† dividida, atravesando el estrecho agitado por las olas.

Antistrofa 2

Se lanza a través de la tierra de Asia, de una a otra parte de Frigia, criadora de ovejas. Y atraviesa la ciudad de Teutrante[32] *de los misios, los valles lidios y a través de los montes cilicios, y cruza la tierra de los Panfilios y sus ríos de perennes corrientes y su muy rica tierra, y la tierra de Afrodita que produce mucho trigo.*

Estrofa 3

Y llega, mientras le azuza el dardo de aquel boyero alado[33]*, al feraz recinto sagrado de Zeus*[34]*, al prado que las nieves nutren, al que alcanza la furia de Tifón, a las aguas del Nilo que los morbos no tocan, enloquecida por sufrimientos ignominiosos y por dolores punzantes, bacante de Hera.*

32. Al sudeste de Misia en el Asia Menor.
33. Argos.
34. Egipto.

Antistrofa 3

Los mortales que de aquella tierra entonces eran pobladores con pálido temor en su corazón se estremecieron ante aquella visión inusitada, †al contemplar† aquella res repulsiva, mezcla de ser mortal, en parte vaca, en parte mujer. Y admiraron el portento. ¿Y quién fue entonces el que hizo de encantador de la errante, miserable, aguijoneada por el tábano, Io?

Estrofa 4

El que reina por tiempos sin fin <...> y con la fuerza que no causa daño de Zeus y con su divino hálito ella se calma, y va destilando el triste pudor de su llanto. Mas, tras recibir la carga[35] *de Zeus, según un relato verídico, engendró un hijo irreprochable,*

Antistrofa 4

completamente feliz por largo tiempo, de donde la tierra entera proclama: «Esta progenie en verdad es hija de Zeus dador de vida». ¿Pues quién hubiera podido hacer cesar a los insidiosos delirios causados por Hera? De Zeus es esta obra. Y a esta raza, si la llamas descendiente de Épafo, no cometerías error.

Estrofa 5

¿A qué dios, con razón, en virtud de más justas acciones podría yo invocar? <Mi propio> padre que me engendró con su propia mano, soberano, el gran artífice de mi raza,

35. Imagen marítima, se refiere a la fecundación de Io por Zeus que implanta en ella su semilla como en un barco una carga.

sabio de antiguo, mi remedio en todo, Zeus que nos procuró viento favorable.

Antistrofa 5

Ocupando su trono no sometido a nadie no posee un poder inferior al de cualquier otro poderoso. No reverencia el poder de nadie que esté sentado por encima de él. Le es posible llevar a término cualquier acción como una orden. ¿Qué de ello no gobierna la mente de Zeus?

(Entra en escena DÁNAO.*)*

DÁNAO. Tened ánimo, hijas. Va bien lo de la gente del lugar. Por parte de la Asamblea se han adoptado decretos decisivos.

CORIFEO. Salve, anciano, que me anuncias gratísimas noticias. Mas dinos en qué sentido ha quedado tomada la decisión, <y> la mano soberana del pueblo cómo ha constituido mayoría.

DÁNAO. Se ha decidido por parte de los argivos, no de forma incierta, sino como para recobrar la juventud en mi anciana alma –pues se estremeció el éter al levantarse unánimemente las manos derechas de los que esta decisión adoptaron–, que nosotros tendremos residencia en esta tierra, libres, y no como botín, y con inviolabilidad por parte de los mortales; y que ninguno de los habitantes ni de los forasteros nos haga cautivos, y caso de que intente imponernos la fuerza, quien no corra en nuestra ayuda por parte de estos que poseen tierras se vea privado de derechos con destierro decretado por el pueblo. De ello les persuadió el rey de los pelasgos al pronunciar tal discurso relativo a nosotros, invocando la gran ira de Zeus Suplicante, en el sentido de que no la acrecentaran para el tiempo futuro, diciendo que la doble mancha, a la vez extranjera y ciudadana, que apareciese ante la ciudad, podría convertirse en invencible pasto de males. Al escuchar tales razones el pueblo argivo decretó con sus manos, sin heraldo[36], que así fuera. Y el pueblo de los pelasgos escuchó los retóricos giros persuasivos. Mas fue Zeus quien diole cumplimiento.

CORO. *Ea, pues, en honor de los argivos pronunciemos plegarias favorables en premio a sus buenas obras. Que Zeus hospitalario mire las honras que les hace la boca de sus huéspedes †con sinceridad otorgando un desenlace irreprochable en todo†.*

Estrofa 1

†Ahora es cuando también† vosotros, dioses de Zeus nacidos, habréis de escuchar a quienes vertemos súplicas a favor de nuestra raza: nunca consumida por el fuego deje a esta {ciudad} pelasgia el que no se sacia del grito de guerra, el violento Ares, el que en campos ajenos a los mortales siega.

Pues tuvieron compasión de nosotras, y han emitido un voto benévolo, y respetan a las suplicantes de Zeus, a este rebaño desdichado.

Antistrofa 1

Y no con los varones su voto emitieron, humillando al bando de las mujeres, pues han puesto sus ojos en Zeus, vengador, vigía continuo, contra el que no se puede luchar, con el que ninguna morada puede regocijarse si lo tiene sobre su techo, sino que resulta gravoso allí sentado.

36. Esto es, espontáneamente, sin aguardar a que el heraldo solicite la votación.

Pues nos veneran como hermanas a nosotras, suplicantes de Zeus santo, y por ello en puros altares van a hacer propicios a los dioses.

Estrofa 2

Que salga, pues, volando de mis sombreadas[37] bocas plegaria que busque su gloria: nunca la peste deje esta ciudad vacía de varones, ni con cadáveres de gente de aquí <...> se cubra de sangre el suelo de esta tierra.
Que la flor de juventud no se vea segada, y que el compañero de lecho de Afrodita, el azote de los mortales, Ares, no cercene lo mejor.

Antistrofa 2

Y que las aras que a los ancianos acogen llenándose ardan con fulgor. Que así sea la ciudad bien regida, que veneren al gran Zeus, al hospitalario por encima de todo, que con canosa ley rige el destino.
Y rogamos que nazcan de esta tierra sin cesar otros custodios, y que Ártemis Hécate siga custodiando los partos de las mujeres.

Estrofa 3

Y que peste alguna mortífera sobrevenga causando estragos a esta ciudad, dando armas al causante de lágrimas Ares, incompatible con coros y cítaras, y al fragor de la guerra civil.
Que el enjambre desagradable de las enfermedades se pose lejos de las cabezas de los ciudadanos. Que el Liceo[38], por el contrario, sea propicio a toda la juventud.

37. Por los ramos de suplicantes.
38. Epíteto de Apolo como sanador.

Antistrofa 3

Y que Zeus haga fructífera en verdad esta tierra con cosecha en todas las estaciones.
Y que el ganado que pace les sea fecundo. Que todo florezca por obra de los dioses.
Junto a los altares bendiciente musa ofrezcan los aedos y de sus bocas puras salga su canto que ama la lira.

Estrofa 4

Guarde <bien> sus prerrogativas para los ciudadanos la Asamblea, que rige esta ciudad, poder providente que cuida solícito del bien común. Concedan a los forasteros, antes de dar armas a Ares, sesudos arbitrajes sin daños.

Antistrofa 4

Y a los dioses del país, que señores son de esta tierra, siempre los honren con los honores patrios en los que se portan coronas de laurel y se ofrecen sacrificios de toros.
Y, además, el respeto a los padres, que es la tercera que está escrita entre las leyes divinas de la muy honrada Justicia.

DÁNAO. Alabo, queridas hijas, estos prudentes votos. Mas vosotras no tembléis si oís a vuestro padre las siguientes noticias inesperadas y novedosas. Pues desde esta atalaya que acoge al suplicante estoy viendo la embarcación, pues es fácil de reconocer. No se me ocultan el aparejo del velamen y la elevada borda de la nave[39] y la proa que, delante, con sus ojos mira el ca-

39. Se trata de una nave de guerra.

mino[40], en exceso bien obediente al timón que la rige en la parte trasera de la nave, en forma no amiga. Destacan a la vista hombres embarcados con sus negros miembros entre blancas túnicas. Son bien visibles también las demás embarcaciones y toda la tropa auxiliar. Mas la capitana, próxima a tierra, tras amainar las velas, avanza con gran ruido de sus remos. No obstante, es preciso que con calma y con cordura, atentas a lo que acaece, no descuidéis a los dioses, mientras yo llego con gentes que nos auxilien y nos defiendan. Pues quizás venga un heraldo o una embajada con la pretensión de aprehenderos, como rescatadores de lo que es suyo. Mas no ocurrirá nada de eso, no les temáis. <Pero> es mejor, no obstante, que, si nos retrasamos en la ayuda, no olvidéis esta protección en modo alguno. ¡Valor! Con el tiempo y en el día preciso todo mortal que a los dioses desprecia será castigado.

Estrofa 1

CORIFEO. *Padre, siento temor, pues las naves de alas rápidas están llegando. No queda en medio espacio de tiempo alguno. Espantoso terror me domina por si en verdad obtendré algún provecho de esta mi errante huida. Estoy muerta, padre, de miedo.*

DÁNAO. Ten valor, hija, ya que el voto de los argivos es firme. Lucharán por ti. Bien lo sé yo.

Antistrofa 1

<CORIFEO>. *Maldita es la impúdica ralea de Egipto e insaciable de combate. Y lo digo a quien lo sabe. Con cerúleas naves de madera construidas han navegado hasta*

40. Las proas de las naves podían tener pintado un ojo.

aquí con veloz estrépito, en compañía de un ejército de hombres negros contra la ciudad.

Estrofa 2

DÁNAO. Mas hallarán gente numerosa en el calor del mediodía con brazos bien firmes.

<CORIFEO>. *No me dejes sola, padre, te lo ruego. Una mujer sola no es nada. En ella no mora Ares. Ellos son malvados y pérfidos, con sus impuros corazones, como cuervos, ni siquiera tienen en cuenta los altares.*

Antistrofa 2

DÁNAO. Bien nos convendría esto, hijas, si resultan tan odiosos a los dioses como a ti.

<CORIFEO>. *No hay que esperar que por miedo a estos tridentes*[41] *ni por el respeto debido a los dioses mantengan sus manos apartadas de nosotras. En exceso altaneros, con sacrílego furor enloquecidos, audaces como perros, no escuchan en absoluto a los dioses.*

DÁNAO. Pero suele decirse que los lobos son más poderosos que los perros. Y el fruto del papiro no es superior a la espiga[42].

<CORIFEO>. Dado que tienen las pasiones de insensatos e impíos monstruos hay que guardarse †de su poder†.

<DÁNAO>. En verdad no es rápido el atraque de una escuadra como tampoco su anclaje, ni trasladar a tierra la salvación de las amarras ni cuando ya están anclados se confían al punto los pastores de las naves, sobre todo si llegan a una tierra sin puerto alguno de noche, cuando

41. Símbolo de Posidón.
42. Frase proverbial que indica que los griegos, en tanto comedores de cereales, son superiores a los egipcios, comedores de las raíces y tallos del papiro.

el sol declina. Gusta engendrar dolores de parto la noche en el piloto prudente. Así no puede haber un desembarco feliz de tropas antes de haber asegurado la nave en el anclaje. Tú, por tu parte, puesto que estás presa del miedo, procura no olvidarte de los dioses. <En cuanto a mí...> tras conseguir su socorro. Y esta ciudad no hará reproche alguno a este mensajero anciano, mas joven atendiendo a su espíritu elocuente.

(DÁNAO *sale camino de Argos.)*

CORO.

Estrofa 1

¡Oh tierra montañosa, justo objeto de veneración! ¿Qué nos va a pasar, adónde huir de la tierra Apia[43]*, si es que en algún lugar existe un escondrijo sombrío? ¡Ojalá me convirtiera en negro humo que viviese en vecindad de las nubes de Zeus! ¡Ojalá desaparecida del todo, como polvo invisible en un vuelo sin alas, yo muriera!*

Antistrofa 1

Ya no puede ser el mal esquivable. Mi corazón palpita ennegrecido. Lo que mi padre ha visto ha hecho presa en mí. Estoy muerta de miedo. Quisiera disponer de un fatal lazo en una soga, antes de que un varón abominable se roce con mi piel. Preferible que muertas nosotras sea Hades nuestro señor.

Estrofa 2

Y ¿de dónde podría yo tener un trono en el éter, en el que se convierte en nieve nubes de agua, o una roca lisa, es-

43. El Peloponeso.

carpada, inaccesible, solitaria, suspendida, nido de buitres, que testimonio diera de mi profunda caída, antes que caer en un desgarrador matrimonio violentando mi corazón?

Antistrofa 2

Y luego no me opondría a convertirme en pasto de los perros y en festín de las aves de esta tierra. Pues la muerte libera de lamentables males. Que la muerte venga antes de participar del lecho nupcial. ¿Qué otro camino de huida trazo que me libere del matrimonio?

Estrofa 3

†Mas alza tu voz†, celestiales melodías que rueguen a los dioses y <a las diosas>, que se {me} cumplan, destructoras de bodas, bonancibles. Dirige tu mirada, padre, y contempla con ojos enemigos estos actos de violencia, como es justo. Respeta a tus suplicantes, señor de la tierra, todopoderoso Zeus.

Antistrofa 3

Pues la estirpe de Egipto en su insufrible insolencia <...> estirpe de varones, persiguiéndome a la carrera a mí, fugitiva, entre frenéticos gritos violentamente pretende hacerme suya. Tuyo, empero, es en todo el fiel de la balanza. ¿Qué sin ti se les cumple a los mortales?

(El CORO *advierte que se acercan los hijos de Egipto y se precipita hacia los altares.)*

<EGIPCIOS>. *¡Oh, oh, oh, ah, ah, ah!*
He ahí el raptor [

826 a *En barco* [

826 b *En tierra* [

<...>

CORO. *Antes, raptor, perezcas, iof*[44], [...], *de nuevo ya descendiste. Ahora* [...] *un grito desdichado saco a la luz. Estoy viendo estos preludios de pesares violentos contra quien me hospeda. Eh, eh, vete huyendo en busca de refugio.* <...> *alma cruel se envanece, insufrible en la nave y en la tierra. Señor de esta tierra dame tu protección.*

EGIPCIOS. *Presto, presto al barco lo más rápidos que os permitan los pies. ¿En verdad no, en verdad no tendrá que haber arrancamientos de cabellos, sí, arrancamientos de cabellos y marcas de fuego*[45], *sangriento y homicida corte de cabeza? Presto, presto, perdidas estáis, †perdidas estáis, al barco†.*

Estrofa 1

CORO. *¡Ojalá hubieras muerto en el salado sendero agitado junto con tu insolencia de amo y tu leño asegurado con clavos!*

EGIPCIOS. *Ensangrentada te voy a arrojar al barco. Tranquila, pues, depón tu actitud. Te ordeno que dejes de gritar.* <...> *Deseo y †ceguera para la mente† †Oh†* <...> *Deja esos asientos, vete al barco, impía, muéstrate piadosa para con la ciudad.*

Antistrofa 1

<CORO>. *¡Nunca de nuevo veas el agua que a los bueyes alimenta, por la que vigor cobrando brota en los mortales sangre que da vida!*

44. Exclamación quizás ritual o mágica, si no se trata de un pasaje corrupto.
45. Como a esclavos fugitivos.

<EGIPCIOS>. *Marcial yo soy, de antigua nobleza, †de su raíz, de su raíz, anciano†. Mas tú en la nave, en la nave embarca rápidamente, tanto si quieres como si no. La violencia fuerza mucho. Rápida* <...> *embarcad, †sufriendo males, desdichadas, golpeándoos con las palmas de las manos†.*

Estrofa 2

CORO. *¡Ay, ay, ay, ay! ¡Así hallaras la muerte inevitablemente al atravesar el sacro prado marino junto al arenoso túmulo de Sarpedón*[46], *errante, bajo los embates del Euro*[47]*!*

HERALDO. Te ordeno que subas al barco de curvos costa- 882
dos lo más rápidamente posible. Que nadie pierda el
tiempo. Pues si tengo que arrastrarte, no sentiré respe- 884
to alguno por tus cabellos.

Antistrofa 2

CORO. *¡Ay, ay, ay, ay! Por este ultraje †...† te jactas. †...† Que el gran hado al que es insolente aniquile hasta su desaparición por su ceguera.*

HERALDO. Grita y vocifera e invoca a los dioses, pues del 872
barco egipcio no vas a escapar. {Grita y vocifera} †con palabras más amargas que los dolores de la desdicha†.

Estrofa 3

CORO. *¡Ay, ay, padre, el socorro de esta imagen resulta vano! <Y por la fuerza> hacia el mar me arrastra, cual*

46. En la desembocadura del Calicadno, en Cilicia, frente a Chipre.
47. Viento del SE.

araña, paso a paso, sueño, sueño sombrío. ¡Ay, ay, ay, ay! Madre tierra, madre tierra, aparta ese †alarido† horrendo. ¡Oh rey, descendiente de la Tierra, Zeus!

HERALDO. No tengo miedo a las divinidades del lugar, pues ni me criaron ni con sus cuidados voy a llegar a viejo.

Antistrofa 3

CORO. *Salta cerca bípeda serpiente, y cual víbora me <...> ¿Qué cosa alguna vez <...> monstruo <...>? ¡Ay, ay, ay, ay! Madre tierra, madre tierra, aparta ese †alarido† horrendo. ¡Oh rey, descendiente de la Tierra, Zeus!*

HERALDO. Si no vais a la nave acatando mis órdenes, sin piedad desgarraré vuestras túnicas.

Estrofa 4

CORIFEO. *¡Oh caudillos principales de la ciudad, sufro violencia!*

909 HERALDO. Me parece que os voy a tener que arrastrar a todas vosotras por el cabello, pues hacéis oídos sordos a mis órdenes.

Antistrofa 4

908 <CORIFEO>. *Estamos perdidas. Somos víctimas, señor, de órdenes que no se pueden asumir.*

906 <HERALDO>. A muchos señores, hijos de Egipto, pronto

907 veréis. Ánimo, no hablaréis de ausencia de mando.

(Llega PELASGO *con hombres armados.)*

911 PELASGO. ¿Qué estás haciendo, tú? ¿A partir de qué presupuestos ultrajas a este país de hombres pelasgos? ¿Pero es que te crees que has venido a una ciudad de mujeres? Para ser bárbaro te portas en exceso de forma insolente con los griegos. Mucho has errado sin acertar en nada con tu mente.

HERALDO. ¿Cuál de estas acciones mías ha sido un yerro al margen de la justicia?

PELASGO. En primer lugar no sabes ser un extranjero.

HERALDO. ¿Cómo que no? Tras descubrir mis perdidas pertenencias me las llevo.

PELASGO. ¿A qué próxeno del país se lo has notificado?

HERALDO. A Hermes, el más importante de los próxenos, hábil en la búsqueda.

PELASGO. Aunque te hayas dirigido a los dioses, a los dioses no veneras en absoluto.

HERALDO. Venero a las divinidades del Nilo.

PELASGO. Y las de aquí no son nada, según yo te escucho.

HERALDO. Pretendo llevármelas, si alguien no me las arrebata.

PELASGO. Vas a llorar, si es que las tocas, sin mucha tardanza.

HERALDO. Te he oído. Tus palabras no son en modo alguno hospitalarias.

PELASGO. No ofrezco hospitalidad a los que expolian a los dioses.

HERALDO. Puedo decir estas cosas, en cuanto vaya, a los hijos de Egipto.

PELASGO. Esta amenaza no es objeto de cuidado para mi alma.

HERALDO. No obstante, con el fin de que enterado pueda hablar con más claridad –pues también conviene que un heraldo anuncie cada cosa con precisión–, ¿cómo debo decir?, ¿por quién diré que llego privado de la hueste femenina prima carnal suya? No es con testigo como juzga estas cosas Ares. Con admisión de dinero tampoco se ha resuelto el litigio, sino que antes hay nu-

merosos cadáveres de hombres y pérdidas de vida entre espasmos.

PELASGO. ¿Por qué debo darte mi nombre? Con el tiempo aprendiéndolo lo sabrás <tú> mismo y tus compañeros de viaje. Mas a éstas, voluntariamente, con buena disposición de sus almas, te las puedes llevar, si es que les convence un argumento piadoso. Tales son los decretos que han sido promulgados por parte de la ciudad con el voto unánime a cargo del pueblo: no entregar por la fuerza al grupo de mujeres. De estos decretos un clavo está clavado de forma penetrante de parte a parte, como para permanecer firmemente. Ellos no están escritos en tablillas, ni sellados en hojas de papiros, sino que claramente los estás escuchando de una lengua libre en el hablar. Quítate cuanto antes de mi vista.

<HERALDO>. Creo que hoy entablaremos una nueva guerra. Mas sea la victoria y el triunfo para los varones.

<PELASGO>. Mas varones también hallaréis entre los habitantes de esta tierra, que no beben el vino hecho de cebada[48].

(Se marcha el heraldo. PELASGO *se dirige a las* DANAIDES.)

Vosotras todas con vuestras servidoras, cobrando ánimo, marchad hacia la bien fortificada ciudad, cerrada con el alto artificio de sus torres. También hay muchos edificios públicos, y yo mismo con mano no avara tengo construido uno. Allí es posible instalaros en casas bien construidas con otros muchos. Pero si os place más, podéis habitar también viviendas para vosotras solas. De ello escoged, pues podéis, lo mejor y lo que más grato os sea. Y el protector[49] soy yo y todos los ciudadanos, cuyo voto se cumple. ¿A qué esperar a otros que tengan más autoridad que nosotros?

48. Se refiere a la cerveza, propia de los egipcios.
49. De los metecos o residentes extranjeros en Atenas.

CORO. *A cambio de estos bienes ojalá en bienes reboses, divino Pelasgo, y envíanos benévolo aquí a nuestro padre, el valiente Dánao, previsor y consejero. Pues a él corresponde el primer consejo, en dónde debo instalar mi hogar. <...> y lugar propicio. Todo el mundo está dispuesto a censurar a los que hablan otra lengua. Sea lo mejor. <...> con nuestro buen nombre y con no rencoroso rumor de la gente de este lugar.*

(Sale PELASGO.)

Colocaos, mis queridas siervas, en la forma en que Dánao asignara en sorteo cual dote una esclava a cada una.

(Entra DÁNAO *con su séquito.)*

DÁNAO. Hijas, debemos dirigir preces, hacer sacrificios y verter libaciones en honor de los argivos, como a dioses olímpicos, pues son nuestros salvadores sin duda alguna. Me oyeron lo acaecido con nuestros deudos, con acritud para con vuestros primos. Y para mí dispusieron esta escolta de lanceros, para que así tuviera un honorable privilegio, y evite que yo muera por sorpresa sin que nadie lo advierta, víctima de una lanzada mortal, y para esta tierra fuera baldón de por siempre vivo, <...> <ni... más honrosa que yo>. Ya que hemos obtenido tales beneficios, hay que tributarles desde la popa del alma una gratitud †más honrosa que la mía†.

También debéis grabaros éste junto a otros muchos consejos prudentes que tenéis grabados ya de vuestro padre: respecto a un grupo desconocido, como se comprueba con el tiempo, todo el mundo suele tener una

lengua malvada bien dispuesta contra el extranjero, y es fácil decir cualquier infamia. Y a vosotras os encarezco a que no me cubráis de vergüenza, pues tenéis la juventud que atrae a los mortales. Los frutos en sazón no son en modo alguno fácil de guardar. Las fieras y los mortales los echan a perder, ¿cómo no? Y las bestias aladas y terrestres. Los frutos llenos de savia los pregona Cipris, y a los inmaduros los estropean, de forma que estén fuera de sí por amor, y sobre la delicada beldad de las doncellas todo el mundo que pasa por su lado le lanza el dardo seductor de sus ojos, vencido por el deseo. Ante esto hemos de tener cuidado en no sufrir aquello por lo cual gran sufrimiento hubo y tanto mar ha habido que arar con el leño[50], y en no hacer algo que nos traiga vergüenza a nosotras, mas placer a nuestros enemigos. Doble morada hay: una Pelasgo la da y la otra la ciudad para que la habitemos sin pago. Es cosa fácil. Guarda sólo estos consejos de tu padre, honrando con preferencia la mesura más que la vida.

CORIFEO. Que en lo demás buena fortuna nos concedan los olímpicos. En cuanto a la flor de mi belleza, buen ánimo, padre. Pues si los dioses no han dispuesto algo nuevo, no modificaré la ruta anterior de mi alma.

CORO.

Estrofa 1

Marchad †celebrando† a los señores de la ciudad, a los bienaventurados dioses, a los protectores de la ciudad y los que residen en torno al antiguo curso del Erásino[51]. <Y> responded, esclavas mías, a nuestro canto. Que la alabanza se apodere de esta ciudad de los pelasgos y ya no veneremos con himnos a las corrientes del Nilo,

50. Esto es, el barco.
51. Río de la Argólide.

Antistrofa 1

sino a los ríos que a través de esta tierra vierten su apacible bebida, con sus muchos hijos, fecundando con sus fértiles aguas el suelo de esta tierra. Que la pura Ártemis dirija su mirada a este grupo con compasión y que no llegue la ceremonia de Citérea[52] por la fuerza. Que el premio correspondiente sea el estigio[53].

Estrofa 2

<ARGIVOS>. *No hay que desdeñar a Cipris[54], ésta es mi benévola ley. Pues tiene poder muy cerca de Zeus junto con Hera, y la diosa, fecunda en astucias, es honrada por sus venerables obras. Y como compañeros de su querida madre están el Deseo y aquella a la que nada se niega, la seductora Persuasión, y la suerte de Harmonía ha sido otorgada a Afrodita, así como los cuchicheos y el trato de los amores.*

Antistrofa 2

Para las fugitivas temo los soplos[55], funestos dolores y guerras sangrientas. ¿Por qué si no realizaron[56] una buena navegación en el rápido curso de su persecución? Lo que está decretado por el destino, eso sucederá. Porque de Zeus no es transgredible su gran mente infinita. Que el final sea como en otras muchas bodas de mujeres anteriores.

52. Esto es, de Afrodita.
53. Esto es, la muerte.
54. Afrodita.
55. De Afrodita, esto es, del amor.
56. Se refiere a los hijos de Egipto, los perseguidores.

Estrofa 3

<CORO>. *Que el gran Zeus aleje de mí la boda con los hijos de Egipto.*

<ARGIVOS>. *Sería, no obstante, lo mejor.*

<CORO>. *¿Mas tú podrías doblegar a lo que no se puede doblegar?*

<ARGIVOS>. *Pero es que tú no conoces el futuro.*

Antistrofa 3

<CORO>. *¿Pero por qué voy a contemplar la mente de Zeus, visión insondable?*

<ARGIVOS>. *Haz tu plegaria con palabras mesuradas.*

<CORO>. *¿Qué palabras mesuradas me intentas enseñar?*

<ARGIVOS>. *No exaltar en demasía lo de los dioses.*

Estrofa 4

<CORO>. *Que Zeus soberano nos libre de boda con mal esposo, enemigo, él que precisamente a Io liberó de sus pesares tocándola con su mano sanadora, ejerciendo benévola violencia.*

Antistrofa 4

Y que atribuya el triunfo a las mujeres. Me conformo con lo mejor dentro de lo malo y dos tercios del bien[57] *y con que †justicia a justicia† siga junto con mis súplicas, mediante los recursos salvadores procedentes de la divinidad.*

57. La felicidad completa sería un tercio más, pero han tenido que huir de la persecución de sus primos. Afortunadamente han encontrado cobijo en Argos.

ORESTÍA

ORESTÍA (I)
AGAMENÓN

Personajes del drama

Guardián
Coro de ancianos
Mensajero
Clitemestra
Heraldo Taltibio
Agamenón
Casandra
Egisto

La escena en Argos ante el palacio de Agamenón, en cuyo techo hay un Guardián *apostado oteando el horizonte a la espera de la señal que anuncie la toma de Troya, y delante unos altares con estatuas de dioses. Es de noche.*

Guardián. A los dioses suplico la liberación de estas penalidades, de esta guardia de un año de largor, durante la cual echado en el tejado de los Atridas[1] sobre los codos, como un perro, he llegado a conocer a la perfección la asamblea de los astros nocturnos y a los que portan el invierno y el verano a los mortales, a los brillantes soberanos, que resplandecen en el éter, a los astros cuando declinan y en sus ortos. Y ahora estoy aguardando la señal de una antorcha, el brillo de fuego que nos traiga desde Troya la noticia y el rumor de su toma, pues así lo ordena el corazón expectante de una mujer de viril decisión. Mas cuando ocupo mi lecho, errante en la noche, impregnado de rocío, no visitado

1. Agamenón y Menelao, hijos de Atreo.

por el sueño –pues el miedo en lugar del sueño me acompaña como para no cerrar con firmeza los párpados por el sueño–, cuando pienso en cantar o tararear, extrayendo así un remedio como antídoto del sueño, me echo a llorar entonces, lamentando la desgracia de esta casa, no regida de la mejor manera como antes. ¡Que haya ahora feliz liberación de estas penalidades porque brille el nocturno fuego portador de buenas nuevas!

(El GUARDIÁN *ve la señal.)*

¡Salve, luminaria, que anuncias en la noche luz diurna y la formación de numerosos coros en Argos por esta ventura!

¡Eh, eh! A la mujer de Agamenón[2] le indico de forma clara que, levantándose presta del lecho, eleve un grito de buen agüero para esta casa por esta antorcha, en el caso de que la ciudad de Ilión[3] haya sido tomada, como la hoguera anuncia con su resplandor. Personalmente yo el preludio danzaré. La buena tirada de mi dueño me adjudicaré, pues un seis triple esta hoguera me ha sacado[4]. ¡Séame concedido, en su regreso, la bien amada mano del soberano de este palacio estrechar con esta mano! Mas lo demás me lo callo, un gran buey tiene su pata sobre mi lengua[5]. Mas la misma casa, si tuviera

2. Clitemestra, hija de Tindáreo y Leda.
3. Otro nombre de Troya.
4. El hecho de que Agamenón haya tomado Troya significa el fin de las penalidades del guardián, de ahí la comparación con un juego de dados en el que un afortunado jugador (Agamenón) obtiene una buena tirada (triple seis), equivalente a la toma de Troya, anunciada por la antorcha, que supone, a su vez, para el guardián el fin de sus penalidades.
5. Expresión proverbial que indica silencio forzado (cf. Teognis 815). La situación en palacio era conflictiva. Una madre resentida por el sacrificio de su hija Ifigenia que tiene además un amante, Egisto.

voz, lo diría muy claramente, pues de grado yo hablo para los que saben y para los que no saben caigo en el olvido.

(Sale el GUARDIÁN *y entra el* CORO DE ANCIANOS *al ritmo de anapestos de marcha.)*

CORO. *Éste es el décimo año desde que el gran litigante*[6] *de Príamo*[7]*, el soberano Menelao*[8] *y Agamenón, fuerte yugo de los Atridas, honrados por Zeus con doble trono y doble cetro, hicieron zarpar una escuadra argiva*[9] *de mil naves desde esta tierra, socorro militar, invocando a grandes gritos a Ares*[10] *desde el fondo de su pecho, como buitres que con enormes dolores por sus crías por encima de los nidos vuelan en círculos, remando con los remos de sus alas, por haber resultado vano el trabajo de velar por el nido de sus crías*[11]*. Mas en las alturas al oír o un Apolo o Pan*[12] *o Zeus el lamento agudo de estas aves, sus vecinas, envía a una Erinis*[13]*, tardía vengadora contra los transgresores. Así el poderoso Zeus hospitalario envía a los hijos de Atreo contra Alejandro*[14] *por una mujer de muchos*

6. Metáfora jurídica: los Atridas son los adversarios jurídicos de Príamo en el pleito por el rapto de Helena, que desencadena poéticamente la guerra de Troya.
7. Rey de Troya.
8. Esposo de Helena, hermano de Agamenón y rey de Esparta.
9. De Argos, en el Peloponeso.
10. Dios de la guerra en uso metonímico por su esfera de atribución, «guerra».
11. Helena es como el polluelo raptado de su nido, el palacio en que vivía en Esparta con Menelao, por Paris, el hijo de Príamo, rey de Troya, lo cual, poéticamente, inicia la guerra de Troya.
12. Dios de los rebaños y pastores.
13. Divinidades vengadoras nacidas de la sangre de Urano en su mutilación.
14. Otro nombre de Paris.

hombres[15]*, para imponer por igual a dánaos*[16] *y troyanos combates numerosos y que fatigan los miembros, mientras se apoya la rodilla en el polvo y se quiebra la lanza en los preludios. Es como ahora es, y se cumple en lo ya fijado. Ni quemando ni haciendo libaciones ni †con lágrimas† se calmará la cólera inflexible de las ofrendas no consumidas por el fuego*[17]*. Nosotros, incapaces de pagar tributo por nuestra vieja carne, sin tomar parte en la expedición de antaño, aquí nos quedamos, administrando nuestra fuerza infantil sobre el báculo, pues la joven médula que brinca dentro de nuestro pecho es la propia de un anciano, y Ares no ocupa lugar en ella. Lo sumamente viejo, un follaje ya seco, a tres pies hace el camino, y no mejor que un niño, como sueño aparecido de día, vaga. Mas tú, hija de Tindáreo, reina Clitemestra, ¿qué ocurre?, ¿qué novedades hay?, ¿de qué te has enterado?, ¿por convencimiento de qué noticia por doquier ordenas hacer sacrificios? De todos los dioses protectores de la ciudad, superiores, ctónicos, los de las puertas*[18] *y los del ágora, los altares arden con ofrendas. De un lado y otro, tan alta como el cielo, la llama se eleva avivada con los suaves estímulos sin dolo del sagrado aceite, con la ofrenda regia procedente del interior del palacio. De ello cuéntanos lo que te sea posible y lícito, dilo y conviértete en médico de esta inquietud, que ahora unas veces es malpensante y otras, merced a los sacrificios que dejas ver, la*

15. Helena de Troya, quien pasaba por haber tenido, entre otros, como pareja a Teseo, Menelao, Paris y Deífobo.
16. Sinónimo de argivos, ya que Dánao, míticamente, pasa por haber fundado la ciudadela de Argos, donde se dice que tenía su tumba, que se enseñaba todavía en época clásica.
17. Mal presagio en el sentido de que los dioses no aceptan el sacrificio.
18. Aunque seguimos la edición de West, en este punto adoptaríamos la lectura de «celestiales».

esperanza aparta la cuita insaciable y el dolor en las entrañas que devora el alma[19].

Estrofa 1

Dueño soy de cantar la supremacía en campaña de feliz augurio de los príncipes en la flor de la edad –pues todavía merced a los dioses mi edad connatural inspira Persuasión, el poder de los cantos[20]*– cómo al poder de doble trono de los aqueos, mando concorde de la juventud griega, envía con lanza y mano vengadora una ave belicosa contra la tierra teucra*[21]*, la reina de las aves a los reyes de las naves, una negra y coliblanca la otra*[22]*, aparecidas cerca de palacio, del lado de la mano que blande la lanza*[23]*, en lugar bien visible para todos, devorando leporina prole preñada de crías, interrumpiendo su última carrera. ¡Canta el ailino*[24]*, el ailino, pero que venza el bien!*

Antistrofa 1

Cuando el experto adivino del ejército vio a los dos, discordes en coraje, en los Atridas belicosos reconoció a los devoradores de liebres, conductores del mando, y así dijo

19. Este verso 103, aunque West no lo indique, es un texto problemático.
20. Texto de nuevo problemático, aunque no para West.
21. Troya, pues la dinastía troyana se inicia con Teucro.
22. El águila real (Agamenón) y el pigargo o quebrantahuesos (Menelao), ave cobarde. Menelao en la tradición ateniense suele tener una imagen con frecuencia negativa.
23. Esto es, la mano derecha. La ornitomancia por la derecha es signo favorable.
24. Exclamación que desde Frazer se relaciona con la exclamación fenicia *ailanu* (¡ay de nosotros!); por tanto, tendría un carácter doloroso el canto.

interpretando el prodigio: «Con el tiempo capturará la ciudad de Príamo esta expedición, todos los ganados, delante de las murallas, que el pueblo posee en abundancia la Moira los arrebatará violentamente. ¡Sólo que ninguna envidia procedente de los dioses ensombrezca la gran brida de Troya forjada en forma de ejército! Pues la pura Ártemis por piedad reprueba a los perros alados de su padre que han sacrificado a la desdichada liebre con su camada antes del parto. Aborrece el banquete de las águilas». ¡Canta el ailino, el ailino, pero que venza el bien!

Epodo

«La Flechadora[25]*, tan benévola para con las crías indefensas de los fieros leones y tierna con las crías lactantes de todas las fieras agrestes, pide que se cumpla lo que esto simboliza. ¡Favorables, mas a la vez reprobables visiones las de estas aves! ¡Ié, ió, invoco a Peán*[26]*, que ella no suscite contra los dánaos ninguna imposibilidad de navegar por vientos contrarios, retrasadora, que retenga las naves, provocando otro sacrificio, sin rito, sin banquete, forjador innato de rencillas, que no respeta a marido*[27]*. Queda en pie una temible intendente, resurgiente, engañosa, la venganza memoriosa que castiga a los descendientes.» Tales fatalidades Calcante*[28]*, junto con grandes bienes, proclamó a partir de los augurios del camino para la casa real. Y acorde con ellos, canta el ailino, el ailino, pero que venza el bien.*

25. Seguimos a West, aunque preferiríamos la lectura de los manuscritos («la hermosa»).
26. Epíteto de Apolo como médico y preservador de desgracias.
27. Se hace referencia a la causa pretextada por Clitemestra para dar muerte a su marido Agamenón, el sacrificio de su hija Ifigenia.
28. Adivino de la expedición griega contra Troya.

Estrofa 2

Zeus, quienquiera que sea, si así le es grato ser nombrado, así le invoco. No puedo compararle, aun sopesándolo todo, excepto Zeus, si el peso vano de la mente es preciso arrojar en verdad.

Antistrofa 2

Ni siquiera el que antes era grande, rebosante de audacia en toda clase de lucha, ni se dirá que ha existido[29]*. Y el que luego nació, se va tras haberle tocado en suerte un vencedor. Mas quien benévolamente entone epinicios para Zeus obtendrá el saber completo.*

Estrofa 3

Él fue quien guió a los mortales a la sabiduría, quien "aprender por el sufrimiento" hizo que tuviera vigencia. Gotea en el sueño, delante del corazón, la pena que provoca remordimiento y a quienes no la quieren les llega la cordura. Mas ¿dónde está el favor violento de los dioses que se sientan en augusto banco?

Antistrofa 3

Y entonces el caudillo de mayor edad de las naves aqueas, sin hacer reproche alguno al adivino, respirando a la par de avatares que golpean, cuando por la imposibilidad de navegación que vacía las ánforas era abrumada

29. Se comienza a narrar sucintamente, sin citar el nombre de ninguno de los dioses, el mito de la sucesión en el reino celeste, el paso del poder de Urano a Crono y de éste a Zeus.

la tropa aquea, varada frente a Cálcide[30]*, en los parajes refluentes de Aúlide*[31]*,*

Estrofa 4

y los vientos que vienen del Estrimón[32]*, de mala espera, de hambre, de anclajes peligrosos, que hacen errar a los mortales, que no perdonan naves y jarcias, que hacen interminable el tiempo, por desgaste consumían la flor de los argivos, y cuando incluso otro remedio más gravoso que el amargo temporal el adivino proclamó a los caudillos so pretexto de Ártemis, de forma que, con sus báculos golpeando el suelo, los Atridas no podían contener su llanto,*

Antistrofa 4

entonces el soberano de mayor edad[33] *así habló elevando la voz: «Gravoso destino es el no obedecer, mas gravoso si degüello a mi hija, adorno de la casa, manchando las paternas manos con chorros de sangre virginal junto al altar. ¿Cuál de estas posibilidades no entraña males? ¿Cómo voy a abandonar las naves faltando a la alianza? Un sacrificio que calme los vientos y sangre virginal es lícito que ella anhele con ardor, con ardor extremo. ¡Sea, pues, para bien!».*

Estrofa 5

Mas una vez que vistió el yugo de la necesidad, respirando el cambiante viento impío, impuro, de su mente, en-

30. En Eubea.
31. En Beocia.
32. Río de Tracia. Hoy día Struma. Se está indicando que los vientos provienen del Norte, lo cual imposibilitaba la navegación hacia Troya.
33. Agamenón.

tonces pasó a concebir un pensamiento de total osadía. Pues a los mortales instiga la demencia, torpe consejera, desdichada, fuente de males. Osó convertirse en sacrificador de su hija, por ayudar en una guerra vengadora del rapto de una mujer y rito preliminar por las naves.

Antistrofa 5

Sus súplicas y sus gritos de «¡padre!» y su edad virginal en consideración alguna tuvieron los caudillos, amantes del combate. Y ordenó a los siervos el padre, tras la plegaria, que como a una chiva encima del altar envuelta en su peplo con todo vigor, desfallecida, la cogieran en vilo y que de su boca, linda proa, con mordaza contuvieran un grito maldición para la casa, con la violencia y el enmudecedor vigor de unas bridas.

Estrofa 6

Dejando caer al suelo tinturas de azafrán[34]*, lanzaba a cada uno de los sacrificantes, desde sus ojos, un dardo suscitador de piedad, sobresaliendo, como en las pinturas, queriendo hablarles, pues con frecuencia en las habitaciones masculinas hospitalarias de su padre había cantado, y ella, no sometida al toro*[35]*, con su voz pura había venerado con amor el fausto peán de la tercera libación*[36] *de su querido padre.*

34. Entre las diversas hipótesis propuestas, esto es, que hace referencia a los vestidos, lágrimas o sangre de Ifigenia, pensamos que se trata de la primera hipótesis.
35. Esto es, 'virgen'. El toro es, entre otras consideraciones, símbolo de la fertilidad, desde el mundo pregriego, de forma que incluso el término *toro* se emplea para el miembro viril.
36. La tercera libación era en honor de Zeus, tras las dos primeras en honor de los dioses olímpicos y de los héroes, respectivamente. A la tercera libación seguía el canto del peán al que alude el texto, preámbulo de las gratas y fecundas conversaciones propias del banquete.

Antistrofa 6

Lo que siguió ni lo vi ni lo voy a contar, mas las artes de Calcante no carecieron de cumplimiento. Mas Justicia inclina su balanza para que aprendan los que sufren. El futuro, cuando acaezca, lo podrás oír. Antes, al cuerno. Equivale a lamentarse antes de tiempo, pues claro llegará junto con los primeros rayos de la aurora. ¡Que tenga feliz resultado lo que venga después, como quiere este baluarte, el único guardián de la tierra Apia!

(Entretanto ha entrado en escena CLITEMESTRA.)

–He venido a rendir pleitesía a tu poder, Clitemestra, pues es justo honrar a la esposa de un hombre que posee el poder, cuando el trono queda desierto de varón[37]*. Mas si tú haces sacrificios con la esperanza de buenas nuevas, tanto porque te has enterado de algo bueno como si no, lo escucharía con agrado. Tampoco, si callas, será reprochable.*

CLITEMESTRA. ¡Buena mensajera, como dice el proverbio, la aurora nazca de su madre la noche! Vas a oír una alegría mayor que tu esperanza: los argivos han conquistado la ciudad de Príamo.

CORIFEO. ¿Cómo dices? Se me escapa tu palabra por increíble.

CLITEMESTRA. ¡Que Troya es de los aqueos! ¿Hablo claramente?

CORIFEO. La alegría me invade convocando a mis lágrimas.

CLITEMESTRA. Tu mirada delata a quien tiene buenos sentimientos.

37. Situación similar a la de la *Odisea*, aunque con una actitud muy distinta por parte de los pretendientes de Penélope.

CORIFEO. Pues, ¿cuál es tu garantía? ¿Tienes prueba de ello?

CLITEMESTRA. La tengo, ¿cómo no?, si un dios no nos engaña.

CORIFEO. ¿Acaso respetas como creíbles la visiones de los sueños?

CLITEMESTRA. No podría aceptar la opinión de una mente dormida.

CORIFEO. ¿Pero es que te ha alimentado un rumor sin alas?

CLITEMESTRA. Mucho te mofas de mi mente como si fuera la de una niña.

CORIFEO. ¿Qué tiempo ha que fue destruida la ciudad?

CLITEMESTRA. En esta misma noche que acaba de engendrar este día, te digo.

CORIFEO. ¿Y qué mensajero podría llegar aquí con tal presteza?

CLITEMESTRA. Hefesto, que ha enviado desde el Ida[38] brillante resplandor. Una antorcha iba enviando aquí otra antorcha con posta de fuego: el Ida al Hermeo, monte de Lemnos[39]; desde esta isla recibió, como tercera, la gran antorcha la cima escarpada del Atos[40], consagrado a Zeus. Y elevada, como para ir a lomos del ponto, la fuerza de la viajera antorcha para nuestro placer, <...>, la tea de brillo de oro, como un sol, transmitiendo su resplandor a las atalayas del Macisto[41]. Y éste, sin demora, y en absoluto de modo insensato vencido por el sueño pasó por alto su turno de mensajero y lejos la luz de la antorcha, tras llegar a las corrientes del Euri-

38. Monte cercano a Troya. Comienza la lampadedromía o carrera de antorchas que lleva la buena nueva de la toma de Troya, en la misma noche, desde el Asia Menor al Peloponeso.
39. Isla en la zona norte del Egeo.
40. En la península Calcídica.
41. Monte de Eubea.

po[42], da la señal a los guardianes del Mesapio[43]. Y ellos les respondieron con su llama y transmitieron la noticia lejos, tras prender fuego a un montón de brezo seco. Fortalecida la llama y no debilitada, saltando por encima de la llanura del Asopo[44], cual radiante luna, hasta la roca del Citerón[45] despertó otro relevo del fuego viajero. Y la guardia no desdeñó la luz enviada de lejos, quemando más de lo dicho. Y por encima de la laguna Górgopis[46] se lanzó la luz y, al llegar al monte Egiplancto[47], les apremió †a otorgar† el rito del fuego. Y envían, prendiéndola con generoso ímpetu, una gran barba de fuego tan intensa[48] como para franquear lejos el promontorio[49] que se alza sobre el golfo Sarónico. Luego saltó, luego llegó al pico Aracneo[50], nuestra atalaya limítrofe, y luego salta a esta mansión de los Atridas esta luz no sin parentesco con el fuego del Ida. Tales eran las normas por mi parte dadas a los encargados de los relevos de las antorchas, uno tras otro el relevo cumpliendo. Vence el primero y el último que corre. Tal es la garantía y señal que te digo, pues mi marido desde Troya me la ha transmitido.

CORIFEO. A los dioses de nuevo, mujer, dirigiré mi plegaria. Mas querría oír por extenso estas palabras y asombrarme según las fueras repitiendo.

42. La zona del estrecho entre Eubea y Beocia.
43. Monte de Beocia.
44. Río de Beocia que desemboca en el Euripo.
45. Monte del sur de Beocia en la frontera con el Ática.
46. En las cercanías del istmo de Corinto.
47. No se conoce con seguridad, quizás en la zona de Megáride.
48. Texto que sigue siendo problemático, aunque West no lo considere.
49. Seguramente el promontorio Espireo, en la zona noroeste del golfo Sarónico.
50. Próximo a Micenas, en la Argólide.

CLITEMESTRA. Los aqueos en este día son dueños de Troya. Imagino que sobresale en la ciudad un vocerío sin mezcla[51]. Si viertes vinagre y aceite en la misma vasija, ya que están en discordia, los habrías de llamar no amigos. Es posible oír de forma distinta las voces, de distinta fortuna, tanto de los vencidos como de los vencedores. En efecto, de un lado, los hijos postrados en torno a los cadáveres de sus guerreros, hermanos y ancianos progenitores[52], ya no con libre garganta lamentan el destino de sus seres queridos, a otros, a su vez, la fatiga del vagar en la noche tras la batalla los dispone, hambrientos, a comer de lo que tiene la ciudad, sin indicio alguno de orden, sino según cada uno sacó el lote de su suerte. En las casas cautivas troyanas habitan ya, libres de heladas al sereno y del rocío, y, cual dichosos, sin guardia dormirán toda la noche. Y si respetan piadosamente a los dioses tutelares de la ciudad, los de la tierra conquistada y sus templos, de vencedores no podrían pasar a ser vencidos. ¡Que no invada antes al ejército un deseo de devastar lo que no deba, vencidos por el afán de lucro! Pues les falta el retorno feliz a sus casas, realizar de vuelta la otra mitad de la carrera[53]. Si el ejército regresa sin ofender a los dioses, podría despertarse el dolor de los difuntos, <...>[54], aun sin alcanzarles calamidades imprevistas. Tales cosas estás oyendo de mí, una mujer. ¡Que triunfe el bien como para

51. Las voces que se pueden oír en Troya, una vez tomada, son las de los aqueos, las de los vencedores, que han ahogado a las de los vencidos, los troyanos.
52. Nos parece inadecuado el criterio de West, que no marca este texto como problemático.
53. Esto es, el regreso a sus patrias respectivas.
54. De nuevo discrepamos de West, que establece una laguna, creemos que innecesaria, tras el verso 346.

verlo no de forma incierta! Pues prefiero este disfrute a muchos bienes.

CORIFEO. Mujer, hablas prudentemente, como un hombre prudente. Mas yo, tras oír tus fidedignas pruebas, estoy bien dispuesto a invocar a los dioses, pues se ha conseguido un favor no indigno de nuestros esfuerzos.

(Entra CLITEMESTRA *en palacio.)*

CORO. *¡Oh Zeus rey y Noche amiga, de grandes ornamentos poseedora, que arrojaste sobre las torres de Troya una cubridora red*[55] *de forma que nadie ni grande ni pequeño pueda franquear el gran cedazo de esclavitud de Ate que todo lo abarca!*
Al gran Zeus hospitalario venero, al que hizo esto, tensando contra Alejandro tiempo ha el arco, con el fin de que ni antes del blanco ni allende las estrellas disparara inútil el dardo.

Estrofa 1

Se puede decir que es un golpe de Zeus, es posible rastrear su huella. Lo hizo tal como lo decidió. Alguien aseguró que los dioses no se dignan ocupar de los mortales por quienes es pisoteada la gracia de lo inquebrantable. Mas éste no es piadoso. Se desvela †en los descendientes la ruina por ilícitas osadías†, de los que respiran más fuerte de lo justo, cuando rebosan sus casas de opulencia en exceso por encima de lo que es mejor. ¡Sea sin daño, hasta el punto de que le sea suficiente, a quien bien posee la sabiduría! Pues no hay baluarte de defensa de la riqueza contra la saciedad para el hom-

55. Primera mención a este tema, la imagen de la red recurrente en la trilogía como instrumento de muerte.

bre que da coces al gran altar de la Justicia hasta su desaparición.

Antistrofa 1

Le hace violencia la funesta Persuasión, insufrible hija de Ate previsora. Mas todo remedio es vano. No se oculta sino que brilla, luz tétrica, la ruina. Cual bronce envilecido con el roce y los golpes, ennegrecido está[56] *cuando se le somete a juicio, por perseguir, como un niño, alada ave, infligiendo a su ciudad desgracia insoportable. Ninguno de los dioses escucha sus plegarias y al hombre injusto que gusta de ello lo aniquilan. Así también Paris, cuando entró en casa de los Atridas, mancilló su mesa hospitalaria con el rapto de una esposa.*

Estrofa 2

Ella[57]*, dejando tras de sí a sus conciudadanos tumultos de escudos, emboscadas y navales armamentos, conduciendo como dote a Ilión la destrucción, cruzó rápidamente las puertas, osando lo que no debe osarse. Mucho gemían los adivinos de palacio diciendo así:*
«Ay, ay, palacio, palacio y príncipes, ay lecho y huellas amadas por un esposo. Es posible ver los silencios, sin honor, sin reproches, sin súplicas de los abandonados. Mas, por su nostalgia de la que está más allá del mar, un fantasma parecerá reinar en la casa. La gracia de las hermosas estatuas odiosa le resulta al esposo. En la oquedad de sus ojos se pierde toda Afrodita.

56. El sujeto sería «el culpable», a quien se le compara con una moneda de baja ley.
57. Helena.

Antistrofa 2

»Dolorosas imágenes aparecidas en sueños se presentan portando gozo vano. Pues en vano, cuando uno ve lo que cree su bien, la visión, escapándose, se esfuma de las manos, sin acompañar luego con sus alas los caminos del sueño». Los dolores en casa, en el hogar, son éstos e incluso mayores que éstos. Y en su conjunto, para quienes partieron desde la tierra griega, un duelo de sufrido ánimo en cada casa sobresale. Muchos dolores alcanzan el hígado. <...>[58] *a quienes envió conoce, mas en lugar de hombres a cada casa vuelven urna y ceniza.*

Estrofa 3

Ares, el cambista de oro[59] *por cadáveres y quien sostiene la balanza en medio del combate de lanza, incinerado desde Ilión a los seres queridos envía oneroso polvo amargamente llorado, colmando de ceniza las urnas fáciles de manejar*[60] *en lugar de hombres. Y lloran mientras elogian a un varón: a uno en tanto que era diestro en el combate y a otro porque cayó noblemente en la matanza por una mujer ajena. Esto en voz baja se murmura, rencoroso dolor se desliza contra los Atridas justicieros.*

58. West, por razones métricas, introduce una laguna, un bisílabo. En el aparato crítico se decide por el término *tierra*, mientras que, por ejemplo, la edición de Denys Page, siguiendo a Porson, se decide por el indefinido *alguien*.
59. Es lo que denominamos un *hápax legómenon*, un epíteto de aparición única, que entraña una comparación compendiada: de forma similar a como el cambista entrega oro a cambio de mercancías, así Ares, dios de la guerra, entrega cenizas en lugar de cuerpos.
60. Seguimos la edición de West, quien se atiene a la conjetura de Auratus, creemos que sin necesidad, y entiende el término en acusativo plural, concertando con *urnas*, cuando en los manuscritos aparece en genitivo singular.

Otros, por el contrario, con su cuerpo intacto[61] *allí mismo, en torno a la muralla, ocupan tumbas de tierra ilíaca, tierra enemiga oculta a sus conquistadores.*

Antistrofa 3

Gravoso es el rumor con rencor de los ciudadanos; paga la deuda de una maldición ratificada por el pueblo. Mas mi angustia espera oír algo envuelto en noche. Ante los que a muchos matan los dioses no son ciegos, y sombrías Erinias, con el tiempo, al que es afortunado al margen de la justicia lo debilitan por medio de un desgaste que trueca la fortuna de su vida. No hay defensa de quien está entre los invisibles. El oír en exceso elogios es gravoso, pues se abate contra sus ojos[62] *el rayo procedente de Zeus. Prefiero prosperidad sin envidia. ¡Que no sea yo destructor de ciudades ni personalmente, prisionero, vea mi vida sometido a otro!*

Epodo

Merced al fuego, grato mensajero, veloz rumor recorre la ciudad. Mas si es verdadero, ¿quién sabe? †¿y si es acaso un engaño divino? † ¿quién es tan infantil o falto de mientes que, por los recientes mensajes de la llama, enardecido en cuanto al corazón, luego con la mudanza de la noticia se aflija? En el mando de una mujer destaca, antes de la evidencia, dar gracias. Crédula en exceso la opinión femenina se propaga en rápida carrera, mas en rápida extinción la fama por mujer proclamada perece.

61. Lo entendemos en el sentido de que no habían sido incinerados.
62. Aquí West, en cambio, vuelve a la lectura de los manuscritos y rechaza la conjetura de Weil, usualmente aceptada, de «contra su hogar».

CLITEMESTRA. Pronto sabremos si los relevos de antorchas, portadoras de luz, de las hogueras y del fuego son, en efecto, verdaderos o si, a la manera de sueños, esta grata luz, que nos ha llegado, engañó nuestra mente. Aquí veo un heraldo, procedente de la costa, cubierto con ramas de olivo. El sediento polvo, hermano del barro, vecino suyo, me atestigua lo siguiente, que, ni mudo ni prendiendo la llama de leña de monte, te dará la noticia con humo de fuego, sino que o nos invitará con sus palabras a alegrarnos más, pero el relato opuesto a ello lo descarto. ¡Ojalá felizmente se añada un complemento a los bienes ya aparecidos!

CORIFEO. ¡Quien haga votos en otro sentido para esta ciudad que él mismo coseche el fruto del yerro de su mente!

(Entra el HERALDO *corriendo con un ramo de olivo.)*

HERALDO. ¡Oh suelo patrio de la tierra de Argos! A ti he llegado con esta luz del décimo año, alcanzando una sola entre las muchas esperanzas rotas. Pues nunca imaginé que, al morir en esta tierra argiva, iba a recibir mi parte de una tumba queridísima. ¡Salve, pues, tierra! ¡Salve luz del sol! ¡Y tú Zeus, dios supremo del país! ¡Y tú, soberano Pitio[63], que con tu arco ya no disparas más dardos contra nosotros! ¡Sobradamente hostil nos fuiste junto al Escamandro[64]! Mas ahora sé nuestro salvador y médico, soberano Apolo. Invoco a todos los dioses de la plaza y a mi protector Hermes, querido heraldo, honor de los heraldos, y a los héroes que nos acompañaron: recibid de nuevo benévolos al ejército que ha sobrevivido a la lanza.

63. Apolo bajo su epíteto de dios de Delfos.
64. Uno de los ríos de Troya. Apolo estaba del lado troyano.

¡Oh, palacio, queridos techos de los reyes, augustos bancos y deidades situadas frente al sol[65]! Si en otro tiempo lo hicisteis, con esos radiantes ojos recibid, con decoro, al rey después de mucho tiempo. Pues el soberano Agamenón viene portando en la noche luz común para vosotros y para todos estos. Ea, pues, recibidle con afecto, pues lo merece, al que ha cavado Troya con el azadón de Zeus vengador, con el que ha sido removido totalmente el suelo. {Los altares y los templos de los dioses han desaparecido} y la simiente de toda la tierra ha perecido. Tras ceñir tal yugo a Troya, el soberano Atrida, el mayor, venturoso varón, llega y es el más digno de ser honrado entre los mortales de ahora. Pues ni Paris ni su cómplice ciudad se jactan de que su gesta sea superior a su sufrimiento. Condenado por rapto y hurto, ha perdido el botín y ha cosechado destrucción completa para la mansión paterna junto con su tierra. Doble han pagado los Priámidas sus faltas.

CORIFEO. ¡Salve, heraldo del ejército de los aqueos!

HERALDO. Te saludo. †Morir† ya no negaré a los dioses.

CORIFEO. ¿El amor por esta tierra patria te ha atormentado?

HERALDO. Como para llorar mis ojos de alegría.

CORIFEO. Erais, pues, poseídos por esta dulce enfermedad.

HERALDO. ¿Cómo? Si me lo explicas, seré dueño de tus palabras.

CORIFEO. Estabais heridos por el deseo de quienes a su vez os añoraban.

HERALDO. ¿Estás diciendo que esta tierra añoraba el ejército que a su vez la añoraba?

65. Parece referirse a las estatuas de divinidades que se encuentran ante la fachada de palacio.

Corifeo. Como para lamentarme a menudo con ánimo sombrío.

Heraldo. ¿De dónde os venía esa cruel tristeza †por el ejército†?

Corifeo. Hace tiempo tengo el silencio como remedio contra el daño.

Heraldo. ¿Y cómo? ¿Ausentes tus reyes, temías a alguien?

Corifeo. Como que ahora, como tú dices, incluso morir sería una gran alegría.

Heraldo. Bien ha terminado todo. Los mismos hechos, en tan largo tiempo, unos se podría decir que han tenido un resultado feliz y otros, por el contrario, reprobable. ¿Quién, excepto los dioses, carece de dolor durante todo el tiempo de su existencia? Pues si os contara las fatigas y los desapacibles alojamientos, <...>[66], los estrechos pasillos y los malos camastros, ¿qué parte del día nos faltó llorar? Mas lo de tierra incluso añadió más pesar, pues nuestros lechos estaban junto a las murallas de los enemigos, y desde el cielo el rocío y desde la tierra la humedad de los prados nos empapaban, ruina permanente de nuestras ropas[67], poniendo el pelo infectado de piojos. Y si uno hablara del invierno que mata las aves, cuán insoportable nos lo hacía la nieve del Ida, o el calor, cuando el ponto, caído en su lecho sin viento a mediodía, dormitaba sin oleaje. ¿A qué hay que lamentarse de esto? Ha pasado la fatiga, pasada está para los muertos que nunca volverán a preocuparse de levantarse de nuevo; mas para nosotros, los supervivientes del ejército de los argivos, vence la ganancia y el dolor no le hace contrapeso. ¿A qué hay que contar los muertos y que el vivo sufra por un destino rencoroso? Estimo justo decir adiós a las desdichas <...>. Es natural que nos jactemos por esta luz del sol quienes hemos volado por mar y tierra <...>: «Tras tomar Troya un día el ejército de los argivos en honor de los dioses han colgado en sus templos de Grecia estos despojos, antiguo esplendor». Preciso es que los que oigan tales cosas elogien a la ciudad y a sus generales, y la gracia de Zeus, que las ha realizado, será honrada. Tienes ya todo mi relato.

66. Laguna propuesta por West, que creemos innecesaria. De todas formas en el aparato crítico el texto propuesto para esta laguna sería el siguiente: <con los que penábamos mientras cruzábamos el Egeo>.

67. Puntuamos el texto trasladando la coma desde *sínos* a *esthemáton*.

Corifeo. No niego que he sido vencido por tus palabras, pues los ancianos siempre están en pleno vigor para aprender bien. Mas es natural que estas cosas interesen a palacio y a Clitemestra especialmente, y que con ello yo me enriquezca.

Clitemestra. Prorrumpí en gritos de alegría hace tiempo, cuando llegó el primer mensajero nocturno de fuego que anunciaba la toma y destrucción de Ilión. Y alguien me dijo en son de reproche: «¿Persuadida por antorchas crees que Troya está ya destruida? En verdad es propio de mujer dejar volar el corazón». Con palabras semejantes parecía que yo desvariaba. Y, no obstante, seguía haciendo sacrificios y con femenino rito cada una desde lados distintos por la ciudad lanzaban gritos de buen augurio, mientras en los templos de los dioses †extinguían† llama perfumada que alimenta el incienso. Y, ahora, ¿qué falta hace que me digas más? Por el mismo soberano voy a saber todo el relato. De la mejor manera posible me apresuraré a recibir a mi venerado esposo en su regreso. ¿Pues qué luz hay más dulce de ver para una esposa que ésta, abrir las puertas al marido cuando un dios lo ha salvado de una campaña? Anuncia esto a mi esposo, que venga lo antes posible amado por la ciudad. Que, a su regreso, encuentre una

esposa fiel en casa cual la dejó, perra del palacio, leal para él, hostil para los de mala intención, y semejante en todo lo demás, sin romper ningún sello en tan largo tiempo. No sé del placer ni del rumor censurable relativo a otro varón más que del temple del bronce. Tal jactancia, rebosante de verdad, no me es vergonzoso gritar en tanto mujer honrada.

Corifeo. Ella así ha hablado, discurso conveniente para agudos intérpretes, para ti si lo entiendes. Mas tú dime, heraldo, te pregunto por Menelao, si está de regreso y a salvo vuelve con nosotros, querido príncipe de esta tierra.

Heraldo. No puedo decir mentiras bellas de forma que las disfruten mucho tiempo mis amigos.

Corifeo. ¿Cómo por ventura podrías decir noticias buenas y a la vez verdaderas? Si están separadas no son fáciles de ocultar.

Heraldo. Ese hombre ha desaparecido del ejército aqueo, él y su nave. No digo mentiras.

Corifeo. ¿Acaso cuando zarpó de Ilión a la vista de todos o es que lo arrebató del ejército una tormenta, adversidad común?

Heraldo. Has acertado, como sumo arquero, en el blanco, mas larga desgracia has expresado en pocas palabras.

Corifeo. ¿El rumor de los demás navegantes le daban por vivo o por muerto?

Heraldo. Nadie lo sabe como para anunciarlo con claridad, salvo Helios, que nutre la naturaleza de la tierra.

Corifeo. ¿Cómo dices, pues, que vino y acabó la tormenta sobre la flota por rencor de las divinidades?

Heraldo. Un fausto día no conviene mancillarlo con lengua mensajera de males. Aparte está el honor de los dioses. Cuando un mensajero, con adusto rostro, trae a una ciudad las abominables penalidades de un ejército

sucumbido –a la ciudad alcanza una única herida común– y muchos hombres de muchas casas han sido expulsados como impuros por doble látigo, que ama Ares, desgracia de doble lanza, biga sangrienta, entonces, en verdad, cargado con tales penalidades, conviene entonar este peán de las Erinias. Mas cuando llego con buenas nuevas de sucesos salvadores a una ciudad alegre de su dicha, ¿cómo mezclar bienes con males, relatando la tormenta contra los aqueos no sin cólera de los dioses? Se conjuraron, pues, aun siendo enemigos antes, fuego y mar, y mostraron ambos su fidelidad aniquilando la desdichada armada de los argivos. En la noche surgió la calamidad de funestas olas. Los vientos tracios, en efecto, destrozaban entre sí las naves con tormenta huracanada y tempestad que golpea con lluvia. Ellas, corneándose con violencia, iban desapareciendo de la vista en el torbellino de un mal pastor[68]. Mas una vez que se elevó la brillante luz del sol, vimos el piélago egeo florido de cadáveres de guerreros aqueos y de restos navales. A nosotros ciertamente y a nuestra nave, intacto el casco, ya porque la arrebatara o intercediera por nosotros, la preservó un dios, no un hombre, cogiendo el timón. Fortuna salvadora de grado se asentó en la nave, de suerte que ni †en el anclaje† soportara un turbión de olas ni encallase en rocosa tierra. Luego, cuando hubimos escapado al Hades marino, a lo largo de un espléndido día, sin confiar en nuestra fortuna, apacentábamos en nuestro pensamiento la reciente desgracia de una flota destrozada y hecha polvo miserablemente. Y ahora si alguno de ellos aún respira, se va refiriendo a nosotros como si estuviéramos muertos, ¿cómo no?, nosotros también tenemos la impresión de

68. Referente a Posidón, dios del mar, que conduce a la desgracia al rebaño aqueo.

que ellos han corrido la misma suerte. Mas ¡que sea lo mejor! Ahora bien, espera, ante todo y sobre todo, que regrese Menelao. Pues si un rayo de sol lo sabe lozano y vigilante de las artes de Zeus, que aún no quiere aniquilar su linaje, hay alguna esperanza de que él regrese de nuevo a casa. Tras escuchar esto, sabe que has oído la verdad.

(Sale el HERALDO.*)*

CORO.

Estrofa 1

¿Quién –no sería alguien a quien no vemos que, con la previsión de lo ya predeterminado, rigió su lengua con fortuna– le dio ese nombre tan verdadero a la novia por la lanza, a la disputada Helena[69]*? Pues, de forma apropiada a su nombre, destructora de naves, destructora de hombres, destructora de ciudades, desde delicados cortinajes navegó con el soplo del poderoso Céfiro, y numerosos hombres con escudo, cazadores, tras la huella invisible de los remos arribaron a las frondosas riberas del Simunte*[70] *por obra de Discordia sangrienta.*

Antistrofa 1

A Ilión condujo vínculo infausto[71]*, de correcto nombre, la Ira que cumple sus designios, exigiendo el pago en un*

69. Esquilo, sirviéndose de la etimología popular, relaciona Helena con el radical *hel-* ('destruir'); de ahí los compuestos de los siguientes versos.
70. Rio de Troya, afluente del Escamandro.
71. El término utilizado por Esquilo, *kêdos*, es ambivalente. Por una parte es 'duelo' y por otra 'vínculo'. Vínculo por alianza (la expedi-

tiempo posterior por el ultraje de la mesa y de Zeus protector del hogar a los que abiertamente honraban el canto de esponsales, himeneo que entonces correspondía entonar a sus cuñados[72]*. Mas la vieja ciudad de Príamo, aprendiendo de nuevo un himno de abundante lamento, llora enormemente, mientras llama a Paris «el de maldito lecho», mientras impone una vida de abundante lamento, aniquiladora de ciudadanos, porque mísera sangre soporta.*

Estrofa 2

Al igual que un hombre crió un cachorro de león en casa, privado de leche, mas aún amante de las ubres, manso en los preliminares de su vida, amigo de los niños y grato para los ancianos, y muchas veces lo tuvo en brazos al modo de un recién nacido, con sus ojos radiantes dirigidos hacia la mano y moviendo la cola por imperativo de su vientre.

Antistrofa 2

Mas con el tiempo reveló el talante de sus padres, pues, devolviendo el favor a quienes lo criaron, se preparó un festín sin ser invitado, con matanzas que causan estragos en el ganado. La casa se inundó de sangre, invencible dolor para sus moradores, tremendo azote de muchas muertes. Un sacerdote de Ate, por designio de un dios, fue criado en la casa.

ción de Troya), fraternal (Agamenón-Menelao) y matrimonial (Menelao-Helena). Es un vínculo que trae desgracia, de ahí nuestra traducción.
72. Los parientes de Paris son asimismo culpables por participar y admitir el vínculo entre Helena y Paris.

Estrofa 3

Del mismo modo se diría que llegó a la ciudad de Ilión el espíritu de una bonanza sin vientos, sosegado ornato de riqueza, delicado dardo de unos ojos, flor de amor que muerde el alma. Mas ella, torciendo su camino, cumplió amargo final de su boda, funesta compañera y de funesto trato, precipitándose sobre los Priámidas, por mandato de Zeus hospitalario, una Erinis que hace llorar a las jóvenes esposas.

Antistrofa 3

Vieja sentencia, tiempo ha proclamada, hay entre los mortales, en el sentido de que, cuando la felicidad de un hombre alcanza gran cima, procrea y no muere sin hijos, y de una buena fortuna para su estirpe nace insaciable desgracia. Mas, discordante de los otros, tengo mi propia opinión: el acto impío, en efecto, engendra otros más, semejantes a su camada, pues de familias rectas y justas el destino es tener hermosa descendencia siempre.

Estrofa 4

La vieja Desmesura gusta engendrar rejuvenecida desmesura en mortales perversos, tarde o temprano, cuando llega el día fijado, un rencor reciente, divinidad invencible, incombatible, impía audacia de la negra Ate para la casa, semejante a sus progenitores.

Antistrofa 4

Mas la Justicia brilla en las casas ennegrecidas por el humo y honra la vida virtuosa. Tras abandonar, en cambio, con los ojos vueltos las mansiones salpicadas de oro, con manos sucias[73], se encamina a las piadosas, sin reverenciar el poder falsamente sellado con lisonja. Mas todo lo conduce hacia su término.

(Entran AGAMENÓN *con* CASANDRA *en carro, con gran séquito.)*

¡Ea, pues, rey, destructor de Troya, estirpe de Atreo!, ¿cómo voy dirigirme a ti?, ¿cómo voy a honrarte sin exagerar y sin quedarme corto en cuanto a la gratitud justamente debida? Muchos de los mortales prefieren el «parecer» al «ser», transgrediendo la justicia. Todo el mundo está dispuesto a llorar sobre el infortunado, mas la mordedura del dolor no afecta al hígado. Y comparten el gozo con similar aspecto, aunque forzando un rostro sin risa <...>. Mas a quien es buen conocedor de su rebaño no puede escapársele la mirada de un hombre que, pareciendo provenir de un corazón benévolo, lo halaga con su amor aguado. Y tú, cuando antaño conducías el ejército a causa de Helena, no lo ocultaré, estabas muy rudamente dibujado en mi mente y no como quien bien gobierna el timón de su pensamiento, <...> osadía voluntaria tratando de llevar a hombres a punto de morir. Mas ahora desde el fondo de mi corazón y no sin afecto benévolo <...> la fatiga para los que la llevaron a término felizmente. Conocerás con el tiempo, si inquieres, entre los ciudadanos quién ha guardado la ciudad con justicia y quién inoportunamente.

AGAMENÓN. En primer lugar es justo saludar a Argos y a los dioses del país, responsables de mi regreso y de la

73. Con manchas de impiedad.

justicia que impartí a la ciudad de Príamo. Pues los dioses, sin escuchar alegatos procedentes de la lengua, depositaron de forma decidida en urna sangrienta sus votos matadores de hombres, ruina de Ilión. A la urna contraria, en cambio, aunque no la llena con su mano, se acercó la esperanza. Mas merced a la humareda todavía ahora la ciudad es fácil de reconocer como conquistada. Viven torbellinos de Ate, y, mientras perece con ella, la ceniza despide pingües vapores de riqueza. Por ello es preciso pagar a los dioses una gratitud de eterno recuerdo, puesto que hemos cobrado el rapto arrogante, y, por una mujer, redujo a polvo la ciudad el monstruo argivo, cría del caballo[74], hueste armada de escudos, que dio su salto al ocaso de las Pléyades[75]. Por encima de la torre saltando un león carnicero hasta saciarse lamió la sangre del tirano. En honor de los dioses he alargado este preludio. En cuanto a tus sentimientos, recuerdo habértelos oído y te digo lo mismo y me tienes a tu lado como defensor. A pocos de los hombres le es connatural lo siguiente, reverenciar sin envidia al amigo afortunado, pues cuando el malévolo veneno invade el corazón duplica el fardo de quien posee la enfermedad: él mismo se abruma con sus propias penas y gime al contemplar la dicha ajena. Porque lo sé, pues bien conozco el espejo de la amistad, puedo llamar espectro de una sombra a los que parecían serme muy fieles. Sólo Odiseo, quien precisamente se hizo a la mar no de grado[76], una vez uncido, fue para mí un bien dis-

74. El caballo de Troya, en cuyo vientre estaban ocultos los guerreros argivos.
75. Por la noche. Las Pléyades son siete estrellas de la constelación de Tauro.
76. Según la tradición mítica Ulises se fingió loco cuando fueron a pedirle que participara en la expedición de Troya.

puesto compañero de yugo. Te estoy hablando de quien puede estar muerto o vivo. En cuanto a lo demás relativo a la ciudad y a los dioses, tras establecer debates en común, lo deliberaremos en la asamblea. Lo que está bien habrá que deliberar la forma de que siga bien durante tiempo; mas si algo precisa de remedios curativos, sea cauterizando o extirpando, intentaremos con prudencia apartar el daño de la enfermedad.

Ahora, entrando en mi palacio y en las estancias de mi hogar, en primer lugar saludaré a los dioses, los mismos que precisamente, tras enviarme lejos, me trajeron de nuevo. ¡Que la victoria, puesto que me ha seguido, permanezca firmemente!

CLITEMESTRA. Ciudadanos, augusta asamblea de los argivos aquí presente, no me avergüenzo de expresaros el amor por mi marido. Con el tiempo fenece la timidez para los hombres. Y, sin haberlo sabido por otros, voy a referir mi propia vida insoportable tanto tiempo cuanto precisamente él estuvo al pie de Ilión. En primer lugar es una desgracia espantosa que la mujer, sin marido, quede sola en casa, oyendo muchos rumores maliciosos, y que uno venga y que otro añada otra desgracia peor que la anterior propalándola por palacio. Y si este hombre hubiera recibido tantas heridas como el rumor vertía en casa, tendría ya más agujeros que una red para contarlos. Y si hubiera muerto tantas veces cuantas las habladurías se multiplicaban, podría ufanarse, como segundo Gerión[77] de tres cuerpos, de haber recibido un triple manto de tierra, –abundante arriba, no me refiero al de allá abajo–, muriendo una vez por cada forma. Por culpa de tales rumores maliciosos otros soltaron de

77. Hijo de Crisaor. Poseía tres cabezas y un triple cuerpo hasta las caderas. Vivía en Eritía, en las brumas de Occidente, resultando muerto por Heracles.

mi cuello, ya sujeto con violencia, muchos lazos desde arriba. Por estos motivos no está aquí a mi lado, como debía, tu hijo Orestes, el dueño de las prendas de tu fidelidad y de la mía. No te extrañes de ello, pues lo está criando nuestro fiel aliado Estrofio el focense, que me previno de una doble desgracia: tu propio peligro al pie de Ilión y el que el vacío de poder, en boca del pueblo, pudiera derribar al Consejo –pues es innato a los mortales pisotear más al ya caído–. Esta explicación mía no comporta engaño. En cuanto a mí, las fuentes caudalosas de mi llanto se han secado, y no queda ni una lágrima. Mis ojos, que tarde duermen, los tengo dañados de llorar por las antorchas sostenidas por ti, siempre en vano esperadas. Durante el sueño me despertaba por los ligeros vuelos de un mosquito que zumbara, pues veía en torno a ti más padecimientos que el tiempo que duraba mi sueño. Ahora, después de soportar todo esto, con mi mente libre de angustias podría hablar a este mi marido como a perro guardián de los establos, cable salvador de la nave, firme pilar del elevado techo, hijo único de su padre, tierra que aparece para los marineros contra su esperanza, el día más bello de ver tras la tormenta, fontanal corriente para el caminante sediento. ¡Agradable es haber escapado a toda necesidad! De tales saludos te tengo por digno. ¡Que la envidia lejos esté! Muchos males soportamos antes. Y ahora, querida cabeza, desciende de ese carro, sin poner en tierra, soberano, tu pie destructor de Ilión. Esclavas, ¿a qué esperáis cuando se os ha encomendado la tarea de cubrir con tapices el suelo de su sendero? ¡Quede al punto recubierto el camino de púrpura, para que la Justicia lo conduzca a una mansión no esperada[78].

78. Ironía trágica: la mansión que le espera va a ser la de Hades, esto es, la muerte.

Lo demás mi mente, no vencida por el sueño, lo dispondrá justamente con ayuda de los dioses, †tal como está decretado†.

AGAMENÓN. Descendencia de Leda[79], guardiana de mis moradas, has hablado de forma conveniente a mi ausencia, pues largamente te has extendido. Mas elogiar oportunamente..., ese honor debe proceder de otros. Por lo demás no me trates con blandura como si fuera una mujer ni, cual un bárbaro, caída en tierra, me acojas con clamor ni hagas odioso mi camino con ropajes extendidos. Con éstos se debe honrar a los dioses, mas que uno, siendo mortal, camine sobre hermosos bordados, desde mi punto de vista, en modo alguno está libre de temor. Te estoy diciendo que me honres como a un hombre, no como a un dios. Sin alfombras ni bordados mi fama habla. Y el no ser insensato es el mayor regalo de la divinidad. Preciso es tener por feliz a quien acaba su vida en medio de amable prosperidad. Si en todo pudiera obrar así, yo me sentiría seguro.

CLITEMESTRA. En verdad no me digas esto contra tu parecer.

AGAMENÓN. Sábete que no voy a falsear mi parecer.

CLITEMESTRA. ¿Prometiste a los dioses, en un momento de temor, llevarlo a cabo así?

AGAMENÓN. Sí, un buen conocedor me manifestó este deber.

CLITEMESTRA. ¿Qué piensas que hubiera hecho Príamo, si hubiese conseguido este triunfo?

AGAMENÓN. Me imagino que habría caminado sobre bordados.

CLITEMESTRA. No sientas vergüenza, pues, ante la censura humana.

79. Clitemestra.

AGAMENÓN. Mas el rumor propalado por el pueblo tiene gran fuerza.

CLITEMESTRA. Sí, mas el que está libre de envidia no es envidiable.

AGAMENÓN. No es propio de una mujer apetecer pelea.

CLITEMESTRA. Mas a los dichosos les conviene también dejarse vencer.

AGAMENÓN. ¿En tanto estimas la victoria en esta contienda?

CLITEMESTRA. ¡Hazme caso! Saldrás ganando si cedes ante mí de buen grado.

AGAMENÓN. Mas si es ésta tu opinión, que alguien desate rápido las botas, calzado esclavo de mi pie, y que, al pisar estos tejidos purpúreos, ninguno de los dioses me lance desde lejos la envidia de su mirada. Pues gran vergüenza me causa arruinar la casa destrozando con los pies riqueza y tejidos comprados con plata.
Mas basta de esto. A la extranjera[80] con bondad conducidla dentro: la divinidad contempla bondadosamente desde lejos al que gobierna con dulzura. Pues nadie voluntariamente se somete al yugo servil. Mas ella, flor escogida entre muchas riquezas, me ha venido acompañando como regalo del ejército. Mas ya que me siento forzado a atender tu petición, voy a entrar en las estancias de palacio pisando púrpura.

CLITEMESTRA. Hay un mar –¿quién lo agotará?– que nutre el costoso jugo siempre renovado de la abundante púrpura, tintura de los vestidos. Con ayuda de los dioses es posible, soberano, tener recursos de ello. No sabe esta casa ser pobre. Habría hecho votos de hollar muchos tejidos si en los oráculos se hubiera mandado esto a nuestra casa, cuando tramaba el rescate de tu vida.

80. Casandra.

Pues mientras haya raíz, el follaje llega hasta la casa, extendiendo su sombra contra la canícula. También, al llegar tú al hogar familiar, estás significando con tu llegada calor en invierno, y cuando Zeus produce el vino de la uva amarga, entonces ya hay frescor en casa si el varón maduro recorre la casa.
¡Oh Zeus, Zeus cumplidor, cumple mis súplicas y pon interés en lo que precisamente vayas a cumplir!

(CLITEMESTRA *y* AGAMENÓN *entran en palacio.)*

CORO.

Estrofa 1

¿Por qué tenazmente revolotea este temor dominando mi agorero corazón y, sin ser encargado y sin salario, mi canto vaticina, y ni el escupirlo fuera como sueños ininterpretables hace tomar asiento en el querido trono de mi mente confianza persuasiva? †Ha pasado tiempo desde que atracaron las popas en la arena, cuando al pie de Troya se lanzó la expedición naval.†

Antistrofa 1

Sé por mis ojos de su regreso, pues soy testigo ocular. Mas sin lira entona un treno de la Erinis, sin ser enseñado, desde dentro, mi corazón, pues ya no posee la firmeza querida de la esperanza. En absoluto dicen necedades mis entrañas, mi corazón que da vueltas en mi interior, amante de justicia, con giros que se cumplen. Ruego que fuera de mi esperanza, como mentiras, caigan allí donde no se cumplan.

Estrofa 2

En verdad †de la mucha salud es insaciable el límite <...>†. Pues la enfermedad, vecina de pared contigua, se le echa encima. Y el destino del hombre, cuando va por camino derecho, <...> choca contra invisible escollo. Y si una parte, en defensa de los bienes que se poseen, el temor arroja con un disparo de honda bien medido, no se hunde la casa entera, por rebosar de abundancia en exceso, ni se va al fondo el navío. Los dones numerosos y abundantes procedentes de Zeus y de los surcos anuales matan la plaga del hambre.

Antistrofa 2

Mas, aunque caiga a tierra una sola vez, delante de un hombre, la negra sangre de una muerte, ¿quién podría de nuevo evocarla con conjuros? ¡Ni siquiera a quien era diestro en hacer volver de entre los muertos[81] *lo atajó sin daño Zeus! Si un destino dispuesto por los dioses no me impidiera que otro destino llevara mayor parte, mi corazón, adelantándose a mi lengua, haría salir estas cosas*[82] *fuera. Mas ahora, bajo las tinieblas, ruge doliente y sin esperanza de que vaya a devanar nunca nada oportuno, mientras mi mente se abrasa.*

CLITEMESTRA. Entra dentro también tú, a Casandra[83] me refiero, puesto que Zeus ha dispuesto sin cólera que tú participes de las abluciones en palacio, cuando estés en

81. Asclepio, hijo de Apolo, quien tenía esa habilidad, que ejercitó sobre Hipólito, por lo cual fue fulminado por Zeus.
82. Sentimientos, temores, angustias.
83. Hija de Príamo, princesa troyana, dotada con el don profético, aunque nunca creída, que fue llevada al palacio de Agamenón como botín de guerra.

pie entre muchas esclavas cerca del altar doméstico. ¡Desciende de ese carro y no seas orgullosa! Pues incluso se asegura que el hijo de Alcmena[84] en una ocasión, una vez vendido, soportó probar el pan de la esclavitud. Si la necesidad, pues, te hace partícipe de esta suerte, mucha será tu gratitud por unos dueños de rancia riqueza[85]. Mas quienes sin esperarlo han tenido una buena cosecha son crueles con sus siervos <...>, incluso fuera de toda medida tienes de nuestra parte lo que precisamente es costumbre.

CORIFEO[86]. Acaba de decirte palabras claras. Y ya que estás atrapada en fatales redes, obedece si es que vas a obedecer, mas quizás no lo hagas.

CLITEMESTRA. No obstante, si no posee, como la golondrina, una lengua bárbara desconocida, la voy a intentar persuadir con palabras que lleguen al fondo de su mente.

CORIFEO[87]. ¡Síguela! Te dice lo mejor en las presentes circunstancias. Obedece y abandona el asiento del carro.

CLITEMESTRA. No tengo tiempo que perder †ante esta puerta†, pues en el hogar central[88] están en pie ya los rebaños para el sacrificio, <...>, gracia esta que nunca esperé obtener. Mas tú si vas a hacer algo de esto, no te demores. Mas si, por incomprensibles, no captas mis palabras, tú, en vez de con la voz, exprésate con tu bárbara mano.

CORIFEO. La extranjera parece precisar de agudo intérprete. Su actitud es como la de una fiera recién cazada.

84. Heracles, para purificarse de una muerte y por orden de un oráculo, fue vendido como esclavo a la reina Ónfale de Lidia.
85. Opuestos a los «nuevos ricos».
86. Se dirige a Casandra.
87. A Casandra.
88. Ya en Micenas en el centro del *mégaron*, del salón principal, estaba el hogar.

Clitemestra. Loca está sin duda y atiende a malos pensamientos, ella que llega aquí tras abandonar una ciudad recién conquistada, y no sabe soportar el freno antes de haber escupido la sangrienta espuma de su cólera. ¡Ciertamente no me rebajaré derrochando más palabras!

Corifeo. Yo, en cambio, pues la compadezco, no me voy a irritar. Ve, desdichada, abandonando el carro. Cediendo a esta necesidad, inaugura el yugo.

Estrofa 1

Casandra. *¡Ay, ay! ¡Horror! ¡Apolo, Apolo!*

Corifeo. ¿Qué lamentos son estos en torno a Loxias? No es de tal condición como para participar de los trenos.

Antistrofa 1

Casandra. *¡Ay, ay! ¡Horror! ¡Apolo, Apolo!*

Corifeo. De nuevo ella, lamentándose, invoca al dios, a quien no conviene en absoluto acudir entre gemidos.

Estrofa 2

Casandra. *¡Apolo, Apolo! ¡Dios de los caminos, Apolo mío! Me has perdido, sin dificultad, por segunda vez.*

Corifeo. Parece que vaticina sus propios males. Lo divino permanece aun en una mente esclava.

Antistrofa 2

Casandra. *¡Apolo, Apolo! ¡Dios de los caminos, Apolo mío! ¿Adónde me has traído? ¿A qué casa?*

Corifeo. A la de los Atridas. Si tú no te has percatado de ello, yo te lo digo, y no dirás que esto es mentira.

Estrofa 3

Casandra. *¡Ah, ah! Casa que odia a los dioses, testigo de numerosos crímenes familiares †y de sogas†, matadero de hombres y †solar bañado en sangre†.*

Corifeo. Parece que la extranjera tiene buen olfato, como un perro, sigue las huellas de asesinatos que acabará encontrando.

Antistrofa 3

Casandra. *En estos testimonios creo: esas criaturas que lloran su degüello, sus carnes asadas devoradas por un padre*[89].

Corifeo. Ciertamente estamos informados de tu fama adivinatoria, mas no buscamos ningún profeta.

Estrofa 4

Casandra. *¡Ay, ay! ¿Qué está tramando? ¿Qué nuevo dolor es éste? ¡Grande, grande mal se está tramando en esta casa, insoportable para los amigos, incurable, y el auxilio*[90] *está ausente lejos!*

Corifeo. Ignorante soy de estos vaticinios, mas aquello[91] lo sé, toda la ciudad lo dice a gritos.

Antistrofa 4

Casandra. *¡Ay, desdichada! ¿Vas, pues, a llevarlo a cabo? A tu esposo, a tu compañero de lecho, lavándolo en el*

89. Se hace referencia al célebre banquete que Atreo sirvió a su hermano Tiestes con manjares que verdaderamente eran los hijos de Tiestes.
90. ¿Menelao u Orestes? Creemos que se refiere al segundo.
91. El episodio de Atreo y Tiestes, el banquete.

baño..., ¿cómo diré el final? Esto será rápido: una mano tras otra en su busca avanzan.

CORIFEO. No lo comprendo de ninguna manera. Tras los enigmas, en efecto, me siento perplejo ante estos oscuros oráculos.

Estrofa 5

CASANDRA. *¡Ay, ay! ¡Ay, ay!, ¿qué es esto que se muestra? ¿Acaso una red de Hades? Mas la trampa es la compañera de lecho, la culpable del crimen. ¡Que Discordia insaciable para esta raza lance su grito por un sacrificio digno de lapidación[92]!*

CORIFEO. ¿Qué Erinis es esa a la que invoca para gritar en palacio? Sus palabras no me regocijan. Hacia mi corazón corre una gota azafranada, como la que en los caídos por lanza acompaña en su final a los rayos de una vida en su ocaso, mas rápida es la ruina[93].

Antistrofa 5

CASANDRA. *¡Ah, ah! ¡Mira, mira! Aparta al toro de la vaca. Cogiéndolo entre sus ropas con el artificio de sus negros cuernos lo golpea y cae en baño rebosante de agua. Te estoy refiriendo el caso de un asesino baño traicionero.*

CORIFEO. *No me jactaría de ser eminente entendedor de oráculos, mas esto lo comparo a una desgracia. Pero ¿qué buena nueva se envía a los mortales a partir de los oráculos? A fuerza de desgracias las parleras artes proféticas llegan a inspirar terror.*

92. Suplicio reservado a los grandes crímenes, pues el simple contacto incluso mancha a los verdugos.

93. Este barroco texto expresa simplemente la palidez bien sea por la muerte o por el terror, caso del coro.

Estrofa 6

CASANDRA. *¡Ay, ay, destino malhadado de una desdichada! Grito mi sufrimiento vertiéndolo encima del tuyo[94]. ¿Adónde me trajiste a mí desdichada? Si no fue a morir con otro, ¿a qué pues?*

CORIFEO. *Eres una demente, una posesa, y por ti misma gritas un desentonado canto, cual el rubio ruiseñor, insaciable de canto, ¡ay!, con mente que mueve a compasión gorjea «Itis, Itis[95]» lamentando una vida floreciente en desgracias.*

Antistrofa 6

CASANDRA. *¡Ay, ay, destino del sonoro ruiseñor! Los dioses lo revistieron de alado cuerpo y de una dulce existencia sin lágrimas. A mí, en cambio, me aguarda incisión con arma de doble filo[96].*

CORIFEO. *¿De dónde tienes esas violentas, posesas y vanas aflicciones, y cantas esos horrores con gritos siniestros y, a la vez, con agudos tonos? ¿Dónde tienes los ominosos límites de tu sendero profético?*

94. Del de Agamenón. Mantenemos la lectura de los códices y no podemos adoptar la lectura elegida por West a propuesta de Headlam.

95. Hijo de Tereo, rey de Tracia, y Procne, hija del rey de Atenas Pandión. Tereo viola a su cuñada Filomela y para que Procne no se entere le corta la lengua a Filomela. Pero Filomela se las ingenia para bordar sus desgracias en una tela, de forma que Procne, informada, decide castigar a Tereo e inmola a su hijo Itis. Mandó cocerlo y sirvió su carne a Tereo, sin él saberlo, y luego huyeron ambas hermanas, Filomela y Procne. Tereo las persigue y les da alcance en Dáulide (Fócide), siendo salvadas por los dioses, que las transforman en aves, a Procne en ruiseñor, que se lamenta continuamente por su hijo Itis, y a Filomela en golondrina, mientras que Tereo es transformado en abubilla. Existen otras versiones de la leyenda en que se invierten los papeles de las hermanas y es Filomela la transformada en ruiseñor.

96. El arma utilizada por Clitemestra no es un hacha sino una espada.

Estrofa 7

CASANDRA. *¡Ay, bodas, bodas de Paris, perniciosas para los suyos! ¡Ay, agua patria del Escamandro! En tiempos en tus riberas, desventurada, crecí con tus cuidados. Ahora, en cambio, en torno al Cocito y a las orillas del Aqueronte*[97] *voy a vaticinar pronto.*

CORIFEO. *¿Qué palabras son esas, claras en exceso, que has pronunciado? Un recién nacido al oírlas las comprendería. Golpeado soy por mordedura mortal, cuando cantas por tu dolorosa suerte esas quejumbrosas desgracias, que me hiere oír.*

Antistrofa 7

CASANDRA. *¡Ay, penas, penas de mi ciudad destruida del todo! ¡Ay, sacrificios ante las torres de mi padre, pródigos en ganado pacedor de hierba! Ningún remedio fue suficiente para que la ciudad no sufriera como debía. Mas yo, de espíritu ardiente, pronto caeré en el Hades.*

CORIFEO. *Esto que has dicho concuerda con lo precedente. Un demon, pesado sobremanera, cayéndote encima hace que tú pienses mal, que cantes lastimeros padecimientos portadores de muerte. Su fin carezco de medios de saberlo.*

CASANDRA. Pues bien, mi oráculo ya no mirará desde detrás de un velo, como doncella recién desposada. Me parece que radiante con su soplo se lanzará hacia el orto del sol, como para que, como el oleaje, impulse hasta sus rayos una calamidad mucho mayor que ésta. Ya no te voy a instruir por medio de enigmas.

97. Ríos del mundo inferior, que las almas deben cruzar para llegar al Hades.

Sed testigos, como si fuerais compañeros de mi carrera, de que sigo con el olfato el rastro de maldades antaño cometidas.

Este palacio no lo abandona nunca un coro concorde, mas no de dulce voz, pues sus palabras no son buenas. En verdad, tras beber sangre humana, como para ser más audaz, permanece en la casa la tropa, imposible de echar fuera, de las Erinias consanguíneas. Y asentadas en esta casa entonan un himno a la prístina ceguera[98] y alternativamente escupen el lecho del hermano, hostiles a quien lo holló[99].

¿He errado o acierto algún blanco como un arquero?, ¿o soy una falsa adivina, una charlatana que va de puerta en puerta? Testifica, tras jurar previamente, que yo conozco los yerros de esta casa antiguos †por la fama†.

CORIFEO. Y ¿cómo la traba de un juramento, aunque trabado noblemente, podría resultar curativa? Mas me admiro que tú, criada allende el mar, aciertes al hablar de una ciudad extraña como si hubieras estado presente.

CASANDRA. Apolo, el adivino, me encargó este menester.

CORIFEO. ¿Acaso, aun siendo dios, herido de deseo amoroso?

CASANDRA. Antes tenía yo pudor de hablar de eso.

CORIFEO. Todo el mundo se hace delicado cuando van bien las cosas.

CASANDRA. Mas fue un tenaz luchador que insufló su gracia en mí.

CORIFEO. ¿Llegasteis a engendrar hijos, como es costumbre?

CASANDRA. Después de haber asentido, engañé a Loxias.

CORIFEO. ¿Ya estabas cautiva de las artes de la divina posesión?

98. El crimen originario es el asesinato de los hijos de Tiestes a manos de su hermano Atreo.
99. El lecho es el de Atreo, que fue mancillado por su hermano Tiestes al cometer adulterio con la esposa de éste, Aérope.

Casandra. Ya vaticinaba a mis conciudadanos todas sus penalidades.

Corifeo. ¿Cómo quedaste indemne de la ira de Loxias?

Casandra. No convencía a nadie de nada desde que cometí esta falta.

Corifeo. A nosotros, al menos, nos parece que haces vaticinios dignos de crédito.

Casandra. ¡Ay, ay! ¡Oh, oh desventuras! De nuevo el terrible esfuerzo de la recta adivinación me agita turbándome con sus preludios <siniestros>[100]. ¿Estáis viendo a estos jóvenes sentados delante de palacio, semejantes a las formas de los sueños? Unos niños muertos, como a manos de enemigos[101], con las manos llenas de carne, alimento familiar, se les ve llevando las entrañas con los intestinos –carga lamentable– de las que un padre degustó. Por ello afirmo que alguien está cavilando venganza, un león cobarde[102] que se revuelca en el lecho, guardián de la casa, ¡ay de mí!, contra mi amo que ha vuelto, {pues debo soportar el yugo de esclava}. El comandante de las naves y destructor de Ilión va a lograr ruina secreta con funesta fortuna. No sabe cómo muerde la lengua de una perra odiosa, tras lamerle y enderezar festiva las orejas. ¡Qué audacia: la hembra es la asesina del macho!, ¿qué nombre de monstruo odioso por ventura le daría? ¿Un anfisbena[103] o una Escila[104] que

100. Ante la forma claramente corrupta que presentan los manuscritos y el texto, en consecuencia, editado por West, optamos por la conjetura de Hermann *dysphroimíois*.

101. Traducimos según West, aunque consideramos innecesaria su corrección y habría que mantener el artículo y no el adverbio de negación, con lo cual la traducción sería «como a manos de los suyos».

102. Egisto.

103. Reptil mítico con cabeza en ambos extremos.

104. Monstruo marino del estrecho de Mesina. Una mujer cuyo cuerpo, en su parte inferior, está rodeado de perros que devoran cuanto está a su alcance. Famoso es su episodio con Ulises en el canto XII de la *Odisea*.

habita en las rocas, ruina de navegantes, o enfurecida madre de Hades que respira guerra para los suyos sin tregua? Mas... ¡cómo lanzó su grito de alegría la muy osada, como en el triunfo de la batalla! ¡Y parece alegrarse del regreso salvador! Y me es igual si no consigo convenceros de nada de esto. ¿Y qué? El futuro llegará, y tú, que estás presente, pronto dirás, lamentándote, que yo fui adivina, en exceso, de verdades.

Corifeo. El banquete de Tiestes con las carnes filiales lo he comprendido y me aterra, y el terror se apodera de mí al oírte cosas que verdaderamente no son en absoluto simples imágenes. En cuanto a lo demás que he escuchado, tras caerme, corro fuera de la pista[105].

Casandra. Te aseguro que tú vas a ver la muerte de Agamenón.

Corifeo. ¡Nada de malos augurios, desdichada, refrena tu boca!

Casandra. Mas Peón[106] no preside mis palabras.

Corifeo. No, si es que va a suceder; mas... ¡ojalá no suceda en forma alguna!

Casandra. Mientras tú haces tus súplicas, otros se ocupan de matar.

Corifeo. ¿Qué hombre está preparando esta aflicción?

Casandra. ¡Cuán lejos de mis oráculos te has extraviado!

Corifeo. No he comprendido los medios de quien lo va a llevar a cabo.

Casandra. Pues yo en verdad harto conozco la lengua griega.

Corifeo. También los oráculos píticos[107], y, sin embargo, son difíciles de comprender.

105. Como un atleta. Esto es, no lo entiendo, no puedo seguir hasta la meta y comprenderlo.

106. Epíteto de Apolo, «sanador».

107. Delfos.

CASANDRA. ¡Ay, ay! ¡Qué fuego! ¡Se me echa encima! ¡Ay, ay, Apolo Licio, ay de mí, ay de mí! Esta leona de dos pies, que se acuesta con el lobo, en ausencia de su noble león, me dará muerte a mí, desdichada. Como quien prepara un veneno, también añadirá a su poción mi salario[108]. Se jacta, mientras afila el cuchillo contra su marido, de que le hará pagar con su muerte mi venida. ¿Por qué tengo estos ornamentos, escarnios para mí, este cetro e ínfulas mánticas en torno al cuello? A ti[109] te destrozaré antes de mi muerte. ¡Tirados, id a la destrucción! Yo también os seguiré. ¡Haced rica en ruina a alguna otra en mi lugar! ¡Mira, Apolo mismo es el que me está despojando de esta vestimenta de adivina! Y, aunque me ha visto incluso con estos ornamentos, gran escarnio a cargo de amigos y enemigos no de manera incierta, ya que en vano <profetizaba vaticinios fidedignos, en absoluto le ha bastado>, sino que he soportado que me insultasen, como a una vagabunda mendiga, llamándome pobre, desgraciada, muerta de hambre. Y ahora el adivino[110], que me ha hecho adivina, me ha conducido a tal suerte mortal, mas en lugar del altar paterno me aguarda un tajo aún caliente por la muerte cruenta del que ha sido herido. Sin embargo, sin honra, al menos, por parte de los dioses no vamos a morir, pues otro, a su vez, vendrá como vengador nuestro, un retoño matricida[111], vengador de su padre. Fugitivo, vagabundo, desterrado de esta tierra regresará para coronar esta ruina de los suyos. Lo traerá el cuerpo boca arriba del padre yacente. ¿Por qué entonces me lamento yo, digna de compasión, así? Una vez que en primer lugar he visto a la ciudad de Ilión terminar como ha ter-

108. Esto es, mi muerte, que se añadirá a la de Agamenón.
109. Al cetro.
110. Apolo.
111. Orestes.

minado, y que quienes la tomaron han acabado así por decisión de los dioses, poniéndome en camino la afrontaré, soportaré la muerte. {En efecto, el solemne juramento está jurado por los dioses}. Yo saludo a estas puertas del Hades[112], suplico recibir un certero golpe, para que, sin convulsiones, cierre estos ojos, mientras fluye mi sangre con una buena muerte.

CORIFEO. ¡Oh, mujer muy desdichada, mas, a su vez, muy sabia, largo te has extendido! Si en verdad conoces tu propia muerte, ¿cómo, a manera de vaca guiada por un dios, caminas en dirección al altar tan valerosamente?

CASANDRA. No hay escapatoria, extranjeros, no por más tiempo.

CORIFEO. Mas el último momento es el más preciado.

CASANDRA. Ha llegado el día. Poco gano con la huida.

CORIFEO. Pues sábete que eres valiente, de mente audaz.

CASANDRA. Ningún hombre feliz escucha estas cosas.

CORIFEO. Mas morir gloriosamente es gracia para el mortal.

CASANDRA. ¡Ay de ti, padre, y de tus nobles hijos! Mas me marcharé para lamentar en palacio mi destino y el de Agamenón. ¡Basta de vida! ¡Ay, extranjeros!

CORIFEO. ¿Qué sucede? ¿Qué miedo te hace volverte atrás?

CASANDRA. ¡Ay, ay!

CORIFEO. ¿Por qué esos ayes? A no ser que sea horror de tu mente.

CASANDRA. El palacio respira muerte que gotea sangre.

CORIFEO. ¿Y cómo no? Éste es el olor de las víctimas del hogar.

112. Las puertas del palacio, representadas en la escena, son para ella símbolos del Hades.

CASANDRA. Semejante exhalación es como la que sale de una tumba.

CORIFEO. No te estás refiriendo al perfume sirio, esplendor para las casas.

CASANDRA. En verdad no estoy consternada de terror de forma distinta a un ave ante una mata. Sedme testigos de ello una vez muerta, cuando una mujer muera en lugar de otra mujer, de mí, y un hombre malcasado caiga en lugar de otro hombre. Os solicito este don de hospitalidad como quien va a morir.

CORIFEO. ¡Oh desdichada, te compadezco por tu destino vaticinado por los dioses!

CASANDRA. Una vez sola todavía quiero decir unas palabras o mi propio treno. Ruego a la última luz del sol, a los vengadores de mi dueño que mis enemigos paguen igualmente mi muerte, la de una esclava muerta, fácil presa.
¡Ay, las cosas humanas! Cuando van bien, una sombra podría darles la vuelta. Y si van mal, una esponja empapada con sus roces destruye el dibujo. Compadezco mucho más esto que aquello.

CORO. *La prosperidad es por naturaleza insaciable para todos los mortales, nadie, renunciando, la excluye de palacios señalados con el dedo, gritándole «no entres más». También a éste otorgaron los bienaventurados tomar la ciudad de Príamo y regresa al hogar honrado por los dioses. Mas si ahora va a pagar por la sangre de los anteriores y muriendo a causa de los que han muerto*[113] *cumple expiación por otras muertes, ¿quién de los mortales podría jactarse, al oír esto, de haber nacido con un destino libre de males?*

AGAMENÓN. ¡Ay de mí, herido soy con certero †golpe en mis entrañas†.

113. Ifigenia y las muertes acaecidas desde Atreo.

CORIFEO. ¡Silencio! ¿Quién grita lo de *golpe,* como si estuviera herido certeramente?

AGAMENÓN. ¡Ay de mí, de nuevo, soy herido por un segundo golpe!

CORO[114]. Me parece que, a juzgar por las lamentaciones del rey, el hecho ya ha sido consumado. Mas deliberemos a ver si <adoptamos> resoluciones firmes.
Yo os digo mi opinión: pregonar a los ciudadanos que acudan aquí, al palacio.
–Mi opinión es que irrumpamos dentro lo más rápido posible y probemos el hecho con la espada aún goteante.
–También yo comparto esa idea y voto que hagamos algo. Es el momento de no retrasarse.
–Se puede ver, pues su preludio es como si se prepararan signos de tiranía para la ciudad.
–En efecto, nos estamos retrasando, mientras que ellos, pisoteando por tierra la gloria de la dilación, no dejan dormir su mano[115].
–No sé qué decisión manifestar para acertar. De quien actúa es propio también deliberar.
–También yo estoy así, pues no veo el medio de resucitar con palabras al muerto.
–¿Acaso, por prolongar la vida, cederemos así ante estos jefes que han deshonrado el palacio?
–Mas no es soportable, vale más morir, pues es un destino más dulce que la tiranía.
–¿Acaso por pruebas basadas en lamentaciones vamos a vaticinar que nuestro señor ha perecido?
–Preciso es hablar de ello cuando lo sepamos con claridad, pues el conjeturar es distinto del saber con claridad.

114. Escindido en doce voces.
115. Expresión un tanto barroca para expresar que mientras el coro duda, Clitemestra y Egisto están prestos para la acción.

–Me sumo a esta opinión alabada por todos, saber claramente cómo está el Atrida.

CLITEMESTRA[116]. No voy a avergonzarme de decir cosas opuestas a las muchas dichas antes de acuerdo con las circunstancias. Pues ¿cómo alguien, que prepara acciones enemigas contra enemigos, que parecen ser amigos, podría tender redes de perdición a una altura superior al salto? Este certamen, no olvidado †desde antiguo, de añeja victoria† ha llegado, si bien al cabo del tiempo.
Estoy de pie, donde he herido, sobre los hechos consumados. Así obré y ello no voy a negarlo, de forma que ni huyera ni evitara la muerte. Alrededor le echo una red sin salida, como de peces, la pérfida riqueza de un vestido. Le hiero dos veces y con dos gemidos aflojó sus miembros. Y, ya caído, le asesto un tercero, gracia debida a Zeus Subterráneo, salvador de cadáveres. Así deja salir su vida †cayendo†, y, al exhalar degüello violento de sangre, me alcanza con llovizna oscura de rocío sangriento, mientras me alegraba no menos que la mies con la lluvia otorgada por Zeus en los dolores de parto de la vaina. Y si fuera posible, como para verter, entre las cosas convenientes[117], libaciones sobre un cadáver, ello sería de justicia, más que de justicia. Éste, tras haber llenado en su casa tamaña crátera de maldades execrables, él mismo, a su vuelta, se la ha apurado. Así están las cosas, ancianos de Argos aquí presentes. Alegraos, si es que vais a alegraros, yo me glorío.

116. En el momento en que el coro se dirige a la puerta de palacio, ésta se abre y deja ver los cadáveres de Agamenón y Casandra y a Clitemestra triunfante.
117. Traducimos siguiendo el texto de West, aunque hubiésemos preferido la forma adverbial.

CORIFEO. Admiración nos causa tu lengua, ¡qué lenguaraz, tú que te ufanas con tales palabras sobre tu marido!

CLITEMESTRA. Me estáis probando como a una mujer insensata, mientras que yo estoy hablando con corazón sereno a quienes saben. Por otra parte tanto si quieres alabarme o censurarme, me da igual. Éste es Agamenón, mi esposo, mas un cadáver, obra de esta mano diestra, justa artífice. Esto es así.

Estrofa 1

CORO. *¿Qué alimento dañino que la tierra cría, mujer, o bebida degustaste procedente del refluente mar como para echarte encima este sacrificio y las maldiciones de un pueblo? Lo has arrojado lejos, lo has troceado, mas serás sin patria, objeto de fuerte odio para los ciudadanos.*

CLITEMESTRA. Ahora me condenas al destierro de la ciudad y a soportar el odio de los ciudadanos y las maldiciones del pueblo, aunque entonces en nada te opusiste a este hombre, quien, sin más consideración, cual si la muerte de una res fuera, aun habiendo abundantes ovejas en sus lanudos rebaños, sacrificó a su propia hija, mi más querido parto, como conjuro de los vientos tracios. ¿No se debía haber desterrado a este hombre en pago por sus manchas? En cambio, como oyente de mis obras, eres juez severo. Y te digo que me lances tales amenazas de tal manera que, a sabiendas de que estoy preparada, de igual a igual, tomes el poder si me vences con tu mano. Mas si la divinidad determina lo contrario, conocerás, aun con tardío aprendizaje, la prudencia.

Antistrofa 1

CORIFEO. *Ambiciosa eres y has hablado con palabras arrogantes. En verdad que tu mente está enloquecida por un*

destino que gotea sangre. En tus ojos brilla un reguero de sangre. En compensación, todavía te es preciso, privada de amigos, que pagues golpe por golpe.

CLITEMESTRA. Vas a oír esta sacra ley de mis juramentos: ¡por la Justicia, cumplida con mi hija, por la Ruina y la Erinis, en cuyo honor he degollado a éste, ningún barrunto de miedo va a pisar mi casa mientras Egisto siga encendiendo el fuego de mi hogar, si me es fiel como antaño! Pues éste es el escudo no pequeño de mi valor. Aquí yace el que mancilló a esta mujer, él deleite de las Criseidas[118] al pie de Ilión, y ésta es su esclava, su adivina y compañera de lecho, su fiel concubina decidora de oráculos, conocedora por igual de los bancos de los marineros. Ambos han obtenido lo que se merecen: él así, ella, en cambio, yace tras haber entonado cual cisne su lamento postrero de muerte, ella, su amante, y a mí me ha reportado un condimento para sazonar mi lecho.

Estrofa 2

CORO. *¡Ay! ¡Qué muerte, en breve, no muy dolorosa, sin guardar cama, podría venir trayendo entre nosotros el sin fin sueño eterno, ya que ha sucumbido nuestro muy benevolente guardián, que tanto ha sufrido por culpa de una mujer y por otra mujer ha perdido la vida!*

Refrán 1

¡Ay, ay, loca Helena! Tú sola muchas, muchísimas vidas arruinaste al pie de Troya. Ahora te has ceñido una última corona inolvidable por sangre indeleble, aquella Discordia había entonces en palacio, miseria de un marido.

118. Criseida era hija del sacerdote de Apolo Crises, la cual formaba parte del botín de Agamenón, quien se negaba a devolverla al padre, razón por la que Apolo manda la peste al campamento aqueo, teniendo lugar la disputa por Briseida entre Agamenón y Aquiles, quien se retira del combate. Finalmente sería devuelta a su padre. Cf. El canto I de la *Ilíada*.

CLITEMESTRA. *No impreques para nada un destino de muerte abrumado por esto, y no vuelvas tu resentimiento contra Helena como destructora de hombres, en la idea de que ella sola, destruyendo las vidas de muchos hombres, causó un dolor irrestañable.*

Antistrofa 2

CORO. *¡Demon que caes sobre palacio y los gemelos Tantálidas*[119]*, y fortificas el poder de igual talante procedente de mujeres*[120]*, que muerde el corazón! Sobre el cadáver, cual cuervo odioso, en pie se jacta de cantar, fuera de tono, un himno* <...>[121].

CLITEMESTRA. *Ahora has enderezado la opinión de tu boca, al invocar al demon tres veces engordado de esta familia. Por éste se acrece †en el vientre† el deseo de lamer sangre. Antes de que cese la antigua aflicción, hay nuevo pus*[122].

Estrofa 3

CORO. *¡A qué gran demon †para esta casa† y de pesada cólera aludes –¡ay, ay, triste relato!– insaciable de infausta fortuna, ay, ay, por voluntad de Zeus, el responsable de todo y de todo causante! ¿Qué se cumple para los mortales sin Zeus? ¿Cuál de estos hechos no es decreto divino?*

119. Los Atridas. Tántalo era su bisabuelo.
120. Helena y Clitemestra, y quizás también la mujer de Atreo, todas ellas adúlteras.
121. Falta un bisílabo en el verso que según los editores debería ser «amargo» (Page) o «funesto» (Murray).
122. Esto es, desgracia tras desgracia.

Refrán 2

¡Ay, ay, rey, rey! ¿Cómo te lloraré? ¿Qué voy a decirte desde mi alma amiga? Yaces en una tela de araña exhalando tu vida con esta impía muerte, ¡ay de mí!, en ese lecho no libre, domeñado a mano por dolosa muerte con arma de dos filos.

CLITEMESTRA. *Tienes la presunción de que esto es obra mía, mas no digas que yo soy la esposa de Agamenón, sino que, bajo la apariencia de la mujer del cadáver, el viejo, el amargo Alástor*[123] *de Atreo, cruel anfitrión, le hizo pagar, sacrificando por los niños*[124] *a un adulto.*

Antistrofa 3

CORO. *¿De que eres inocente de este crimen quién será testigo? ¿Cómo, cómo? Mas el espíritu vengador de su padre podría ser tu cómplice: ejerce su violencia entre regueros consanguíneos de sangre el negro Ares hasta donde, avanzando, hará justicia por la sangre cuajada de unos niños devorados.*

Refrán 2

¡Ay, ay, rey, rey! ¿Cómo te lloraré? ¿Qué voy a decirte desde mi alma amiga? Yaces en una tela de araña exhalando tu vida con esta impía muerte, ¡ay de mí!, en ese lecho no libre, domeñado a mano por dolosa muerte con arma de dos filos.

CLITEMESTRA. *No creo que haya sido innoble la muerte de éste, <ni ha obtenido muerte dolosa de forma injusta>, pues ¿no implantó éste en la casa dolosa ruina?, a mi retoño, salido de él, a mi muy llorada †Ifigenia† <...>*[125]*. Si él ha hecho cosas dignas y cosas dignas ha sufrido, que no se vanaglorie de nada en el Hades, pues con una muerte a espada ha pagado lo que precisamente comenzó.*

123. «El que no olvida», el espíritu de la venganza, el genio vengador, del crimen de Atreo.
124. Los hijos de Tiestes.

Estrofa 4

CORO. *Privado de la solicitud habilidosa de mi mente, no sé adónde volverme mientras la casa se cae. Temo el golpe sangriento de lluvia, que sacude el palacio. Mas la llovizna cesa, y la Moira amola en otras amoladeras para la Justicia otra acción dañina.*

Refrán 3

¡Ay, tierra, tierra, ojalá me hubieras acogido antes de ver a éste ocupando una bañera de paredes de plata como cama! ¿Quién es el que le va a sepultar? ¿Quién va a ser el que va a cantar su treno? ¿Acaso tú te atreverás a hacerlo, tú que mataste a tu propio esposo, a llorarlo y a tributar ingrata gratitud injustamente a su alma a cambio de sus grandes hazañas? ¿Quién el elogio fúnebre se esforzará en emitir con lágrimas por un hombre divino con sinceridad de corazón?

CLITEMESTRA. *No te corresponde ocuparte de este cuidado. A nuestras manos cayó, murió y lo enterraremos no con los llantos de los de fuera*[126]*, sino que su hija Ifigenia, como debe ser, alegremente saliendo al encuentro de su*

125. West en el aparato crítico aboga por <sacrificó su padre>.
126. Ésta sería la traducción del término propuesto por West basándose en Auratus, que nos parece innecesario y que haría referencia a Orestes. Creemos que habría que mantener la lectura tradicional, en cuyo caso la traducción sería «de los de la casa».

padre al rápido vado del río de los dolores[127] *echándole alrededor sus brazos lo besará.*

Antistrofa 4

CORO. *Este ultraje llega a cambio de un ultraje, difícil combate es decidir. Arrebata a quien arrebata, paga el que mata. Mientras Zeus permanezca en su trono, permanece: «el que la hace la paga», pues es ley divina. ¿Quién podría expulsar de la casa la semilla maldita? La estirpe está soldada a la ruina.*

CLITEMESTRA. *Has entrado con verdad en este oráculo. Yo quiero, pues, concertando juramentos con el demon de los Plisténidas*[128]*, contentarme con ello, aunque sea duro de soportar, mas en el futuro, marchándose de esta casa, que desgaste otra familia con muertes domésticas. Y de los bienes con tener una pequeña parte me basta, si consigo arrancar de palacio la locura de mutuos homicidios.*

EGISTO. ¡Oh resplandor benévolo del día portador de justicia! Podría decir ya ahora que los dioses, vengadores de los mortales, vigilan desde arriba los dolores de la tierra, al ver a este hombre tendido entre los peplos bordados de las Erinias, en forma grata para mí, pagando las fechorías de la mano de su padre.

En efecto, Atreo, señor de esta tierra, padre de éste, a Tiestes, mi padre, para decirlo claramente, a su propio hermano, en disputa por el poder, lo desterró de la ciudad y de su casa. Y, cuando regresó como suplicante del hogar, el desdichado Tiestes encontró un destino seguro[129], no ensangrentar, muriendo él, el suelo patrio. Mas el impío padre de éste, Atreo, como presentes de hospitalidad, con más ardor que amistad, a mi padre, aparentando celebrar con alegría un día sacrificial, le ofreció un banquete de filiales carnes. Cortando los pies y los dedos de las manos los desmenuzó, †sentado aparte, en la cabecera de la mesa,† y tomando, en su ignorancia, las partes no distinguibles, las comió, bocado funesto, según ves, para su estirpe. Y luego, cuando comprendió que su acción era impía, rompió en gemidos, y cae hacia atrás, vomitando el degüello, e invocó sobre los Pelópidas[130] un destino insoportable, mientras daba un puntapié al banquete junto con esta imprecación: ¡así perezca toda la estirpe de Plístenes!

127. El Aqueronte, con cuyo nombre juega Esquilo.

128. Según una variante mítica, los usualmente conocidos como descendientes de Atreo, los Atridas, descendían de Plístenes, los Plisténidas, y no de Atreo.

A consecuencia de ello puedes ver a éste caído. Y yo soy el justo urdidor de esta muerte, pues, a mí, el decimotercer[131] hijo, junto con mi desdichado padre me desterró, cuando era aún un niño de pañales. Mas, ya crecido, la Justicia me hizo volver de nuevo, y he logrado dar alcance a este hombre, aun siendo un hombre de fuera, tramando toda la maquinación de la funesta resolución. Así es incluso hermosa en verdad la muerte para mí, pues he visto a éste en las redes de la Justicia.

CORIFEO. Egisto, no respeto a quien se insolenta en las desgracias. ¿Tú afirmas que voluntariamente has dado muerte a este hombre y que tú solo has planeado este deplorable crimen? Afirmo que en justicia tu cabeza no escapará –¡sábelo bien!– a las imprecaciones de lapidación arrojadas por el pueblo.

129. La no muerte de Tiestes, al regresar como suplicante, no mancha el suelo patrio, pero a cambio tendrá que soportar cosas incluso peores.

130. Los descendientes de Pélope, hijo de Tántalo y padre de Atreo y Tiestes.

131. La tradición mitográfica habla usualmente de tres hijos de Tiestes, por lo que algunos editores consideran corrupto el pasaje.

EGISTO. ¿Dices esto tú que te sientas en el último remo, cuando mandan los que están el puente de la nave? Sabrás, aun siendo viejo, cuán gravoso es para uno de tu edad aprender, cuando lo que se recomienda es la prudencia. Las cadenas y los tormentos del hambre son los más excelentes médicos inspirados de las mientes para enseñar incluso a la vejez. ¿No lo ves, pero si lo estás viendo? No cocees contra el aguijón, no sea que te hagas daño al golpear.

CORIFEO. ¡Mujer! ¿Tú, que te quedaste en casa aguardando a los que llegaban recientemente del combate, a la vez que mancillabas el lecho del esposo, has planeado esta muerte para el caudillo del ejército?

EGISTO. También estas palabras van a ser comienzo de llanto. Tienes una lengua opuesta a la de Orfeo: él lo arrastraba todo con el placer procedente de su canto, tú, en cambio, que me estás irritando con necios ladridos, serás arrastrado. Cuando te reduzca, te mostrarás más manso.

CORIFEO. ¡De forma que tú te me vas a convertir en tirano de los argivos, tú que, después de que planeaste la muerte contra éste, no te atreviste a ejecutar dicha acción con tu propia mano!

EGISTO. Sí, pues el engañarle era evidentemente propio de mujer, mientras que yo, viejo enemigo, era sospechoso. Mas con los bienes de éste intentaré dominar a los ciudadanos, y al que no obedezca lo unciré a pesado yugo. No será como un potro de tirantes[132], ahíto de cebada, sino que el hambre, odiosa compañera de la oscuridad, lo verá sumiso.

CORIFEO. ¿Por qué, pues, a este hombre, con tu alma perversa, no lo mataste tú mismo, sino que una mujer,

132. Es el que iba junto a la yunta que tiraba del carro, por lo que su trabajo era escaso.

mácula del país y de sus dioses locales, lo mató contigo? ¿Acaso en algún lugar ve Orestes la luz para que, retornando aquí, con suerte favorable llegue a ser poderoso matador de estos dos?

EGISTO. Mas ya que eres de la opinión de actuar y hablar así, pronto vas a aprender.

CORIFEO. ¡Ea, pues, compañeros de fila, ya no está lejos este nuestro trabajo!

EGISTO. ¡Ea, pues! ¡Que todos se dispongan a empuñar la espada!

CORIFEO. También yo la tengo empuñada y no rehúso morir.

EGISTO. Estás hablando a quienes aceptan que tú mueras. Elegimos esta suerte.

CLITEMESTRA. ¡En modo alguno, oh el más querido de los hombres, cometamos otros males! Pues incluso éstos ya son muchos para segar, ¡desdichada cosecha! Ya hay bastante daño, no nos provoquemos otras desgracias. ¡Marchaos, venerables ancianos, a vuestras casas, antes de sufrir cediendo a lo que está fijado: <...>[133] oportunidad! Hemos hecho lo que debíamos. Mas si hubiera un remedio de estas fatigas, lo aceptaríamos, pues hemos sido golpeados desdichadamente por la pesada pezuña de un demon. Así es la palabra de una mujer, por si alguien estima conocerla.

EGISTO. Pero... ¡que éstos abran contra mí la flor de una lengua tan estúpida y que lancen tales palabras tentando a la suerte! ¡Y que por yerro de un prudente juicio <injurien> al que manda!

CORIFEO. No sería propio de los argivos adular a un malvado.

EGISTO. Mas yo aún te perseguiré en días ulteriores.

133. West lo completa en el aparato crítico con <del destino no hay escapatoria, pues está ahí y aguarda su...>.

Corifeo. ¡No, si un demon guía recto a Orestes para que llegue aquí!

Egisto. Sé yo que los desterrados se alimentan de esperanzas.

Corifeo. ¡Continúa con tu éxito, engorda, mancillando la justicia, mientras puedas!

Egisto. Sabe bien que me pagarás esta locura.

Corifeo. ¡Ufánate sin miedo, como un gallo delante de su hembra!

Clitemestra. No te preocupes por estos inútiles ladridos. Tú y <yo>, como dueños de este palacio, lo dispondremos todo <bien>.

ORESTÍA (II)
COÉFOROS

Personajes del drama

ORESTES
PÍLADES
CORO DE ESCLAVAS
ELECTRA
SIRVIENTE
CLITEMESTRA
NODRIZA
EGISTO

La escena en Argos ante el palacio de los Atridas, con tres puertas, de las que una de las laterales conduce al gineceo. En el centro de la orchestra hay un túmulo que representa la tumba de Agamenón. Entran ORESTES *y* PÍLADES *por la izquierda, dirigiéndose al túmulo.* ORESTES *levanta las manos en actitud orante.*

ORESTES[1]. *(Fr. 1)* ¡Hermes infernal, tú que vigilas el poder paterno, sé mi salvador y aliado, te lo suplico. Pues acabo de volver a esta tierra y regreso del exilio, <...>
(Fr. 2) (queriendo vengar a su padre) <...>
(Fr. 3)... violentamente a manos de mujer con furtivos engaños <...>[2] pereció <...>
(Fr. 4) Sobre este terraplén de la tumba clamaré a mi padre que me escuche, que me atienda <...>

1. El comienzo de la obra es problemático, en tanto que es la única pieza de la trilogía que depende exclusivamente del códice Mediceo, que presenta al comienzo una laguna de unos treinta versos. La edición de West añade a las ediciones anteriores los fragmentos 2 y 6.
2. West en su aparato crítico aboga por <y sin gloria>.

(Fr. 5) <...>[3] este bucle a Ínaco[4] por su crianza, y este segundo en señal de duelo <...>
(Fr. 6) <en rocosa llanura> <...>
(Fr. 7) pues no estaba presente para llorar, padre, tu muerte ni extendí mi mano para el traslado de tu cadáver <...>
¿Qué cosa estoy viendo? ¿Qué grupo es ese de mujeres que avanza y que destaca con sus velos negros? ¿A qué infortunio podré asemejarlo? ¿Acaso habrá alcanzado a mi casa una nueva desventura? ¿O por ventura puedo suponer que éstas llevan libaciones a mi padre para apaciguar a los poderes infernales? No puede ser otra cosa. Incluso me parece, en efecto, que avanza mi hermana Electra que refleja una tristeza profunda. ¡Oh Zeus, concédeme que yo pueda vengar la muerte de mi padre, sé, de grado, aliado mío! ¡Pílades, quitémonos de en medio, para que sepa claramente qué es ese grupo de suplicantes!

(ORESTES *y* PÍLADES *se esconden. Un cortejo fúnebre, el coro, sale de palacio con* ELECTRA *al frente, cantando la párodos, y se dirigen hacia el túmulo.)*

<CORO.>

Estrofa 1

Vengo enviada de palacio acompañando las libaciones al son del golpe agudo de mi mano. Mi mejilla brilla enrojecida por los arañazos, por el surco recién cortado de mi uña (mi corazón se nutre de lamentos durante mi

3. West en su aparato crítico aboga por <ofrezco>.
4. Dios-río de Argos. Los jóvenes, dentro de los ritos de paso de la pubertad, ofrecían sus bucles.

vida), los jirones del vestido que destruyen el lino se rasgaron de dolor, los vestidos de peplos que cubren mi pecho han sido golpeados por desventuras que no mueven a risa.

Antistrofa 1

Pues claro, erizando los cabellos, {Febo} el adivino de sueños de esta casa, exhalando resentimiento desde el sueño, lanzó desde lo más profundo de palacio un grito terrorífico a altas horas de la noche, que pesado cayó sobre las estancias femeninas[5]*. Mas los intérpretes de estos sueños, poniendo como garantes a los dioses, proclamaron que quienes yacen bajo tierra acusan muy encolerizadamente y están airados contra quienes los mataron.*

Estrofa 2

Tal gracia, que no es gracia, exorcismo de males –¡oh madre Tierra!– con vivo deseo me envía a ofrecer esa impía mujer (temo proferir estas palabras): pues ¿qué recompensa hay para una sangre que ha caído ya a tierra? ¡Ay, hogar todo desgracia! ¡Ay, destrucción de esta casa! Sin sol, odiosas a los mortales, las tinieblas ocultan las moradas por las muertes de sus dueños.

Antistrofa 2

Su majestad invencible, indómita, incombatible, que antaño penetraba por oídos y mente del pueblo, ahora no existe, sino que hay miedo. El éxito, esto es entre los mor-

5. El sueño en cuestión afecta a Clitemestra, haciéndola gritar.

tales dios y más que dios. Mas la balanza de Justicia extiende su sombra[6] *rauda a unos en vida, otras veces {los dolores} que se demoran a la hora del crepúsculo aguardan para brotar, y a otros les alcanza una noche sin fin.*

Estrofa 3

A causa de la sangre bebida por la tierra nutricia, cuaja, sin fluir, la sangre vengadora. Destrucción dolorosa distrae al culpable <y> una poderosa enfermedad. {Para brotar y a éstos les alcanza una noche sin fin}.

Antistrofa 3

Para quien toca la habitación de una esposa no hay remedio, y aunque todos los ríos confluyeran en un solo cauce para purificar una mano manchada de crimen, en vano sería su curso.

Epodo

En cuanto a mí (ya que los dioses acarrearon desgracia a mi ciudad y me dieron un destino de esclava lejos de la casa paterna) he de aceptar lo justo y lo no justo que conviene a los que gobiernan mi vida, forzando mi mente, tengo que dominar el amargo odio. Y lloro detrás del velo por el destino vano de mis dueños, helada por ocultos dolores.

Electra. Esclavas, encargadas del buen orden del palacio, ya que estáis aquí como mis acompañantes en este

6. Seguimos la edición de West, aunque hubiéramos preferido la de los manuscritos («lanza sus miradas»).

rito de súplica, sed mis consejeras en esto. ¿Qué diré al verter estas libaciones funerarias? ¿Cómo decir palabras gratas? ¿Cómo dirigir la plegaria a mi padre? ¿Acaso diré que se las traigo al esposo querido de parte de la esposa querida, de mi madre? No tengo valor para ello, ni sé qué decir al verter esta ofrenda sobre la tumba de mi padre. ¿O digo estas palabras, como es costumbre entre los mortales: «a los que envían estas ofrendas que les corresponda a cambio iguales recompensas, un presente digno de sus bellas acciones»? ¿O en silencio, sin honra, como pereció mi padre, tras verter esto, líquido que bebe la tierra, me retiro, como quien arroja impurezas, lanzando hacia atrás la vasija sin volver la vista?[7] Sed, amigas, copartícipes de esta decisión, pues en palacio alimentamos un odio común. No lo ocultéis dentro del corazón por temor a alguien, pues lo que está destinado por el hado aguarda tanto al libre como al sometido a mano ajena. Puedes hablar si tienes algo mejor que decir.

Corifeo. Ya que respeto la tumba de tu padre, como si fuera un altar, te diré, pues me lo ordenas, lo que me dicta el corazón.

Electra. Puedes hablar de acuerdo con el respeto que te inspira la tumba de mi padre.

Corifeo. Mientras viertes las libaciones, pronuncia palabras propicias a favor de quienes te son leales.

Electra. ¿A quiénes de los míos puedo dar este nombre?

Corifeo. En primer lugar a ti misma y a todo aquel que odie a Egisto.

Electra. Entonces por ti y por mí haré estas súplicas.

7. Era costumbre en los ritos griegos enterrar o arrojar lejos, sin volver la vista, los restos o los objetos que habían servido para un rito de purificación.

Corifeo. Puesto que ya lo sabes, considéralo tú misma.

Electra. ¿A qué otro añadiré aún a este partido?

Corifeo. Acuérdate de Orestes, aunque esté ausente.

Electra. Bien está esto, y sobre todo me has aconsejado bien.

Corifeo. Acuérdate de los culpables del crimen.

Electra. ¿Qué diré? Siendo mi guía enseña a una inexperta.

Corifeo. Que venga sobre ellos un dios o un mortal.

Electra. ¿Te refieres acaso a un juez o a un vengador?

Corifeo. Di simplemente uno que vengue muerte por muerte.

Electra. ¿Y es piadoso pedir esto a los dioses?

Corifeo. ¿Cómo no va serlo devolver al enemigo mal por mal?

(Electra, *cogiendo la vasija, vierte las libaciones sobre la tumba.)*

Electra. <...> ¡Heraldo supremo de los de arriba y de los de abajo, <ayúdame>, Hermes subterráneo, proclamando en mi favor que escuchen mis plegarias las divinidades de bajo tierra, los protectores de la morada paterna, y la Tierra misma, que alumbra todos los seres y, tras criarlos, recibe de nuevo el germen fecundo de éstos. Y yo, mientras vierto estas libaciones †en favor de los mortales†[8], digo invocando a mi padre: «Compadécete de mí y de tu Orestes, enciende una luz en palacio. Pues ahora andamos errantes, vendidos por la que nos dio a luz, mientras que ella ha recibido a cambio a Egisto, el cual precisamente es cómplice de tu asesinato. Yo soy tratada como una esclava y Orestes, lejos de sus bienes, se encuentra desterrado, mientras que ellos, llenos de insolencia, se refocilan en grande con el fruto de tus esfuerzos. ¡Que vuelva aquí Orestes con buena fortuna, te lo suplico, escúchame tú, padre! Y en cuanto a mí concédeme que sea mucho más casta que mi madre y de mano más piadosa». Para nosotros estos ruegos, mientras que para los enemigos digo que aparezca un vengador tuyo, padre, y que los que te mataron mueran a su vez justamente. Esto intercalo en medio de †mi imprecación funesta†, profiriendo contra aquellos esta funesta imprecación: «¡Para nosotros sé conductor aquí arriba de los bienes junto con los dioses, la Tierra y Justicia que trae la victoria!».

Con tales súplicas derramo estas libaciones. Es costumbre que vosotras las coronéis con flores de lamentos, entonando el peán del muerto[9].

Coro. *Proferid un llanto resonante {de muerte} por nuestro señor muerto ante este baluarte de las buenas libaciones vertidas, mas de las malas disuasora polución abominable. ¡Escúchame, majestad! ¡Escúchame, señor, desde tu débil mente! ¡Ay, ay! ¡Ay! ¿Qué hombre de lanza poderosa <vendrá> como liberador de palacio, blandiendo entre sus manos un arco escita {hacia atrás tensado} en acción de Ares y blandiendo la espada por la misma empuñadura para combatir cuerpo a cuerpo?*

Electra. Mi padre ya tiene las libaciones que la tierra bebe. Mas... ¡participad de esta nueva noticia!

Corifeo. Puedes hablar, mi corazón me danza por el miedo.

Electra. Veo este rizo cortado sobre la tumba.

Corifeo. ¿De qué hombre o de qué muchacha de profunda cintura?

8. Quizás en este pasaje sería conveniente adoptar la variante crítica de «en honor de los muertos».

9. Oxímoron. Peán-júbilo y lamentos-tristeza. Júbilo por el futuro, la venganza; tristeza por el pasado, la muerte.

ELECTRA. Fácil es de adivinar esto para cualquiera.

CORIFEO. ¿Cómo yo, vieja, voy a aprender de una joven?

ELECTRA. No hay quien pueda habérselo cortado salvo yo misma.

CORIFEO. Sí, enemigos a quienes convenía mostrar su dolor con el cabello.

ELECTRA. Y realmente se puede ver que es muy semejante.

CORIFEO. ¿A qué cabellos? Eso quiero saber.

ELECTRA. A mi propio cabello se puede ver que es muy semejante.

CORIFEO. ¿Acaso fue ésta una ofrenda de Orestes en secreto?

ELECTRA. Sí, mucho se asemeja a sus rizos.

CORIFEO. ¿Y cómo aquél se atrevió a venir aquí?

ELECTRA. Ha enviado un mechón cortado en homenaje a su padre.

CORIFEO. No es menos lamentable esto que me dices, si jamás volverá a tocar esta tierra con su pie.

ELECTRA. También a mí me ha invadido mi corazón un oleaje de bilis[10], y fui herida como por un dardo de parte a parte. De mis ojos me caen sedientas gotas incontenibles de lluvia tempestuosa al ver este rizo. ¿Cómo esperar que otro ciudadano sea dueño de este rizo? Ni tampoco se lo cortó la que lo ha matado, mi madre, que alberga sentimientos en absoluto acordes con ese nombre, impíos, para con sus hijos. Mas ¿cómo puedo yo aceptar abiertamente que esta ofrenda es de Orestes, el más querido para mí de los mortales? Mas me dejo seducir por la esperanza. ¡Ay! ¡Ojalá tuviera una voz inteligible, como la de un mensajero, para no fluctuar yo entre dos pensamientos, sino que resultara bien claro que o bien este rizo he de desecharlo, si es que

10. La bilis, goteando en el corazón, para expresar la tristeza y la indignación, es una idea que en última instancia procede del campo de la medicina.

ha sido cortado de la cabeza de un enemigo, o bien, si es de un pariente, ha de compartir mi dolor, ser adorno de esta tumba y honor de mi padre! Pero invocamos a los dioses que saben en qué tempestades nos agitamos cual marinos. Mas, si hemos de alcanzar la salvación, de una pequeña semilla puede nacer un gran tronco. He aquí una segunda prueba, unas huellas †de pies, semejantes,† similares a los míos. Realmente hay dos clases de huellas de pies, la de él y lade un acompañante; <...>[11]. Los talones y las marcas de los tendones, si los medimos, coinciden exactamente con mis huellas. ¡Fuerte dolor me acude y pérdida del sentido!

ORESTES. Suplica que en el futuro tengas éxito, ya que estabas elevando a los dioses súplicas que se están cumpliendo.

ELECTRA. ¿Pues qué acabo de obtener por voluntad de los dioses?

ORESTES. Estás en presencia de aquellos por los que hace tiempo suplicabas.

ELECTRA. ¿Acaso sabes a cuál de los mortales yo llamaba?

ORESTES. Sé que es Orestes por quien sientes una gran admiración.

ELECTRA. ¿Y en qué he conseguido el cumplimiento de mis súplicas?

ORESTES. Ése soy yo. No busques otro más querido que yo.

ELECTRA. ¿No me estarás tramando un engaño, extranjero?

ORESTES. Entonces estaría urdiendo engaños contra mí mismo.

ELECTRA. ¿Es que quieres reírte de mis desgracias?

11. West se decide en el crítico correspondiente al verso 208 por <incluso una no es de mi familia, y la otra sí>.

Orestes. Entonces me estaría riendo de las mías, en el caso de que me riera de las tuyas.

Electra. ¿Me dirijo a ti en la idea de que eres Orestes?

<Orestes>. Aun viéndome en persona, tardas en reconocerme, mientras que cuando viste este mechón de mi pelo, señal de duelo, cobraste alas y creías verme, y cuando examinabas el rastro de mis huellas <...> de tu propio hermano de igual medida que el de tu cabeza. Aplicando el rizo de pelo donde fue cortado, observa. Mira esta túnica, obra de tu mano, las señales del bastidor y el bordado de animales. ¡Contente! No pierdas la cabeza de alegría, pues sé que los seres más queridos son nuestros acerbos enemigos.

Electra. ¡Oh el más querido objeto de desvelo para la casa de mi padre, llorada esperanza de semilla salvadora! ¡Oh gozoso semblante, que cumples para cuatro funciones![12] Forzoso es que me dirija a ti como padre, y hacia ti se inclina el afecto que tenía por mi madre –ella me resulta odiosa con toda justicia– y el que sentía por mi hermana[13] cruelmente sacrificada; y has sido el hermano fiel, el único que me aporta respeto. <Has regresado en verdad, y, presto>, fiado <en tu maduro> vigor, recuperarás el palacio de nuestro padre.

<Orestes>. ¡Que <sólo> Fuerza y Justicia con ayuda del tercer Zeus, el mayor de todos, nos asistan!

¡Zeus, Zeus, sé espectador de estos sucesos! ¡Mira las crías privadas del águila padre, muerto entre los nudos, entre los anillos de una terrible víbora! A los huérfanos los oprime el hambre, la falta de alimentos, pues no están maduros para aportar al nido la presa cobrada por su padre. Así, a mí y a ésta, a Electra me estoy refiriendo, te es posible vernos, crías privadas de su padre, expulsadas ambas por igual de su casa. Si destruyes a estas crías de un padre que te dedicaba profusamente sacrificios y honras, ¿de dónde obtendrás el homenaje de suntuosos festines de una mano semejante? Si destruyes la estirpe del águila, nunca más podrás enviar a los mortales signos fiables, y si este tronco real se seca del todo, no acudirá en ayuda de tus altares en los días de sacrificios de bueyes. ¡Cuídala, tú podrías elevar desde su pequeñez a la grandeza a esta casa, aunque ahora parezca completamente derrumbada!

Corifeo. ¡Muchachos, salvadores del hogar paterno, callaos, no sea que alguien se entere, hijos, y por el placer de hablar revele todo esto a los que mandan! ¡Ojalá los viera yo un día muertos entre la resina fundida de la llama!

Orestes. ¡No! Nunca me traicionará el poderoso oráculo de Loxias que me ordenaba afrontar este peligro pronunciándolo con abundantes gritos y anunciando desgracias escalofriantes que afectarían a mi cálido corazón, si no perseguía a los culpables de mi padre del mismo modo, diciéndome que cobrara muerte por muerte. De lo contrario, aseguraba que pagaría yo con mi propia vida, arrostrando numerosos males desagradables, enfurecido como un toro con castigos ruinosos. En efecto, habló, por un lado, revelando las iras de los poderes adversos[14] procedentes de la tierra para los mortales, y pasó revista a las enfermedades que se ceban en la carne, las lepras que devoran con feroces mandíbulas la antigua naturaleza, y las canas sienes que surgen por esta enfermedad. Por otro, me anunciaba otros ataques de las Erinias que tienen cumplimiento a raíz de la sangre paterna <...>[15], cuando viera brillante, su ceño

12. Orestes es para Electra padre, madre, hermano y hermana.
13. Ifigenia.

14. Se refiere a las Erinias, cuyos terribles castigos se enumeran a continuación.
15. West en el aparato crítico correspondiente aboga por <que perturbarían mi mente, los numerosos dolores que surgen en la noche>.

fruncido en la oscuridad. Pues el dardo tenebroso de los poderes subterráneos, procedente de los familiares muertos que claman venganza, la locura y el vano terror nocturno perturban, trastornan y destierran de la ciudad al cuerpo maltratado por látigo de bronce. Y con tales hombres no se puede compartir la crátera, ni libación amistosa. La ira del padre, aunque invisible, les aparta de los altares <y> no permite que nadie los reciba ni les dé cobijo, sino que deshonrados por todos y sin amigos perecen con el tiempo consumidos miserablemente por una muerte que todo lo destruye.

¿Acaso no debo dar crédito a tales oráculos? Y aunque no les diera crédito, debe llevarse a cabo la acción. Pues muchos deseos convergen en uno solo: los mandatos del dios y el gran dolor por mi padre, y además me abruma la falta de riqueza, el no consentir que los más ilustres ciudadanos de la tierra, que destruyeron Troya con espíritu glorioso, sean vasallos de dos mujeres[16]. Pues su espíritu es femenino, y si no, pronto se sabrá.

<CORO>[17]. *¡Ea, oh grandes Moiras! ¡Que por obra de Zeus se cumpla todo por la misma senda por donde se encamina la justicia! «¡Que palabras de odio se cumplan a cambio de palabras de odio!», dice a gritos Justicia haciendo pagar la deuda. ¡Golpe sangriento a cambio de golpe sangriento se pague! ¡«Que sufra el que lo hizo» dice a voces refrán tres veces viejo!*

16. Clitemestra y Egisto, de quien se hablaba en el *Agamenón* en estos términos.
17. Comienza el *kommós* o canto fúnebre, diálogo lírico entre el coro y los personajes, más complejo y famoso de la tragedia griega, compuesto por once pares estróficos entrelazados de suerte que forman seis tríadas y dos díadas.

Estrofa 1

<ORESTES>. *¡Oh padre, infeliz padre! ¿Qué podría yo por ventura decir o hacer desde lejos como para favorecerte donde te tiene el lecho? De la oscuridad es contraria la luz, e igualmente homenaje llaman a este planto glorioso para los Atridas antiguos dueños del palacio.*

Estrofa 2

<CORO>. *Hijo, al espíritu del muerto no lo domeña la poderosa mandíbula del fuego, sino que en el futuro muestra su cólera. Recibe lamentos el muerto y el vengador aparece. El lamento justo por padres y parientes le persigue cuando abundante por doquier es suscitado.*

Antistrofa 1

ELECTRA. *¡Escucha, padre, en mi turno, mi duelo abundante en lágrimas! Tus dos hijos en pie sobre la tumba entonan entre gemidos tu treno. Tu tumba nos acoge suplicantes y desterrados por igual. ¿Qué de estas cosas está bien y cuál sin males? ¿No es invencible ruina?*

CORO. *Pero aún estos llantos un dios, si quiere, los podría convertir en sonidos más armoniosos, y, en lugar de trenos sepulcrales, un peán en el palacio real podría acompañar al amigo que se nos acaba de unir.*

Estrofa 3

ORESTES. *¡Ojalá al pie de Ilión, padre, atravesado por la lanza de un licio hubieras muerto! Habiendo dejado fama gloriosa en palacio y habiendo fundado una vida atrayente en el sendero de tus hijos, tendrías un alto túmulo en tierra allende el mar, llevadero para casa.*

Antistrofa 2

CORO. *Como amigo entre amigos muertos gloriosamente allí bajo tierra brillarías, venerable soberano y ministro de los excelsos tiranos subterráneos. Pues, mientras vivías, fuiste rey †de los que cumplieron† el lote destinado con manos y cetro al que obedecen los mortales.*

Antistrofa 3

ELECTRA. *¡Tampoco, padre, al pie de los muros de Troya, muerto, debías ser enterrado junto a la corriente del Escamandro con otros guerreros abatidos por la lanza! Antes los que te mataron debían haber muerto así, para que cualquiera en adelante conociera el destino portador de muerte <de nuestros enemigos>*[18]*, sin experimentar estos sufrimientos.*

<CORO>. *Eso que dices, hija, es superior al oro, más importante que una gran e hiperbórea*[19] *suerte. ¡Puedes decirlo! Mas me llega el chasquido de este doble látigo: de un lado nuestros defensores están ya bajo tierra, y de otro las manos de los que mandan no están limpias, de estos odiosos <...>*[20]*, y lo es más aún para los hijos.*

Estrofa 4

<ORESTES>. *Esto atraviesa mis oídos como una saeta. ¡Oh Zeus, Zeus, que haces venir desde abajo ruina que castiga tarde a la mano audaz y perversa de los mortales! ¡Sobre los padres igualmente se cumple!*

18. Se refiere a Egisto.
19. Los hiperbóreos tenían fama de felicidad y buena fortuna.
20. West en el aparato crítico aboga por un «Ah, <principios> de estas odiosas <aflicciones y oprobio para un padre>».

Estrofa 5

<CORO>. *¡Ojalá pueda cantar el grito †penetrante† de victoria por un hombre herido de muerte y por una mujer fenecida también! ¿Por qué oculto lo que, no obstante, revolotea delante de mis entrañas –desde la proa de mi corazón sopla violenta ira– rencoroso odio?*

Antistrofa 4

<ELECTRA>. *¿Cuándo, por fin, el exuberante Zeus lanzará su mano sobre ellos, ¡ay, ay!, cortando sus cabezas? ¡Que vuelva la confianza a nuestra tierra! Justicia a cambio de injusticia pido. ¡Escuchadme, Tierra y poderes subterráneos!*

<CORO>. *Mas ley es que las gotas de sangre vertidas a tierra reclamen otra sangre. Pues el homicidio llama a voces a la Erinis, quien acumula otra ruina sobre la ruina de los antaño fallecidos.*

Estrofa 6

ORESTES. *¡Ay, poderes soberanos del mundo subterráneo! ¡Ved, Maldiciones muy poderosas †de los muertos†! ¡Ved lo que queda de los Atridas, sin medios, y privados sin honor de su morada! ¿Adónde podría volverse uno, Zeus?*

Antistrofa 5

<CORO>. *De nuevo mi corazón se sobresalta al escuchar este lamento. Entonces desesperada estoy y mis entrañas ennegrecen cuando atiendo a tus palabras. Mas, cuando <gritas algo> vigoroso, la confianza disipa mi aflicción †hasta mostrárseme hermoso†.*

Antistrofa 6

<Electra>. *¿Qué decir para acertar? ¿Acaso los dolores que hemos sufrido a manos de la que nos dio a luz? Es posible mitigarlos, pero éstos no se calman. Pues como un lobo salvaje mi corazón es inflexible por parte de madre.*

Estrofa 7

<Coro>. *Me golpeé el pecho al son de un canto fúnebre ario en el tono de una plañidera cisia*[21]*. Se podían ver los golpes de mi mano, uno tras otro, por todos lados, sin cesar, arriba, abajo, y con los golpes retumba mi batida {y} miserable cabeza.*

Estrofa 8

<Electra>. *¡Ay, ay, cruel, madre que a todo te atreves! En crueles exequias, sin ciudadanos, sin lamentos, al rey te atreviste a enterrar, a tu marido no llorado.*

Estrofa 9

<Orestes>. *Todo lo que has narrado resulta ignominioso, ¡ay de mí! ¡Pagará la deshonra de mi padre con ayuda de los dioses y con ayuda de mis manos! ¡Que yo perezca después de haberla matado!*

21. El término *ario* aquí es sinónimo de *persa*, siendo Cisia una de las zonas de este país, la región de Susa. Para los griegos toda esta zona expresaba su dolor de una forma exagerada. Por otra parte no hay que olvidar que el coro está formado por mujeres orientales.

Antistrofa 9

<Coro>. *¡Fue mutilado*[22]*, para que lo sepas! Lo hizo la que precisamente así lo enterró, ansiosa por hacer su muerte insoportable para tu vida. Ya has oído los infortunios infamantes paternos.*

Antistrofa 7

<Electra>. *Te estás refiriendo a la muerte de mi padre. Mas yo estaba apartada, deshonrada, sin merecer nada, recluida en mis aposentos cual perra muy dañina, más prontas que la risa me afloraban las lágrimas, vertiendo a escondidas un lamento abundante en lágrimas. Tras oír tales cosas, <grábalas> en tu mente.*

Antistrofa 8

<Coro>. *Grábalas y a través de los oídos clava esta palabra en el fondo tranquilo de tu alma. Esto es así. ¡Lo demás desea aprenderlo tú mismo! Conviene bajar a la lucha con cólera indomable.*

Estrofa 10

<Orestes>. *¡A ti te hablo, padre, socorre a los tuyos!*
<Electra>. *Y yo te invoco también, bañada en lágrimas.*
<Coro>. *Este coro, en común, lo aprueba ruidosamente. ¡Escúchanos, regresando a la luz! ¡Ponte a nuestro lado contra los enemigos!*

22. Según las fuentes antiguas la mutilación consistía en que al muerto se le cortaban las extremidades y se ataban con un cordón al cuello y bajo las axilas, para que no pudiera vengarse.

Antistrofa 10

<Orestes>. *Ares contra Ares luchará, contra Justicia Justicia*[23].

<Electra>. *¡Ay, dioses, cumplid en forma justa <...>*[24].

<Coro>. *Un temblor me recorre cuando oigo estos votos. Lo decretado por el destino aguarda hace tiempo. Podría venir con las súplicas.*

Estrofa 11

¡Oh dolor de esta estirpe y discordante golpe sangriento de Ruina! ¡Ay, disonante duelo insoportable! ¡Ay, dolor imposible de calmar!

Antistrofa 11

En casa está la venda, el remedio de estos males, no por manos de fuera, sino por las propias, mediante cruel Discordia sangrienta. Éste es mi himno a los dioses subterráneos.

Oyendo, oh bienaventurados poderes subterráneos, esta súplica, enviad, bien dispuestos, socorro a estos jóvenes para su victoria.

Orestes. ¡Padre, que has muerto no a la manera de un rey, a mí, que te lo suplico, concédeme el poder sobre tu casa!

<Electra>. También yo, padre, te tengo una petición similar, escapar a mi gran <pena>, tras infligírsela a Egisto.

23. Por un lado la Justicia de Orestes y Electra y, por otro, la de Clitemestra y Egisto.
24. Laguna bisilábica, que los especialistas completan bien con un «estas cosas» o «súplicas» fundamentalmente.

<Orestes>. De este modo, en efecto, se instituirían en tu honor los festines que son normas entre los mortales. En caso contrario, en los suntuosos banquetes de grasa humeante de los muertos quedarás sin honor.

<Electra>. También yo de mi dote te traeré libaciones el día de mi boda desde la morada paterna y, lo primero de todo, veneraré esta tumba.

Orestes. ¡Oh Tierra, deja libre a mi padre, para que vigile mi combate!

Electra. ¡Oh Persefasa[25], concédenos una hermosa victoria!

Orestes. ¡Recuerda el baño en que se deshicieron de ti, padre!

Electra. ¡Recuerda que estrenaron contigo una red!

Orestes. ¡Con grilletes sin bronce fuiste cazado, padre!

Electra. ¡Y de forma ignominiosa entre velos dispuestos adrede!

Orestes. ¿Despiertas ante estos ultrajes, padre?

Electra. ¿Levantas derecha tu queridísima cabeza?

<Orestes>. Envía a Justicia como aliada de los tuyos o concédenos a cambio que hagamos presa similar en ellos, si es que quieres vencer tras ser vencido.

<Electra>. ¡Escucha este postrer grito, padre, tú que estás viendo a estas tus crías posadas en tu tumba, y apiádate del lamento conjunto de la hembra y del macho!

<Orestes>. Y no hagas desaparecer esta simiente de los Pelópidas, pues así no estás muerto ni aunque hayas muerto. Pues los hijos son para hombre que muere salvadores de su fama, y, como los corchos, arrastran la red, salvando del abismo la malla de lino. ¡Escucha, por ti son tales llantos! Tú mismo te salvas si honras estas palabras.

25. Perséfone, hija de Zeus y Deméter, esposa de Hades.

<Corifeo>. Ciertamente no censurables son estas palabras con las que os habéis extendido, compensación para esta tumba de suerte no llorada. Respecto a lo demás, ya que tienes en tu mente obrar, actúa ya, probando fortuna.

<Orestes>. Así será. Mas no está fuera de lugar informarse por qué motivo ha enviado estas libaciones, por qué razón, tratando de honrar, demasiado tarde, una desgracia irremediable. ¡Miserable homenaje fue enviado para un muerto que no siente! No podría sopesarlo, mas los dones son inferiores a su yerro. Aunque se vertieran todas las libaciones a cambio de una sola sangre, en vano sería el esfuerzo. Así es el refrán. Si lo sabes, dime estas cosas a mí que lo deseo.

<Corifeo>. Lo sé, hijo, pues estaba presente. Arrojada de su cama por sueños y terrores nocturnos esa mujer impía envió estas libaciones.

Orestes. ¿Acaso también os enterasteis de su sueño como para decírmelo correctamente?

Corifeo. Soñó que paría una serpiente, según ella misma dice.

Orestes. ¿Y dónde termina y culmina el relato?

<Corifeo>. Entre pañales la depositaba como a un niño.

<Orestes>. ¿Qué alimento quería ese monstruo recién nacido?

<Corifeo>. Ella misma le acercaba su pecho en el sueño.

<Orestes>. ¿Y cómo su seno no fue herido por ese ser odioso?

<Corifeo>. Sí, hasta el punto de succionarle un coágulo de sangre con la leche.

<Orestes>. ¡Que no sea en vano esta visión!

<Corifeo>. Ella, aterrorizada, se levantó gritando del sueño. Numerosas antorchas, que habían sido apagadas

en la oscuridad, se encendieron en palacio a causa de la dueña. Y envía luego estas libaciones fúnebres, con la esperanza de que fuera remedio que cortara su tormento.

<Orestes>. ¡Ea, suplico a esta Tierra y a la tumba de mi padre que este sueño tenga cumplimiento en mí! Lo interpreto de forma que todo concuerda: si esa serpiente, abandonando el mismo lugar que yo, † fue envuelta entre pañales†, y rodeó con su boca el pecho que me crió y mezcló mi leche con un coágulo de sangre, y ella gritó de sufrimiento por este espanto, preciso es que muera violentamente, igual que ha criado a ese monstruo portentoso. Y yo, convertido en serpiente, la mato, como indica este sueño.

Corifeo. Te acepto como intérprete de este sueño. ¡Ojalá así sea! Lo demás explica a los amigos, diciéndoles a unos qué tienen que hacer y a otros qué no deben hacer.

<Orestes>. Sencillas son mis instrucciones: que ésta[26] vaya dentro, <y vosotras ...>[27]. Y recomiendo ocultar estos planes míos, para que ellos, que asesinaron con dolo a un hombre honorable, también con dolo sean sorprendidos, muriendo en el mismo lazo, según también predijo Loxias, el soberano Apolo, adivino veraz hasta este momento.

Semejante a un extranjero, con atavío completo, llegaré hasta las puertas del patio con este hombre, Pílades –huésped y aliado de mi casa–, y ambos hablaremos el dialecto del Parnaso[28], imitando el acento de la lengua de la Fócide. Bien, supongamos que ninguno de los

26. Electra.

27. West en el aparato crítico correspondiente aboga por <aguardad fuera de las puertas del patio>.

28. Monte de la Fócide, en cuya ladera está el templo de Apolo en Delfos. Como después se comprobará, ni Orestes ni Pílades utilizarán la forma de hablar correspondiente a esta región.

porteros nos recibe con talante alegre, ya que la casa está poseída por las desgracias, entonces aguardaremos de forma que alguien, al pasar por la casa, conjeture y diga lo siguiente: «¿Por qué cierra las puertas al suplicante Egisto, si lo sabe ya que él está dentro?». Pero si atravieso el umbral de las puertas del patio y descubro a aquél en el trono de mi padre, o si llegando me habla cara a cara –sábelo bien– y me viene a la vista, antes de que él diga: «¿De dónde es el extranjero?», lo dejaré muerto, tras ensartarlo con mi rauda espada. La Erinis, que no está falta de muerte, beberá sangre pura como tercera libación.

Ahora, pues, tú vigila bien lo que acaece en la casa, para que esto resulte bien ajustado. Y a vosotras os recomiendo que mantengáis la lengua discreta; que calléis cuando sea preciso y habléis lo oportuno. Lo demás se lo digo a éste[29], que siga vigilando aquí, haciéndome vencer en el combate a espada.

CORO.

Estrofa 1

Muchas criaturas terribles cría la tierra {y} plagas de terror, y el regazo marino está repleto de monstruos hostiles. Nos dañan también las luminarias celestiales entre el cielo y la tierra[30]*, los seres alados y los que caminan por el suelo, y se podría hablar de la ira ventosa de los huracanes.*

Antistrofa 1

Mas ¿del pensamiento, excesivamente audaz, del hombre quién podría hablar, y de las mujeres audaces de corazón

29. Agamenón.
30. Seguramente se refiere a los relámpagos.

{y} los amores que a todo se atreven, compañeros de la ruina de los mortales? El amor desconsiderado que domina a la hembra supera la unión de las parejas de bestias y humanos.

Estrofa 2

Sépalo quien no tiene alas en sus mientes, aprendiendo la maquinación que ideó la desdichada destructora de sus hijos, la mujer incendiaria Testíada[31]*, cuando consumió en el fuego el tizón enrojecido de igual edad que su hijo, desde el día que salió llorando del seno materno, tizón que compartía con él la duración de su vida, hasta el día decretado por el destino.*

Antistrofa 2

Mas según los relatos a otra se puede odiar, a una doncella criminal[32] *que a favor de los enemigos hizo perecer a un hombre querido, persuadida por áureos collares cretenses, presentes de Minos, a Niso del inmortal cabello*

31. Hija de Testio, rey de Pleurón (Etolia), de nombre Altea, madre de Meleagro. Las Moiras le predijeron que su hijo recién nacido viviría el tiempo que tardara en consumirse el tizón de su hogar. Altea guardó el tizón en un cofre. Mas, con el paso del tiempo, Meleagro, durante la cacería del jabalí de Calidón, discutió con sus tíos y los mató. Altea, irritada por el hecho, arrojó el tizón al fuego, y, cuando se consumió, Meleagro murió. Altea es el primer parangón de mujer perversa equivalente a Clitemestra.
32. Escila, hija de Niso, rey de Mégara. Niso tenía en mitad de su cabeza un cabello, rojizo o de oro, del que dependía su vida. Cuando Minos asediaba Mégara, Escila se enamoró de él y éste la convenció de que cortara el cabello de su padre, cosa que hizo mientras éste dormía. Su padre murió y su país fue sometido, mas Minos no se casó con ella, sino que la ató a la proa de la nave y ella murió ahogada. Los dioses, compadecidos de ella, la transformaron en el martín pescador.

privó, ¡la perra!, cuando éste respiraba confiadamente en sueños, y Hermes[33] *lo alcanzó.*

Estrofa 3

Pero puesto que he recordado amargas aflicciones, no es cosa inoportuna recordar una unión odiosa, abominable para la casa, y las tretas urdidas por mente femenina contra un hombre portador de armadura, †contra un hombre furioso que inspiraba respeto a sus enemigos†. Honro, en cambio, el hogar de la casa[34] *que no es fogoso y el talante femenino sin audacia.*

Antistrofa 3

Mas entre las maldades es la primera la de Lemnos[35] *según fama. Ésta es la única que es deplorada como abominable, y se compara lo terrible a las calamidades lemnias. Por esta aflicción, odiada por los dioses, pereció deshonrada una raza de mortales*[36]*, pues nadie respeta lo odiado por los dioses. ¿Cuál de estos sucesos no he reunido con justicia?*

33. Hermes es el conductor de las almas de los muertos hasta el Hades.
34. Metafórico por mujer.
35. Las mujeres de Lemnos, por agravios a Afrodita, fueron castigadas a un olor nauseabundo, motivo por el que eran desdeñadas por sus maridos, que mantenían relaciones con esclavas tracias. Por esta razón las lemnias decidieron matar a sus maridos, y así lo hicieron todas salvo Hipsípila, quien salvó a su padre Toante ocultándolo primero en un templo de Dioniso y luego se las ingenió para que partiera por mar, llegando a Táuride o, según otra tradición, a Sicinos o bien a Quíos. Al saber que Toante se había salvado, las mujeres de Lemnos vendieron como esclava a su hija Hipsípila. Esquilo quizás trató este tema en dos tragedias perdidas, *Hipsípila* y *Lemnios*.
36. La de los lemnios.

Estrofa 4

Esta espada, cerca de los pulmones, de aguda punta hiere atravesando el pecho, en nombre de Justicia –que es hollada y pisoteada ilícitamente–, de quienes han transgredido inicuamente la entera majestad de Zeus.

Antistrofa 4

El basamento de Justicia es firme y Destino, forjador de espadas, funde ya el bronce. Y al hijo hace entrar en casa, para vengar el crimen de más antiguas sangres con el tiempo, la ínclita Erinis de pensar insondable.

(ELECTRA *se aleja,* ORESTES *y* PÍLADES *se dirigen a la puerta central de palacio y llaman.)*

ORESTES. ¡Esclavo, esclavo! ¡Escucha los golpes en la puerta del patio! ¿Quién hay dentro, esclavo? De nuevo un golpe, esclavo. ¿Quién hay en palacio? Por tercera vez llamo para que salga alguien de la casa, si es que es hospitalaria[37] merced a Egisto.

PORTERO. ¡Va! Ya oigo. ¿De qué país es el forastero? ¿De dónde es?

ORESTES. Anúnciame a los señores del palacio, a quienes precisamente vengo a ver y les traigo noticias recientes. Rápido, que ya se viene encima el carro oscuro de la noche y es hora de que los caminantes echen el ancla en casas acogedoras de forasteros. ¡Que salga alguien de palacio que tenga autoridad! La mujer †que manda aquí†. Un hombre sería más adecuado, pues el pudor,

37. Sarcasmo. Bien sabe Orestes que no es así.

cuando se está en conversación, hace oscuras las palabras. Un hombre habla con otro hombre con confianza y le hace ver con claridad su objetivo.

CLITEMESTRA. Forasteros, podéis decir qué precisáis. Tenemos cuanto debe tener un palacio como éste: baños calientes, lechos para alivio de las fatigas, presencia de rostros corteses. Mas si es preciso tratar algo de más envergadura, eso es cosa de hombres, a los cuales se lo comunicaremos.

ORESTES. Soy un extranjero de Daulia en Fócide. Cuando viajaba a Argos, cargado yo mismo con mi propio equipaje, con el mismo con el que yo he llegado aquí, un hombre desconocido que se topó conmigo sin conocerme, informándose de mi camino y haciendo patente el suyo, Estrofio el Foceo (pues me enteré en la conversación), me dijo: «Forastero, ya que en todo caso vas camino a Argos, acuérdate muy fielmente de decir a sus padres que Orestes ha muerto y no se te olvide en modo alguno. Ya prevalezca en ellos la opinión de llevárselo, ya de enterrarlo como un meteco, un forastero para siempre, tráeme de vuelta sus órdenes. Pues ahora las paredes de una urna de bronce ocultan la ceniza de un hombre convenientemente llorada».

Te he dicho cuanto he oído. Si por ventura estoy hablando con sus parientes y allegados, no lo sé, mas es lógico que lo sepan sus padres.

CLITEMESTRA. ¡Ay de mí! ¡Qué extrema desolación la nuestra por tus palabras! ¡Oh Maldición invencible de esta morada! ¡Cuánto alcanza tu mirada, aunque esté bien lejos! Manejando desde lejos el arco bien certero me has privado de los míos, ¡desdichada de mí! Y ahora Orestes –pues fue prudente al sacar su pie fuera de este barrizal de muerte– ahora a éste, que era precisamente la esperanza salvadora contra una perversa bacanal en mi casa, dalo por perdido.

ORESTES. Yo ante unos huéspedes tan felices con ocasión de buenas noticias hubiera querido darme a conocer y recibir su hospitalidad, pues ¿qué hay mejor dispuesto para sus huéspedes que un huésped? Mas por impiedad habría tenido yo en mi mente no dar cumplimiento a tal encargo para unos amigos después de haberlo prometido y ser acogido hospitalariamente.

CLITEMESTRA. No obtendrás peor trato del que mereces ni serás menos amigo para esta casa. Cualquier otro igualmente podía haber venido a anunciar estas cosas. Mas es ya el momento de que unos forasteros que han pasado el día en un largo viaje reciban las atenciones apropiadas. ¡Condúcelo a las hospitalarias estancias para los hombres y a su servidor y compañero de viaje! Y que allí encuentren las atenciones apropiadas a esta casa. Te aconsejo que lo hagas, pues te voy a pedir cuenta de ello. Nosotros comunicaremos esto a los señores de la casa y como no carecemos de amigos, deliberaremos sobre esta desgracia.

CORO. *¡Ea, queridas servidoras de la casa! ¿Cuándo mostraremos la fuerza de nuestras bocas a favor de Orestes? ¡Oh soberana Tierra y augusta orilla del túmulo que ahora yaces sobre el cuerpo del rey, del comandante de las naves! ¡Ahora escucha, ahora socórreme! Pues ahora es el momento cumbre de que descienda en ayuda la dolosa Persuasión y es el momento de que Hermes subterráneo vigile en estos certámenes nocturnos que provocan la muerte con espada.*

(Sale de palacio la anciana nodriza de ORESTES.*)*

–Parece que el forastero prepara algún mal. Veo a la nodriza de Orestes que ahí viene deshecha en llanto. ¿Adón-

de te diriges, Cilisa[38], fuera de palacio? Dolor no comprado es tu compañero de viaje.

<NODRIZA>. Mi dueña me ha ordenado que llame lo más rápido posible a Egisto ante los forasteros, para que de hombre a hombre venga a enterarse más claramente sobre la noticia recién traída. Ante los criados tenía un aspecto triste, pero internamente ocultaba la risa por los hechos que han resultado felices para ella, mientras que para esta casa es ruina total por la noticia que transmitieron claramente los forasteros. En verdad que él, al oírlo, se alegrará en su corazón, cuando conozca el relato. ¡Ay, desdichada de mí! ¡Cómo me dolieron en mi corazón, dentro del pecho, los antiguos dolores insoportables que se han mezclado por ventura en la casa de Atreo! Pero hasta ahora nunca soporté una desgracia semejante. Los demás males los he soportado pacientemente, pero que a mi querido Orestes, cuidado constante de mi alma, a quien crié desde que lo recibí de su madre, y gritos agudos que me hacían vagar de noche <...>[39] y sus numerosas molestias que soporté en vano. Pues a un ser sin uso de razón forzoso es criarlo como a un animalito, ¿cómo no?, conforme al propio juicio. Pues un niño, cuando es aún de pañales, no te dice si tiene hambre o sed o ganas de orinar. El joven vientre de las criaturas se basta a sí mismo. Aun intentando ser adivina de estas necesidades, en muchas ocasiones creo que me equivoqué como lavandera de pañales[40]..., bueno cumplía las funciones de limpiadora y nodriza. Yo, por tener esta doble habilidad, recibí a

38. Oriunda de Cilicia. Las esclavas podían llevar por nombre el de su tierra.

39. West aboga en el aparato crítico por «<motivos se me presentaban de continuo cuando oía los numerosos> gritos...».

40. Anacoluto que refleja el estado anímico de la nodriza.

Orestes de su padre. Y ahora, desdichada, me entero de que está muerto. Mas voy en busca del hombre que ha arruinado esta casa. De buen grado se va a enterar de esta noticia.

<CORIFEO>. ¿Cómo manda ella que él venga pertrechado?

<NODRIZA>. ¿Cómo? Dilo de nuevo, para que lo entienda mejor.

<CORIFEO>. ¡Que si con la guardia o incluso él solo!

<NODRIZA>. Manda que venga con su guardia de lanceros.

CORIFEO. Tú no le anuncies esto al odioso dueño, sino que ordénale con corazón alegre, para que escuche sin recelo, que él venga solo lo más rápido posible. En boca de un mensajero, en efecto, se puede enderezar un plan torcido.

NODRIZA. ¿Pero acaso tienes buena disposición a pesar de las actuales noticias?

CORIFEO. ¿Y si Zeus alguna vez trocara nuestros males?

NODRIZA. ¿Y cómo? Orestes, la esperanza de esta casa, ha muerto.

CORIFEO. Aún no. Un mal adivino se daría cuenta de eso.

NODRIZA. ¿Qué dices? ¿Sabes algo distinto de lo que se ha dicho?

CORIFEO. Vete a dar tu mensaje. Haz lo que se te ha encargado. Los dioses se ocupan de lo que se tienen que ocupar.

NODRIZA. Ya voy y obedeceré a tus palabras en eso. ¡Que resulte lo mejor posible con el favor de los dioses!

CORO.

Estrofa 1

Concédeme a mí, ahora que te lo suplico, Zeus padre de los dioses olímpicos, †alcanzar la fortuna de una manera legítima para quienes anhelan volver a ver la sensatez†.

Con justicia he proclamado toda mi plegaria. ¡Zeus, protégela tú!

Estrofa 2

¡Ay, ay, Zeus! ¡Al que está dentro ya del palacio ponlo ante sus enemigos, {Zeus}, pues si lo haces grande, de grado te dará en recompensa doble y triple!

Antistrofa 1

Sabe que el potro[41]*, huérfano de un querido varón, está uncido a un carro, y que has de marcarle una medida a su trote en la carrera y salvaguardar su ritmo, †para que puedas ver en la pista el brío de sus pasos triunfantes†.*

Estrofa 3

Vosotros, quienes[42] *dentro de palacio cuidáis la profunda estancia opulenta en bienes, escuchadme, dioses benévolos, ¡vamos! <...>, lavad la sangre de los antiguos hechos con nueva justicia. ¡Que el viejo crimen no engendre ya más en palacio!*

Mesodo

¡Oh, tú que habitas la gran y bien construida cripta[43]*!, concede que la casa de este hombre recobre la vista felizmente, y que él vea la brillante <luz> de la libertad con sus queridos ojos detrás del velo tenebroso.*

41. Referencia a Orestes.
42. Entre estos dioses del hogar hemos de contar a Zeus Ktesios, Hestia y Hera.
43. Se refiere a Apolo y su habitáculo en el interior de su templo en Delfos, en el que recibía su inspiración la Pitia.

Antistrofa 3

¡Que contigo preste ayuda legítimamente el hijo de Maya[44]*, pues es el más favorable para, de grado, hacer navegar con viento favorable la empresa! Cuando quiere, hace aparecer muchas otras cosas, mientras lleva a término hurto que no se puede observar. De noche porta la oscuridad en sus ojos, mas de día en absoluto es más visible.*

Estrofa 4

Y entonces ya el famoso grito salvador de la casa, femenino, de viento favorable, melodía †de tono agudo† entre llantos lanzaremos. ¡Tenga ello feliz travesía! Ello acrecentará mi ganancia y la ruina se alejará de los míos.

Antistrofa 2

Y tú, valerosamente, cuando llegue tu parte de acción, gritándole {en nombre de tu padre}, si ella te dice «¡hijo!», contéstale «¡de mi padre!», y termina un acto de ruina irreprochable.

Antistrofa 4

<Atrévete> a mantener en tu pecho un corazón de Perseo[45]*, actuando a favor de los tuyos, de los que están bajo tierra y de los que están arriba, imponiendo dentro cruenta ruina de Gorgona funesta, mas muerte exenta de culpa merced a Apolo.*

44. Se refiere a Hermes.
45. Hijo de Dánae y Zeus. Su hazaña más famosa es la muerte de la Gorgona Medusa. La comparación no es casual entre Perseo-Orestes y Clitemestra-Gorgona.

EGISTO. He venido no por propia iniciativa, sino llamado por un mensajero. Me he enterado de que unos forasteros que acaban de llegar han traído la noticia, en modo alguno deseable, de la muerte de Orestes. Y posible es que ello aporte, a su vez, una carga que destila sangre a esta casa, que está herida y mordida por la muerte anterior. ¿Cómo voy a creer que esto es verídico y real? ¿O son cuentos de mujeres, productos del miedo, que saltan por el aire, y acaban por morir en vano? ¿Qué puedes decirme de esto como para aclarar mi mente?

CORIFEO. Lo hemos oído. Mas, entrando, pregúntaselo a los forasteros. Ninguna fuerza tiene un mensajero cuando es posible que un hombre se informe directamente de otro hombre.

<EGISTO>. Quiero ver al mensajero y preguntarle convenientemente si él estaba presente cuando murió o si habla por haberse enterado de un vago rumor. No podría engañar a una mente clarividente.

CORO. *¡Zeus, Zeus! ¿Qué digo? ¿Por dónde comenzar a hacer esta súplica e invocación a los dioses? ¿Y cómo atinar a decir lo justo en mis buenos deseos? Ahora van a mancharse las puntas de las espadas matadoras de hombres o bien para imponer una ruina absoluta y eterna al hogar de Agamenón, o bien fuego y luz por su libertad encendiendo, poderes conformes a las leyes de la ciudad <...> obtendrá, la gran riqueza de sus padres. Tal lucha, él solo, como competidor de reserva*[46]*, el divino Orestes va a sostener contra dos. ¡Que alcance la victoria!*

(Se oyen gritos desde el interior.)

EGISTO. ¡Ay, ay, ay!

46. Se refiere al tercer competidor de reserva en la lucha, cuya difícil tarea era enfrentarse al vencedor del combate precedente, sin que pudiera ya haber sustituto.

CORIFEO. ¡Oh, oh! ¿Qué ocurre? ¿Cómo han ido las cosas en palacio? Apartémonos del hecho ya consumado, para que parezca que somos inocentes de estos males, pues el resultado de la lucha ya está decidido.

<SIRVIENTE>. ¡Ay de mí, ay de mí! El señor †ha sido asesinado†. ¡Ay de mí!, os grito por tercera vez. Egisto ya no existe. ¡Ea, abrid lo más rápido posible, descorred los cerrojos de las puertas del gineceo! Preciso es un hombre joven, mas no para socorrer al que está ya muerto. Entonces, ¿para qué? ¡Ay, ay! Hablo a sordos y digo en vano palabras inútiles a quienes duermen. ¿Dónde está Clitemestra? ¿Qué hace?

<CORIFEO>. Me parece que ahora su cuello va a caer sobre una navaja herido a manos de la Justicia.

CLITEMESTRA. ¿Qué ocurre? ¿Qué voces das en palacio?

SIRVIENTE. Estoy diciendo que los muertos están matando al vivo.

CLITEMESTRA. ¡Ay de mí! Comprendo las palabras de tu enigma. Con dolos moriremos, como precisamente matamos. ¡Qué alguien me dé rápidamente un hacha matadora de hombres! Veamos si vencemos o somos vencidos. Hasta aquí he llegado en mi desgracia.

(Se abre la puerta central y se ve el cadáver de EGISTO, *y sobre él* ORESTES *con una espada en la mano y* PÍLADES *detrás.)*

ORESTES. A ti también te busco. Éste ya tiene bastante.

CLITEMESTRA. ¡Ay de mí! ¿Has muerto, queridísima fuerza de Egisto?

ORESTES. ¿Amas a este hombre? Pues vas a yacer en la misma tumba. Una vez muerto no podrás traicionarlo nunca.

CLITEMESTRA. ¡Detente, hijo! Respeta este pecho, niño mío, en el que tú tantas veces adormecido mamaste con tus encías la leche nutricia.

ORESTES. Pílades, ¿qué debo hacer? ¿Debo sentir escrúpulos de matar a mi madre?

PÍLADES. ¿Y dónde quedan los restantes oráculos de Loxias, los vaticinios píticos y tus fieles juramentos? Más vale tener a todos los hombres como enemigos que a los dioses.

ORESTES. Creo que tú ganas. Me aconsejas bien. Sígueme. Quiero degollarte junto a éste. Mientras vivió le tuviste en más que a mi padre. ¡Duerme con él una vez muerta, ya que amas a este hombre, mientras que odias a quien debías amar!

CLITEMESTRA. Yo te crié y contigo quiero envejecer.

ORESTES. ¿Vivir conmigo tú que has matado a mi padre?

CLITEMESTRA. También la Moira[47], hijo, es culpable conmigo.

ORESTES. También entonces es la Moira la que te procura la muerte.

CLITEMESTRA. ¿No temes las maldiciones de una madre, hijo?

ORESTES. Al parirme me arrojaste a la desgracia.

CLITEMESTRA. ¡No, te envié a una casa vinculada por hospitalidad!

ORESTES. ¡Ignominiosamente fui vendido siendo hijo de padre libre!

CLITEMESTRA. ¿Dónde está el precio que recibí a cambio?

ORESTES. Siento vergüenza de echártelo en cara a las claras.

CLITEMESTRA. No la sientas, mas no dejes de indicar igualmente las locuras de tu padre.

ORESTES. No acuses a quien penaba mientras tú estabas sentada en casa.

CLITEMESTRA. Dolor para las mujeres, hijo, es estar separadas de su marido.

47. El destino.

ORESTES. Mas el trabajo del marido os alimenta mientras estáis sentadas en casa.

CLITEMESTRA. Parece que vas a matar a tu madre, hijo.

ORESTES. Tú te vas a matar a ti misma, no yo.

CLITEMESTRA. ¡Mira, guárdate de las perras vengadoras[48] de una madre!

ORESTES. Mas a las de mi padre ¿cómo escaparé si renuncio a esto?

CLITEMESTRA. Me parece que, viva como estoy, me lamento en vano ante una tumba.

ORESTES. El destino de mi padre es el que ha determinado esta muerte para ti.

CLITEMESTRA. ¡Ay de mí! Tras haberla parido crié esta serpiente. En verdad el terror de mis sueños fue sumamente adivino.

ORESTES. Mataste a quien no debías. Sufre ahora lo que no se debe.

CORIFEO. Lamento, en efecto, la doble desgracia de éstos. Pero, puesto que el infortunado Orestes ha llegado a la cima de numerosos crímenes, aun así preferimos esto, que la luz de esta casa no se extinga completamente.

CORO.

Estrofa 1

Llegó con el tiempo la justicia a los hijos de Príamo, una pena que castiga severamente. Ha llegado a la casa de Agamenón un doble león, una doble contienda. Ha llegado a todo el desterrado predicho por la Pitia, impulsado justamente por consejo divino.

48. Referencia a las Erinias.

Mesodo 1

¡Oh, gritad de alegría por la casa de nuestros amos, por la liberación de sus males y del derroche de bienes por parte de los dos impuros, destino funesto!

Antistrofa 1

Llegó, a quien se interesa por el combate oculto, la venganza de doloso pensamiento. Tocó su mano en el combate la auténtica hija de Zeus –a quien los mortales llamamos acertadamente Justicia– respirando rencor destructor contra sus enemigos.

Estrofa 2

La Justicia que precisamente Loxias, el que posee el gran antro de la tierra parnasia, proclamó sin dolo, ella que dolosamente fue dañada. Con el tiempo llega. ¡Que la divinidad prevalezca, †y que yo no† colabore con los malvados! Es digno de venerar el poder celeste.

Mesodo 2

¡Se puede ver la luz! ¡Se ha eliminado la gran brida de la casa! ¡Levántate, palacio, mucho tiempo llevas tirado por tierra!

Antistrofa 2

Pronto el jefe que todo culmina traspasará el umbral de la casa, cuando del hogar haya expulsado toda mancha con ritos purificadores que la ruina expulsa.
Las suertes volverán a caer con rostro favorable del todo, †propicias de ver por completo para los que habitan esta casa†.
{Se puede ver la luz}

(Se abre la puerta central de la escena y se pueden ver los cadáveres de CLITEMESTRA *y* EGISTO.*)*

ORESTES. ¡Ved la doble tiranía de esta tierra, los asesinos
de mi padre, los destructores de mi casa! Augustos fue- 975
ron entonces sentados en sus tronos, incluso ahora son
amantes, según se puede conjeturar por lo que les ha
pasado. Su juramento permanece fiel a sus promesas.
Se conjuraron para la muerte de mi desdichado padre y
morir juntos, y han mantenido el juramento fielmente.
¡Mirad también[49], vosotros que estáis escuchando nues- 980
tros males, el ardid, prisión para nuestro desdichado
padre, grilletes para sus manos y cepo para sus pies! Ex-
tendedlo y mostrad en derredor, de cerca, el cobertor
de un hombre, para que lo vea el padre –no el mío, sino 985
el que todo lo ve– {Helios, los actos impuros de mi ma-
dre}, de forma que un día en un juicio me sirva de testi-
go de que yo he llevado a cabo justamente la muerte de
mi madre, pues no me estoy refiriendo a la muerte
de Egisto, pues tiene el castigo del adúltero, de acuerdo 990
con la ley. ¿Qué nombre darle por ventura aun con len- 997
gua benévola? ¿Trampa de fiera, o sudario de ataúd que
cubre hasta los pies de un cadáver? Podrías decir red, 1000
lazo o peplo que traba los pies. Tal cosa tendría un ban-
dolero, que viviese del engaño y del robo a extranjeros.
Con una trampa así, cuando matara a muchos, mucho 1004
inflamaría su corazón.
Mas la que urdió este horror contra su marido, de quien 991
llevó bajo su ceñidor el peso de sus hijos –querido en-
tonces, ahora desgracia odiosa, como se ve– ¿qué te pa-

49. Orestes muestra la vestimenta que sirvió para inmovilizar a Agamenón con el fin de darle más fácilmente muerte.

rece? ¿Acaso nació murena o víbora, que podía corromper más por contacto, no por mordedura, por efecto de su audacia y espíritu inicuo? ¡Que yo no tenga una compañera tal en mi casa! ¡Muera yo antes, por voluntad de los dioses, sin hijos!

Estrofa

<Coro>. *¡Ay, <ay>, miserables acciones! ¡Con odiosa muerte has perecido! ¡Eh, eh! También el dolor florece para quien aquí queda*[50].

Orestes. ¿Lo hizo o no lo hizo? Este manto me sirve de testigo de que lo ha teñido la espada de Egisto. La mancha de sangre contribuye con el tiempo a borrar los muchos tintes del tejido. Ahora lo[51] elogio, ahora que estoy presente lo lloro, mientras me dirijo a este tejido que mató a mi padre. Me duelen las acciones y sufrimiento, y mi familia toda, ya que tengo la mancha no envidiable de mi victoria.

Antistrofa

<Coro>. *Ninguno de los mortales pasa impune su vida entera sin daño. ¡Ay, ay! ¡Una desgracia está ya, otra llegará!*

<Orestes>. Pero para que lo sepáis, pues no sé cómo acabará, es como si manejara las riendas con los caballos fuera de la carrera[52]. Mis pensamientos, desbocados, me arrastran vencido. Ante mi corazón Terror está dispuesto a cantar y a danzar con Rencor. Mas mientras estoy cuerdo, proclamo ante mis amigos y afirmo que

50. Orestes.
51. A su padre Agamenón.
52. Orestes comienza a dar las primeras señales de locura.

maté a mi madre no sin justicia, a ese ser impuro parricida y abominación para los dioses. Y como máximo instigador de esta audacia mía proclamo a Loxias, el adivino pítico, quien me profetizó que, si hacía esto, estaría libre de la acusación de crimen, mas si lo dejaba..., no diré el castigo, pues nadie con su arco me alcanzará con estas penas.

Y ahora vedme, cómo provisto de este ramo y corona me acercaré al santuario donde está el ombligo del mundo[53], al suelo de Loxias y al llamado resplandor inmortal del fuego[54], huyendo de esta sangre común. Loxias me ordenó no dirigirme a otro altar. Digo a todos los argivos que en su momento <guarden en su memoria cuántos> males recayeron sobre mí y me sirvan de testigo, <si regresa> Menelao. Y yo, como un vagabundo exiliado de esta tierra, <...>, vivo o muerto dejando tras de mí esta fama.

<Corifeo>. Mas has obrado bien. No unzas tu boca a malas palabras ni profieras maldiciones, has liberado a toda la ciudad de Argos, cortando felizmente la cabeza de dos serpientes.

<Orestes>. ¡Ah, ah! ¡Ahí están esas desagradables mujeres cual Gorgonas, con sus mantos negros y enmarañadas con serpientes apiñadas! Ya no puedo quedarme más.

Corifeo. ¿Qué imaginaciones te agitan a ti, el más amado de los hombres para tu padre? ¡Detente, no tengas miedo, pues con mucho has vencido!

53. Delfos. Los griegos consideraban que allí estaba el centro del mundo y conservaban una piedra circular que representaba el "ombligo" del mundo.
54. En el santuario de Delfos estaba el hogar sagrado de los griegos, con un fuego siempre encendido que se distribuía a otros altares y comunidades griegas.

ORESTES. No son imaginaciones mías de estas desgracias. Ellas son claramente las Perras rabiosas de mi madre.

CORIFEO. Aún tienes sangre fresca en tus manos. Por ello asalta tu mente esta turbación.

ORESTES. ¡Soberano Apolo! Éstas crecen en número y de sus ojos gotea odiosa corriente.

CORIFEO. Sólo tienes un medio de purificación. Loxias, tocándote[55], te hará libre de estas penalidades.

ORESTES. Vosotros no las veis, mas yo las veo. Me persiguen y ya no puedo quedarme.

CORIFEO. ¡Que tengas buena suerte y que, benévolo, un dios vigilándote te proteja con suerte oportuna!

CORO. *Ésta es la tercera tempestad violenta que soplando sobre el palacio real se ha cumplido. Primero fueron los desdichados sufrimientos devoradores de niños {de Tiestes}. En segundo lugar los padecimientos regios de un hombre: degollado en el baño pereció el caudillo de los aqueos. Y ahora, a su vez, un tercer salvador ha llegado de algún sitio –¿o diré una muerte?–. ¿Dónde irá a cumplirse, dónde cesará adormecida la cólera de Ate?*

55. La purificación sólo se puede llevar a cabo en el templo de Apolo en Delfos.

ORESTÍA (III)
EUMÉNIDES

Personajes del drama

PITIA
APOLO
ORESTES
ESPECTRO DE CLITEMESTRA
CORO DE ERINIAS/EUMÉNIDES
ATENEA
CORTEJO

La escena ante el templo de Apolo en Delfos. Sale la PITIA *coronada de laurel. Este escenario cambia a partir del verso 235, en que se representa la colina del Areópago en Atenas.*

PITIA. En primer lugar venero con esta mi plegaria, entre los dioses, a Gea, la primera profetisa. Después de ella a Temis[1], quien, según es tradición, ocupó esta sede profética materna. Y en tercer turno, por voluntad de Temis, sin violencia de nadie, se sentó aquí otra Titánide, Febe[2], hija de la Tierra. Y ella lo entrega, como don natalicio, a Febo[3]. Él tiene su nombre derivado de Febe. Y él, tras abandonar la laguna y el arrecife delio[4], arriban-

1. Hija de Gea y segunda esposa de Zeus, con quien engendra a las Horas y a las Moiras.
2. Hija de la Tierra y Urano y madre de Leto, y, por tanto, abuela de Apolo.
3. Apolo. Una variante dice que el dios de Delfos se apodera del oráculo tras matar a la serpiente Pitón.
4. No olvidemos que Apolo fue alumbrado por Leto en una laguna de la isla de Delos.

do a las costas de Palas[5], frecuentadas por las naves, llegó a esta tierra y sedes del Parnaso. Le escoltan y veneran grandemente los hijos[6] de Hefesto, constructores de caminos, tras pacificar una tierra salvaje. A su llegada le honran sumamente el pueblo y Delfo, el soberano piloto de este país. Y Zeus, haciendo a su mente inspirada de arte mántico, lo sienta a éste como cuarto adivino en el trono. Y profeta de su padre Zeus es Loxias[7].

A estos dioses invoco como preludio en mis plegarias. Mas Palas Pronaia[8] en mis palabras tiene preferencia. Y venero a las ninfas, donde está el antro Coricio[9], amado por las aves, residencia de divinidades. Bromio[10] ocupa este lugar, no lo olvido, desde que el dios, al frente de su ejército de Bacantes, tramó la muerte de Penteo[11], como la de una liebre. Tras invocar a las fuentes del Pleisto[12], al poder de Posidón[13] y al excelso Zeus que todo lo cumple, voy a sentarme en mi trono acto seguido como profetisa. ¡Que ahora me concedan lograr mejor suerte con mucho que en mis anteriores entradas! Y si hay algún heleno, que se acerque según le correspon-

5. Palas Atenea, por tanto, al Ática.
6. Los atenienses, ya que pasaban por ser descendientes de Erictonio, hijo de Hefesto y Tierra.
7. Apolo.
8. «La de delante del templo», epíteto de Atenea, quien con este nombre tenía un templo en Delfos en el que recibía culto.
9. En el monte Parnaso sobre Delfos.
10. Epíteto de Dioniso.
11. Tema central de las *Bacantes* de Eurípides. Penteo se negaba a la introducción de los ritos báquicos en Tebas y fue castigado por ello.
12. Es un río pequeño que, descendiendo de Delfos, desemboca en el golfo de Crisa. Pasaba por ser el padre de las ninfas de la gruta Coricia.
13. Tenía también templo junto al de Apolo en Delfos y, según una tradición, compartió con la Tierra el oráculo.

da por suertes, como es costumbre. Pues yo voy a profetizar según el dios me vaya guiando.

(Entra en el templo y vuelve a salir horrorizada al ver a ORESTES *rodeado de* ERINIAS.)

Cosas terribles de decir y cosas terribles de ver con los ojos me han hecho salir de nuevo de la morada de Loxias, como para quedarme sin fuerzas y no mantenerme de pie. Ando con mis manos, no con la rapidez de mis piernas. Pues una anciana aterrorizada no es nada, o más bien es como un niño.

Yo penetro en la cámara interior coronada de guirnaldas y veo sobre el ombligo[14] a un hombre impuro para los dioses, sentado en actitud de suplicante, goteando sangre de sus manos y sosteniendo una espada recién sacada de la herida y un largo ramo de olivo coronado píamente con un grandísimo mechón, con un albo vellón de lana. En esto debo expresarme con claridad. Mas delante del hombre duerme una extraña tropa de mujeres sentadas en tronos. No, no digo mujeres, sino Gorgonas. Mas tampoco puedo compararlas a las imágenes de Gorgonas que he visto pintadas llevándose la comida de Fineo[15]. Éstas, a la vista, carecen de

14. Esto es, el *omphalós*. Delfos pasaba por ser el centro, el "ombligo" del mundo, cuya representación en el templo era una piedra circular ricamente adornada. También se consideraba que era la tumba de la serpiente Pitón.
15. Fineo era un rey de Tracia, adivino, quien había preferido quedarse ciego por conservar la vida. Por ello fue castigado por Helios, quien le enviaba a las Harpías, las cuales robaban o ensuciaban la comida de Fineo, cuando éste pretendía comérsela. Fue librado de las Harpías por los Argonautas al revelarles a éstos el camino hacia la Cólquide. No olvidemos que Esquilo representó una obra, perdida, titulada *Fineo*.

alas, mas son negras, absolutamente repugnantes y
roncan con resoplidos no fingidos, y de sus ojos desti-
55 lan un líquido odioso. Y su vestimenta no es la adecua-
da para llevarla delante de las estatuas ni en las mora-
das de los hombres. No he visto nunca una especie si-
milar a la de esta tropa, ni sé qué tierra puede jactarse
de haber criado impunemente esta raza sin lamentar
su esfuerzo.
60 De aquí en adelante ¡que se cuide de ellas el mismo Lo-
xias, poderoso señor de esta morada! Es adivino que
cura, intérprete de portentos y purificador de moradas
ajenas.

(Sale. Se abren las puertas y se ve a Apolo, Hermes, Orestes *y las* Erinias.)

85 Orestes[16]. Soberano Apolo, tú sabes no ser injusto. Y ya
que lo sabes, aprende también a no despreocuparte. Tu
87 fuerza es garantía de tu buen obrar.
64 Apolo. No, no te traicionaré. Hasta el fin seré tu guar-
65 dián, cerca de ti y lejos de ti, no seré blando con tus ene-
migos. Ya estás viendo ahora domeñadas a estas locas...,
vencidas por el sueño esas abominables, vírgenes vie-
70 jas, mozas vetustas, con las que no yace nunca dios al-
guno ni hombre ni fiera; nacidas a consecuencia del
mal[17], pues habitan en la oscuridad funesta y en el
Tártaro, bajo tierra, seres odiosos para hombres y
dioses olímpicos. Húyelas, no obstante, y no seas co-
75 barde. Pues van a perseguirte incluso por el vasto con-
tinente según vayas recorriendo sin tregua con paso

16. West, siguiendo a G. Burges, introduce en este lugar lo que en las demás ediciones corresponde a los versos 85-87.
17. Nacieron de las gotas de sangre caídas a tierra a consecuencia de la mutilación de Urano.

errante la tierra, a través del ponto y las ciudades que
las olas circundan. No te canses de apacentar este su-
frimiento tuyo, y, cuando llegues a la ciudad de Palas[18],
toma asiento cogiendo entre tus brazos la antigua ima- 80
gen. Y allí, con jueces para ello y palabras apaciguado-
ras, encontraremos el medio de librarte de estas penali-
dades, pues incluso yo te persuadí de que mataras a tu 84
madre. ¡Recuerda, que el miedo no te venza la mente! 88
Y tú, hermano mío de sangre e hijo del mismo padre,
Hermes, vigila, y, ya que así se te invoca, sé su conduc- 90
tor[19], guiando cual pastor a este mi suplicante. En ver-
dad Zeus siente por los proscritos un respeto que a los
mortales llega con fortuna propicia.

(Apolo *desaparece. Salen* Orestes *y* Hermes. *Aparece el* Espectro de Clitemestra.)

Espectro de Clitemestra. ¡Eh, podéis dormir! Mas
¿qué necesidad hay de gente dormida? ¡Yo deshonrada 95
así por vosotras entre los demás difuntos! El reproche
por los que maté no me abandona entre los muertos,
ando errante de forma vergonzosa. Os aseguro que ten-
go la más grave acusación por parte de ellos. Y, aun- 100
que he sufrido terriblemente por parte de los seres
más queridos, ninguno de los dioses se irrita en mi
favor, a pesar de haber sido degollada por manos ma-
tricidas. Contempla estas heridas con tu corazón,
pues, cuando duerme, la mente se ilumina con ojos.
{De día, en cambio, el destino de los mortales es cie- 105
go.} En verdad ya habéis lamido muchas ofrendas

18. Atenas.
19. Epíteto de Hermes, como guía de los caminantes. También se le calificaba como psicopompo, «conductor de almas» al Hades.

mías: libaciones sin vino, sobrios calmantes y banquetes solemnes nocturnos sacrifiqué sobre el altar de fuego en hora que no es común a ninguno de los dioses. Y todo eso lo veo pisoteado por el suelo, mientras que él, escapando, ha huido cual cervatillo, y ello con ligereza. Del centro de vuestras redes ha saltado, mofándose enormemente de vosotras. ¡Atendedme, que acabo de hablaros sobre mi alma! ¡Recobrad el sentido, oh diosas subterráneas! Pues en sueños os invoco ahora yo, Clitemestra.

CORO. *(Gruñido.)*

CLITEMESTRA. ¡Podéis gruñir! Mas este hombre se escapa, huyendo lejos. Los suplicantes †tienen amigos que no son los míos†.

CORO. *(Gruñido.)*

CLITEMESTRA. ¡Duermes en exceso, y no lamentas mi sufrimiento! ¡Orestes, el asesino de su madre, se escapa!

CORO. *(Gemido.)*

CLITEMESTRA. ¡Gimes! ¡Duermes! ¿No te vas a levantar rápidamente? ¿Qué otra misión tienes excepto tramar males?

CORO. *(Gemido.)*

CLITEMESTRA. Sueño y fatiga, conjurados oportunamente, han extinguido el furor de la terrible serpiente.

CORO. *(Doble gruñido agudo.)* ¡Cógelo, cógelo, cógelo, cógelo! ¡Cuidado!

ESPECTRO DE CLITEMESTRA. En sueños persigues a la fiera, y ladras como un perro que no abandona nunca el afán de su tarea. ¿Qué haces? ¡Levanta! ¡Que no te venza la fatiga! ¡No olvides mi dolor, ablandada por el sueño! ¡Duélete en tus entrañas por mis justos reproches! Para los prudentes son como aguijones. ¡Y tú, tras lanzar contra él tu hálito sangriento, tras consumirlo con tu aliento, con el fuego de tu vientre, persíguelo, agótalo con una segunda persecución!

CORIFEO. ¡Despierta, despierta también tú a ésa! ¡Y yo a ti! ¿Duermes? ¡Levántate! ¡Y sacudiendo el sueño, veamos si algo de este preludio es inútil!

CORO.

Estrofa 1

¡Oh, oh, cielos! ¡Hemos sufrido, amigas! En verdad mucho he penado yo incluso en vano. Hemos sufrido un sufrimiento irremediable, ¡ay, ay!, un mal insoportable. De las redes ha saltado, ha huido la fiera. Vencida por el sueño he perdido la presa.

Antistrofa 1

¡Oh, hijo de Zeus, eres un ladrón! Tú, un jovenzuelo, has coceado a antiguas diosas, por respetar al suplicante, a un varón impío y cruel para sus progenitores. Nos has hurtado al matricida, aun siendo un dios. ¿Qué cosa de éstas se dirá que es justa?

Estrofa 2

Un reproche venido de entre sueños me ha golpeado cual auriga con aguijón cogido por el centro, en las entrañas, debajo del hígado. Posible es sentir el escalofrío severo, severísimo, del verdugo cruel que me fustiga.

Antistrofa 2

Tales cosas hacen los dioses más jóvenes, que gobiernan en todo sin justicia, un trono que chorrea sangre de los pies a la cabeza. Se puede ver el ombligo de la tierra que sobre sí toma terrible polución de sangre.

Estrofa 3

Siendo adivino, con polución de tu hogar has contaminado tu cripta, por propio impulso, por propia invitación, por honrar lo mortal por encima de la ley de los dioses, aniquilando las antiguas Moiras.

Antistrofa 3

También para mí es odioso, y a ése no lo librará. Aunque huya bajo tierra, jamás será libre, sino que, estando contaminado, tendrá otro vengador †sobre su persona†.

(*Aparece* APOLO.)

APOLO. ¡Fuera, os lo ordeno! ¡Salid rápidamente de esta morada! ¡Apartaos del recinto profético, no sea que, recibiendo una alada serpiente blanca[20] lanzada por la cuerda de mi arco áureo, escupáis, entre dolores, la negra espuma de los pulmones, vomitando los coágulos de sangre que habéis chupado! ¡No está bien que os acerquéis a esta morada, sino donde hay sentencias de decapitaciones, de arrancar ojos, y donde hay degüellos y se destruye la flor viril de los jóvenes con el aniquilamiento de su semilla, donde hay mutilaciones, lapidaciones, y donde gimen con abundantes lamentos los empalados! ¿Habéis oído, detestadas por los dioses, en qué fiestas encontráis complacencia? La apariencia toda de vuestra forma lo explica. El antro de un león sanguinario es lógico que habiten seres tales, no que restrieguen su polución en este vecino templo oracular. ¡Marchaos a pacer sin pastor! Por un rebaño semejante ningún dios siente aprecio.

20. Una flecha.

CORIFEO. ¡Soberano Apolo, escúchame a tu vez! Tú mismo no eres mero cómplice de esto, sino que tú solo lo has realizado todo como único responsable.

APOLO. ¿Cómo? Hasta este punto prolonga tu discurso.

CORIFEO. ¿Ordenaste con tu oráculo al forastero que matara a su madre?

APOLO. Ordené que vengara a su padre. ¿Y qué?

CORIFEO. ¿Y luego te comprometiste a ser receptor de la nueva sangre?

APOLO. Sí, y le mandé que se dirigiera como suplicante a esta morada.

CORIFEO. ¿Y reprochas a éstas sus acompañantes?

APOLO. Porque no sois adecuadas para entrar en esta morada.

CORIFEO. Mas se nos ha encomendado esto.

APOLO. ¿Cuál es vuestra honorable función? ¡De hermosa prerrogativa te jactas!

CORIFEO. Expulsamos de sus hogares a los matricidas.

APOLO. ¿Y qué hay de la mujer que mata a su marido?

<CORIFEO>. No sería un crimen de la misma sangre el cometido por su mano.

APOLO. En verdad tú has convertido en despreciable y en nada los pactos de fidelidad de Hera Teleia[21] y Zeus. Y Cipris[22], deshonrada, es despreciada por tu argumento, de quien proviene lo más grato para los mortales. Pues el lecho fijado por el hado para hombre y mujer tiene más fuerza que un juramento, porque está protegido por la justicia. Así pues, si contra los que se matan entre sí aflojas la rienda hasta el punto de no castigarlos ni mirarlos con cólera, afirmo que tú no destierras a Orestes justamente. Sé que unos casos te los tomas

21. Hera, esposa de Zeus, la que cumple el pacto de fidelidad, es la diosa del matrimonio.
22. Afrodita, diosa del amor y de los placeres sexuales.

muy a pecho, mientras que en otros actúas evidentemente con más calma. Mas la diosa Palas examinará esta causa.

CORIFEO. A ese hombre no creo que lo deje nunca.

APOLO. Tú persíguelo y tómate más fatigas.

CORIFEO. No cercenes tú mis prerrogativas con tus palabras.

APOLO. No aceptaría tener tus prerrogativas.

CORIFEO. En todo caso se te considera importante junto al trono de Zeus, mas yo, pues me arrastra la sangre de una madre, buscaré justicia contra ese hombre y le daré caza.

APOLO. Yo, en cambio, ayudaré y protegeré al suplicante. ¡Terrible es entre mortales y entre dioses la cólera del que busca purificarse, si le abandono voluntariamente!

(El CORO *sale por la izquierda. Cambio de escena: Acrópolis de Atenas.* ORESTES *entra corriendo por la izquierda y se arroja a los pies de la estatua de* ATENEA, *que está delante de un templo.)*

ORESTES. ¡Soberana Atenea! Por mandato de Loxias he venido. Acoge con benevolencia a este vengador, no contaminado ni impuro de manos, sino debilitado ya y gastado por otras casas y caminos de mortales. Atravesando igualmente la tierra y el mar, observando los preceptos oraculares de Loxias, me acerco a tu morada y a tu imagen, diosa. Aquí aguardaré alerta el resultado del juicio.

CORIFEO. ¡Bien! ¡He aquí una huella muy clara de nuestro hombre! Sigue las indicaciones del denunciante mudo. Como un perro a un cervatillo herido le seguimos el rastro por la sangre que gotea. Por los muchos esfuerzos agotadores mis entrañas jadean; pues todo lugar de la tierra ha recorrido mi rebaño, y, en vuelo sin alas, he venido por encima del mar persiguiéndole no más lenta que una nave. Y ahora aquí está acurrucado en algún sitio. Un olor a sangre humana me sonríe.

CORO. *¡Mira, mira otra vez, escudriña por todas partes el lugar! ¡Que no se nos escape huyendo impune el matricida! †Éste†, con vigor, abrazado a la imagen de la diosa inmortal, quiere ser sometido a juicio. Mas ello no es posible. La sangre materna vertida en tierra, ¡ay, ay! es irrecuperable. Vertido por los suelos el líquido se pierde. Mas es preciso que tú me concedas a cambio que aún vivo sorbamos de tus miembros la roja ofrenda. ¡Ojalá de ti me lleve el alimento de imbebible bebida! Y vivo, consumiendo tu fuerza, te arrastraré bajo tierra, para que pagues como castigo los dolores por la muerte de tu madre. Y si algún otro de los mortales ha faltado impíamente a un dios, a un huésped o a sus queridos padres verás que cada uno obtiene lo que merece en justicia. Pues Hades es gran exigidor de cuentas bajo tierra, y lo registra todo en la tablilla escrita de su mente.*

(ORESTES, *sin mirar a las* ERINIAS, *sigue con sus súplicas a* ATENEA.)

ORESTES. Yo, enseñado en la desgracia, conozco †muchos ritos purificadores†, cuándo tengo derecho a hablar y a callar. Mas en este punto he recibido orden de mi sabio maestro de hablar. Pues la sangre de mi mano ya dormita y se extingue. La mancha del asesinato de mi madre está lavada, pues, cuando era reciente, fue expulsada, junto al hogar del dios Febo, con la purificación de un cerdo sacrificado. ¡Largo sería, desde el principio el relato de a cuántos me acerqué sin que les causara daño mi presencia! El tiempo, a la vez que envejece, lo limpia todo. Y ahora con mi boca pura invoco

con piedad a Atenea, soberana de esta tierra, para que venga en mi socorro. Sin ayuda de lanza me ganará a mí, a mi tierra y al pueblo argivo como fiel amigo justamente y aliado para todo[23]. Mas, tanto si está poniendo su pie recto u oculto en parajes de la tierra libia junto a la corriente de Tritón[24], su río natal, con el fin de socorrer a los suyos como si se encuentra pasando revista a sus tropas en la llanura de Flegra[25] como audaz comandante, ¡que venga! –pues, siendo diosa, me escucha incluso de lejos–, para que sea mi liberadora de estos males.

CORIFEO. No, ni Apolo ni la fuerza de Atenea pueden salvarte de morir abandonado, sin conocer la alegría en tu corazón, cual pasto exangüe de los démones, como una sombra. ¿No me contestas, sino que rechazas escupiendo mis palabras, tú que has sido criado y consagrado a mí? Incluso vivo me servirás de festín, sin ser degollado junto al altar. Vas a escuchar este himno que te va a encadenar.

(El CORO *danza rodeando a* ORESTES *y a la estatua de* ATENEA.*)*

CORO. *¡Ea, anudemos un coro, pues queremos revelar nuestra musa odiosa y decir cómo reparte los lotes que corresponden a los hombres esta mi tropa! Creemos ser*

23. Poco antes de la representación de la trilogía se firmó en el 461 una alianza entre Argos y Atenas contra Esparta.
24. Se explica el epíteto aplicado a Atenea de *Tritogéneia* en tanto que ella había nacido a orillas de un río de Libia, el Tritón, o cerca del lago Tritónide. Como dios marino Tritón, hijo de Posidón y Anfítrite, vivía en este lago y tenía medio cuerpo humano, la parte superior, y cola de pez, la parte inferior.
25. Era la llanura donde se decía que había ocurrido el combate entre los gigantes y los dioses. Se localizaba en la península Calcídica, seguramente en Palene.

rectas administradoras de justicia: contra los que extienden puras sus manos <de una forma pura> nunca se arrastra nuestra cólera y sin daño recorren su vida. Mas aquel que, culpable como este hombre, trata de ocultar sus manos sangrientas, como testigos rectos de quienes murieron compareciendo, al fin nos mostramos a él como ejecutoras de una deuda de sangre.

Estrofa 1

¡Madre que me pariste, oh madre Noche, azote para los ciegos y para los que ven[26], escúchame! El hijo de Leto[27] me deja sin honores al arrebatarme esta liebre, materna expiación legítima del crimen.

Refrán 1

Sobre la víctima del sacrificio este canto, delirio, extravío, que hace perder la razón, himno de las Erinias, que encadena las mientes, sin forminge[28], consunción para los mortales.

Antistrofa 1

Este lote la inexorable Moira me hiló para tenerlo firmemente: a aquellos de los mortales que estén unidos a asesinatos impíos acompañarlos hasta que vayan bajo tierra. Y ni, aun muerto, será en exceso libre.

Refrán 1

Sobre la víctima del sacrificio este canto, delirio, extravío, que hace perder la razón, himno de las Erinias, que enca-

26. Esto es, vivos y muertos.
27. Apolo.
28. Especie de cítara o lira de tres, cuatro y, más tarde, siete cuerdas.

dena las mientes, sin forminge, consunción para los mortales.

Estrofa 2

A nosotras al nacer esta suerte fatal nos fue encomendada, apartar nuestras manos de los inmortales, ninguno toma parte con nosotros en el banquete. De peplos blancos, †privada†, sin derecho a ellos fui creada. <...>

Mesodo 1

Elegí la destrucción de los hogares. Cuando Ares doméstico a un pariente mata, contra éste, ¡oh!, lanzándonos, aunque sea fuerte, †igualmente lo debilitamos con sangre reciente†.

Antistrofa 2

Mas, porque nos aprestamos a eximir a otros de esta preocupación, a hacer que los dioses no tengan que cumplir las plegarias que se nos hacen, a que no tengan que instruir causa, Zeus tuvo por indigna de su compañía a esta raza odiosa que gotea sangre.

Estrofa 3

Las glorias de los hombres, aun las muy respetadas bajo el éter, desvaneciéndose bajo tierra, se consumen sin honor ante nuestros asaltos de negros vestidos y las danzas odiosas de nuestro pie.

Mesodo 2

Saltando mucho hago bajar desde arriba la planta del pie con pesada caída –miembros peligrosos <incluso> para quienes corren velozmente– ¡insoportable ruina!

Antistrofa 3

Y cuando cae, no lo sabe por su loco extravío. Tal es la oscuridad que la mancha hace volar sobre el hombre y tenebrosa niebla por su casa vocea la fama de muchos gemidos.

Estrofa 4

Éstos son nuestros intereses, buenas en urdir y en cumplir, rememoradoras de males, augustas e inexorables para los mortales, rechazadas por nuestro oficio no honrado, separadas de los dioses en ciénaga sin sol, †en rocas impracticables† igualmente para los que ven y para los ciegos.

Antistrofa 4

¿Qué mortal, pues, no respeta y teme esto, cuando oye mi ley fijada por el hado, otorgada por los dioses para su cumplimiento? En mí hay un antiguo privilegio y no estoy sin honores, aunque tenga bajo tierra mi puesto y en tinieblas sin sol.

ATENEA. Desde lejos he oído un grito de invocación, desde el Escamandro[29], cuando tomaba posesión de una tierra, que los conductores y los jefes de los aqueos, como lote importante de las riquezas conquistadas, me asignaron a mí por entero para siempre, regalo escogido para los descendientes de Teseo[30]. Desde allí he venido apresurando mi pie infatigable, sin alas, haciendo resonar el pliegue de mi égida, {tras uncir a este carro

29. Río de la Tróade.
30. Los atenienses.

vigorosos potros.} Mas cuando veo a esta extraña tropa en mi tierra, no me espanto en absoluto, mas hay asombro en mis ojos. ¿Quiénes sois? A todos en común os hablo: a ese forastero que se sienta junto a mi imagen <y a vosotras, pues a ése le cuento entre los forasteros>. No os parecéis a ninguna raza de criaturas, ni sois vistas por los dioses entre las diosas, ni sois semejantes en la forma a los mortales. Mas hablar mal de los vecinos sin tener quejas es ley que se aparta mucho de lo justo.

CORIFEO. Te enterarás de todo brevemente, hija de Zeus. Nosotras somos las lúgubres hijas de la Noche, y se nos llama Maldiciones en nuestra morada bajo la tierra.

ATENEA. Conozco vuestra raza y ese apropiado apelativo.

CORIFEO. Pues bien, pronto conocerás mis prerrogativas.

ATENEA. Las podría saber, si alguien me hablara con claridad.

CORIFEO. Expulsamos de sus casas a los homicidas.

ATENEA. ¿Y dónde tiene el criminal el término de su huida?

CORIFEO. Donde en absoluto la alegría tiene cabida.

ATENEA. ¿Y tal destierro gritas a éste?

CORIFEO. Sí, pues tuvo por digno ser asesino de su madre.

ATENEA. ¿Por imperiosa necesidad o por temor a la ira de alguien?

CORIFEO. ¿Dónde hay un aguijón tan grande como para matar a una madre?

ATENEA. De las dos partes en litigio está presente la mitad de la argumentación.

CORIFEO. Mas no aceptaría nuestro juramento, ni quiere prestar el suyo[31].

31. Se refiere a la instrucción de un proceso en el que prestan juramento el acusado y el acusador de inocencia y veracidad, respectivamente.

ATENEA. Quieres pasar por justa más que actuar como tal.

CORIFEO. ¿Cómo? Explícamelo, pues sabiduría no te falta.

ATENEA. Digo que lo no justo no triunfa con juramentos.

CORIFEO. Entonces indaga y dicta una recta sentencia.

ATENEA. ¿Acaso me encomendáis la resolución de esta causa?

CORIFEO. ¿Cómo no, si hemos de tributarte la merecida reverencia por tus méritos?

ATENEA. ¿Qué quieres decir a esto, forastero, por tu parte? Dime tu país, tu linaje y tus infortunios, luego defiéndete del reproche de éstas. Si confiado en la justicia estás sentado custodiando mi imagen junto a mi hogar, venerable suplicante a la manera de Ixión[32], contéstame a todo esto algo que me sea fácilmente comprensible.

ORESTES. Soberana Atenea, en primer lugar te quitaré la gran preocupación que se desprende de tus últimas palabras. No soy un suplicante impuro, ni me senté junto a tu imagen con mancha en mi mano. Te diré una prueba sólida de ello: es ley que el criminal mudo esté hasta que por obra de un purificador de sangre el sacrificio de una res, aún de leche, le tiña de sangre. Hace tiempo en otras casas he cumplido estos ritos purificatorios, tanto con reses como con líquidos vertidos. Así que te digo que apartes esta preocupación. Mas sabrás enseguida

32. Rey de los lapitas, fue el primer hombre que llevó a cabo un crimen familiar al asesinar a su suegro Deyoneo con el fin de no tener que pagar los bienes prometidos a cambio de la mano de su hija Día. Zeus fue el único que se apiadó de él y lo purificó, librándole de la locura que le había producido la constante persecución de las Erinias. Posteriormente, convertido ya en inmortal al darle Zeus ambrosía, intentó forzar a Hera, esposa de Zeus, por lo que fue condenado a permanecer atado a una rueda de fuego que gira eternamente.

cuál es mi linaje. Soy argivo, y conoces bien a mi padre, Agamenón, caudillo de héroes que se embarcaron, con quien tú hiciste que la ciudad de Ilión, Troya, dejara de ser ciudad. Él pereció de forma no honrosa al regresar a su casa; por el contrario, mi madre, de negras entrañas, lo mató, envolviéndole en astuta red, que fue testigo de su asesinato en el baño. Y yo, a mi regreso, pues estuve exiliado el tiempo anterior, maté a la que me parió, no lo negaré, como satisfacción por la muerte de mi queridísimo padre. Y de ello es mi cómplice Loxias, que me predijo dolores que aguijonearían mi corazón si no castigaba a los culpables de estos hechos. Tú juzga si lo hice justamente o no. Cualquiera que sea el resultado que obtenga lo acataré.

ATENEA. El asunto es demasiado importante como para que un mortal pretenda juzgarlo. Tampoco a mí me es lícito decidir una causa de homicidio que suscita aguda ira, sobre todo cuando has venido, tras cumplir todos los ritos, como suplicante purificado, sin daño para mi morada, mas, no obstante, siento piedad de ti que eres irreprochable para la ciudad, mas ellas tienen una misión inapelable. Y si no obtienen un resultado victorioso, sobre el país, más tarde, un veneno cayendo de su pecho en el suelo será plaga insoportable permanente. Así está la situación. Ambas cosas, tanto que permanezcan como echarlas, †me acarreará desdichas sin resentimiento†. Mas ya que este caso ha venido a parar aquí, estableceré para siempre jueces de homicidios, que respeten el rito de los juramentos, <...> sin transgredir en nada el juramento con pensamientos inicuos.

Vosotros aducid testimonios y pruebas, que bajo juramentos ayuden a la justicia. Cuando haya elegido a los mejores entre mis ciudadanos, volveré para dirimir de acuerdo con la verdad este asunto.

CORO.

Estrofa 1

Ahora habrá subversión de nuevas leyes, si vence el derecho, quebranto de la justicia, de este matricida. Este hecho a todos los mortales en armonía pondrá con la permisividad. Muchos padecimientos verdaderos, inferidos por los hijos, aguardan a los padres después con el tiempo.

Antistrofa 1

Pues tampoco el rencor de estas ménades, centinelas de los mortales, les seguirá por sus acciones. Permitiré todo crimen. Cada uno por su lado buscará solícito, profiriendo los males del vecino, el cese o refugio de sus sufrimientos, buscando calmarlos en vano extrayendo remedios no seguros.

Estrofa 2

Que nadie nos invoque, cuando sea golpeado por la desdicha, pronunciando estas palabras: «¡Oh Justicia, oh tronos de las Erinias!». Tal vez un padre o una madre, por un dolor reciente, lamente este lamento, ya que se desmorona la morada de Justicia.

Antistrofa 2

A veces el terror es bueno y, como guardián del corazón, el temor que se aposenta sobre él. Es conveniente bajo la aflicción ser prudente. ¿Quién, que no nutra su corazón con miedo en vida –ciudad o mortal por igual–, puede venerar aún a la Justicia?

Estrofa 3

No elogiarás ni una vida sin gobierno ni sometida a un tirano. A todo lo intermedio concedió la divinidad poder, y rige cada cosa de manera diferente. Una palabra mesurada te voy a decir: verdaderamente insolencia es hija de impiedad. Mas de la salud del alma nace la apreciada y muy deseada dicha.

Antistrofa 3

En toda situación te digo: venera el altar de Justicia, y, mirando la ganancia, no lo ultrajes golpeándole con tu impuro pie, pues sobrevendrá el castigo. Vigente permanece el fin. Por ello que se coloque en primer lugar piadosamente el respeto a los padres y que se sienta respeto por las visitas que honran a los huéspedes de una casa.

Estrofa 4

Quien voluntariamente, sin ser obligado, es justo no será sin dicha, <y> nunca será destruido completamente. Por el contrario, afirmo que el que se comporta osadamente, el transgresor que amontona muchos bienes heterogéneos sin justicia, por la fuerza, con el tiempo arriará velas, cuando lo alcance el sufrimiento, al quebrarse el mástil.

Antistrofa 4

Llama a quienes no le oyen en medio de un irresistible torbellino. Y el demon se ríe del hombre audaz, cuando ve golpeado, sin remontar la cresta, por desgracias irreparables al que nunca lo esperaba. Lanzando aquella dicha anterior de su vida contra la escollera de Justicia, perece, sin que lo lloren, sin que lo vean.

(Reaparece ATENEA *acompañada por un* HERALDO *que introduce a los* JUECES.*)*

ATENEA. ¡Heraldo, haz la proclama y contén a la multitud! ¡Que la penetrante trompeta tirrénica[33], plena de aire mortal, muestre su agudo sonido al pueblo! Mientras este tribunal se va llenando, conviene guardar silencio y que toda la ciudad conozca mis leyes para siempre y para que la causa de éstas sea bien juzgada. Soberano Apolo, en lo que es tuyo sigue mandando. Dime qué parte tienes en esta causa.

APOLO. He venido a prestar testimonio –pues, según ley, este hombre es mi suplicante y se acogió a mi morada, y yo soy el purificador de su crimen– y para defenderlo personalmente. Yo asumo la responsabilidad de la muerte de su madre. Tú introduce la causa <y>, como mejor sepas, lleva hasta el final el juicio.

ATENEA[34]. Vuestra es la palabra –declaro abierto el juicio–, pues si habla antes, desde un principio, el acusador puede ser un recto informador del asunto.

CORIFEO. Muchas somos, mas hablaremos brevemente. Contesta pregunta por pregunta alternativamente. Dime en primer lugar si mataste a tu madre.

ORESTES. La maté. No puedo negarlo.

CORIFEO. Ésta es una de las tres caídas[35].

ORESTES. Lanzas esta jactancia contra quien aún no ha caído.

33. Los etruscos, que pasaban por ser los inventores de la trompeta.
34. Dirigiéndose a las Erinias.
35. Imagen de una lucha en que para vencer se precisa derribar tres veces al adversario. Cf. *Agamenón* 171-172.

Corifeo. No obstante preciso es decir cómo la mataste.

Orestes. Lo voy a decir: con la espada en mi mano le corté el cuello.

Corifeo. ¿A quién obedecías y por consejos de quién?

Orestes. A los oráculos de éste, y él es mi testigo.

Corifeo. ¿El adivino te indujo a matar a tu madre?

Orestes. Sí, y hasta ahora no me quejo de mi suerte.

Corifeo. Mas si el voto te atenaza, otra cosa dirás pronto.

Orestes. Tengo confianza. Mi padre me envía socorro desde su tumba.

Corifeo. Confía en los muertos tras haber matado a tu madre.

Orestes. Pues sí, ella estaba infecta de una doble mancha.

Corifeo. ¿Cómo? Explícale a los jueces esto.

Orestes. Al asesinar a su marido asesinó a mi padre.

Corifeo. Pues bien, ¿tú estás vivo y ella ya es libre por la muerte?

Orestes. ¿Por qué no la empujaste a huir mientras vivía?

Corifeo. No era de la misma sangre del hombre a quien mató.

Orestes. ¿Y yo soy de la misma sangre que mi madre?

Corifeo. ¿Cómo, pues, te habría criado, asesino, bajo su cintura? ¿Reniegas de la queridísima sangre de tu madre?

Orestes. Testifica ya tú y explícame, Apolo, si la maté con justicia. Pues que lo hice, como así es, no lo negaremos. Mas si te parece justo o no, a tu entender, este derramamiento de sangre, júzgalo, para decírselo a éstos.

Apolo. Hablaré ante vosotros, gran tribunal de Atenas, con equidad, y, puesto que soy adivino, no mentiré. Jamás he dicho en mi trono mántico en lo tocante a hombre, mujer o ciudad nada que no me haya ordenado Zeus, padre de los Olímpicos. Capta cuánta fuerza tiene este justo alegato. Os aconsejo que acatéis la voluntad de mi padre, pues ningún juramento tiene más poder que Zeus.

Corifeo. ¿Zeus, según dices tú, te encomendó comunicar este oráculo a Orestes, aquí presente, que vengase la muerte de su padre sin honrar en modo alguno a su madre?

Apolo. Sí, pues no es lo mismo que muera un hombre noble, honrado con el cetro otorgado por Zeus, y además a manos de su esposa, y no con arcos belicosos que disparan de lejos como los de una Amazona, sino en la forma que vais a escuchar tú, Palas, y los que estáis sentados para dirimir este asunto con vuestro voto. Cuando él regresa de la campaña militar, habiendo obtenido en la mayoría de las cosas lo mejor, acogido con gratas <palabras...>[36] en bañera que había traído baño, y finalmente le envolvió con un manto, y, luego de envolverlo en un interminable peplo bordado golpea a su esposo. Esta muerte os he narrado de un hombre venerado por todos, del comandante de las naves. †En cuanto a ella† he hablado así para aguijonear al pueblo, quien precisamente tiene la facultad de dirimir esta causa.

Corifeo. Según tus palabras, Zeus valora más la muerte de un padre. Mas él encadenó a su anciano padre Crono. ¿Cómo decir que esto no se opone a aquello otro? Yo os pongo por testigo de que lo habéis oído.

Apolo. ¡Oh monstruos odiosos para todos, abominación de los dioses! De las cadenas hay posibilidad de liberación, hay remedio de ello, y muchísimos medios de soltarse. Pero cuando el polvo absorbe la sangre de un hombre que muere de una vez por todas, no hay resu-

36. West, siguiendo la conjetura de Wilamowitz, completa en el aparato crítico así: «acogido con gratas <palabras, le ofreció reparador> baño <en argéntea> bañera que había traído...».

rrección posible. Mi padre no ha inventado ensalmo alguno para ello, aunque todo lo demás lo revuelve de arriba abajo sin jadear lo más mínimo por el esfuerzo.

CORIFEO. ¡Mira cómo defiendes a éste †para que sea absuelto†! ¿Tras haber vertido en el suelo la sangre de su madre, que es la suya, habitará luego en Argos en la morada de su padre? ¿De qué altares públicos[37] se va a servir? ¿Qué agua lustral de fratría[38] le acogerá?

APOLO. También esto te lo voy a decir y entérate de que hablaré con rectitud. Una madre no es la que se dice engendradora de un hijo, sino nodriza del germen recién sembrado. Engendra quien fecunda. Mas ella, extraña para un extraño, conserva el brote, si es que la divinidad no lo malogra. Te mostraré una prueba de esta argumentación: se puede ser padre sin madre. Aquí cerca hay un testigo, la hija de Zeus Olímpico, <que no...>[39], ni criada en las tinieblas de un vientre, sino que <el mismo> dios <la hizo surgir> cual brote. <Mas sin padre> ninguna <mujer> podría parir.

Y yo, Palas, en lo demás, según sé, engrandeceré tu ciudad y tu pueblo, y envié a éste como suplicante de tu morada para que te fuera fiel en todo tiempo, y para que lo tengas por aliado, diosa, a él y a sus sucesores, y para que permanezca eternamente, que los pactos de fidelidad los respeten con amor sus descendientes.

ATENEA. ¿Insto ya a éstos a que emitan un voto justo en conciencia, puesto que ya se ha hablado bastante?

37. Los criminales no podían participar en los sacrificios y otras ceremonias públicas.

38. Cada una de las cuatro tribus de Atenas estaba dividida en tres fratrías o asociaciones de treinta familias que tenían comunidad de sacrificios y ritos sagrados.

39. Laguna que en el aparato crítico West se completa con <que no fue concebida en uniones que comparten lechos>.

CORIFEO. Nosotros ya hemos lanzado todos nuestros dardos, y aguardo oír el resultado del juicio.

ATENEA. ¿Qué, pues? ¿Cómo puedo hacer para no incurrir en vuestros reproches?

CORIFEO. Habéis oído lo que habéis oído. Cuando depositéis vuestro voto respetad el juramento en vuestro corazón, forasteros.

ATENEA. Escuchad ya mi ley, pueblo ático, que vais a juzgar el primer juicio de sangre. Existirá incluso siempre en el futuro para el pueblo de Egeo[40] este tribunal de jueces, en esta colina †de Ares†, sede y campamento de las Amazonas[41], cuando vinieron a luchar por odio a Teseo, y frente a nuestra ciudad entonces construyeron esta nueva ciudadela de altas torres y sacrificaron en honor de Ares, de donde recibió el nombre de roquedal y colina de Ares[42]. Aquí el Respeto y el Temor, su pariente, impedirán a los ciudadanos delinquir, de día y de noche por igual, siempre que los mismos ciudadanos no †cambien† las leyes por el aluvión de males. Si con fango ensucias el agua cristalina, nunca hallarás bebida. El "ni la anarquía ni la dictadura" es lo que recomiendo a mis ciudadanos que observen con respeto, y que no arrojen fuera de la ciudad todo temor. ¿Pues qué mortal hay justo sin temer nada? Si veneráis justamente con respeto este lugar, podréis tener una defensa salvadora de vuestro país y de vuestra ciudad, como no posee ninguno de los hombres, ni entre los escitas ni en la región de Pélope[43]. Incorruptible al lucro, venerable,

40. Padre de Teseo, el héroe ático.

41. De acuerdo con el mito, las Amazonas invadieron el Ática por el trato recibido por su reina Antíope por parte de Teseo, quien, tras haberla raptado y unido a ella, la abandonó para unirse a Fedra.

42. Areópago.

43. Peloponeso.

severo, despierta guardia de esta tierra en defensa de quienes duermen es el tribunal que instituyo[44]. Esta exhortación he dirigido por extenso a mis ciudadanos para el futuro. Mas debéis poneros en pie, depositar el voto y dictar sentencia respetando vuestro juramento. Mi alegato está dicho.

(Los JUECES *van depositando el voto en las urnas, mientras el* CORIFEO *y* APOLO *discuten.)*

CORIFEO. Os aconsejo que en modo alguno deshonréis a esta compañía gravosa para esta tierra.

ATENEA. Y yo os invito a que sentáis respeto por mis oráculos y los de Zeus, y no los hagáis infructuosos.

CORIFEO. Mas, sin ser de tu competencia, respetas acciones sangrientas. Cuando los impartas profetizarás oráculos no puros.

APOLO. ¿Acaso también mi padre se equivocó en su decisión ante las súplicas relativas al primer homicidio de Ixión?

CORIFEO. Tú lo estás diciendo. Yo, si no obtengo justicia, haré mi compañía gravosa de nuevo para esta tierra.

APOLO. Mas tú ni entre los dioses jóvenes ni entre los viejos tienes honor y yo venceré.

CORIFEO. Cosas similares hiciste también en casa de Fe-

44. Este texto tiene una enorme carga política para el espectador, entre ellos las autoridades de la época asistentes a la representación, ya que, cuando la obra es representada, hacía poco que las funciones del Areópago, supremo tribunal de justicia ateniense, había visto recortadas sus funciones por parte de Efialtes, partidario de lo que nosotros denominamos democracia laica, frente a la democracia religiosa, preconizada por Esquilo.

res[45]: persuadiste a las Moiras de que hicieran inmortales a los hombres.

APOLO. ¿No es justo favorecer al que nos venera, sobre todo cuando por ventura está necesitado?

CORIFEO. Tú, arruinando la antigua distribución, engañaste con vino a las ancianas diosas.

APOLO. Tú, si no tienes éxito en el juicio, pronto vomitarás ese veneno ya no gravoso para los enemigos.

CORIFEO. Puesto que tú, un jovenzuelo, me pisoteas cual caballo a mí que soy vieja, aguardo escuchar esta sentencia, pues aún estoy en duda sobre si encolerizarme contra la ciudad.

ATENEA. Ésta es mi tarea, dar mi juicio la última. Yo depositaré mi voto a favor de Orestes. Pues no tengo madre que me engendrara y apruebo todo lo varonil (excepto contraer matrimonio) con todo mi corazón. Estoy por completo de parte del padre. Así no daré más valor a la muerte de una mujer que ha matado a su marido, el guardián de su casa. Vence Orestes, aunque el juicio sea con igualdad de votos.
¡Pronto, que saquen los votos de las urnas los jueces que tienen asignadas esta función!

ORESTES. ¡Oh, Febo Apolo! ¿Cómo se decidirá el juicio?

CORIFEO. ¡Oh, Noche, negra madre! ¿Lo estás viendo?

<ORESTES>. Ahora mi final es la soga o seguir viendo la luz.

<CORIFEO>. Pues para nosotras la ruina o conservar aún nuestras prerrogativas.

APOLO. Contad correctamente el escrutinio de votos, forasteros, respetando no ser injusto al repartirlos. Si un

45. Padre de Admeto, rey de Feras en Tesalia. Apolo, en expiación de la muerte de los Cíclopes, estando al servicio de Admeto, logra zafarlo de la muerte emborrachando a las Moiras y proponiendo que otra persona ocupara su lugar. Sólo se ofrece para tan triste fin su esposa Alcestis (cf. *Alcestis* de Eurípides).

voto falta, tiene lugar una gran desgracia. Un solo voto que †se arroje† endereza †una casa†.

(Los JUECES *enseñan a* ATENEA *el resultado.)*

ATENEA. Este hombre queda absuelto del delito de sangre, pues el número de votos es igual.

ORESTES. ¡Oh Palas, oh tú que has salvado mi casa y, privado de la tierra patria, tú me has devuelto al hogar! Y alguno de los griegos dirá: «Este hombre es argivo de nuevo, y en sus posesiones paternas habita merced a Palas y a Loxias y, en tercer lugar, a Zeus Salvador que todo lo cumple», el cual, en consideración a la muerte de mi padre, me ha salvado, aun viendo a éstas como defensoras de mi madre.

Yo regresaré ahora a mi hogar tras hacer un juramento a esta tierra y a tu pueblo para el futuro, para todo el tiempo por venir: que ningún gobernante de mi país vendrá aquí bien provisto de lanza. Pues nosotros mismos, aun estando entonces en la tumba, a los que transgredan mis juramentos de ahora les cerraremos los caminos con desdichas irremediables, provocando el desaliento y funestos presagios a su paso, para que se arrepientan de su empeño. Mas si mantienen una conducta recta y honran siempre a esta ciudad de Palas con lanza aliada, nosotros estamos bien dispuestos hacia ellos.

¡Adiós, a ti y a tu pueblo que posee la ciudad! ¡Ojalá tengas combate irresistible para los enemigos, salvador y portador de victoria para tu lanza!

(ORESTES *sale por la izquierda.)*

Estrofa 1

CORO. *¡Oh, dioses jóvenes, habéis pisoteado, cual caballos, las antiguas leyes y me las habéis quitado de las manos!*

Mas yo, sin honra, la desdichada, con profundo resentimiento, sobre esta tierra, ¡ay!, veneno, veneno, en compensación por mi dolor, soltaré de mi corazón, goteo insoportable para la tierra, y de él saldrá una lepra que priva de plantas y de hijos, ¡oh Justicia, <Justicia>!, que al extenderse por el suelo arrojará en la tierra peste destructora de mortales. Lloro, ¿qué haré? Se ríen de mí. †Cosas insoportables he sufrido por los ciudadanos. ¡Ay grandes males†, las desdichadas hijas de la Noche que lloran su deshonor!

ATENEA. Hacedme caso, no reaccionéis con tan profundos lamentos. Pues no habéis sido vencidas, sino que ha tenido lugar la sentencia en verdad con igualdad de votos, no para deshonra vuestra. No obstante había claros testimonios procedentes de Zeus: él mismo en persona fue testigo con su oráculo de que Orestes, al hacer esto, no iba a sufrir ningún daño. Vosotras no arrojéis contra esta tierra vuestro gravoso rencor, no os irritéis, ni la hagáis estéril destilando de los pulmones esas gotas que, cual puntas de lanza, salvajes, devoran las semillas. Pues yo os prometo que con toda justicia tendréis una sede y un santuario en esta tierra justa, sentadas en brillantes tronos en vuestro hogar, honradas por estos ciudadanos.

Antistrofa 1

CORO. *¡Oh, dioses jóvenes, habéis pisoteado, cual caballos, las antiguas leyes y me las habéis quitado de las manos! Mas yo, sin honra, la desdichada, con profundo resentimiento, sobre esta tierra, ¡ay!, veneno, veneno, en compensación por mi dolor, soltaré de mi corazón, goteo insoportable para la tierra, y de él saldrá una lepra que priva de plantas y de hijos, ¡oh Justicia, <Justicia>!, que al extenderse por el suelo arrojará en la tierra peste des-*

tructora de mortales. Lloro, ¿qué haré? Se ríen de mí. †Cosas insoportables he sufrido por los ciudadanos. ¡Ay grandes males†, las desdichadas hijas de la Noche que lloran su deshonor!

ATENEA. No estáis deshonradas. Por un exceso de cólera vosotras, diosas, no dejéis sin posibilidad de cultivo esta tierra de mortales. También yo confío en Zeus, ¿a qué hay que decirlo? Soy la única de los dioses que conoce las llaves de la morada en la que está sellado el rayo[46]. Mas en absoluto lo precisamos. Tú hazme caso y no lances palabras de tu lengua vana contra esta tierra de forma que no prospere nada de lo que porta fruto. Calma la amarga cólera de ese sombrío oleaje, pues vas a recibir honores augustos y compartirás mi morada. Cuando tengas las primicias de esta vasta tierra, sacrificios de natalicios y matrimonio, alabarás este mi consejo para siempre.

Estrofa 2

CORO. *¡Sufrir yo esto! ¡Ay! ¡Yo, la de sabiduría antigua, habitar bajo tierra, <donde>, ¡ay!, seré sin honra, odiosa! Exhalo mi ira y todo mi resentimiento. ¡Ay, tierra, ay! ¿Qué dolor se hunde en mis costados? ¡Escucha, madre Noche! Engaños invencibles de los dioses me privaron, como si nada, de mis antiguos honores.*

ATENEA. Sobrellevaré tu cólera, pues eres más vieja †y en verdad† tú eres mucho más sabia que yo, mas a mí me otorgó Zeus no mal discernimiento. Si vosotras os marcháis a un país extraño, añoraréis esta tierra. Os lo digo de antemano: el transcurso del tiempo estará más lleno de honores para estos ciudadanos, y tú, ocupando un lugar privilegiado junto al templo de

46. Atenea pasa por ser la guardiana del rayo de Zeus.

Erecteo[47], obtendrás de las procesiones de hombres y mujeres †cuanto† jamás podrías obtener de otros mortales. Mas tú en estos mis lugares no arrojes aguijones sangrientos, daño de las entrañas jóvenes, enloquecidos con furores sin vino, ni †como cuando se excita† el corazón de los gallos, vayas a establecer entre mis ciudadanos guerra intestina y de audacia recíproca. Sea la guerra exterior, fácilmente presente, en la que habrá un deseo terrible de gloria, mas no me refiero a la lucha del ave de un mismo corral. Tales cosas te es posible por mi parte elegir: haciendo el bien, recibiendo bienes y honores, participar de esta tierra muy querida por los dioses.

Antistrofa 2

CORO. *¡Sufrir yo esto! ¡Ay! ¡Yo, la de sabiduría antigua, habitar bajo tierra, <donde>, ¡ay!, seré sin honra, odiosa! Exhalo mi ira y todo mi resentimiento. ¡Ay, tierra, ay! ¿Qué dolor se hunde en mis costados? ¡Escucha, madre Noche! Engaños invencibles de los dioses me privaron, como si nada, de mis antiguos honores.*

ATENEA. No me cansaré de referirte los bienes, que nunca digas que, siendo diosa antigua, te vas en mala hora de esta llanura deshonrada, desterrada, por mí, más joven, y por los mortales que habitan mi ciudad. Mas si es santa para ti la majestad de Persuasión, dulzura y seducción de mi lengua, tú te quedarás aquí. Pero si no quieres quedarte, injustamente harías caer sobre esta ciudad algún tipo de ira, rencor o daño contra mi pueblo. Pues te es posible ser propietaria de esta tierra y ser honrada con justicia para siempre.

47. El templo de Erecteo, rey legendario de Atenas, en la Acrópolis.

CORIFEO. Soberana Atenea, ¿qué sede aseguras que yo tendría?

ATENEA. Una inmune a toda desgracia. ¡Acéptala!

CORIFEO. Ya la he aceptado. ¿Qué honor me aguarda?

ATENEA. Que ninguna casa prospere sin ti.

CORIFEO. ¿Tú vas a hacer esto, hasta el punto de que yo tenga tanto poder?

ATENEA. Sí, enderezaremos la suerte de quien te venere.

CORIFEO. ¿Y me darás garantía para todo el tiempo?

ATENEA. Sí, pues me es posible no decir lo que no voy a cumplir.

CORIFEO. Me parece que me has seducido y depongo mi resentimiento.

ATENEA. Quedándote en este país ganarás amigos.

CORIFEO. ¿Qué me mandas impetrar para esta tierra?

ATENEA. Cuanto afecta a una victoria no funesta: lo que procede de la tierra, del rocío marino y del cielo. Pide que el soplo de los vientos, soplando bajo un sol benéfico, se acerque a este país, que el fruto incesante de la tierra y de los ganados no se canse con el tiempo de ser próspero para mis ciudadanos, así como la salvación de la semilla humana. Lo de los piadosos[48] ojalá hagas más productivo, pues yo, como jardinero, cuido sin daño la raza de estos hombres justos. Tales son tus poderes. Yo no dejaré de honrar entre los mortales a esta ciudad, victoriosa en los gloriosos combates de la guerra.

Estrofa 1

CORO. *Aceptaré la vecindad de Palas y no deshonraré la ciudad que Zeus todopoderoso y Ares, bastión de los dioses, habitan, ornamento protector de los altares de los*

48. El cambio por parte de West, siguiendo a Heath, de «impíos», tradición manuscrita, por «piadosos» nos parece insatisfactorio.

dioses griegos. Para ella hago yo votos vaticinando favorablemente: ¡Que abundantes bienes útiles para la vida haga brotar de la tierra la luz resplandeciente del sol!

ATENEA. *Yo he hecho estas cosas con benevolencia para mis ciudadanos, asentando aquí estas grandes e implacables divinidades. Todo lo relativo a los hombres a ellas les ha tocado en suerte dirigir. Quien no <...> las encontró gravosas no sabe de dónde le vienen los golpes de la vida. Pues las faltas de sus antepasados les empujan ante éstas y la muerte en silencio lo consume con hostil ira aunque dé grandes gritos.*

Antistrofa 1

CORO. *¡Que no sople la plaga que destruye los árboles –he aquí mi don–, que el calor que priva de ojos a las plantas no atraviese la frontera de la región, ni una enfermedad funesta que prive de frutos se aproxime! ¡Que Pan nutra los ganados prósperos con crías dobles, que la semilla de la rica tierra, en el tiempo fijado, pueda beber el húmedo don de los dioses!*

ATENEA. *¿Escucháis esto, baluarte de la ciudad*[49]*, que va a cumplir? La soberana Erinis tiene un gran poder entre los inmortales y los dioses subterráneos, y respecto a los hombres cuán cumplidamente actúan, ofreciendo a unos cantos y a otros una vida cegada por las lágrimas.*

Estrofa 2

CORO. *Proscribo los destinos que matan a los hombres a destiempo. A las jóvenes deseables concededles una vida junto a sus esposos, vosotras que sois soberanas, diosas Moiras, hermanas de madre, divinidades de recta ley,*

49. El Areópago.

partícipes de toda morada, que hacéis sentir el peso de vuestra presencia justiciera, en todas partes las más honradas entre los dioses.

ATENEA. *Ver cumplido benévolamente esto para mi país me llena de alegría. Amo los ojos de Persuasión, pues ha vigilado mi lengua y boca ante éstas que rehusaban ferozmente. Mas ha vencido Zeus del ágora. Y triunfa nuestra rivalidad en el bien para siempre.*

Antistrofa 2

CORO. *Suplico que la discordia civil, insaciable de males, nunca en esta ciudad brame, que nunca, bebiendo el polvo sangre de ciudadanos, por ira acoja con avidez la venganza de una muerte por muerte, ruina de la ciudad. Que gozo por gozo se devuelvan con pensamiento concorde y que odien con un solo corazón, pues éste es un remedio entre los mortales de muchos males.*

ATENEA. *¿Veis que saben encontrar el camino de una lengua benigna? De estos rostros terroríficos veo surgir gran provecho para estos ciudadanos. Si vosotros benévolos tenéis en gran estima siempre a estas benévolas, os distinguiréis en todo tiempo conduciendo tanto vuestra tierra como vuestra ciudad por el sendero de la recta justicia.*

Estrofa 3

CORO. *<¡Salud!> ¡Salud con la riqueza que os otorgó el destino, salud pueblo ático, que os sentáis queridos cerca de la querida doncella de Zeus, prudentes hasta la saciedad! Bajo las alas de Palas cobijados os reverencia el padre.*

ATENEA. *¡Salud también vosotras! Mas preciso es que yo previamente me marche para mostraros vuestra morada bajo la luz sagrada de esta escolta. Id y, precipitándoos bajo tierra al olor de estas augustas víctimas, mantened alejada la desdicha, y enviad lo provechoso para victoria de mi ciudad. Y vosotros, hijos de Cránao*[50]*, habitantes de la ciudad, sed guías de estos metecos*[51]*. ¡Que tengan buena disposición mis ciudadanos a cambio de sus bienes!*

Antistrofa 3

CORO. *¡Salud, salud de nuevo, repito, todos los de esta ciudad, dioses y mortales! Si habitáis la ciudad de Palas y veneráis mi vecindad no os quejaréis de vuestra suerte en la vida.*

ATENEA. Apruebo las palabras de estos tus votos. A la luz de antorchas resplandecientes os escoltaré hasta los lugares inferiores, bajo tierra, junto con las siervas que guardan mi imagen, como es justo. Pues el ojo de toda la tierra de Teseo acudirá aquí, afamada tropa de niños, mujeres y cortejo de ancianas, ataviadas con vestidos de púrpura <...> ¡Honradlas y que avance el resplandor del fuego, con el fin de que esta benévola compañía de nuestra tierra sobresalga en el futuro por las venturas que hacen a los hombres felices!

CORTEJO PROCESIONAL DE CIUDADANOS.

Estrofa 1

¡Marchad †a vuestra casa†, grandes, honorables hijas sin hijos de la Noche, con benévolo cortejo! ¡Silencio, paisanos!

50. Segundo rey del Ática, tras Cécrope. Sinónimo de «atenienses».
51. Extranjeros domiciliados en Atenas.

Antistrofa 1

Bajo las antiquísimas cavernas de la tierra ¡que seáis muy veneradas con honras y sacrificios! ¡Silencio en todo el pueblo!

Estrofa 2

Propicias y benévolas para esta tierra venid aquí, augustas <diosas>, gozando en el camino de la antorcha devorada por el fuego. ¡Lanzad gritos de alegría ahora en respuesta a mi canto!

Antistrofa 2

Enseguida entrad en la casa completamente iluminada por las antorchas[52]*. Para los ciudadanos de Palas Zeus que todo lo ve y Moira así lo han acordado. ¡Lanzad gritos de alegría ahora en respuesta a mi canto!*

52. Seguimos la edición de West, aunque en este verso 1044 nos parece que de nuevo no resuelve el problema textual del verso.

PROMETEO ENCADENADO

Personajes del drama

Fuerza
Violencia
Hefesto
Prometeo
Coro de oceánides
Océano
Io
Hermes

Entran en escena Fuerza *y* Violencia, *acompañadas de* Hefesto, *conduciendo preso a* Prometeo. *Se dirigen a una enorme roca con la intención de encadenar a* Prometeo.

<Fuerza>. Hemos llegado a esta remota región de la tierra, a territorio de Escitia, a este desierto sin seres humanos. Hefesto, debes cumplir las órdenes que tu padre te encomendó, encadenar en estas escarpadas rocas a este bandido con grilletes irrompibles de ataduras de acero. Pues tu flor, el fulgor del fuego, útil a todas las artes, tras robarlo se lo entregó a los mortales. Preciso es que por este delito él pague su pena a los dioses, a fin de que aprenda a tolerar el poder absoluto de Zeus y a poner fin a su tendencia a favorecer a los hombres.

Hefesto. Fuerza y Violencia, la orden que Zeus os diera la habéis cumplido ya y nada os retiene. Mas yo no tengo valor para encadenar a un dios pariente[1] mío por la fuerza a este precipicio tempestuoso. Pero preciso es

1. Prometeo era tío segundo de Hefesto.

que yo cobre valor para ello, pues gravoso es menospreciar las órdenes paternas.

Hijo de agudo entendimiento de Temis la que aconseja rectamente, contra tu voluntad, contra la mía, te clavaré en este inhóspito risco con broncíneas cadenas imposibles de soltar, en donde ni voz ni forma de mortal alguno verás, sino que, abrasado por la brillante llama del sol, cambiarás la flor de tu piel. Y con gozo para ti la noche de tachonado manto ocultará la luz, y la escarcha del alba el sol de nuevo fundirá. Mas siempre te consumirá el dolor del mal presente, pues aún no ha nacido el que te libere[2]. Tales cosas has sacado de tu tendencia a favorecer a los hombres. Tú, un dios, sin arredrarte ante la ira de los dioses, diste honores a los mortales más de lo justo. A cambio habrás de montar guardia en esta ingrata roca, de pie, sin dormir, sin doblar la rodilla. Y muchos lamentos y gemidos vanos proferirás, pues el corazón de Zeus es inflexible. Además, todo el que ocupa el poder desde hace poco es duro.

FUERZA. ¡Bien! ¿Por qué te demoras y te apiadas en vano? ¿Por qué al dios que sobre todo resulta más odioso a los dioses no aborreces, al que entregó a los mortales tu privilegio[3]?

HEFESTO. Son terriblemente fuertes los lazos de parentesco y amistad.

FUERZA. Estoy de acuerdo. Mas desobedecer las órdenes de tu padre, ¿cómo es posible? ¿No temes a ello más?

HEFESTO. Siempre, creo yo, has sido tú un ser despiadado y lleno de temeridad.

FUERZA. Lamentarse por él no remedia nada. No te esfuerces en vano en lo que no produce ningún provecho.

HEFESTO. ¡Oh oficio mío cuánto te odio!

2. Heracles.
3. El fuego.

FUERZA. ¿Por qué lo aborreces? Pues de los pesares presentes, en una palabra, ninguna culpa tiene tu arte.

HEFESTO. No obstante algún otro debería tenerlo.

FUERZA. Todo resulta oneroso salvo ser rey de los dioses, pues, excepto Zeus, nadie es libre.

HEFESTO. Lo sé y nada puedo objetar.

FUERZA. ¿No te apresuras, pues, a encadenar a éste, para que el padre no te vea ocioso?

HEFESTO. Puedes ver en mis manos los grilletes.

FUERZA. Una vez que le hayas ceñido las manos, con todas tus fuerzas golpea con el martillo, clávalo en las rocas.

HEFESTO. Concluida está en verdad y no en balde mi tarea.

FUERZA. Golpea más, aprieta, no aflojes en forma alguna, pues es hábil en encontrar escape incluso de lo imposible.

HEFESTO. Este codo ha quedado sujeto de forma que no pueda soltarse.

FUERZA. Sujeta también el otro con seguridad, para que aprenda que, aun siendo sabio, es más torpe que Zeus.

HEFESTO. Salvo éste ninguno en justicia podría censurarme.

FUERZA. Ahora la fiera mandíbula de una cuña de acero clávale con fuerza de parte a parte del pecho.

HEFESTO. ¡Ay, ay, Prometeo, por tus pesares lloro!

FUERZA. Tú vacilas y gimes por los enemigos de Zeus. Que un día no tengas que sentir piedad por ti mismo.

HEFESTO. ¿Tienes a la vista un espectáculo espantoso de ver?

FUERZA. Estoy viendo que éste está teniendo su merecido. Pero échale un cincho en torno a sus costados.

HEFESTO. Preciso es hacerlo, no me instigues en exceso.

FUERZA. De verdad que te instigaré y te azuzaré además. Baja, y con fuerza ciñe con anillas sus piernas.

HEFESTO. Ya está hecha la tarea con no mucho esfuerzo.

FUERZA. Con fuerza golpea ahora esos grilletes que penetran en sus carnes, pues es severo el que va a juzgar tu labor.

HEFESTO. Conforme a tu figura habla tu lengua.

FUERZA. Tú ablándate, mas no me eches en cara mi tenacidad y mi dureza de carácter.

HEFESTO. Vámonos, pues a sus miembros los envuelve una red.

FUERZA. Ahí sé ahora insolente y robando a los dioses sus privilegios entrégaselos a los seres de un solo día. ¿Qué sufrimientos de éstos son capaces los mortales de aliviarte? Prometeo erróneamente te llaman[4] los dioses, pues a ti mismo te falta previsión para ver de qué modo te vas a librar de este artificio.

PROMETEO. ¡Oh divino éter, vientos de rápidas alas, fuentes de los ríos, sonrisa innumerable de las olas marinas, tierra madre de todas las cosas y círculo del sol que todo lo ve os invoco! Ved qué sufrimientos padezco de parte de los dioses, yo un dios.

Mirad con qué ultrajes, desgarrado, deberé luchar durante infinito tiempo. Tal es la ignominiosa atadura que contra mí ideó el nuevo jefe de los felices[5]*. ¡Ay, ay! Por el presente y el futuro dolor me lamento. ¿Cuándo debe surgir el fin de estas fatigas?*

Mas ¿qué digo? De antemano sé bien todo lo que me espera y ningún mal me llegará de improviso. Preciso es que sobrelleve el destino fijado lo más fácilmente posible, conociendo que la fuerza de la necesidad es invencible. Mas ni callar ni no callar estos infortunios me es posible. Pues por haber proporcionado un privilegio a los mortales me veo uncido al yugo de esta necesidad, desdichado. Di caza a la fuente furtiva del fuego con la que rellené el hueco de una cañaheja, que se ha revelado para los mortales maestra de todas las artes y un gran recurso. Por tales faltas pago la pena, al raso, clavado con cadenas.

4. Se hace referencia a la etimología de Prometeo como «previsor».
5. Esto es, dioses.

¡Ah, ah! ¡Oh, oh! ¿Qué rumor, qué perfume invisible voló hasta mí? ¿Viene de un dios o de un mortal o de una mezcla de ambos? ¿Ha acudido a este risco del confín del mundo para ser espectador de mis penas, o qué es lo que quiere? Vedme encadenado, desdichado dios, al enemigo de Zeus, al que se convirtió en odioso para todos los dioses cuantos tienen acceso al palacio de Zeus, por mi excesivo amor a los mortales.

¡Ay, ay! ¿Qué aleteo de aves estoy escuchando cerca de mí? El aire silba por un ligero batir de alas. Horror me causa todo cuanto se me acerca.

Estrofa 1

CORO. *Nada temas, amiga es esta bandada que con rápido porfiar de alas a este risco se ha acercado, tras persuadir a duras penas el corazón paterno. Me han traído las veloces auras. Pues el eco del acero amartillado penetró hasta lo más recóndito de mis cavernas y disipó mi tímido pudor, y, sin calzarme, me lancé en mi carro alado.*

PROMETEO. *¡Ay, ay, ay, ay!, descendientes de la muy fecunda Tetis y del que en torno a toda la tierra va girando con su insomne corriente, hijas del padre Océano, fijaos, contemplad con qué cadena clavado en la cima rocosa de este precipicio he de hacer guardia no envidiable.*

Antistrofa 1

CORO. *Lo estoy viendo, Prometeo, y una niebla terrible, llena de lágrimas, ha invadido mis ojos, al ver cómo tu*

cuerpo se marchita en esta roca por estas ultrajantes ligaduras de acero. Pues unos nuevos timoneles son dueños del Olimpo, y con nuevas leyes Zeus, a su antojo, ejerce el poder y los colosos de antes ahora han desaparecido.

PROMETEO. *¡Ojalá me hubiera arrojado bajo tierra, por debajo del Hades que a los muertos acoge, al Tártaro insondable, luego de haberme atado salvajemente con grilletes insolubles, de forma que ni dios ni nadie se regocijara con ello! Ahora, en cambio, sufro el ser juguete de los vientos, desdichado, escarnio para mis enemigos.*

Estrofa 2

CORO. *¿Cuál de los dioses puede tener un corazón tan duro que se goce con ello? ¿Quién no se compadece con tus males, salvo Zeus? Éste con resentimiento de continuo, con inflexible mente, tiene sometida a la progenie Urania, y no cesará antes de satisfacer su corazón o hasta que alguien con un astuto golpe se apodere del mando de difícil conquista.*

PROMETEO. *Aunque me encuentre torturado entre potentes cepos, todavía tendrá necesidad de mí el rey de los felices, para que le revele el nuevo plan por el que se le va a despojar de su cetro y honores. Y a mí ni con encantamientos de su meliflua lengua de persuasión me seducirá, ni, arredrándome ante sus duras amenazas, yo se lo delataré, antes de que me libere de estas feroces cadenas y consienta pagar la pena por este ultraje.*

Antistrofa 2

CORO. *Temerario eres tú y sin ceder en absoluto aun en medio de amargos infortunios, sino que, por el contrario, tienes una lengua excesivamente libre. Mas penetrante terror ha conturbado mis entrañas, temo por tu suerte, y me pregunto hasta qué puerto has de arribar como para que veas el fin de estas penas. Pues el hijo de Crono*[6] *posee un carácter inaccesible y un corazón inflexible.*

PROMETEO. *Sé que es duro y que tiene en sus manos lo justo, <mas>, no obstante, creo, un día habrá de dulcificar su ánimo, cuando se sienta quebrantado de esa manera. Y cuando haya calmado su dura cólera, un día llegará a hacer alianza y amistad conmigo con solicitud por su parte y por la mía.*

CORIFEO. Revélanos todo y danos a conocer el motivo, cogiéndote en qué delito Zeus te ultraja de forma tan ignominiosa y amarga. Muéstranoslo, a no ser que con tu relato vayas a recibir algún daño.

PROMETEO. Para mí es doloroso incluso el hablar de ello, pero doloroso también es callarlo. De todas maneras una desgracia. Tan pronto como hubo estallado entre los dioses la cólera y a suscitarse entre ellos la discordia, unos queriendo arrojar de su trono a Crono, con el fin de que reinase Zeus, y otros afanándose en sentido contrario, esto es, en que Zeus no gobernase sobre los dioses, entonces yo que pretendía convencer de lo mejor a los Titanes, a los hijos del Cielo y la Tierra, no pude. Y, menospreciando mis ingeniosas mañas, con su violento talante creían que sin esfuerzo, por la fuerza, se harían los amos. Mas mi madre, Temis y Tierra, forma única bajo muchos nombres, no sólo una vez me había ya predicho de qué modo iba a cumplirse el porvenir, en el sentido de que no había que recurrir a la fuerza ni a la violencia, sino vencer con engaños a los poderosos. Pese a que yo les expliqué tales cosas de palabra, no se

6. Zeus.

dignaron ni siquiera dirigirme la mirada. En estas circunstancias me pareció lo mejor entonces, uniéndome a mi madre, de grado ponerme de parte de Zeus que también lo quería. Y por mis consejos el negro y profundo abismo del Tártaro oculta al viejo Crono y a sus aliados. A pesar de recibir de mí tales beneficios el señor absoluto de los dioses me ha recompensado con este innoble castigo. Pues la tiranía entraña esta enfermedad, no fiarse de los amigos.

Mas lo que me preguntáis, el motivo por el que me ultraja, eso pasaré a aclararos. Tan pronto como se sentó en el trono paterno, al punto distribuye los distintos privilegios entre los distintos dioses, y organizó así su imperio. Mas a los desdichados mortales no tuvo en cuenta alguna, sino que quería, tras aniquilar su raza completamente, implantar otra nueva. A esto nadie se opuso excepto yo, mas yo me atreví: libré a los mortales de, aniquilados, encaminarse al Hades. Por eso estoy sometido a tales sufrimientos, dolorosos de sufrir, lamentables de ver. Mas a pesar de que tuve compasión de los mortales, yo mismo no fui considerado digno de obtenerla, sino que sin piedad tan duramente me ha tratado, espectáculo infamante para Zeus.

Corifeo. Ha de tener el corazón de hierro y hecho de piedra el que, Prometeo, no se compadece con tus fatigas. Yo quisiera no haberlas visto, y, al verlas, el dolor invadió mi corazón.

Prometeo. Ciertamente inspiro piedad a mis amigos sólo con verme.

Corifeo. ¿Fuiste acaso aún más lejos que esto?

Prometeo. Evité que los mortales previeran su destino.

Corifeo. ¿Qué medicina hallaste para esa enfermedad?

Prometeo. Fundé en ellos ciegas esperanzas.

Corifeo. Gran ayuda con ello regalaste a los mortales.

Prometeo. Pues además de esto yo les concedí el fuego.

Corifeo. ¿Y ahora tienen el fuego resplandeciente los seres efímeros?

Prometeo. Gracias al cual aprenderán muchas artes.

Corifeo. Por tales imputaciones Zeus a ti...

<Prometeo>. Me atormenta, sin en modo alguno aflojar en mis males.

<Corifeo>. ¿Y no hay establecido con antelación un término a tu prueba?

Prometeo. No lo hay en absoluto, salvo cuando a él le parezca bien.

Corifeo. ¿Y cómo le va a parecer bien? ¿Qué esperanza hay? ¿No ves que has delinquido? Pero que has delinquido, ni me resulta placentero a mí decírtelo y para ti resulta doloroso. Mas dejemos esto, y busca una liberación de tu prueba.

Prometeo. Es cosa fácil que quien tiene su pie fuera de pesares ofrezca consejos y advertencias al que le van mal las cosas. Mas todo esto lo sabía. Sí, a sabiendas, a sabiendas, delinquí, no lo negaré, y por ayudar a los mortales personalmente me acarreé sufrimientos. Sin embargo, no me imaginaba que habría de consumirme con tal castigo en unas elevadas rocas, en esta región desierta, sin vecinos. Y no lamentéis mis dolores presentes, sino que, descendiendo a tierra, oíd mi suerte venidera, para que todo hasta el fin lo sepáis. Hacedme caso, hacedme caso, compadeceos del que ahora sufre. Pues la desgracia, completamente errante, se posa unas veces sobre uno y otras veces sobre otro.

Coro. *Prometeo, nos has alentado a lo que queríamos. Ahora dejando con pie ligero este veloz carro y el éter santo, ruta de las aves, descenderé a esta abrupta tierra, pues necesidad tengo de oír tus penas por completo.*

(Mientras las OCEÁNIDES *bajan del carro, llega* OCÉANO *en el suyo.)*

OCÉANO. *Llego hasta ti, Prometeo, tras haber llegado al final de un largo camino, conduciendo con mi pensamiento, sin necesidad de bridas, esta ave de veloces alas. Sufro contigo, sábelo bien, por tus infortunios. Pues el parentesco, según creo, me fuerza a ello, y, linaje aparte, no hay a quien yo estime más que a ti. Vas a saber que esto es verdad y que no en vano hay en mí buenas palabras. Ea, pues, indícame en qué es preciso que te ayude. Nunca, en efecto, dirás que tienes un amigo más fiel que Océano.*

PROMETEO. Ea, ¿qué es esto? ¿También tú vienes como espectador de mis penas? ¿Cómo te has atrevido, abandonando la corriente que lleva tu nombre y las cuevas naturales con techo rocoso, a llegar hasta esta tierra madre del hierro? ¿O es que has venido a contemplar mis infortunios y a compadecerte con mis males? Mira el espectáculo, a este amigo de Zeus, que le ayudó a instaurar su reinado, a qué tormentos soy sometido por él.

OCÉANO. Lo estoy viendo, Prometeo, y quiero aconsejarte lo mejor, aunque tú seas astuto. Conócete a ti mismo y acomódate a los nuevos modos, pues hay un nuevo señor absoluto entre los dioses. Mas si sigues profiriendo tus ásperas y mordaces palabras, quizás te escuche Zeus que está sentado en una posición mucho más alta que la tuya, de forma que la multitud actual de males te parezca que es un juego. Ea, infeliz, deja ese talante que tienes, y busca una liberación de estos pesares. Quizás te parezca que estoy diciendo antiguallas, sin embargo tal es el salario, Prometeo, de la lengua en exceso altanera. Tú aún no eres humilde, y no cedes a los males, ¿es que quieres añadir a los presentes otros males? Si me tienes a mí como maestro no darás coces contra el aguijón, pues estoy viendo que áspero monarca, no sometido a rendición de cuentas, ejerce el poder.

Ahora yo me voy e intentaré, si puedo, librarte de estos sufrimientos. Mas tú permanece tranquilo y no hables con audacia. ¿O no sabes muy bien, tú que eres muy sabio, que a una lengua temeraria se le inflige castigo?

PROMETEO. Te envidio ya que estás libre de culpa, después de que en todo tuviste parte y lo osaste conmigo. Y ahora déjame y no te preocupes. De todas formas no vas a persuadirle, pues no se deja convencer fácilmente. Mira tú mismo no sea que sufras algún daño en el camino.

OCÉANO. Eres mucho mejor para hacer juicioso a los demás que a ti mismo. Y la prueba la tengo en los hechos, no en las palabras. Mas ya que parto, en modo alguno te opongas a ello. Pues me precio, sí, me precio de que Zeus ha de concederme este don, de forma que te veas libre de estos pesares.

PROMETEO. Por ello te alabo y nunca cesaré de hacerlo, pues buena voluntad no te falta. Mas no te esfuerces en absoluto, pues en vano, sin que me beneficies en nada, te esforzarás por mí, si es que quieres esforzarte por mí. Por el contrario, mantente tranquilo, alejado del asunto. Pues yo, aunque infortunado, no quisiera que por ello a cuantos más les alcanzaran las desgracias. No, de verdad, pues incluso me aflige la suerte de mi hermano Atlante, quien en la región occidental permanece en pie sosteniendo sobre sus hombros la columna del cielo y la tierra, carga no fácil para el brazo. También sentí compasión cuando vi al hijo de la Tierra, habitante de las cuevas de Cilicia, monstruo hostil de cien cabezas, por la fuerza sometido, al impetuoso Tifón, †quien se enfrentó a todos† los dioses, silbando terror con sus horribles fauces, y de sus ojos brillaba terrífico fulgor, como si fuera a destruir violentamente el poder absoluto de Zeus. Pero le vino el dardo insomne de Zeus, el rayo que desciende con aliento de fuego,

el cual lo abatió de sus altaneras jactancias. Pues herido en sus mismas entrañas, fue convertido en cenizas y su fuerza quedó fulminada por el rayo. Y ahora como cuerpo inútil y arrojado a un lado yace cerca del estrecho marino, en la raíz del Etna aprisionado, mientras que Hefesto, en las altas cimas instalado, forja el hierro candente, de donde un día irrumpirán ríos de fuego que devorarán con sus feroces fauces los extensos campos de Sicilia de hermosos frutos. Tal será la cólera que hará hervir Tifón con los dardos ardientes de una terrible tempestad que respira fuego, a pesar de estar ya carbonizado por el rayo de Zeus.

Tú no eres inexperto y no me precisas como maestro. Ponte a salvo como sabes. Mientras tanto yo apuraré mi presente suerte hasta que el ánimo de Zeus aplaque su cólera.

OCÉANO. ¿No sabes esto, Prometeo, que hay palabras que curan la enfermedad de la ira?

PROMETEO. Sí, si alguien ablanda su corazón en el momento oportuno, en lugar de desinflarlo violentamente cuando está hinchado de pasión.

OCÉANO. ¿Ves que exista algún daño en interesarse y atreverse a ello? Enséñamelo.

PROMETEO. Trabajo inútil y frívolo candor.

OCÉANO. Déjame padecer esta dolencia, pues es muy ventajoso, siendo sensato, parecer no serlo.

PROMETEO. Va a parecer que esta falta es mía.

OCÉANO. Claramente tus palabras me devuelven a mi casa.

PROMETEO. Sí, no sea que estos lamentos tuyos por mí te hagan caer en enemistad.

OCÉANO. ¿Con quien hace poco ocupa el asiento todopoderoso?

PROMETEO. Guárdate no sea que un día se irrite el corazón de éste.

OCÉANO. Tu desdicha, Prometeo, maestra es.

PROMETEO. ¡Vete, regresa, conserva tu forma de pensar actual!

OCÉANO. Cuando ya yo me marchaba me dirigiste palabras en voz alta. Así pues, mi ave cuadrúpeda agita ya con sus alas la senda dilatada del éter, y con gusto en su establo familiar doblará su rodilla.

CORO.

Estrofa 1

Lloro por ti, Prometeo, por tu funesto destino. Un caudal de lágrimas procedente de mis delicados ojos vertiendo empapó mis mejillas con sus húmedas fuentes. En estos actos deplorables Zeus, que gobierna con leyes propias, revela su arrogante poder a los dioses de antaño.

Antistrofa 1

Ahora la tierra entera resuena con gemidos, están gimiendo por ese honor magnífico, de veneranda antigüedad <...>, tuyo y de tus hermanos[7]*. Y cuantos mortales habitan el suelo vecino de la sacra Asia se compadecen ante tus muy lamentables desdichas.*

Estrofa 2

Y las vírgenes[8] *que habitan la tierra de la Cólquide*[9]*, intrépidas en la batalla, y las hordas de Escitia que ocupan el lugar más remoto en torno al lago Meótide,*

7. Tifón y Atlante, también castigados por Zeus.
8. Las amazonas.
9. Costa oriental del mar Negro.

Antistrofa 2

y la flor guerrera de Arabia que habita cerca del Cáucaso una ciudad escarpada, devastador ejército que ruge entre agudas lanzas.

Estrofa 3

Sólo en verdad a otro Titán, un dios, yo he contemplado domeñado por el ultraje de infatigables ataduras, a la fuerza superior, poderosa, de Atlante, <el cual la tierra> y la bóveda celestial sostiene sobre sus espaldas.

Antistrofa 3

<Prometeo, la tierra lamenta tu suerte,> y lanza su clamor <por tus sufrimientos al tiempo> la ola marina, se lamenta el fondo del mar, {y} brama por debajo la sombría sima del reino de Hades, y las fuentes de los ríos de sacras corrientes lamentan tu dolor que mueve a compasión.

PROMETEO. No penséis que yo callo por orgullo ni por arrogancia. Por el contrario, mi corazón se desgarra por la inquietud, al verme así ultrajado. Y, sin embargo, a estos nuevos dioses ¿quién otro sino yo les fijó enteramente sus prerrogativas? Pero ello me lo callo, pues podría estaros hablando a vosotras que incluso ya lo sabéis. Oídme las penas de los mortales, cómo les convertí, de infantes como eran antes, en seres dotados de inteligencia y en dueños de su mente. Y os hablaré, sin tener reproche alguno para los hombres, sino explicando la buena voluntad de lo que les di. Ante todo mirando en vano miraban, escuchando no oían, sino que semejantes a fantasmas de los sueños, durante su larga

vida, lo mezclaban todo a la ventura, y no conocían las casas de adobe cocidos al sol, ni la carpintería, sino que soterraños vivían como las ágiles hormigas, en el fondo de grutas sin sol. No tenían ellos señal firme ni del invierno ni de la floreciente primavera ni del fructífero estío, sino que sin razón lo hacían todo, hasta que yo les mostré los ortos y los ocasos difíciles de conocer de las estrellas. Y de cierto también el número, el invento por excelencia, descubrí para ellos, y las uniones de las letras, recuerdo de todo, artífice madre de las Musas. Y uncí el primero en el yugo a las bestias, que se someten a las colleras y al arnés, para que sustituyeran a los mortales en los trabajos mayores y enganché al carro los caballos dóciles a las riendas, ornato del fasto opulento. Y los que surcan el mar, de alas de lino, carros de los marinos ningún otro salvo yo los descubrió. Y pese a haber inventado tales industrias, desdichado, para los mortales, personalmente no tengo medio con el que liberarme de la presente desgracia.

CORIFEO. Has sufrido una calamidad indigna. Extraviada tu mente andas errante, cual mal médico que cae enfermo te descorazonas y no puedes averiguar con qué remedios podrías curarte.

PROMETEO. Si me escuchas el resto, aún más te admirarás, qué artes y recursos imaginé. Y lo más importante, si alguien caía enfermo, no había defensa alguna, ni comestible, ni ungüento, ni de beber, sino que por falta de medicinas perecían, hasta que yo les mostré las mixturas de los remedios curativos con los que se defienden de todas las enfermedades. Fijé muchas formas de adivinación, y fui el primero en discernir a partir de los sueños lo que ha de suceder realmente, les di a conocer los sonidos proféticos difíciles de interpretar y los encuentros del camino, y el vuelo de las aves rapaces con exactitud definí, cuáles son favorables por naturaleza y

cuáles siniestras, qué vida tiene cada una, y cuáles son sus odios, sus amores y sus compañías, la tersura de sus entrañas y qué color debe tener la bilis para que resulte grata a los dioses, y la varia belleza del lóbulo del hígado. Con los miembros recubiertos con la grasa y el largo lomo al fuego consumiendo encaminé a los mortales a un arte difícil de conjeturar, e hice evidentes las señales que encierran las llamas, que antes eran ininteligibles. Tales son mis hechos. Y bajo tierra hay recursos ocultos para los hombres, como son el bronce, el hierro, la plata y el oro, ¿quién podría asegurar que los descubrió antes que yo? Nadie, bien lo sé, a menos que quiera decir necedades en vano. En suma, apréndelo todo en breves palabras: todas las artes para los mortales proceden de Prometeo.

CORIFEO. No ayudes a los mortales más de lo oportuno, y no te despreocupes de ti mismo cuando estás en el infortunio. Pues tengo esperanza de que, una vez liberado ya de estas cadenas, no tendrás un poder inferior al de Zeus.

PROMETEO. La Moira que da a todo cumplimiento no ha decretado que eso se cumpla así, sino que, tras ser abrumado con infinitos pesares e infortunios, he de escapar así de mis cadenas. El arte es, con mucho, más débil que la Necesidad.

CORIFEO. ¿Quién es, pues, el timonel de Necesidad?

PROMETEO. Las Moiras triformes[10] y las Erinias de buena memoria.

CORIFEO. ¿Entonces Zeus es más débil que ellas?

PROMETEO. Sí, no puede sustraerse al destino.

CORIFEO. ¿Pues qué destino está decretado para Zeus sino el ejercer siempre el poder?

10. Esto es, las tres Moiras (Átropo, Cloto y Láquesis).

PROMETEO. Esto todavía no lo puedes llegar a saber, no insistas.

CORIFEO. Es en verdad un augusto secreto lo que ocultas.

PROMETEO. Mencionad otro asunto. De ninguna manera es oportuno exponerlo, sino que al máximo hay que ocultarlo, pues, si logro conservarlo a salvo, yo escaparé de estas infames cadenas e infortunios.

CORO.

Estrofa 1

Nunca Zeus, el que todo lo rige, ponga su fuerza enfrente de mi voluntad, ni yo me demore en acercarme a los dioses con santos festines en los que se inmolan bueyes junto al curso inagotable de mi padre Océano, ni llegue a pecar de palabra, sino que este propósito persevere en mí y nunca se borre.

Antistrofa 1

Es dulce vivir larga existencia entre animosas esperanzas, nutriendo nuestro corazón de radiante gozo. Mas me estremezco al verte desgarrado por innumerables sufrimientos <...>. Pues sin temblar ante Zeus, por propia voluntad, honras en exceso a los mortales, Prometeo.

Estrofa 2

¡Vamos, di, amigo!, ¿qué beneficio te ha traído tu beneficio? ¿Dónde hallarás defensa? ¿Qué ayuda hay de los seres de un día[11]? ¿No has reparado en su debilidad, carente de fuerza, semejante a un sueño, a la que está encade-

11. Los hombres.

nada la raza ciega de los humanos? Nunca <...> la voluntad de los mortales violará el orden armonioso de Zeus.

Antistrofa 2

Esto he aprendido al contemplar, Prometeo, tu suerte funesta. He aquí que un canto del todo diferente viene volando hasta mí, es el canto de cuando en torno al baño y a tu lecho entoné tu himeneo en tu boda, cuando a mi hermana Hesíone, tras convencerla con regalos de boda, te llevaste para hacerla tu esposa y compañera de lecho.

(Entra Io, *con signos vacunos, con cuernos en la cabeza.)*

Io[12]. *¿Qué tierra es ésta? ¿Qué raza? ¿Quién diré que es este que estoy viendo expuesto a las tempestades en medio de un freno pétreo? ¿En castigo de qué falta pereces? Indícame en qué parte de la tierra, desdichada, ando perdida.*

¡Ah, ah, ay, ay! De nuevo me pica un tábano a mí, infeliz –{fantasma de Argos hijo de la tierra} aléjalo, oh tierra– {tengo miedo} al ver a ese boyero de innumerables ojos. Él camina con pérfida mirada, al cual ni muerto lo oculta la tierra, sino que, saliendo de entre los muertos, me da caza a mí desdichada y me hace andar errante, hambrienta, por la arena de la orilla del mar.

12. Hija de Ínaco, doncella de Argos, sacerdotisa de la Hera argiva, amada por Zeus, quien la transformó en ternera para sustraerla a los celos de su esposa Hera, quien se la exigió a su esposo como presente y ésta la dejó bajo la custodia de Argo.

Estrofa

La sonora flauta recubierta de cera hace resonar una melodía que incita al sueño[13]*. ¡Ay, ay, ay! ¿Adónde me conduce este andar errante por tierras lejanas? ¿En qué, hijo de Crono*[14]*, en qué me hallaste culpable como para uncirme a este yugo de infortunios, ¡ay, ay!, y martirizas así a esta infeliz enajenada por el terror al tábano que me persigue? Abrása<me> en el fuego, u ocúltame en la tierra, o dame de pasto a los monstruos marinos, y no rechaces, señor, mis súplicas. Mi andar errante por doquier me ha fatigado bastante, y no puedo saber cómo evitar estos dolores. ¿Oyes la voz de la cornígera doncella?*

Prometeo. ¿Cómo no voy a oír a la joven perseguida por el tábano, a la hija de Ínaco? La que de amor inflama el corazón de Zeus y que ahora, odiada por Hera, se ejercita a la fuerza en muy largas carreras.

Antistrofa

Io. *¿De dónde sabes tú y pronuncias el nombre de mi padre? Dime a mí, desdichada, quién eres, quién eres tú, oh infortunado, que me saluda a mí, desdichada, con tanto acierto y has nombrado mi enfermedad procedente de los dioses, que me consume punzándome con aguijones que me hacen errar. ¡Ay! He venido impulsada por el hambre a que me condenan mis humillantes brincos, domeñada por los designios vengativos <de Hera>. Mas entre los infortunados hay algunos, ¡ay!, que sufren lo que yo. Ea, in-*

13. Io recuerda la muerte de Argo, a quien Hermes mató mientras dormía, tras adormecerlo con la flauta.
14. Zeus.

dícame con claridad lo que me aguarda sufrir. ¿Qué remedio, qué medicina hay de mi enfermedad? Dímelo, si lo sabes. Habla, cuéntaselo a esta miserablemente errante doncella.

PROMETEO. Te diré con claridad todo lo que deseas saber, sin entretejer enigmas, sino con un lenguaje simple, como es justo que se abra la boca a los amigos. Estás viendo al dador del fuego a los mortales, a Prometeo.

IO. ¡Oh tú que te has mostrado cual común beneficio para los mortales, infeliz Prometeo!, ¿en castigo de qué sufres esto?

PROMETEO. Poco ha he dejado de lamentar mis fatigas.

IO. ¿No podrías hacerme este favor?

PROMETEO. Di cualquier cosa que desees, pues todo puedes saber de mí.

IO. Indícame quién te ha aherrojado en este precipicio.

PROMETEO. La decisión fue de Zeus, mas de Hefesto fue la mano.

IO. ¿Por qué clases de faltas estás cumpliendo pena?

PROMETEO. Sólo con eso que te he manifestado es suficiente.

IO. Y además de esto muéstrame el fin de mi vagar, ¿cuál será ese momento para esta desdichada?

PROMETEO. Es mejor para ti no saberlo que saberlo.

IO. No me ocultes lo que debo sufrir.

PROMETEO. Pero no es que quiera negarte este favor.

IO. ¿Por qué, pues, te demoras en dármelo a conocer todo?

PROMETEO. No existe impedimento alguno, pero temo perturbar tu espíritu.

IO. No te preocupes más de mí, pues me resulta dulce.

PROMETEO. Puesto que lo deseas, tendré que hablar. Escucha, pues.

CORIFEO. Aún no. Proporcióname a mí también una parte de ese placer. Sepamos primero la enfermedad de ésta, contándonos ella misma su funesta fortuna. El resto de sus pruebas enséñanoslas tú.

PROMETEO. Tarea tuya es complacer a éstas, tanto más en cuanto que ellas son hermanas de tu padre[15]. Pues llorar y lamentar las desgracias donde se va a arrancar alguna lágrima de quienes escuchan es un tiempo dignamente empleado.

IO. No sé cómo no he de haceros caso, y en términos claros vais a saber todo lo que deseáis. Sin embargo, siento vergüenza de contar incluso de dónde a mí, desdichada, me sobrevino la tormenta causada por un dios y la pérdida de mi forma[16].

De continuo frecuentándome visiones nocturnas en mi alcoba de virgen me exhortaban con suaves palabras: «¡Oh muchacha afortunada!, ¿a qué conservar la virginidad tan largo tiempo, cuando te es posible lograr la mayor boda? Pues Zeus se siente inflamado por el dardo del deseo por ti y quiere contigo gozar de Cipris[17]. Y tú, oh hija, no rechaces el lecho de Zeus, sino que sal al frondoso prado de Lerna, hacia los rebaños y establos de vacas de tu padre, a fin de calmar al ojo de Zeus de su deseo». Por tales sueños era acuciada, infeliz, todas las noches, hasta que me atreví a revelarle a mi padre los sueños que en la noche se me aparecían. Y él a Pito[18] y a Dodona envió numerosos legados para consultar los oráculos, para saber qué debía hacer o decir para resultar grato a los dioses. Mas regresaban anunciando oráculos ambiguos, confusos y pronunciados de forma difícil de interpretar. Pero, por fin, llegó a Ínaco una res-

15. Ínaco era hijo de Océano y Tetis.
16. Forma humana. Se alude a su metamorfosis.
17. Afrodita, diosa del amor, de la sexualidad.
18. Delfos.

puesta clara que de forma manifiesta le conminaba y le decía que me expulsara de mi casa y de mi patria, para que, libre[19], vagara hasta los últimos confines de la tierra, y que, si él no quería, vendría el rayo ardiente procedente de Zeus, que aniquilaría a toda su estirpe. Por obediencia a tales vaticinios de Loxias[20], me expulsó y me cerró las puertas de mi casa, contra mi voluntad y contra la suya, mas le forzaba el freno de Zeus por la fuerza a hacer esto. Y, al punto, mi figura y mi espíritu cambiaron, y, cornuda, como veis, picada por un tábano de aguda boca, en delirante salto, me lancé a la corriente buena para beber de Cernea y a la fuente de Lerna[21]. Y un boyero nacido de la tierra, Argo, violento en su cólera, seguía, vigilándome con sus numerosos ojos, mis pasos. Mas inesperado, †imprevisto† destino le privó de vivir, y yo, picada por el tábano, impulsada por látigo divino, voy de tierra en tierra.

Ya oyes lo ocurrido. Y si puedes decir lo que queda de mis trabajos, indícamelo. Mas por compasión no me confortes con falsas palabras, pues aseguro que no hay una enfermedad más vergonzosa que discursos artificiosos.

CORO. *¡Deja, deja, aparta! ¡Ay! Nunca, nunca imaginé que tan extrañas historias llegaran a mi oído, †que sufrimientos, desgracias, horrores con aguijón de doble filo helaran mi alma†. ¡Ay, {ay}, el destino, el destino! Me horrorizo al ver la suerte de Io.*

PROMETEO. Demasiado pronto te lamentas y estás llena de miedo. Aguarda hasta saber lo que le queda.

19. Como el ganado consagrado a una divinidad, que se dejaba libre dentro del recinto sagrado.
20. Apolo.
21. En la Argólide.

CORIFEO. Habla, enséñamelo. A los enfermos les resulta grato conocer de antemano con claridad el dolor que les falta.

PROMETEO. Tu anterior demanda la obtuviste de mí con facilidad, pues queríais primero informaros de su infortunio de sus propios labios. Ahora oíd lo que le queda, los sufrimientos que tiene que soportar esta joven por parte de Hera. Y tú, semilla de Ínaco, grábate mis palabras en tu corazón, para que sepas el fin de tu camino.

En primer lugar, volviéndote desde aquí hacia el orto del sol, encamínate a los campos sin arar. Llegarás a los nómadas escitas, que habitan en cabañas trenzadas[22], subidos en carros de buenas ruedas, armados de arcos de largo alcance. A ellos no te acerques, sino atraviesa el país dirigiendo tus pasos a la costa do el mar gime. A mano izquierda viven los artífices del hierro, los cálibes, de los que te es preciso guardarte, pues son salvajes y no accesibles a los forasteros. Y llegarás al río Hibristes, de no falso nombre[23], al que no debes cruzar, pues no es fácil de cruzar, antes de que llegues al mismo Cáucaso, el más alto de los montes, donde el río exhala su furor descendiendo desde sus mismas sienes[24]. Y preciso es que traspasando sus cimas, vecinas de las estrellas, tomes el camino que va al mediodía, donde llegarás al pueblo de las Amazonas que aborrecen al varón, las cuales un día poblarán Temiscira en torno al Termodonte[25], donde está Salmideso[26], la áspera quijada del ponto, huésped hostil para los marinos, madrastra de

22. Hechas de mimbres o juncos.
23. Esto es, 'violento', 'impetuoso'. Se identifica a veces con el Tanais (Don).
24. Esto es, desde las laderas del monte.
25. Río de Capadocia.
26. Tracia. Como se ve, la geografía de Esquilo es, como mínimo, incoherente.

las naves. Ellas te indicarán tu ruta, incluso muy de su grado. Y llegarás a las mismas puertas angostas del lago[27], al istmo cimérico[28], el cual dejando atrás con arrojo, es preciso que cruces el estrecho Meótico[29]. Siempre habrá para los mortales de tu paso por él un gran recuerdo y Bósforo[30] recibirá de sobrenombre. Y cuando hayas dejado el suelo de Europa, llegarás al continente de Asia. ¿No os parece, pues, que el soberano absoluto de los dioses es por igual en todo violento? Pues a esta mortal, por el deseo de unirse a ella el dios, le ha impuesto este andar errante. Amargo pretendiente has encontrado, muchacha, de boda, pues el relato que acabas de escuchar no creas que está siquiera en sus comienzos.

IO. ¡Ay de mí, ay de mí! ¡Ay, ay!

PROMETEO. Tú de nuevo gritas y gimes. ¿Qué harás, entonces, cuando te enteres de los males que te quedan?

CORIFEO. ¿Le vas a decir acaso a ella lo que le queda de penar?

PROMETEO. Un piélago proceloso de funestas calamidades.

IO. ¿Qué gano yo con vivir? ¿Por qué no de inmediato me he arrojado desde esta áspera roca para que, estrellándome contra el suelo, me vea libre de todos mis pesares? Mejor morir de una vez que sufrir de mala manera todos los días.

PROMETEO. ¡Qué mal soportarías mis pruebas!, que para mí morir no está fijado por el destino, pues éste sería la liberación de mis pesares. Pero el caso es que ahora no tengo término fijado de mis fatigas, hasta que sea expulsado Zeus de su absoluto poder.

27. Lago Meótico o mar de Azof.
28. Crimea.
29. Hoy día estrecho de Kertsch.
30. «Paso de la vaca».

IO. ¿Es posible que Zeus sea expulsado del poder un día?

PROMETEO. Te iba a gustar, creo, esta circunstancia.

IO. ¿Y cómo no, si sufro de mala manera por culpa de Zeus?

PROMETEO. En la idea de que ello es así puedes regocijarte.

IO. ¿Por quién le será arrebatado su cetro despótico?

PROMETEO. Él mismo por sus propias vanas decisiones.

IO. ¿De qué modo? Indícamelo, si no hay daño en ello.

PROMETEO. Una boda tal hará que un día le hará consternarse.

IO. ¿Divina o mortal? Si puede decirse, cuéntamelo.

PROMETEO. ¿Qué importa con quién? Pues no está permitido decirlo.

IO. ¿Acaso por su esposa es expulsado de su trono?

PROMETEO. Un hijo tendrá más fuerte que su padre.

IO. ¿Y no tiene él medio de evadirse de esta eventualidad?

PROMETEO. No, por cierto, salvo por mi intervención, si se me libra de estas cadenas.

IO. ¿Quién es el que te va a liberar si Zeus no quiere?

PROMETEO. Es necesario que sea un descendiente tuyo.

IO. ¿Cómo has dicho? ¿Un hijo mío va a librarte de tus males?

PROMETEO. Sí, el tercero en generación tras otras diez generaciones[31].

IO. No es este oráculo fácil de desentrañar.

PROMETEO. Tampoco intentes conocer a fondo tus pesares.

IO. Tras ponerme por delante algo provechoso no me lo quites luego.

PROMETEO. De los dos relatos te haré don de uno de ellos.

IO. ¿De qué dos? Muéstramelos antes y dame a elegir.

31. Heracles.

Prometeo. Te lo concedo, elige, pues, entre el que te diga con claridad lo que te queda por sufrir o el que ha de liberarme.

Corifeo. Decídete por conceder a ésta una gracia y a mí otra y no desdeñes mi palabra. Y a ésta dile lo que le queda de su andar errante y a mí dime quién te ha de liberar, pues esto deseo.

Prometeo. Puesto que tanto empeño tenéis, no me opondré a deciros todo cuando deseáis. A ti, Io, en primer lugar voy a contarte tu agitado andar errante, el cual grábatelo tú en las tablillas memoriosas de tu mente.

Cuando hayas cruzado la corriente que sirve de frontera entre dos continentes, dirígete al orto ardiente del sol junto al muy resonante mar, hasta que llegues a la llanura gorgónea de Cístene[32], donde habitan las Fórcides[33], las tres viejas doncellas con figura de cisne, que poseen un ojo común, un solo diente, a las que ni contempla el sol con sus rayos ni la nocturna luna. Y cerca de ellas tres hermanas aladas se hallan, las Gorgonas, de cabelleras de serpientes, odiadas por los mortales, que ningún mortal puede ver sin expirar. Tal es la prevención que te digo, mas escucha otro terrible espectáculo: guárdate de los grifos, perros de Zeus no ladradores, de afilado hocico, y del ejército de los arimaspos, de un solo ojo, a caballo montados, los cuales viven en torno al curso del río Plutón de áurea corriente. Tú no te acerques a éstos. Y a una tierra lejana llegarás, a una raza negra, quienes habitan junto a las fuentes del sol, donde está el río Etíope[34]. Sigue por sus riberas, hasta

32. Ciudad posiblemente fabulosa.
33. Hijas de Forcis y Ceto. Desempeñan un papel en la leyenda de Perseo.
34. El curso superior del Nilo.

que llegues a la catarata[35], donde desde los montes Biblinos hace fluir el Nilo su sagrada corriente buena para beber. Éste te guiará hasta la tierra triangular nilótica[36], donde a ti, Io, y a tus descendientes está determinado por el destino que fundéis una lejana colonia[37].

Y de esto si encuentras algún punto ininteligible e incomprensible, interrógame de nuevo y entérate con claridad. Dispongo de más tiempo del que quisiera.

Corifeo. Si tienes que decirle a ella algo que le falta o bien se ha omitido de su funesto andar errante, dilo. Mas si le has dicho todo, concédenos a nosotros la gracia que te pedimos. Lo recuerdas, creo.

Prometeo. Ya ha escuchado ésta el final todo de su andadura. Mas para que sepa que no me escucha en vano, le contaré lo que ha sufrido antes de venir aquí, como una prueba de mis palabras.

Omitiré la mayor parte de mi relato y me encaminaré al final mismo de su peregrinar. En efecto, una vez que llegaste a la llanura de Molosia y cerca de Dodona la de empinado lomo[38], donde está el oráculo y la sede de Zeus Tesproto[39] y un prodigio increíble, las encinas parlantes, por las que tú con claridad y sin enigmas fuiste saludada como la que iba a ser la ilustre esposa de Zeus –¿te halaga algo esto?–, desde allí, por el tábano azuzada, te lanzaste al camino de la costa hacia el gran golfo de Rea[40], de donde con carreras errantes al lugar de origen eres sacudida por la tormenta. Y en un tiempo futuro ese golfo marino, sábelo bien, será llamado

35. En Elefantina, la primera catarata, límite de Egipto y Etiopía.
36. El delta del Nilo.
37. Alusión a Náucratis.
38. Está situada Dodona en el monte Tomaro.
39. La Tesprotide, en el suroeste del Epiro.
40. El final del mar Adriático.

Jonio[41], como recuerdo de tu peregrinar para todos los mortales. Esto es señal de mi mente, en el sentido de que ve más allá de lo aparente.

Mas el resto os lo contaré en común a vosotras y a ésta, yendo a la misma huella de lo que decía antaño[42]. Existe una ciudad, Canobo, en los confines de ese país, junto a la misma boca y alfaque del Nilo, es allí donde Zeus ha de tornarte la razón en tanto que te toca con su mano sin miedo y con sólo rozarte. De aquí recibirá el nombre la descendencia de Zeus que darás a luz, el negro Épafo[43], que cosechará cuanta tierra riega el Nilo de ancha corriente. La quinta generación a partir de él, formada por cincuenta doncellas[44], de nuevo a Argos, aun sin quererlo, regresará, tratando de evitar una boda consanguínea con sus primos. Mas ellos, ofuscados en sus espíritus, cual halcones que ya no están lejos de unas palomas, vendrán con el fin de dar caza a unas bodas que les están vedadas, mas la divinidad sus cuerpos les negará. Y el país de Pelasgo los recibirá <...> siendo domeñados por un Ares que mata por mano de mujer con una audacia que hace guardia de noche, pues a cada varón privará de vida su mujer, tiñendo la espada de doble filo en el degüello. ¡Tal venga Cipris contra mis enemigos! Mas a una[45] de las muchachas la ablandará el deseo de no dar muerte a su compañero de lecho, sino que flaqueará su decisión: de las dos cosas preferirá una, tener fama de cobarde más que de asesina. Ella en Argos dará luz a un linaje regio. Se precisa un largo discurso para exponer esto con exactitud. Pero lo cierto es que de esta simiente vendrá al mundo un valiente, famoso por su arco, que me liberará de estas fatigas. Tal oráculo me reveló la nacida mucho tiempo ha, mi madre, la titánide Temis. Mas cómo y de qué forma, ello, contarlo, precisaría un largo discurso, y tú nada vas a ganar sabiéndolo.

41. Derivación a partir de Io.
42. Esto es, volviendo al punto donde dejé mi relato.
43. Relacionado por Esquilo etimológicamente con *epapheîn*, 'tocar'.
44. Referencia a las Danaides, tema de *Las Suplicantes*.
45. Hipermestra, casada con Linceo.

IO. *¡Aaah! ¡Aaah! Ya de nuevo me abrasa por dentro una convulsión y delirios enloquecedores, y me punza el aguijón ardiente del tábano. Y de horror mi corazón bate mi pecho, y mis ojos dan vueltas cual ruedas en sus órbitas, y de mi ruta me aparta furioso soplo de frenesí, sin dominio de mi lengua, y mis túrbidas palabras chocan al azar contra las olas de un mal execrable.*

CORO.

Estrofa

En verdad sabio, en verdad sabio fue quien primero concibió en su mente y con su lengua expresó que la boda con un igual es con mucho lo mejor, y que, cuando uno se gana la vida con sus manos, no se debe ambicionar la boda con quienes están enervados con la molicie producto de la riqueza ni con quienes están ensoberbecidos por su linaje.

Antistrofa

Nunca, nunca, Moiras, <...> me veáis compartir el lecho de Zeus, ni me acerque a esposo alguno de los que de Urano proceden. Pues me espanto cuando veo la doncellez que rechaza a los varones de Io consumida por esas fatigosas carreras errantes que le impuso Hera.

Epodo

A mí, cuando es con un igual, la boda no me causa temor y no tengo miedo. Mas ojalá {el amor de dioses} podero-

sos con su ojo inesquivable no {me} mire. Es ésta una guerra que no se puede entablar, donde los esfuerzos son inútiles y no sé qué sería de mí. Pues no veo cómo esquivar la voluntad de Zeus.

Prometeo. En verdad que Zeus un día, aunque sea arrogante de espíritu, será humilde, según la boda que se dispone a hacer[46], la cual a él, aniquilado, le acarreará la expulsión de su poder absoluto y de su trono. Entonces se cumplirá enteramente la maldición de su padre Crono que profirió al ser derrocado de su antiguo trono. Un modo de evitar tales desgracias ninguno de los dioses, excepto yo, podría mostrarle con claridad. Yo esto lo sé y de qué manera. Ante esto, sin temor, que continúe sentado confiado en sus ruidos[47] allá en lo alto y blandiendo en sus manos el dardo que exhala fuego. Pues nada de eso le será suficiente para evitarle caer ignominiosamente con caída insufrible. Tal rival ahora se está preparando él contra sí, prodigio invencible, el cual hallará una llama más poderosa que el rayo y un fuerte estruendo que supere al trueno y una marina calamidad que sacuda la tierra, la cual hará añicos el tridente lanza de Posidón. Cuando se estrelle contra esta desgracia aprenderá cuán distinto es mandar y ser esclavo.

Corifeo. Tú, sin duda, lo que deseas, eso contra Zeus lo auguras.

Prometeo. Digo precisamente lo que se va a cumplir, además de que lo quiero.

Corifeo. ¿Y hay que esperar que alguien impere sobre Zeus?

46. Con Tetis, de quien tendría un hijo que sería más fuerte que el padre.
47. Los truenos.

Prometeo. Incluso tendrá fatigas más insoportables que éstas.

Corifeo. ¿Cómo no sientes miedo de proferir tales palabras?

Prometeo. ¿Qué he de temer, si no está destinado por el hado que muera?

Corifeo. Mas podría proporcionarte una prueba más dolorosa aún que ésta.

Prometeo. Que lo haga, pues. Todo lo espero.

Corifeo. Sabios son quienes veneran a Adrastea[48].

Prometeo. Adora, ruega, adula al poderoso de cada momento. A mí me importa Zeus menos que nada. Que actúe, que ejerza el poder en este breve tiempo como quiera, pues no imperará sobre los dioses largo tiempo. Mas veo a ese correo de Zeus, al servidor del nuevo amo. Sin duda ha venido a anunciarme alguna nueva.

Hermes. A ti, al sabio, al extremadamente duro, al que faltó contra los dioses al entregar sus privilegios a los seres efímeros, al ladrón del fuego me dirijo. Te manda el padre que digas esas bodas de las que te jactas, por las que él pierde el poder. Y esto en absoluto con enigmas, sino que cuenta punto por punto los detalles. Y no me obligues, Prometeo, a hacer doble camino. Ya estás viendo que Zeus no se ablanda con tales cosas.

Prometeo. Solemne y lleno de arrogancia, como corresponde a un servidor de los dioses, es tu discurso. Sois jóvenes y joven es vuestro imperio, y creéis que habitáis fortalezas inmunes al dolor. ¿No he visto yo que de allí han caído ya dos monarcas[49]? Y al tercero, al que ahora ostenta el poder, he de verle caer de una manera ignominiosa y rápida. ¿Te doy la impresión acaso de tener miedo y temblar ante los nuevos dioses? Ni mucho me-

48. Diosa del Destino.
49. Urano y Crono.

nos, en absoluto. Así que date prisa en regresar por el camino que has traído, pues no has de saber nada de lo que me preguntas.

Hermes. Con tales bravatas, ya antes, viniste a fondear en estas desgracias.

Prometeo. Mi desgracia, sábelo con claridad, yo no la cambiaría por tu condición de siervo.

<Hermes>. Ya. Es mejor, creo, ser esclavo de esta roca que ser fiel mensajero del padre Zeus.

<Prometeo>. <...> Así hay que ultrajar a los que nos ultrajan.

Hermes. Parece que presumes de tu actual situación.

Prometeo. ¿Estoy presumiendo? Ojalá viera presumir así a mis enemigos. Y a ti te cuento entre ellos.

Hermes. ¿También a mí me haces culpable de tus desdichas?

Prometeo. Sencillamente odio a cuantos dioses me maltratan injustamente tras haber recibido beneficios de mi parte.

Hermes. Cuando te oigo percibo que padeces no pequeña demencia.

Prometeo. Podría tener este padecimiento, si padecimiento es odiar a los enemigos.

Hermes. No serías soportable, si las cosas te fueran bien.

Prometeo. ¡Ay de mí!

Hermes. Esta expresión no la conoce Zeus.

Prometeo. Mas todo lo enseña el tiempo envejeciendo.

Hermes. Tú aún no sabes ser sensato.

Prometeo. En efecto, no debería haberte hablado por ser tú un sirviente.

Hermes. Me parece que no vas a decir nada de lo que mi padre desea.

Prometeo. Vista mi deuda con él debería recompensarle.

Hermes. De mí te mofas como si fuera un niño.

Prometeo. ¿Es que tú no eres un niño y aún con menos seso que él, si esperas enterarte de algo por mí? No hay tortura ni medio con el que me obligue Zeus a proclamar esto antes de que me libere de estas cadenas oprobiosas. Ante esto, que arroje sobre mí la llama que reduce a cenizas, y que confunda y trastorne todo con una nevada de blancas alas y con truenos subterráneos[50]. Pues nada de eso va a doblegarme hasta el punto de decir por quién ha de ser derrocado de su poder absoluto.

Hermes. Mira si es esto para ti una ayuda.

Prometeo. Visto lo tengo desde hace tiempo y lo tengo decidido.

Hermes. Atrévete, necio, atrévete por fin a pensar cuerdamente ante tus actuales desdichas.

Prometeo. Me molestas en vano. Es como si pretendieras amonestar a una ola. No se te ocurra jamás que yo, por temor a un decreto de Zeus, me voy a hacer de ánimo afeminado y voy a rogar con insistencia a ese ser al que tanto odio con mis palmas levantadas cual mujer que me libere de estas cadenas. Estoy muy lejos de ello.

Hermes. Me parece que por mucho que hable voy a hablar en vano. Pues en absoluto ante mis ruegos te doblegas y ablandas, sino que, mordiendo el bocado, cual potro recién uncido, te resistes con violencia y luchas contra las riendas. Mas tu violencia está basada en un razonamiento débil, pues la terquedad para quien razona mal por sí puede menos que nada. Si no haces caso de mis palabras, mira qué tempestad y triple oleada de males te viene encima sin que puedas evitarlo. En primer lugar esta escarpada cumbre, con el trueno y llama de su rayo, va mi padre a destrozarla y cubrirá tu cuer-

50. Esto es, un terremoto.

po, y abrazo pétreo te oprimirá. Cuando hayas cumplido un largo trecho de tiempo, volverás de nuevo a la luz, mas el perro alado de Zeus, águila sangrienta, con voracidad reducirá tu cuerpo a un gran harapo, un comensal no invitado que se presenta todos los días, y devorará cual comida tu negro hígado. De este suplicio no esperes un fin hasta que aparezca un dios que sea el sucesor de tus fatigas y quiera descender al lóbrego Hades y a las tenebrosas simas del Tártaro. Ante esto reflexiona, pues no es una fanfarronada fingida, sino que a conciencia fue pronunciada. Pues la boca de Zeus no sabe mentir, sino que cumple todas sus palabras. Así que tú mira en torno y reflexiona, y no creas nunca que es la terquedad mejor que la cordura.

CORIFEO. No nos parece que Hermes esté diciendo cosas inoportunas, pues te ordena que, abandonando tu terquedad, intentes procurarte la sabia cordura. Hazle caso, pues para un sabio es vergonzoso errar.

PROMETEO. *Éste me ha gritado noticias que ya sabía. No es en absoluto indecoroso que un enemigo sea maltratado por sus enemigos. Ante esto que contra mí se precipite el rizo de doble filo de fuego, y que el éter se vea perturbado por el trueno y la furia de salvajes vientos, y que el viento conmueva la tierra desde sus cimientos con sus propias raíces, que el oleaje del ponto con ronco fragor confunda los caminos de los celestiales astros, y que levante mi cuerpo y al tenebroso Tártaro lo precipite con los torbellinos crueles de Necesidad. En todo caso no va a matarme.*

HERMES. *Tales decisiones y palabras sólo es posible oírlas de labios de un demente. ¿En qué se diferencia la súplica de éste del delirio? ¿En qué cede su furia? Mas vosotras, las que compadecéis sus desdichas, marchaos de este lugar rápidamente a otro sitio, no vaya a ser que aturda vuestra mente el implacable mugido del trueno.*

CORO. *Dime y exhórtame a otra cosa que pueda convencerme. Pues las palabras que has proferido son ciertamente, creo, intolerables. ¿Cómo me ordenas cometer una vileza? Quiero sufrir con él lo que haga falta, pues he aprendido a odiar a los traidores, y no hay afección que yo abomine más que ésta.*

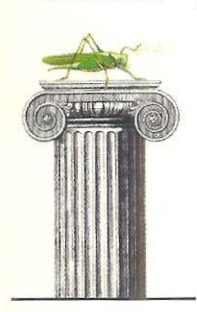
HERMES. *Pues bien, recordad la predicción que yo os hago, y, cuando el infortunio os dé caza, no dirijáis reproches a la fortuna y no digáis nunca que Zeus os arrojó a un imprevisto pesar. No, por cierto, sino vosotras a vosotras mismas. Pues sabedoras y no de repente ni con engaños vais a veros cogidas por vuestra locura en la red inextricable de Ate.*

PROMETEO. *En verdad de hecho y ya no de palabra la tierra ha temblado, y subterráneo el estruendo del trueno brama, y los zigzags muy ardientes del relámpago brillan, y los torbellinos mueven en espiral el polvo, y saltan los soplos de todos los vientos entrando en discordia entre sí soplando en sentidos opuestos, y el éter se ha confundido ya con el ponto. Tal tempestad enviada por Zeus contra mí avanza manifiestamente intentando aterrorizarme. ¡Oh madre venerable, oh éter que haces girar la luz común a todos!, ¿ves qué iniquidades estoy sufriendo?*

ÍNDICE

3468237 ***

Miembro de una familia acomodada, participante activo en unos tiempos cruciales para Atenas y para toda Grecia –estuvo presente en la gloriosa jornada de Maratón–, ESQUILO (*ca*. 525-456 a.C.) alcanzó por méritos propios el título de «creador de la tragedia griega». Su teatro se orienta a ejercer una función educadora sobre los ciudadanos mediante la exposición de los grandes temas –el carácter sagrado del derecho de asilo, la inevitabilidad de la justicia divina, el castigo inexorable de la desmesura, etc.– de una forma ejempla A cargo de Enrique Á. Ramos Jurado –responsable de s traducción, así como de la introducción y las notas–, se recogen en el presente volumen la totalidad de sus TRAGEDIAS que se han conservado: «Los Persas», «Lo Siete contra Tebas», «Las Suplicantes», la «Orestía» –trilogía integrada por «Agamenón», «Coéforos» y «Euménides»– y «Prometeo encadenado».



ISBN 84-206-3931-1



El libro de bolsillo

Biblioteca temática

Clásicos de Grecia y Roma

